

Unidos por el Escándalo

ELEANOR RIGBY



Unidos
por el
Escándalo

ELEANOR RIGBY

© 2024, Eleanor Rigby
Título: *Unidos por el escándalo*
Primera edición: abril de 2024
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: Elena Salvador
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock Images

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Para todas las mujeres adelantadas a su tiempo

Capítulo 1



Eaton Square, Londres
Residencia de la familia Swansea
Temporada social de 1825

—Querida, ¿sería tan amable de explicarme qué hacemos espiando a nuestras hijas?

—Baje la voz y solo fíjese en Mercy. ¡Mírela!

El señor Swansea hizo lo que su deliciosa esposa le encomendaba y ladeó la cabeza para obtener una mejor vista del comedor. Sospechando que pasaría un buen rato vigilando a través de la rendija de la puerta, descansó el mentón en la coronilla de su mujer. Sonrió cuando el familiar y femenino aroma de su perfume le acarició las fosas nasales.

—Por más que intento comprenderlo, no imagino qué puede haber de conspirador o sospechoso en que Mercy unte los bollos de crema en vinagre de malta —acotó con paciencia, procurando no exteriorizar su diversión. Torció la boca de manera cómica y agregó—: Aunque ahora que lo pienso se me antoja muy poco digestivo. ¿Deberíamos detenerla?

—Esa chiquilla no hace otra cosa que desquiciarme —mascullaba la señora de la casa en voz baja.

—¿A usted también le turba la combinación de dulce y salado? —inquirió con fingida curiosidad—. Mina, mi amor, dudo que esté planeando nada contra usted. El desayuno ni siquiera me parece el mejor momento del día para ponerse a maquinarse cómo sacarla de sus casillas.

Ese había sido un comentario un tanto ingenuo, porque la verdad era que Mercy no tenía que preocuparse de pensar en cómo alterar a su madre para lograr un estupendo resultado.

Edison, que había hecho de torturar a su esposa una especie de estilo de vida, no podía más que admirar el talento natural de su progenie para lo mismo que él tenía que hacer un gran esfuerzo.

—Tampoco es el momento ideal para leer el periódico.

—Ahí se equivoca —repuso Edison—. ¿O va a cuestionar la costumbre de todos los ingleses del país de servirse el té mientras ojean el Times?

—¡Cuestiono que lo haga una señorita de veinte años!

El señor Swansea se concentró en la figura de una de sus hijas mayores.

Había sido la segunda en nacer, era la primera causa por la que él era desterrado con frecuencia del lecho conyugal, y su madre estaba convencida de que sería la sexta y última en contraer nupcias. A pesar de que Mercy era el motivo más frecuente por el que el matrimonio Swansea discutía acaloradamente, su padre jamás se había planteado dejar de defender sus rarezas a capa y espada.

Por supuesto, comprendía la preocupación de su esposa. Para Wilhelmina Swansea, Mercy era «una señorita de veinte años», y eso significaba que leer el periódico descalza y con el pelo suelto sobre los hombros, al igual que ponerse a debatir sobre asuntos que no eran de su

incumbencia, suponía toda una aberración. Pero, para Edison, era Mercy, y tratándose de Mercy, lo raro habría sido que hubiera dado buena cuenta de su desayuno sin hacer gala al mismo tiempo de sus excentricidades.

—«No vale la pena ocuparse de los visionarios que pretenden reemplazar las diligencias. ¿Hay algo más absurdo y ridículo que decir que una locomotora nos hará viajar el doble de rápido que una diligencia? Si alguien quisiera viajar tan velozmente, más vale ponerlo en la boca de un cañón y lanzarlo así de una comarca a otra» —leía Mercy en voz alta. Sacudió la cabeza y agitó el diario londinense—. Fijaos cómo critican el emprendimiento del señor Stephenson. Cualquiera diría que la gente de este país le tiene miedo a disfrutar de un próspero futuro científico.

—Basándonos en el fragmento que has leído, yo diría que solo tienen miedo de llegar a ese futuro que mencionas usando un medio que no sea su adorado carruaje —repuso Temperance. Ella, por fortuna, no experimentaba con los alimentos y se limitaba a untar una sencilla tostada. Demostraba una energía poco frecuente en mujeres que estaban en pie antes de las ocho de la mañana—. De cualquier modo, yo me ofrecería voluntaria a que me lanzaran de una comarca a otra en un cañón de guerra. Sería infinitamente más divertido que acudir al baile de esta noche.

El señor Swansea, aún parapetado en su escondrijo, reprimió una carcajada por el bien de su integridad física. Wilhelmina lo conocía tan bien que antes de que pudiera reírse ya estaba advirtiéndolo con una mirada fulminante de lo que sucedería si no se controlaba.

—¿Le divierte que la locura de Mercy esté contagiando al resto de sus hermanas?

—Yo no diría que Mercy ha contagiado a Temperance, ya que Temper es la mayor y ya manifestaba ciertas peculiaridades mucho antes de que Mercy se interesara en los avances de la locomotora —se defendió Edison, calmado.

—Si lo que quieres decir es que preferirías el dulce abrazo de la muerte antes que acudir a Almack's, solo tienes que decirlo, Temper, y yo te ayudaré —intervino Faith, levantando su cuchillo de plata con una sonrisa maliciosa. También era ajena al escrutinio de sus padres—. Recuerdo muy bien lo que le hiciste a mi vestido durante la puesta de largo, y sería un excelente momento para cobrarme el ultraje.

Mercy dobló el diario londinense y estiró el brazo para alisar las arrugas de otro de los que reposaban sobre la mesa, esta vez el Times.

El señor Swansea, que atendía a la escena muy divertido, supo interpretar el estremecimiento furibundo de su esposa: Mercy no solo leía un periódico, sino que mandaba que le trajeran todos los de la ciudad para contrastar opiniones. Sencillamente inadmisibles, en opinión de Wilhelmina, y muy brillante si le preguntaban a él.

—No tendría por qué morir si la enviaran a la comarca próxima de un cañonazo —repuso—. Hace tan solo cincuenta años, el químico Louis-Sébastien Lenormand inventó un paracaídas con campana, cordones y atalaje que le permitió saltar desde el observatorio de Montpellier y caer a tierra sin matarse. Si Temper fuera convenientemente vestida para el viaje en cañón, no sufriría el menor daño. Yo misma podría fabricarle un paracaídas. Por lo que tengo entendido, no es muy complicado.

El señor Swansea asistió, al borde de la risa, a cómo Temperance ladeaba la cabeza hacia Faith y levantaba las cejas y la taza de té a la vez, brindando en silencio.

—Ya ves. Mercy me librará del baile sin sufrir un rasguño, pero gracias por tu ofrecimiento, querida Faith.

—Fabricar un paracaídas —balbuceaba Wilhelmina en voz baja—. Creo que me voy a desmayar.

—Espero que sea de orgullo, señora Swansea. No creo que muchas señoritas en Londres sean capaces de emprender tamaño proyecto.

Wilhelmina se giró hacia él con los labios fruncidos.

—Todo esto es culpa suya. —Le clavó el dedo índice en el pecho—. Si no se dedicara a espolear la locura que las Swansea parecen traer de fábrica, estos no serían temas de conversación frecuentes durante el desayuno.

—No estoy de acuerdo con que la locura sea una cualidad de las Swansea en general, querida. Coincido en que Temperance es singular, Mercy tiene sus peculiaridades y Faith puede pecar de excéntrica de vez en cuando, pero Prudence, Charity y Hope han resultado honrar las virtudes que les dieron nombre. —Hizo una pausa y se arriesgó a avivar un tanto la ira de su mujer—. Aunque hay quien dice que la señora Swansea puso a sus hijas los nombres de las virtudes de las que ella misma carece, quizá en un intento desesperado por recordarse que debería dar ejemplo.

—¿Cómo se atreve, señor Swansea!

—Señora mía, no quiero ser yo quien señale sus errores, pero no está demostrando ninguna prudencia al dedicarse a espiar a su hija por la rendija de la puerta, como tampoco fe o esperanza alguna en el matrimonio de la misma..., y no hablemos ya de la total falta de piedad o caridad con la que habla al referirse a ella.

»En cuanto a la templanza... Después de haberla visto comer tortas de queso galés sin control alguno, y de acudir a mi dormitorio las noches que yo me quedo dormido antes de visitarla con fines muy perversos, puedo afirmar que no suele moderarse en ningún aspecto de su vida. De hecho, concluyo con conocimiento de causa que es usted insaciable.

Disfrutó como el jovencito canalla que fue durante su cortejo al atisbar el rubor en las mejillas de su esposa.

—Usted estuvo de acuerdo conmigo en que llamar a mis hijas según el tercer capítulo de los Corintios sería una bonita y respetable manera de honrar a mi difunto esposo —repuso con remilgos.

El señor Swansea ni siquiera midió el tono al referirse al primer marido de Wilhelmina.

—Estuve de acuerdo porque Charity, Hope y Faith sonaban de maravilla, y porque usted se empeñó en que su adorado vicario, que Dios lo tenga en su gloria, las bendeciría desde el cielo por el encantador detalle. Teniendo en cuenta que son las tres más hermosas de las Swansea, ahora veo que tenía usted razón. Sin duda fueron tocadas por la mano divina, del mismo modo que las que fueron llamadas por las virtudes cardinales de Platón fueron bendecidas con su sabiduría filosófica.

—¿Si hubiera sabido que las estaba condenando a esas imperdonables rarezas, las habría llamado como a las reinas de Inglaterra! ¿Anne, Elizabeth y Mary!

—No creo que estemos a tiempo de hacer el cambio, querida.

—«Pretenden alcanzar una velocidad incluso de treinta y dos kilómetros por hora, cuando es sabido que no se ha logrado nunca más de nueve. La perfección de la locomotora es problemática» —leía Mercy de fondo, recolocándose las gafas sobre el tabique nasal—. «Además, tienen un peso enorme: pesan ocho toneladas, y un peso tal, lanzado a la velocidad a la que se habla, destrozará los carriles y la máquina y los coches descarrilarán, y todo saltará por los aires. Además, ¿cómo se arrancará el hielo de las vías en las grandes heladas? Todos están locos».

—¿Que cómo se arrancará el hielo, dice? —repitió Temperance—. Está claro que dudan porque aún no le han preguntado a Mercy. Seguro que a ella se le ocurrirá algo para solucionarlo.

—Dios santo, menos mal que la línea conecta Stockton y Darlington y no tendré que

presenciar semejante despropósito desde donde estoy. —Faith torció la boca.

—Carriles destrozados, coches descarrilados, todo saltando por los aires... Cristo redentor, ¿no parece una lectura apocalíptica adaptada a nuestros días? —Mercy sacudía la cabeza—. Pues yo sí creo en el visionario señor Stephenson y confío en que tendrá éxito. Dicen que en septiembre llevarán a cabo el viaje de la locomotora. Allí estaré yo para aplaudirle.

Al señor Swansea no le pasó por alto que su mujer parecía a punto de entrar en combustión. Tenía los puños cerrados a cada lado de las caderas. No le dio tiempo a detenerla antes de que echara una de sus míticas reprimendas; esas de las que se arrepentía en cuanto se daba cuenta de que lo mucho que la decepcionaban sus hijas no era ni de lejos comparable a cuánto las adoraba.

—¿Qué es eso del señor Stephenson? ¡Deberías estar hablando de lord Loring, sobre todo desde que es muy probable que esta noche pida tu mano en matrimonio! —siseó, interrumpiendo la conversación.

Edison la siguió en completo silencio, con una mano apoyada en la espalda y el gesto inexpresivo. Su esposa ya le había exigido en ocasiones anteriores que no la interrumpiese mientras soltaba sus sermones, o de lo contrario le haría perder credibilidad. El señor Swansea había accedido a dejar los asuntos problemáticos en sus manos capaces, pero solo porque sabía que la credibilidad la había perdido frente a sus hijas mayores mucho tiempo atrás.

Tomó asiento junto a Mercy, del mismo modo que se habría sentado al lado de Temperance si el ataque hubiera ido dirigido a ella o habría dado un par de palmaditas al hombro de Faith si esta hubiese sido el blanco de su rabia. Edison pensaba con sorna que, con su costumbre de ir ahí donde era requerido para suavizar conflictos, bien podrían haberle llamado Jesucristo, que era una virtud en sí misma e iba que ni pintado con el juego de los nombres.

—¡Espero no tener que darte directrices sobre cómo prepararte para el baile de esta noche! —seguía exclamando Wilhelmina, dando vueltas alrededor de la mesa—. Quiero que te des un baño perfumado, al menos dos horas en remojo; te pondrás el vestido de esa seda oriental color lila que tu padre ha vendido tan bien entre sastres, y pasarás toda la noche sonriéndole a lord Loring, bailando con lord Loring y sonrojándote con los halagos de lord Loring.

—No creo que pueda controlar mis sonrojos —reconoció Mercy.

—Perdonadme, pero creo que no me ha quedado claro quién es el pretendiente. ¿Lord...? —se mofó Temperance, exagerando una mueca inocente. Wilhelmina dejó de moverse de un lado para otro y le dedicó a su hija mayor una de esas miradas fulminantes que hacían que uno quisiera meterse debajo de la mesa.

Edison lo había hecho en alguna que otra ocasión.

—Faith te acompañará en todo momento. Será quien ejerza de carabina cuando te pida que salgáis al jardín para formalizar vuestra relación de compromiso —continuó diciendo—. No quiero que charles con Temperance hasta que seas oficialmente la prometida de lord Loring.

—Si lo dices porque temes que me contagie su mala suerte, me temo que ni por esas podríamos evitarlo. Temperance es capaz de echarme un mal de ojo desde la costa de Cornwall.

—¡Eso de la mala suerte es una estupidez! Pero sabe Dios lo que te diría antes del gran momento...

—Todo lo que se puede decir sobre lord Loring lo resumí ya en su día, madre —dijo la aludida—. ¿Quiere saber qué fue lo que comenté?

—¡No!

—Temper dijo —intervino Mercy— que es esa clase de hombre tan aburrido que ni siquiera se le puede agregar otro adjetivo. ¿Qué tipo aburrido lo es tanto que solo se puede decir de él que «es aburrido»? Únicamente el colmo del aburrimiento.

—Gracias al cielo que tú eres el colmo de la diversión —apuntó Edison, levantando las cejas. Mercy le dedicó una majestuosa sonrisa, y luego esta centró su atención en Wilhelmina.

—Fue coronel durante la guerra y vendió su plaza para dedicarse a un próspero negocio de jabones —lo defendió la señora Swansea, alzando la barbilla con orgullo.

—¿Significa eso que se puede ser rico o divertido, nunca las dos a la vez? —inquirió Mercy, proyectando su voz de aquel modo tan inocente que nadie podría poner la mano en el fuego porque se estuviera burlando. Aquello siempre confundía a Wilhelmina y obligaba a Edison a fingir que le picaba la nariz para esconder una sonrisa.

—No, Mercy —habló Faith, como si estuviera dirigiéndose a un crío—. Significa que es un hombre muy aseado. ¿No has oído lo de los jabones?

—Ni aseado, ni rico, ni divertido. Como ya he dicho, es tan aburrido que solo puede ser aburrido —intervino Temperance, mojando una galletita de jengibre en el té—. ¿Siquiera sabemos de qué color es su cabello?

—Creo que es de un *aburrido* tono castaño —aportó Faith, dándose unos golpecitos pensativos en la barbilla.

—Si vende jabones, por lo menos lo tendrá lustroso —meditó Temperance.

—Ya basta —interrumpió Mercy, alzando las manos—. Dejad de burlaros de lord *Boring*.^[1] Que diga... Loring.

Al aguantar la risa, Edison soltó una pedorreta que se transformó en la carcajada que habría de contagiar al resto de la mesa. Wilhelmina se ruborizó hasta la raíz del pelo, de un —nada aburrido— tono castaño claro que habían heredado la mayoría de las muchachas. Las risas solo se acentuaron cuando la pobre mujer, que se esforzaba hasta la extenuación por ser una estricta matrona, se ponía de todos los colores para intentar no unirse a la diversión.

—Aburrido o no, vas a convertirte en lady *Boring* —decretó. No se dio ni cuenta de que había errado al pronunciar el apellido hasta que Edison le lanzó una mirada risueña, a lo que ella tuvo que apretar los labios para reprimir una sonrisa—. Por el amor de Dios, muchachas, dadme una tregua.

—Tranquila, madre. Si tal y como usted dice, lord Loring me pide matrimonio esta noche, le diré que sí —prometió Mercy con seguridad.

—¡Solo faltaría que después de un cortejo de mes y medio decidieras rechazarlo! —bufó Wilhelmina. Hizo una pausa para apoyar la mano en la mesa y comentar, en voz baja—: Menuda pérdida de tiempo habría sido.

—Ni que lo diga. —Mercy dio un sorbo al té y cruzó las piernas sobre la silla en posición de loto—. Todas esas tardes de paseos aburridos para nada.

Wilhelmina suspiró de forma ostensible y, en lugar de enzarzarse en una discusión que, en sus palabras, «hacía que proliferasen las arrugas», empezó a dar directrices a las jóvenes, a los sirvientes e incluso a Edison, que por lo visto también debía cumplir con una cuota de participación en toda aquella historia.

Mercy asentía en los momentos justos. Parecía imposible para cualquiera averiguar en qué andaba pensando... incluso para su padre, que de todos modos se esforzaba por meterse en su cabeza.

El señor Swansea adoraba a todos sus retoños, pero habría ido contra las reglas secretas de la paternidad que no hubiera manifestado cierta predilección por algunas. Había tenido la suerte de engendrar con el amor de su vida a seis maravillosas criaturas a las que no les había alcanzado —ni parecía que fuera a hacerlo— la ridícula afectación de las damas casaderas. Ninguna de sus hijas era vanidosa o soberbia en exceso, a ninguna se le caía la baba y las faltas disciplinarias de

la mayoría solo podían verse como un ejemplo de sus originales personalidades. Quizá en sociedad aquello no estuviera muy bien visto, pero de puertas para dentro de la primorosa mansión que habitaban en Eaton Square, esas peculiaridades eran tratadas como un regalo. La señora Swansea no exageraba cuando lo acusaba de haberlas mimado hasta convertirlas en animales de lo más extravagantes. Pero lo que ella consideraba un error, para Edison había sido un acierto. Y quizá por eso, entre sus seis estafalarias criaturillas, prefería a las dos más excepcionales de todas ellas: a Temperance, a la que quizá debieran haber llamado Temper^[2] a secas, y a Mercy.

Su pequeña Mercy. Su Mer.

El señor Swansea no era un hombre especialmente cariñoso. No lo había sido antes de marchar a la guerra, años que dedicó a trabajar como un esclavo para levantar su próspera industria textil; pero, sin duda, la época del conflicto napoleónico que vivió en el frente solo consiguió acentuar su cinismo. Y sin embargo, no había regresado incapacitado para amar como algunos de sus compañeros. Estaba comprometido con su responsabilidad afectiva, y era consciente de que haber engendrado hijas le había ayudado a convertirse poco a poco en un padre generoso y justo.

Con Temperance, la primera, practicó obteniendo unos resultados solo meritorios porque la muchacha era imposible. Pero con Mercy tuvo la oportunidad de ganar la medalla de oro. Era fácil de llevar, serena y había heredado todos sus intereses científicos. Habría sido imposible no estrechar lazos durante las incontables conversaciones que mantenían arropados por el fuego del hogar o las horas compartidas en el taller de casa, donde le había enseñado todo lo que sabía sobre mecánica.

Iba a echarla de menos. Salvo cuando se bajaba al sótano para trabajar en sus creaciones, Mercy no era tan ruidosa como las demás, pero su ausencia era siempre la más notable. No solo porque su madre alzara la voz mucho menos para chillar «Mercy, así no», «Mercy, me sacarás las canas verdes» y «Mercy, ponte unos zapatos», sino porque incluso su manera de guardar silencio era particular. Podía mantener los labios sellados y llamar la atención por cómo cruzaba las piernas, se deshacía de las dolorosas agujas del moño con suspiros entrecortados o se quitaba las zapatillas para sentir entre los dedos de los pies las suaves cerdas de la alfombra.

El señor Swansea sabía que Mercy habría sido muy feliz viviendo en el campo con su propio taller, y esperaba de corazón que lord Loring, si no satisfacía esa ilusión suya, al menos no intentara coartar la ilimitada libertad con la que su pequeña se había bautizado a sí misma en contra de todo convencionalismo.

—¡Vamos, vamos, tienes que ir a bañarte! —decía Wilhelmina, haciendo aspavientos con las manos en dirección a la puerta.

—Quedan doce horas para el baile, madre. He leído en un artículo médico que pasar más de tres horas en remojo es malo para la piel. A no ser que desee que me presente ante lord Loring como una momia egipcia...

—Si lo hicieras, preferiría que no te comparases con ningún tipo de momia. Una señorita no sabe de egiptología.

—Pero una señorita ha ido al Museo Británico de Londres y ha sabido leer las etiquetas —se defendió Mercy, empujando los anteojos por su tabique nasal.

—No hay ninguna momia en el Museo Británico —repuso Faith—. Lo que viste debió ser a la señora Montagu.

—No te burles de la institutriz de tus hermanas, Faith —la regañó Wilhelmina—. Y basta ya de tonterías. ¡Arriba, vamos!

Mercy seguía masticando cuando se puso en pie y obedeció, no sin antes birlar un par de bolas de coco y florentinos con hojaldre de la fuente central. Le sonrió al señor Swansea, que la observaba también con gesto afable, y este le guiñó un ojo.

Una vez hubieron desaparecido la futura novia y la ineludible matrona, Faith suspiró profundamente.

—Qué afortunada es Mercy.

—Tú también te casarás, Faith —la consoló Edison.

La joven curvó los labios en una sonrisa de pilla que solo hacía justicia a su carácter a medias.

—Todas vamos a casarnos teniendo a Wilhelmina Swansea en la familia, «aunque sea lo último que haga» —pronunció Temperance, imitando la voz aguda de su madre—. Creo que Faith no lo decía por eso.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque tendrá el privilegio de librarse la primera de las maquinaciones de mamá.

Capítulo 2



Si ya le estaban prodigando los cuidados de una reina para recibir una propuesta matrimonial, Mercy no quería ni imaginarse el aluvión de preparativos que habría de afrontar el día de su boda. Más que un grupo de hormiguitas trabajadoras, el servicio de la mansión de Eaton Square parecía un nido de avispas. Los criados y doncellas pasaban zumbando a su alrededor con una celeridad nerviosa que la tenía alerta.

Su madre daba órdenes en tono de sargento, y no todas estaban relacionadas con el proceso de acicalarse. Le había parecido oír que pedía que sacaran la cubertería de plata y la limpiaran a fondo para la ocasión.

Para ser una mujer casada, Wilhelmina parecía haber olvidado que el jolgorio de una propuesta matrimonial terminaba en el momento en que daba el sí; no se trasladarían a festejarlo en casa, y ni mucho menos para servir la cena en porcelana fina. O eso era lo que Mercy esperaba, porque no quería descubrir las cotas que podía alcanzar la tediosa conversación de lord Loring antes de pasar por el altar. Dios sabía que una charla durante una comida familiar podía convertirse en un sopor insoportable sin importar quién fuese el interlocutor.

Por lo pronto, el único aspecto positivo de los adelantados preparativos y consecuencias de su inminente matrimonio, eran los regalos.

Faith le había hecho entrega del simbólico presente de su eterna gratitud, ya que una vez se mudara para comenzar su vida de casada, ella ocuparía su dormitorio, bastante más grande y con unas adorables vistas a la iglesia de San Pedro.

Temperance, en su estilo de cruzar la línea del humor para coronarse como reina del mal gusto, le había regalado un remedio para evitar quedarse embarazada, «por si acaso no le apetecía arruinarse demasiado pronto».

Solo Dios sabía de dónde lo habría sacado.

Prudence, que no se llamaba así por casualidad, había decidido esperar a que se formalizase el enlace para revelar la naturaleza de su obsequio.

Las otras dos, Hope y Charity, eran demasiado jóvenes para regalar nada. Apenas habían cumplido los catorce y quince respectivamente. Pero podía predecir que Hope la sorprendería — y no para bien — con sus lágrimas de dolor por tener que despedirla. Charity le pediría que cuidase para siempre de su libro preferido.

De cualquier modo, y estaba mal decirlo, los obsequios de sus hermanas perdían encanto si se comparaban con el que lord Atticus Richter había decidido sorprenderla.

Bueno, no era una sorpresa como tal porque Mercy había pasado años rogando. Atticus, prudente y serio como todo noble que se preciase, se había acercado peligrosamente al delirio por culpa de las reiteradas e insistentes súplicas de Mercy. Súplicas que por fin habían dado su resultado.

No el de desquiciarle, sino el de salirse con la suya.

—Hoy o nunca —le advirtió Atticus, en voz baja. Antes de eso había mirado a un lado y a otro del porche de entrada a la casa, lo más lejos que Mercy había podido escaparse

aprovechando el barullo para reunirse con él—. En el pequeño baúl que he dejado en el taller de tu padre está todo lo que necesitas para venir conmigo. Puede que el bigote te resulte incómodo, pero es imprescindible. Y me ha costado un infierno birlarle las cejas postizas a Magnus; protege su baúl de disfraces como un perro su territorio. Más te vale agradecer ese esfuerzo y ponértelas.

—Agradezco todos los esfuerzos que han resultado en que me hagas la mujer más feliz sobre la faz terrestre —aseguró Mercy—. Por tu culpa desarrollaré agujetas de tanto sonreír. Si esta noche me duele demasiado la cara para poder darle el sí a lord Loring, te tocará a ti enfrentarte a la ira de la señora Swansea.

Atticus hizo una mueca de pavor.

—No pienses ni por un momento que me da menos miedo enfrentarme a la ira de la señora Swansea que ir a la propia cárcel por cometer un delito —repuso, aprensivo—. Y me parecería muy desconsiderado de tu parte que, si todo saliera bien, me condenaras al castigo de un rapapolvo a cuenta de tu madre.

—Tú me has condenado a ponerme postizos.

—Tu cara debe verse lo menos posible. Eres una mujer.

—Me halaga tanto como me sorprende que te hayas percatado —ironizó Mercy, aún sonriente—. No soy ni remotamente bonita y mi voluptuosa figura brilla por su ausencia. Dios me hizo así para poder infiltrarme en la Royal Society sin que nadie sospechara de mi naturaleza.

—¿De tu naturaleza imprudente, te refieres? Tienes delante a un hombre que puede dar fe de ella. —Se puso una mano en el pecho—. De todos modos, si me arriesgo tanto no es solo por hacerte feliz, sino porque los carcamales que acuden a esas sesiones semanales no se fijarían en una mujer ni aunque se paseara desnuda por el ala oeste de Somerset House.

—Yo tampoco me fijaría en una mujer desnuda si tuviera los bustos de Miguel Ángel e Isaac Newton al alcance de mi mano.

—Eso es porque no los has visto. Yo, que sí recuerdo cómo son, puedo afirmar que son mucho menos atractivos que ninguna dama en cueros.

—¿Acaso has visto a una dama en cueros para comparar? —se burló Mercy.

Se murió de vergüenza en cuanto hizo el comentario. Si bien tenía suficiente confianza con Atticus para hablar desahogadamente sobre asuntos de esa índole, se le atragantaba todo lo referido a la anatomía humana. Quizá porque la medicina era el único campo de estudio científico en el que no se había volcado desde que tenía doce años.

—No voy a torturar tus sensibles oídos respondiendo a esa pregunta. ¿Crees que podrás huir del festival de preparativos que ha organizado tu madre? La reunión es a las cuatro y no se prolongará mucho más allá de las seis.

—Siempre puedo saltar por la ventana.

—Yo te seguiré queriendo igual si ese salto acarreará consecuencias, pero dudo que lord Loring siguiera pensando en hacerte su esposa cuando supiese que te has partido un brazo. Los hombres valoramos a las mujeres que tienen las extremidades en su sitio.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? Si es por las bofetadas que podemos propinaros, no deberíais preocuparos; con una sola mano podría apañármelas si se llegara a propasar.

Atticus echó la cabeza hacia atrás para reírse.

Las Swansea eran las únicas criaturas en el mundo capaces de arrancarle una traicionera sonrisa. Para el resto de la humanidad solo tenía miradas por encima del hombro, muecas de alto cinismo o la que era su especialidad: la expresión de soberano aburrimiento que dejaba entrever lo mucho que se estaría divirtiendo si estuviera en cualquier otra parte.

Mercy estaba fascinada por su capacidad expresiva, heredada de la larga línea de aristócratas

de la que era descendiente. Esos viejos marqueses de Halifax que le precedían tuvieron suficiente tiempo libre en sus vidas hedonistas para perfeccionar la cara de hastío. Debía ser algo que estaba en su sangre, igual que el cabello azabache y los intensos ojos azules en un rostro de rasgos demasiado afilados para considerarse hermosos. O tal vez Atticus destacara porque tenía un talento natural al exagerar el tedio nobiliario frente a los nuevos ricos.

Lo cierto era que Mercy poco entendía de cuestiones hereditarias o largas dinastías, puesto que el apellido Swansea no tenía los trescientos años de antigüedad con los que contaba su título de marqués, creado por la reina Mary en torno a 1565.

No le extrañaba que su madre hubiera intentado casarlos a toda cosa. Y con «casarlos» no se refería solo a Mercy y a Atticus, sino a Atticus con Temperance, con Faith y hasta con la pequeña Hope, sobre la que justamente había depositado toda la «esperanza» de convertir a los Swansea en una familia noble. Según ella —y que Dios protegiera a quien intentase hacerla cambiar de opinión—, Hope sería toda una belleza cuando cumpliera dieciocho, y él sería un completo idiota si no se comprometía con ella con una década de antelación para evitar que se la arrebatasen una vez fuera presentada en sociedad.

Atticus, como todo joven aristócrata, había sorteado con maestría a todas las solteritas que habían intentado endosarle, Swansea incluidas. Y Mercy lo entendía: si ella tuviera veintitrés años, un marquesado y la tradicional obligación de llevar frac, tampoco estaría pensando en casarse. No pensaba en ello ni siendo una mujer *casi* comprometida de veinte. De hecho, era curioso que a los dos, siendo tan distintos, les preocupara lo mismo: lo que los honorables miembros de la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural, la más antigua de las sociedades científicas inglesas, debatieran durante sus reuniones.

—Aún no me puedo creer que vayamos a arriesgar nuestra vida y nuestra reputación para que puedas oír cómo discute un grupo de viejos soberbios.

—No creo que sean tan aburridos como mi *casi* prometido. Y deja de fingir delante de mí: te maravillan tanto esos viejos soberbios como a mí. —Le dio un codazo amistoso.

—Así que tu prometido es aburrido —sopesó Atticus—. Quizá debiera haberme dejado engatusar por tu madre. De ese modo tendrías un esposo muy divertido y que podría invitarte a la reunión vistiendo una falda en lugar de llevando un bigote.

—Los bigotes están muy en boga ahora mismo. Quizá hubiera llevado falda y bigote a la vez.

—Tuve suficientes faldas y bigotes cuando viajé a la corte portuguesa, pero esa ha sido una interesante propuesta. No quiero tener que recordarte que lo de la falda está totalmente descartado. —La miró con gravedad.

—Atticus, me has visto más veces con pantalones que con enaguas. ¿De veras crees que supondrá un gran problema para mí prescindir de los vestidos por un rato?

Atticus suspiró.

—Supongo que no. —Apoyó el peso en una pierna sin dejar de estudiar el rostro de Mercy—. Espero no tener que arrepentirme de esto, Mer. Estoy depositando en ti toda mi confianza. —Hizo una pausa—. Y el valor de mi nombre, mi familia y mi hombría.

—Prometo que seré discreta. ¿A qué hora vendrás a recogerme?

—Sobre las cuatro menos cuarto.

Mercy abrió la boca para quejarse, pero en el último momento decidió que bastante estaba haciendo ya por ella. Ponerse a rezongar porque quería llegar una hora antes para vagar por los pasillos de Somerset House y cotillear el ala correspondiente a la Royal Academy, otra organización que la fascinaba, solo convencería al refunfuñón Atticus de retirar su oferta. Y no podía permitirlo. Desde que se enteró de que la Royal Society existía, de que Isaac Newton había

formado parte de ella, que fueron sus miembros los que impulsaron las publicaciones de *Philosophical Transactions* —su revista filosófica preferida— y que Robert Hooke había regalado a la organización su magnánima obra con imágenes tomadas con microscopía óptica, supo que debía entrar allí como fuera.

Como era natural, las mujeres no tenían únicamente vetada la membresía, sino la mera asistencia a una sola de las reuniones. Era un club exclusivo al que se accedía por contactos, y tenía suerte de que el padre de Atticus hubiera sido un renombrado aficionado además de inversor, o de lo contrario ni él ni ella podrían acudir esa tarde. Casi se alegraba de que la Royal Society hubiera entrado en déficit el siglo anterior, obligándoles a vender un asiento en sus reuniones a cambio de dinero para subsistir. El fallecido marqués de Halifax no había sido el hombre más brillante del mundo y, aun así, allí estaba. O más bien allí estuvo, compartiendo espacio y oxígeno con el flamante conde de Hardwicke...

...Donde estaría ella esa misma tarde.

Solo de pensarlo, se emocionaba tanto que se le cortaba la respiración. Ojalá pudiera compartirlo con su padre, pero por muy liberal que fuese el señor Swansea, dudaba que estuviera de acuerdo con que se internase en una institución casi sagrada con vello postizo.

Aunque se lo imaginaba más molesto porque no pudiera llevarle con ella.

—Gracias, Dios mío. ¡Gracias! —exclamó, echándose a sus brazos. Atticus no se movió al principio. Podría haberse escudado en la mesura aristocrática para retirarla o no devolverle el gesto, pero acabó estrechándola con suavidad.

Su voz sonó amortiguada al hablar contra su cabello.

—Lo hago solo porque pronto te convertirás en la esposa de un hombre, y con un retoño retorciéndote las entrañas me habría sido más difícil infiltrarte.

—Las barrigas descolgadas están incluso más de moda que las patillas, querido.

—Lo que también está de moda son los duelos al amanecer, y no me habría apetecido vérmelas con tu esposo por haberos secuestrado y escondido a ti y a tu hijo en Somerset House durante una reunión.

—¿Esa es tu manera de decirme que me echarás de menos cuando me vea obligada a desprenderme de todo para ser lady Loring?

Atticus se separó para mirarla con afecto fraternal. La ironía daba un brillo único a sus ojos color índigo. Por culpa del abrazo, los lentes de Mercy se habían torcido; tuvo que recolocárselos sobre el puente de la pequeña nariz con mimo.

—Lo bueno de que te cases es que ni veinte mil matrimonios harían que dejaras de ser Mercy.

—Solo una visita a la Royal Society haría que empezara a ser tu primo de Doncaster —se burló.

—Y únicamente por un día —advirtió—. No te encariñes demasiado.

—Por supuesto que no. Ya sé que al cielo se va una sola vez..., y eso con mucha suerte.

Capítulo 3



La Royal Society era tal y como Chase Reynolds se imaginaba el infierno: una agrupación de altilocuentes matusalenes y jovencitos que creían poseer un talento especial pavoneándose por haber publicado artículos en revistas científicas, interesantísimos libros sobre tratados de química y reediciones de textos platónicos con prólogos y acotaciones innecesarias.

Lo único que Chase tenía en común con aquella panda de engreídos era el brandy, y no del todo, porque se lo servían en escasa cantidad con el ridículo pretexto de «mantener las mentes despejadas». Cuando uno de los miembros de la sociedad —santo Dios, ¿tenía que sonar tan sectario?— le había servido un insuficiente dedo de alcohol bajo esa excusa, a Chase le habían dado ganas de desvelar que en la pipa de Shakespeare encontraron sustancias corrosivas. A lo mejor no tener la cabeza del todo sobre los hombros era la manera más efectiva de convertirse en un genio... Todo lo que el grupo de seniles soñaba con ser.

Chase lo veía en sus miradas desbordantes de ambición. Veía sus ansias de convertirse en «ese científico». En lugar de mirar los trabajos de sus compañeros con aire admirativo, los imaginaba devanándose los sesos con un reproche: «¿Por qué demonios no se me ocurrió a mí antes?». Algunos eran algo menos discretos y componían una sonrisilla de superioridad, en un indicativo gesto de lo muy por debajo que el descubrimiento o apreciación estaba respecto del nivel intelectual del grupo.

Chase no dudaba que fueran inteligentes. Lo que dudaba era que tuvieran alguna otra cualidad. Por lo pronto había reconocido a diez de los miembros: tres de ellos eran solteros a los cincuenta, a otros dos se les conocía por levantarle la mano a sus esposas y los restantes se habían casado con mujeres estúpidas, seguramente por precaución. Bastaba con echarles un ojo para dar por hecho que eran la clase de idiotas ansiosos por reconocimiento público que no soportarían rodearse de gente más lista que ellos. O no ya más brillante, sino lo bastante avispada para impedirles sobresalir. No le sorprendería que vieran como posibles competidoras incluso a sus propias mujeres; la mayoría de los presentes seguían teniendo una visión bíblica del género. La que las culpaba del Pecado Original y también del Apocalipsis.

Sí, señor. Aquello era el infierno. O uno de los muchos círculos del mismo que Chase conocía. El frente bélico que había cubierto como capitán tampoco fue un panorama muy alentador, de acuerdo, pero no exageraba cuando sentía que ese desfile de almidonados era incluso más desesperante que los cañonazos.

No debería haber cedido a la petición de su hermano Blaine, también conocido como lord Godolphin.

—Por favor —le había pedido—. Llevo tres semanas sin acudir a las reuniones y ya me advirtieron que, como faltara una sola vez más, me revocarían la membresía.

—Blaine, no voy a mentirte. Entre ser pisoteado por los cuatro caballos que tiran tu diligencia y fingir ser tú para escuchar teorías metafísicas, preferiría amanecer mañana con marcas de herraduras por todo el cuerpo.

—Solo será esta vez.

—Eso dijiste con once años. Y con catorce. Y con dieciocho. Creo que ya jugamos suficiente a «quién es quién» durante nuestra tierna infancia.

—Un juego demasiado divertido para no repetirlo, y que consistía en burlarnos de todos excepto de nosotros mismos. Ahora que has regresado es lo mejor que podemos hacer para reforzar el vínculo y volver a llevarnos como antes.

—¿Lo único que se te ocurre para que pasemos un buen rato es que yo me haga pasar por ti?

—Y yo por ti. En mi caso es un reto complicado, porque has vuelto con un humor sombrío que sin duda me costará emular. Menos mal que nos corta el pelo el mismo criado.

—Y menos mal que tengo memorizada tu estupidez supina desde el día en que fui consciente de que no eras un espejo, sino un palurdo de carne y hueso. Gracias a eso no me costaría actuar como si fuera el barón Godolphin.

Blaine había sonreído como él mismo solía sonreír. Solo que Chase sonreía cuando perdía, para que no se notara que le afectaba quedar en último lugar, y Blaine, cada vez que se consideraba vencedor. Es decir... siempre.

—Entonces ¿me cubrirás?

Le había cubierto por un sencillo motivo: porque para ser el infierno, el grandioso edificio donde la Royal Society se reunía, no estaba nada mal. Y nunca era mal momento para hacer un poco de turismo por la ciudad natal.

Jamás había pisado el ala este de Somerset House. De hecho, no había puesto jamás un pie en el regalo arquitectónico de sir William Chambers a Inglaterra, y no por falta de ganas: la Royal Society y sus avances tecnológicos, químicos y físicos bien podían no ser de su agrado, pues le parecía que el mundo era todo lo estupendo que podía ser tal y como estaba y no necesitaba cambiar, pero la Royal Academy, que se reunía en el ala opuesta en nombre del arte, sí que captaba su interés. Chase era sensible a la belleza y la estética, por eso había pasado los últimos diez años viajando por Europa y encamándose con las «estéticas bellezas» con las que se iba topando; de preferencia, morenas. Claro que dudaba que fuese a encontrar muchas mujeres entre los eruditos de la asociación artística, como tampoco en los cuadros que exponían en sus galerías. Ya había sido una ordinariez retratar a mujeres mundanas —que no divinidades— con los pechos desnudos durante el Quattrocento; no quería ni imaginarse lo que sucedería si se abandonaran los paisajes románticos tan en boga en el siglo XIX y venerasen en su lugar a la Fornalina de Rafael.

En cualquier caso, ni la pedantería que le rodeaba podía eclipsar el encanto de Somerset House, una construcción surgida de la envidia de ingleses hacia franceses de la época en que los segundos contaban con muchos más edificios públicos representativos de la nación. Chase tenía que ahogar la risa al imaginar la orden que le habría llegado a Chambers: debía construir un gran edificio público que convirtiera Gran Bretaña en un reino esplendoroso que dejara al francés a la altura del betún.

Lo importante era que lo había conseguido.

Al sur del Strand, a la orilla norte del río Támesis y frente al teatro nacional de Londres, habían sido erigidas sobre un palacio del período Tudor las oficinas gubernamentales, navales y de sociedades científicas de la capital. El espacio se repartía en salas de encuentro, patios, una inmensa biblioteca, una cocina y habitaciones en el ático, todas ellas ricas en minuciosos detalles propios del estilo palladiano. Probablemente, si los franceses hubieran sabido que Somerset House se estaba construyendo, en cierto modo, por rabia hacia ellos, no habrían ralentizado el periodo constructivo provocando una guerra en 1793.

Chase pensaba en todo ello mientras sorbía de su copa reposadamente y fingía prestar

atención a la charla de los señores. El tema del día era *Locomotion*, el nombre propio que le había dado el señor Stephenson a su criatura de vapor, con la que pretendía trasladar a seres humanos de un condado a otro el día veintiséis de septiembre. La mayoría estaba de acuerdo en que era un gran avance. Y sin duda lo sería: los atrevidos que viajaran en los vagones avanzarían... vertiginosamente a una muerte prematura.

Pero no sería él quien lo dijera. Prefería entretenerse con las esculturas y adornos visuales del salón donde se habían reunido. El techo pintado por Giovanni Cipriani y las yeserías ornamentales de los Thomas —Collins y Clerk respectivamente— eran más interesantes que una máquina asesina que funcionaría por arte de magia. O eso fue lo que Chase pensó, pero tuvo que tragarse sus palabras cuando sus ojos fueron a parar a la enjuta figura de uno de los presentes.

Una risa floja y cargada de incredulidad estuvo a punto de hacer que regase la alfombra de brandy. Se rascó la nariz con disimulo para suavizar el picor.

La figura en cuestión no parecía resaltar a simple vista. Aunque el aristocrático disfraz le quedaba ligeramente holgado, era lo bastante alta para pasar por un caballero y el vello facial era un reclamo a la obviedad de su sexo. Tampoco era raro que algunos siguieran llevando pelucas empolvadas de la época de María Antonieta. Nostálgicos había en todos los tiempos. Pero percibió una vacilación en su postura que le delató. Chase se fijó en cuánto se esforzaba por erguirse como un hombre; para que su voz sonara grave incluso al toser acercándose a la boca el puño cerrado.

Chase notaba las cosquillas de la risa en lo más hondo del estómago. Como cualquier otro hombre habría hecho, rechazó de primeras la posibilidad de que se tratara de una mujer. Pero tras dar una vuelta para estudiarla desde todos los ángulos, no le quedó otro remedio que confirmar que no era el único infiltrado sin una invitación a su nombre.

Él por lo menos tenía la excusa de que era un calco de su hermano gemelo, a quien sí le interesaba la ciencia. ¿Qué excusa tendría ella?, se preguntó, ladeando la cabeza desde su rincón para escrutarla con verdadera curiosidad.

A lo mejor, y después de todo, trasponer hasta allí no había sido tan mala idea. Buscaba distracción, buena o mala, antes de anunciar su regreso apareciendo por sorpresa en Almack's.

Y ahora quedaba claro que la iba a encontrar.

Capítulo 4



Pensó que ella se daría cuenta de que la había cazado. No estaba siendo en absoluto disimulado al observarla en la distancia. Rogaba para que nadie se hubiera percatado de su fijación, o de lo contrario tendría que dar muchas explicaciones acerca de sus tendencias sexuales.

Se preguntó si no debería desvelar la identidad de la señorita en medio de la reunión. Eso sin duda le añadiría picante a la escena, que necesitaba con urgencia una subida de ánimos, y haría que la tarde pasara a los anales de la historia como el día en que una mujer revolucionó la Royal Society.

Chase prefirió dejar pasar la oportunidad. No solo por el bien de la muchacha o porque fuera consciente de lo hipócrita que sería de su parte, sino porque se regocijaba pensando en torturarla en privado.

¿Qué podía decir? A Chase le gustaba tener a las mujeres para él solo.

Los caballeros se lo pusieron fácil retirándose a la biblioteca del bajo con la excusa de revisar un tratado. Todos estaban tan inmersos en la conversación que no se percataron de que, durante su paseo por el amplio corredor, se les perdía la dulce ovejita, que prefirió desviarse al ala oeste y más concretamente al salón de la Royal Academy.

Chase la siguió a distancia prudencial, admirándola con una media sonrisa de la que ni él mismo era consciente.

Por supuesto que era una mujer. No contoneaba sus caderas como la más coqueta de los salones, ni tampoco parecía caminar sobre una nube de polvo como algunas que parecían criaturas etéreas, pero sin duda le faltaban los andares de un caballero. Los pantalones se ceñían a sus caderas y tenía que llevar el chaqué holgado por obligación, quizá para que no fueran muy notables sus contornos femeninos.

Unos minutos después de que ella desapareciera en el interior del salón, Chase entró. Lo recibieron los magnánimos moldes de esculturas clásicas, entre muchos ellos, bustos, y el trabajo de yesería de Papworth que convertía el espacio en uno de los lugares más atractivos para el turismo de Somerset House.

Ella paseaba entre las obras muy despacio, deteniéndose para recorrer sus detalles con ojos ávidos. La peluca se le deslizó al ladear la cabeza, y de esta escapó un largo mechón color miel.

Chase sonrió para sus adentros.

Menudo desastre de espía.

Olía a jabón y a agua de rosas. Lo sabía porque había dejado un rastro que tentaba a perseguirla por el laberinto de bustos, y con ningún otro objetivo que probarlo directamente de su cuello.

Le dieron ganas de reírse.

¿De verdad nadie se había dado cuenta?

—Parece que le interesan más los rostros mudos y marmóreos que los rubicundos caballeros de la reunión —comentó en voz alta, deteniéndose detrás de la escultura que ella admiraba de frente—. No puedo culparle, *señor*. A mí me pasa lo mismo.

Fue cómico verla dar un respingo antes de asomarse con cautela por un lado del cabezón del personaje esculpido. Chase se fijó en el único detalle de su rostro que se podía apreciar por culpa de los postizos: los ojos. Unos cálidos e inocentes ojos castaños que parecían el doble de grandes por culpa del cristal de unas gafas redondas.

—En realidad este busto está esculpido en bronce, señor, no en mármol —dijo con tiento, remarcando su tono masculino con cada sílaba. Esa niñería tan absurda hizo que sintiera curiosidad por cómo sería su voz de verdad—. Es el del dios Neptuno, de la mitología clásica.

—No recuerdo que el dios Neptuno fuese tan famoso o protagonizara algún mito griego interesante como para merecer un busto.

—Es un dios, señor. ¿Quién si no merecería un honor como este?

—Hefesto también es un dios y no le esculpen, aunque supongo que nadie se molesta con los feos. Ni con las feas. Yo el primero —admitió con desahogo—. En mi opinión, creo que sería más apropiado plasmar el rostro de Pandora.

Le dirigió una mirada elocuente que ella, en su inocencia, fue incapaz de descifrar. Se recolocó la peluca, observándolo con curiosidad.

—¿Por qué Pandora?

—Porque su curiosidad estuvo a punto de salirle muy cara a la humanidad. ¿No fue por culpa de que abriera esa caja suya, por lo que ahora hay sombras en nuestro mundo? Me parece que en este lugar hay muchos curiosos —insinuó, paseando con lentitud a su alrededor—. Empezando por nuestros hermanos de la Sociedad, a los que les inquieta el futuro de la ciencia, y concluyendo con algunas presencias inexplicables.

—¿Como cuál?

—¿No le parece que huele a perfume femenino? Cualquiera diría que ha habido una mujer en esta habitación... de no ser porque eso sería imposible, claro.

Se apoyó un segundo en una de las columnas repartidas por el salón, a tiempo para advertir que palidecía. Por un momento pensó que iba a confesar su delito, pero en su lugar carraspeó.

—No me parece que Pandora merezca un busto en Somerset House, ya que se estaría dando a entender que hay que castigar la curiosidad como ella fue castigada, y eso va contra la naturaleza de esta decente organización.

—Si ha leído suficiente mitología griega, *mi estimado señor*, sabrá que el castigo de la curiosidad es un tema recurrente. Uno que incluso ha llegado a nuestros días. Piense en Psique y Eros: él la abandonó porque ella quiso saber cómo era su rostro. O en Ícaro, el joven que, por las ansias de conocer el sol, voló demasiado alto y acabó con las alas derretidas. U Orfeo y Eurídice —continuó. Con una media sonrisa peligrosa y la lentitud de un depredador al acecho, se fue aproximando a ella—. Orfeo perdió a su dama para siempre porque le ganó la curiosidad de descubrir cómo era el Inframundo.

—Orfeo se dio la vuelta antes de tiempo para ver a Eurídice acercarse porque la impaciencia le jugó una mala pasada, señor. No creo que fuera una cuestión de curiosidad, sino de las ansias de amor.

Chase elevó las cejas en señal de grata sorpresa.

—¿Qué sabe usted sobre las ansias de amor?

Se percató de que la joven expresaba su turbación sin sonrojarse.

—M-mucho, señor. Disfruto de la compañía femenina como el que más —balbuceó. Consternada por el desvío de la conversación, se dio la vuelta de nuevo hacia el busto de Neptuno y cambió de tema—. De todos modos, Neptuno es su nombre romano, así que habría que hablar de mitología romana. Y se supone que debería estar en el patio, junto a la escultura de

Jorge III, pero parece que necesita una restauración.

—Suenan a que sabe muy bien dónde está cada cosa —comentó con desenfado, recorriendo con el dedo uno de los mechones de pelo de Neptuno—. ¿Viene mucho por aquí?

—No, señor, esta es mi primera vez, pero conocía la disposición del sitio gracias a un estudio exhaustivo. —Vaciló—. No creo que vuelva nunca, no soy miembro de la Royal Society. Solo me permitieron una visita por cortesía. O por curiosidad, si lo prefiere.

Chase se inclinó hacia ella y habló en tono bíblico.

—¿Y no teme ser castigado por dejarse llevar?

—Desde los tiempos de Pandora hemos vivido mucho. Ahora, la curiosidad mueve el mundo. Lo transforma. Gracias a ella descubrimos el fuego y la rueda, por poner un ejemplo.

—Estoy de acuerdo en que la curiosidad permite los descubrimientos más asombrosos. Ha sido ella la que me ha convencido de seguirle hasta aquí y hacer mis averiguaciones —insinuó. Ella pestañeó varias veces, signo de incomodidad que él disfrutó en secreto—. Me deja mucho más tranquilo ahora que sé que solo está de visita temporal.

Lo miró con recelo.

—¿Por qué?

—Creía que andaba usted de incógnito, que era una especie de espía infiltrado y solo yo me había dado cuenta de que no pertenece a este lugar. No me sorprende ser el único. Los eruditos de la Sociedad se caracterizan por su brillantez en unas materias y su tremenda falta de agudeza en otras diferentes.

—¿A qué se refiere, señor?

Chase rodeó la escultura para acercarse a ella. Su delicioso olor corporal se intensificó y él se vio de pronto entusiasmado y totalmente seducido por la situación. Se sentía un niño durante la búsqueda del tesoro de uno de esos juegos de aventuras que su niñera improvisaba en el jardín.

—Creo que usted sabe bien a qué me refiero. ¿Cuál es su nombre?

—Lord Marcus Richter. Primo de lord Halifax.

—¿Lord Halifax cree que tiene un primo, en masculino? No me quiero ni imaginar su sorpresa cuando se entere de la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de que no sé si estrecharle la mano o besársela sobre el guante —reconoció, componiendo una exagerada mueca—. Me tiene usted muy confundido.

Hasta el momento, la joven había parecido sobrecogida por la conmoción de verse descubierta, pero empezó a retroceder en cuanto él hizo ademán de tomarla de la mano.

—Que una mujer haya podido infiltrarse en la Royal Society sin ser descubierta solo refuerza una teoría que mantengo desde hace tiempo. Estos doctos caballeros no han tratado con una fémina en su vida; ni siquiera a su propia esposa.

—Está usted hablando de los visionarios de Londres, señor...

—Yo no llamaría visionario a un hombre que tiene en sus narices a una muchacha y lo único que puede ver es su propia arrogancia. Y si eso es lo que nos espera de los tipos más listos de Inglaterra, explica por qué hace solo quince años nos gobernaba un loco.^[3]

—¿Y se supone que usted sería el visionario? Porque me sorprendería que pudiera ver más allá de la superioridad con la que se refiere a los sabios entre los sabios de Inglaterra.

—Yo también soy un sabio. Puede que no sepa nada sobre locomoción, pero a la vista queda que estoy más versado en anatomía femenina que ninguno de ellos.

—No está demostrando ninguna agudeza con sus insinuaciones. Me parece insultante que diga que soy una mujer.

—Si no es una mujer, entonces es usted el caballero más apuesto con el que me he encontrado nunca —se burló—. ¿Debería preocuparme por la apasionada atracción que siento por el hombre que tengo delante?

Ella inspiró hondo y se recolocó bien la peluca.

—En mi opinión, señor —empezó, ignorando su respuesta—, reconocer a una mujer o ser incapaz de hacerlo no se trata de una cuestión de inteligencia, sobre todo ahora. Nos encontramos en un lugar en el que las damas tienen prohibido el paso. Lo estúpido de verdad habría sido suponer que una se colaría en la Royal Society.

—¿Me está llamando estúpido?

—¿Y usted me está acusando de ser una mujer?

Chase casi se rio.

—Sin duda ser una mujer en este momento y en este sitio constituye un delito, por lo que sí sería una acusación..., pero no tengo el menor interés en ponerla en un aprieto.

—No sé por qué insiste en tratarme en femenino, señor.

—Y yo no sé por qué insiste en tratarme como un idiota, *señorita*.

Ella vaciló. Seguía retrocediendo, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no se chocaba con nada en su huida.

—Me llamo... Marcus Richter... y...

—Podría desmentir eso quitándole el bigote —cortó—. Sin embargo, y aunque no hay nada escrito en libros de protocolo sobre arrancarle el vello facial postizo a una mujer (no entiendo por qué no), doy por hecho que sería muy descortés.

—Estamos de acuerdo en eso. Y todo lo que se le ocurra hacer para demostrar que tiene razón sería escandaloso, así que mejor dejémoslo como está.

La muchacha se sobresaltó al chocar con una de las paredes del salón. Antes de poder escabullirse, Chase se detuvo delante de ella y le cerró una de las salidas apoyando la mano en el muro a la altura de su hombro.

—No soy la clase de hombre que «deja las cosas como están», *señorita*.

—¿Y qué clase de hombre es?

—De los que toma las cosas y no las deja ni las suelta hasta que considera que están lo bastante revueltas.

—¿Qué insinúa?

Recorrió su rostro con una mirada ávida y divertida. Había una delicada estructura ósea bajo el disfraz y la piel nívea de las mujeres con dinero... o con una buena genética. Tal vez no fuera bella, era imposible saberlo, pero en esa ocasión no se trataba de satisfacer un deseo sexual, sino de tener la razón, de demostrar su hipótesis y de divertirse.

Una sonrisa canalla despuntó en sus labios al inclinarse sobre ella.

—¿Sabe? Nunca he besado a una mujer con bigote. Ni tampoco a un «hombre».

Se percató del segundo exacto en el que se le cortó la respiración.

—Señor, estoy segura... quiero decir... *seguro* de que la experiencia no sería satisfactoria.

—Pero acabo de decidir que, aun así, voy a arriesgarme.

—Está a punto de transgredir la ley, señor —balbuceó.

—¿Qué ley? A mí solo me gobierna una norma, *señorita*, y es la de hacer y deshacer a mi antojo.

Se inclinó sobre ella a la vez que prodigaba una caricia del centro de su largo cuello a la barbilla puntiaguda. Así consiguió que alzara el rostro hacia él y no encontrara resistencia al despegar muy despacio el bigote para rozar su boca entreabierta y jadeante con los labios. Chase

se detuvo un segundo para sonreír con maldad y darle tiempo de apartarse, de huir, pero ella se había quedado helada. No tanto por el shock, sino ansiosa por averiguar hasta dónde sería capaz de llegar y cómo se las arreglaría para derretirla.

—Incluso ahora siente curiosidad —meditó él, calentándole los labios con su aliento—. Me he topado con la Pandora más atrevida del Olimpo. ¿O con el Ícaro que vuela por encima de sus posibilidades?

Chase experimentó con el ritmo de sus respiraciones acercándose y alejándose; deslizando unos dedos traviesos por el óvalo de su tierno rostro alargado y la tentadora garganta. Dejó que su mano se desplazara con pereza por el torso femenino y apreciara una a una las delicadas curvas que la traicionaban. Su sonrisa se ensanchó al notar los pezones enhiestos bajo la camisa.

—Mujer —susurró sobre sus labios, que ella separó más como si quisiera decir algo... o como si le estuviera pidiendo que la besara.

En lugar de hacerlo, usó los dedos libres para recorrer el contorno de su boca e infiltrar medio pulgar para sentir el calor abrasador de su aliento entrecortado. Su mano seguía explorando la cintura y las caderas, y aunque dudó un segundo antes de atreverse, atizado por la pregunta de si no estaría portándose mal con una dama, se decidió finalmente a cubrir la unión entre sus muslos.

—Sin duda... *Mujer* —concluyó en un murmullo secreto.

Ella emitió un jadeo que él sofocó propinándole un pequeño mordisco en el labio inferior, con el que consiguió que abriera la boca lo suficiente para recorrer el borde interior de sus labios con una húmeda y mortificante caricia de su lengua.

Besarla no había sido ni de lejos su intención inicial, solo una estrategia para que reaccionase y admitiera que no tenía nada de masculino. De hecho, no pretendía continuar engordando la lista de conquistas una vez estuviese en Inglaterra. Había regresado a la capital con un objetivo, y era el de recuperar a una mujer para jurarle lealtad frente a un vicario. Pero aquello estaba aún en el aire, y todavía no le había hecho ninguna promesa. Lo único prometedor en el momento era cómo la desconocida se estremecía y engurruñía los dedos como si no pudiera decidirse entre apartarlo y acercarlo más.

Chase se aferró a la excusa de estar viviendo una situación totalmente fuera de serie para juntar sus caderas y tomar posesión de su boca. Lo hizo con esa gentileza que era en realidad pura fachada, porque en cuanto comprobó que ella aceptaba la intrusión de su lengua ansiosa por habitar territorio inexplorado, la sorprendió con una seducción extraordinaria que la obligó a aferrarse a su pañuelo.

Qué bien olía. Y sabía a crema pastelera, a todos los dulces de un desayuno copioso con un toque amargo que le estremeció de gusto. Se aprovechó de los pantalones para hundir las uñas en la carne firme de sus nalgas, y profundizó el beso. El corazón le galopaba alocadamente en el pecho, y quiso acoplar el ritmo de sus envites y lamidas al de su pulso; llevarla a los límites de su escasa experiencia para averiguar hasta qué punto era capaz de entregarse.

Hacerle el amor a una desconocida rodeado de las obras de arte de la Royal Academy sonaba sugerente, y lo era el doble cuando la criatura parecía barro en sus manos; un cuerpo dispuesto y casi suplicando que la modelase para encajar con el suyo. Chase no se privó de nada, y lamentó no haber sido más prudente cuando percibió la familiar calidez de su entrepierna al tocarla sobre los pantalones. Estaba tan excitada que ardía, y a Chase no le costó imaginarse cómo sería encajarse entre sus caderas y poseerla sobre la mesa de reunión.

Podría hacerlo. La tenía a su merced.

Lo haría... Pero antes necesitaba un nombre.

—¡Marcus!

«No ese nombre», atinó a pensar al separarse, turulado por el deseo urgente que le había espesado la sangre. Se mareó al ladear la cabeza hacia el recién llegado: lord Atticus Richter, que los observaba con absoluto horror.

La muchacha logró hacerse con el bigote antes de dirigirse, temblorosa, a donde Atticus se había quedado rivalizando en rigidez con las estatuas del salón.

Chase le sostuvo la mirada desde donde estaba, siendo solo vagamente consciente del lamentable aspecto de libertino del tres al cuarto que debía estar ofreciendo.

Atticus no iba a decir nada. No había nada que decir, teniendo en cuenta la complejidad de la situación. Y él tampoco tenía pensado hacer ningún comentario, pero justo entonces, el cosquilleo de una risa inesperada le pidió que forzara una mueca severa.

—Espero que esto quede en la más estricta confidencialidad, Halifax —dijo—. Le estaré muy agradecido si evitara hacer comentarios en público sobre mis... *inclinaciones*.

Atticus ni pestañeó.

—No se preocupe, Godolphin. Su secreto está a salvo conmigo.

Chase esperó a que el caballero y el —solo en teoría— señor desaparecieran para sonreír como un idiota. No se rio a carcajadas porque aún tenía atascado en el cuerpo el deseo insatisfecho, que tardaría un buen rato en disiparse.

Apoyó la mano en la pared y tembló discretamente, apenas aguantando las carcajadas.

Por una vez no le había venido mal hacerse pasar por su hermano. *Nada mal*.

Capítulo 5



Mercy suspiró largamente y ladeó la cabeza hacia su acompañante. Tal y como había sospechado, la estaba mirando con una mal camuflada mueca de consternación.

—¿Serías tan amable de actuar como si nada hubiera ocurrido? —le preguntó en voz baja, cerciorándose a la vez de que nadie en el inmenso salón de baile de Almack's la estaba observando—. Dentro de un rato la gente empezará a pensar que has visto a un fantasma.

—He visto algo mucho peor —le recordó Atticus, de pie a su lado. Si no tuviera a todo el mundo acostumbrado a la pose de estirado, su rigidez habría llamado la atención—. Y no tendría inconveniente en actuar como si nada hubiera ocurrido si de verdad *nada hubiese ocurrido*.

—Es que nada ocurrió —insistió.

—Mercy... Tengo dos ojos en la cara, y no me di ningún golpe en la cabeza al nacer.

Se encogió bajo la mirada grave que le dedicó.

Atticus Richter bien podía haber burlado unas cuantas leyes incitándola a cometer aquella travesura, pero no era ninguna clase de imprudente y, de hecho, se le conocía por correcto y concienzudo. A pesar de mimar su reputación y opinión de sí mismo como el que más, Mercy sabía que tener que replantearse el alto concepto en que se tenía por haber dado lugar, indirectamente, a la situación en la que ella era abordada por un desconocido —uno con intenciones poco decorosas—, no era lo que molestaba a Atticus. Lo que le estaba matando de remordimientos era el peligro al que la había expuesto.

—De acuerdo. —Cedió—. Sí que sucedió algo.

—No me digas. Concluida ya la fiesta de la obiedad, ¿podrías especificar un poco más para que decida cómo proceder?

—¿Proceder? No vas a proceder de ningún modo. Procederás a bailar un vals con alguna de mis hermanas, pero ni se te ocurra tomar cartas en el asunto.

—Tranquila, no se me ocurriría ir a buscar a Godolphin para tirarle el guante. Solo necesito cerciorarme de cuáles fueron las libertades que se tomó. En función de eso buscaré un flagelo u otro con el que castigarme.

—Atticus, desobedecí tus órdenes y me distraje por el ala que no debía. Y ni siquiera tú podrías haber supuesto que, en el caso de reconocerme, me abordarían de ese modo. —Añadió, con la boca pequeña—: Ni yo tampoco.

—¿De qué modo?

Mercy fue a proferir una exclamación exasperada. No era dada a ruborizarse ni tampoco tendía a la mortificación, ni siquiera cuando las circunstancias podrían justificar una reacción de ese tipo. Sin embargo, se le acabarían subiendo los colores si Atticus insistía en conocer los detalles.

Desplegó su abanico de encajes y se cubrió hasta la nariz para susurrar con discreción:

—Me besó.

Atticus bufó con ironía.

—Sí, algo de experiencia tengo para saber cómo se queda una mujer cuando la besan a traición.

—¿Besas a las mujeres a traición? Como víctima de tal desacato, te ruego que por favor lo evites mientras no haya consentimiento. —Atticus le lanzó una mirada asustada—. Quiero decir... Sí que hubo, en cierta manera, por mi parte... Dios santo, Atticus, no fue tan terrible. No me pongas esa cara.

—Lamento que mi cara de «han besado a mi querida amiga a traición» no sea de tu agrado. ¡Acabas de decir que no hubo consentimiento! ¡Y sabe Dios si te hizo algo más!

—Fue un beso. Solo eso —mintió. Y sonó sorprendentemente sincera, lo que levó cargas de los hombros del pobre Atticus—. Y no tiene la menor importancia. No sabe quién soy, no le dije mi nombre, no me reconoció. En cambio, yo sí conozco su identidad. Estoy un paso por delante en el caso de que se propusiera arruinar mi reputación, cosa que dudo bastante porque para él solo fue un escarmiento por haberme presentado como alguien que no soy.

—Si quieres que yo le dé un escarmiento a él solo tienes que pedírmelo, encanto —repuso, con la vista clavada al frente. Sus ojos despedían el brillo mortífero de un arma blanca en la oscuridad—. Godolphin me lo puso fácil refiriéndose a sus «inclinaciones». Un simple comentario en White's sobre tendencias sodomitas y se acabó.

Mercy apoyó una mano en su antebrazo y esperó a que le prestara atención para deletrear:

—Mejor dejémoslo estar, ¿de acuerdo? Ni siquiera fue desagradable, Atticus; esa es la verdad. Puede que al principio me sorprendiera, pero...

La confianza que Atticus tenía con las hermanas Swansea escandalizaba incluso a sus propios padres, a los que les había costado un infierno asumir que tan estrecha amistad era factible entre familias de sangre azul y burgueses. Sin embargo, por muy cercanos que fueran, Mercy no se atrevía a confesar que el barón Godolphin besaba como un demonio. Esas eran intimidades que una señorita no debía admitir ni a sí misma, por lo menos si pretendía conservar su honor intacto.

«Honor no, Mercy», se dijo de inmediato, con sarcasmo. «Los hombres tienen honor; las mujeres tienen virtud».

Aunque Blaine Reynolds había estado muy cerca de arrebatarse eso también. Y durante un delirante segundo, ella deseó que lo hiciera.

—Acepto que me consueles asegurándome que no merece la pena que me cobre una venganza, pero no me trates como si hubiera nacido ayer —rezongó Atticus. Sus finos labios se torcían en una mueca desencantada—. Insinuar que pudiera haberte agradado es una exageración incluso para tratarse de ti.

—Bueno, creo que cuando una mujer es una «fuera de serie», no puede esperar verse envuelta en circunstancias que no sean fuera de serie —intervino amistosamente, sonriendo—. Sin duda ha sido una experiencia interesante.

—«Interesante».

—Siempre he sentido curiosidad por cómo se sentiría ser besada —reconoció en voz baja.

Nada más oírse, recordó al barón pronunciando las palabras «curiosidad» y «Pandora», el modo en que se había referido a ella de un modo tan sensual que le dolió.

—¡Curiosidad! —repitió.

Atticus selló sus labios de esa manera en que lo hacía cuando iba a soltar una maldición. O eso creyó Mercy; en realidad había decidido callarse para que el nombre de un recién llegado resonara en sus oídos con claridad.

En principio creyó que se trataría del barón Godolphin, lord Blaine Reynolds, pues su físico cuadraba con el del hombre que la había abordado. Pero no fue así como lo presentaron.

—¿El señor Chase Reynolds? —dudó ella, confundida.

—Es su hermano. Porque con un sinvergüenza con cara de pánfilo no teníamos suficiente —masculló Atticus, fulminándolo con la mirada.

Mercy no lo recordaba con «cara de pánfilo», pero decidió no echar más leña al fuego.

—El señor Reynolds no tiene culpa de nada, Atticus. No traslades un odio particular a la familia entera.

—¿Por qué no? Es lo que hace todo el mundo en esta ciudad.

—Tú eres mejor que «todo el mundo».

Dicho eso, Mercy volvió a dirigir la mirada al recién llegado, notando un cosquilleo en la boca del estómago.

Caminaba como si supiera que tenía todos los ojos encima y, aun así, eso no le impresionara. Siendo tan consciente de sus virtudes como parecía, a juzgar por cómo se desenvolvió besando las manos de las patronas y su expresión entre desdeñosa y divertida, lo raro habría sido que le sorprendiese robar las miradas de cada cuerpo caliente del salón.

No merecía menos.

—Dios santo, son idénticos —musitó, maravillada. Al percatarse de que Atticus la miraba con el ceño arrugado, ella encogió un hombro—. Me fascinan estos pequeños milagros genéticos. No es más que mero interés biológico, lo prometo.

Y no mentía. La «biología», la «composición anatómica» o la «disposición ósea» del caballero, o como fuere el eufemismo que deseara usar, parecía obra de un escultor barroco. Entraba en el canon de altura y proporciones y tenía un rostro que haría llorar a los ángeles. Mercy no valoraba la belleza, puesto que no entraba en la categoría de conocimiento adquirido o talento incentivado, lo que sí era digno de alabanza, pero tratándose de una belleza que había tenido entre sus brazos, el cuento cambiaba.

Mercy aguantó la respiración al verlo cruzar la amplia sala con aire displicente. Ya en la distancia, uno podía jurar que sus pensamientos se hallaban a resguardo bajo siete llaves. La media sonrisa dibujada en sus labios parecía una burla, pero también una mera cortesía, y a la vez parecía entrañar un agotamiento existencial muy intrigante.

—Son gemelos —comentó Atticus—. Chase es el menor. No he tenido la oportunidad de tratarlo. Como hijo segundo, se compró una plaza de capitán en la guerra y, en cuanto le pusieron la medalla por méritos tras regresar, volvió a marcharse para viajar por Europa.

—¿Por qué? —Se oyó preguntar, observándolo con los ojos muy abiertos—. ¿Quería olvidar los horrores de la guerra?

—No necesariamente «los horrores de la guerra». Por lo que se dice, con olvidar su nombre y lo que había hecho la noche anterior le bastaba —ironizó—. Parece que se dedicó a beber y a actividades que no es de Dios mencionar delante de una dama.

Mercy asintió, aún sin apartar la vista de él.

Era un espécimen glorioso. Su densa melena rubia oscura, cortada a la moda, parecía burlarse de los ralos cabellos de los caballeros que le rodeaban para darle la bienvenida. Los sastres de Inglaterra debían perseguirle para usar sus medidas como modelo de lo que un caballero debería ser. Observando sus larguísimas piernas, la cintura tan estrecha como la suya y los amplios hombros, no le costaba imaginarse cómo le habría quedado el uniforme del ejército.

Qué criatura tan soberbia, pensaba.

Un calor revelador estalló en su estómago al pensar que su hermano, que compartía cada uno de sus rasgos, la había besado.

No estaba segura de que fuera coherente sentirse así por su atacante, pues a fin de cuentas la había acorralado, pero en el fondo de su corazón, en el que parecía imposible que hubiera algo

más que fórmulas matemáticas y patentes tecnológicas, se estremecía de emoción al pensar en lo sucedido.

«Sin duda, mujer», había ronroneado.

Mercy ya sabía que la condición de fémina le vino dada por nacimiento, pero la manera en que él lo pronunció la había convencido de que ser mujer no era solo una limitación; de que no significaba exclusivamente tener prohibida la entrada a asociaciones masculinas, a la Cámara, a los emergentes sindicatos, a las herencias nobiliarias o el mando de las industrias, como ella siempre había lamentado. Ser mujer pareció mucho más cuando él se lo puso en los labios, y sonó tan prometedor que Mercy había pasado el resto del día en estado catatónico, luchando por vencer la frontera de su intelecto para averiguar qué había más allá del placer experimentado en sus brazos.

Y eso no era todo, porque Mercy se había sentido femenina por primera vez.

Ella sabía que no era bonita. Gracias a los grandiosos vestidos que el sastre hacía a su medida podía destacar un pecho más bien escaso y una cintura del mismo ancho que las caderas, pero no habría milagros cuando debiera mostrarse tal cual era en la noche de bodas. Si hubiera tenido un rostro hermoso, al menos podría decirse que Dios se había quedado a medias al crearla, pero la había abandonado desde el principio. Siendo así, no extrañaba que hubiera pasado desapercibida durante las temporadas londinenses y nadie le hubiera pedido un baile más que los lores arruinados que ambicionaban la fortuna de su padre.

Si ya era difícil que los hombres se dieran cuenta de que era una mujer cuando vestía las mejores sedas y portaba un abanico, no extrañaba que los eruditos de la Royal Society también lo hubieran pasado por alto.

Pero él lo había descubierto nada más verla, complaciendo esa vanidad femenina por tanto tiempo herida en lo más profundo, y le había dado a todo su género un encanto en el que Mercy no había pensado hasta entonces.

Aunque debía estar irritada, se sentía halagada.

Pero eso no se lo diría a Atticus, que dudaba que pudiera comprender la complejidad de los sentimientos femeninos.

Ni siquiera la propia Mercy los comprendía del todo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —exclamó una voz conocida. Mercy se giró para toparse con la mueca ansiosa de su madre. La escoltaban Temperance y Faith—. Tendrías que estar charlando con el vizconde Loring, aireando tu carné de baile hasta que te reservara el próximo vals, y luego acompañarlo al jardín para que haga su propuesta formal.

—Es una pena que una mujer no pueda casarse otra vez si tiene ya un marido, o podría usted combinar su sabiduría y su entusiasmo para conseguirse a sí misma la anhelada propuesta —le dijo Temperance a su madre, sonriendo con sarcasmo.

—Mercy es el claro ejemplo de que madre no desperdicia ni una cosa ni la otra, pues a fin de cuentas vuelca en ella sus maravillosos consejos —acotó Faith, dándose aire con el abanico.

—Y no dudéis que pretendo volcarlos también en el resto de mis hijas cuando llegue el momento —zanjó Wilhelmina. Luego se giró hacia el marqués de Halifax con una encantadora sonrisa que le había valido el apodo de «joya de Londres» en la temporada en la que fue presentada—. Mi querido marqués, no piense que no aprecio que haga compañía a Mercy...

—No se preocupe, señora Swansea, lo entiendo. La señorita tiene un deber.

—Atticus sabe de deberes y órdenes porque su tío estuvo en el ejército y no hay mucha diferencia entre los coroneles y nuestra madre —apostilló Temperance. Le tendió la mano al caballero, que no dudó en besarla.

—Más que un coronel, parece un pirata. Una de sus frases preferidas podría ser «al abordaje» —se mofó Faith—. Aunque cuesta creer que lord *Boring* sea nada parecido a un tesoro o un buen botín.

—¿Lord *Boring*? —rio Atticus. Lanzó una mirada divertida y que buscaba explicaciones a Mercy, que solo encogió un hombro.

—¡Una señorita no hace ese gesto! Ve a por lord *Bo...* Loring ahora mismo —ordenó Wilhelmina—. O al menos pasea por delante de él con tu hermana Faith hasta que se decida a acercarse. Dios santo, ¡deberías haberlo saludado nada más entrar!

Mercy ahogó un suspiro y aceptó el brazo que su hermana le ofrecía con una mueca comprensiva. Su familia la compadecía más de lo que a Mercy se le habría ocurrido hacerlo, fundamentalmente porque sabía cuál era su responsabilidad como casadera y no tenía miedo a cumplirla.

Cuando ya se habían alejado de su madre lo suficiente para tener una conversación más privada, Faith decidió seguir la línea de sus pensamientos para preguntar:

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—¿El paracaídas para que Temperance pueda salir disparada a Kent? Por supuesto.

—La respuesta a eso ya la sabía. —Faith le sacó la lengua—. Me refiero al matrimonio. A lord *Boring*.

—No es el candidato perfecto, pero ninguno lo habría sido. Al menos puedo decir que está al corriente de mis rarezas, y, si bien dudo que se dedique a alentarme como lo hace padre, no me encerrará en el desván cada vez que se me ocurra una idea.

—Te estaría haciendo un favor si te encerrase en el desván. Seguro que con el polvo del alféizar te entretendrías más que con él.

—Me divierte el juego de burlarnos de lord Loring, creo que es evidente, pero en realidad es un buen hombre —expresó en voz baja. Lo localizó apoyado en una de las columnas, bebiendo de su copa a pequeños sorbos mientras charlaba con un caballero de melena gris—. Y si tuviera que señalar su mayor defecto, no sería el de aburrido. Me parece más bien un conformista, porque fíjate en la novia que ha seleccionado.

—¡Mercy, qué poco amor propio!

—¿Poco? Estoy orgullosa de ser quien soy. Si no, intentaría ser de otra manera. Pero podríais acusarme de vivir en una burbuja si no fuera consciente de que las jovencitas como yo pueden darse con un canto en los dientes si no las entierran con su apellido de nacimiento. —Encogió de nuevo el hombro—. Soy tan realista con mi forma de ser y la manera en que me ven como consecuente con mis responsabilidades.

Cogió aire y lo retuvo en los pulmones mientras elegía un semblante solemne para declarar:

—Así que, en Eaton Square o en casa de lord Loring, seguiré trabajando en mi electroimán.

Faith soltó una carcajada.

Aunque no fuera lo más apropiado en medio de un grandioso salón de baile, y siendo oteadas por las calculadoras patronas que patrocinaban los matrimonios de Almack's, Faith la abrazó. Y Mercy se dejó, a riesgo de que su madre se las ingeniara para chamuscarlas de un vistazo fulminante.

Al separarse, los chispeantes ojos pardos de Faith centellearon con alegría.

—En ese caso, te deseo una gloriosa pedida de mano y un matrimonio aún mejor. —Faith le dio una palmada en la espalda y se retiró un segundo antes de que el vizconde Loring decidiese concluir la conversación y acercarse a Mercy.

La muchacha tuvo que agachar la mirada para concentrarse en el enjuto y poco expresivo

rostro de su pretendiente.

—Señorita Swansea, está usted encantadora esta noche.

—Está usted halagando a lady Wordsworth sin darse cuenta, milord —comentó mientras él besaba su mano enguantada—. Por lo visto, a las dos se nos ocurrió ponernos nuestro vestido lila para esta noche.

—Ni siquiera me había dado cuenta, aunque por supuesto conozco a lady Wordsworth y puedo decir que es una dama muy atractiva.

Y también muy caprichosa y poco prudente a la hora de visitar al sastre. En lugar de permitir que el excelente señor Aldridge, un profesional del oficio, inventara un vestido de noche inspirado solo en la belleza morena de la viuda, le había exigido que calcara el vestido de Mercy. Por lo visto, lady Wordsworth se había enamorado de la prenda al verla doblada sobre el mostrador, donde esperaba que Wilhelmina apareciera para ser entregado a su propietaria. El señor Aldridge era demasiado correcto para hacer comentarios al respecto, pero Temperance no lo había dudado a la hora de acusarla por su descaro y total falta de originalidad.

Mercy solo lamentaba que hubiera decidido ponérselo también esa noche. Ya que habría sido imposible ser la mujer más bonita de Almack's, al menos le habría gustado ser la única mujer vestida de lila de Almack's.

—Tengo la intención de pedirle un baile una vez se haya celebrado la cena —decía Loring—, pero antes, y aprovechando el barullo de la recepción, me gustaría conversar con usted a solas. ¿En el jardín, quizá?

—¿A solas, milord? Mi hermana...

—No creo que suponga ningún problema, señorita Swansea. Todos aquí están ya al corriente de que mis intenciones con usted no pueden ser más honorables.

Mercy se dijo —y se odió por los perversos derroteros que tomaban sus pensamientos— que lord Loring era tan aburrido que, seguramente, ni se le habría ocurrido seducirla aprovechándose de la oscuridad. Quizá ni siquiera supiese lo que significaba «seducir». Ni la propia Mercy habría sospechado en qué consistía de no haber sido porque, esa tarde, se había topado con un hombre que torcería la boca de incompreensión al oír la palabra «aburrido».

Apostaba por que lord Godolphin era un hedonista en cuyo vocabulario no figuraban esos términos.

—Por supuesto, milord. —Hizo la reverencia—. Iré al jardín y le esperaré allí dentro de quince minutos.

Capítulo 6



Si no hubiera sido por la autoimpuesta obligación moral de hacer una entrada maestra en la alta sociedad, Chase habría evitado Almack's a toda costa.

No estaba en contra del exclusivismo de la mayoría de los clubes londinenses. Le parecía bien que los propietarios de White's, uno de sus preferidos, hicieran una exhaustiva investigación de los sujetos antes de decidir si aceptarlos como nuevos miembros. No quería lidiar con imbéciles mientras almorzaba con viejas amistades o probaba algún vino añejo. No obstante, la obsesión con la ética individual de Almack's rozaba la vulgaridad, esa de la que tanto intentaban huir. Le parecía el claro ejemplo de organización sectaria de la que un hombre debía protegerse, y era una auténtica lástima, porque por lo pronto era el único club que permitía la entrada de hombres y mujeres por igual.

De todos modos, había sido divertido sembrar la agitación. La vizcondesa Castlereah, la condesa de Jersey y lady Sefton, entre otras patronas de Almack's, parecían haberse quedado de una sola pieza al comprender que olvidaron revocarle la membresía durante sus diez años de ausencia. Podrían haberse acercado con sus sonrisas tirantes para recordarle que les debía alrededor de cien guineas, lo equivalente a mantener el vale anual durante una década, pero por lo visto habían preferido otearlo desde la distancia con mal disimulada curiosidad por si en base a su comportamiento pudieran dejarlo correr. Y, por lo visto, lo había conseguido. No obstante, al día siguiente, cuando se enteraran de que su pésima reputación había recorrido Europa, le enviarían una educada y contundente misiva avisándole de que no sería necesaria su presencia en próximos eventos. A fin de cuentas, tanto la última vez que estuvo en Almack's como entonces, la cualidad que primaba para obtener un pase era el saber estar y no haber protagonizado ningún escándalo social. Dicho de otra manera, un nuevo rico podrido de dinero y un duque de envidiable linaje tendrían menos probabilidades de acceder a los eventos que un caballero arruinado y sin un nombre que le precediera si este, a diferencia de los otros dos, podía alardear de modales finos y no dilapidaba su herencia en prostíbulos.

Chase no podía decir eso de sí mismo, lamentablemente. Sabía comportarse, pero raras veces le apetecía y, aunque no pagaba por sexo, las faldas le gustaban mucho más en el suelo.

Suerte que, una vez le fuera revocado el vale, y solo si le apetecía bailar vals con damitas casaderas o disfrutar de los refrigerios de Almack's, siempre podía presentarse como el barón Godolphin. Blaine Reynolds era más que un caballero ejemplar: era un espécimen muy bien valorado entre las patronas.

Si solo supieran que Blaine había dicho textualmente que «prefería perder una pierna después de meterla en una zanja antes que aguantar a esas marujas insufribles»...

Chase, como su hermano, también solía optar por la corrección en público y la depravación en privado, pero eso había sido antes de que se diera cuenta de que mantener ese nivel de hipocresía solo haría de su vida algo aún más complicado.

Aunque si había regresado a Londres era porque estaba deseoso de complicársela.

Todos se preguntaban qué hacía allí. Chase no tenía propiedades; la baronía que su hermano

había heredado no contaba con títulos de cortesía o bienes para el segundo hijo. Por supuesto, estaba bien considerado gracias a las condecoraciones bélicas. También era más rico que Crespo por sus ahorros y la fortuna que un hombre más listo que el crupier de los mejores casinos europeos podía amasar tras una larga temporada de juego. Pero ¿por qué iba a trasladarse a Inglaterra? ¿Por qué no asentarse en Italia, o en España, donde el clima y las mujeres eran considerablemente más agradables?

La respuesta tenía tres palabras.

Lady Melanie Lacey.

Chase se había percatado de la agitación de la joven al verlo entrar. Debía ser la misma que la invadía cuando se cruzaba con su hermano, un recordatorio vivo de lo que podría haber sido suyo y prefirió declinar en pro de los beneficios de convertirse en condesa. Chase había pasado los años previos al alistamiento militar prendado de su belleza, loco por sus huesos y enamorado hasta los tuétanos; sobrevivió a la guerra, primero gracias a sus cartas románticas y, después, a su brutal rechazo, que le obligó a derrotar al enemigo solo para regresar a Inglaterra y exigirle que se lo repitiera a la cara. Los últimos diez años los había pasado odiándola con todas sus fuerzas. Y esas habían sido las fuerzas que le habían permitido levantarse a diario y actuar como si no le hubieran arrancado el corazón de cuajo.

Pero hacía unos meses se había enterado, gracias a un cruce casual con un viejo amigo de Londres, de que Melanie había enviudado en 1823.

El asombro y el pánico lo paralizaron al conocer la noticia.

Chase no se tenía a sí mismo por una buena persona, y no podría contar cuántas veces le había deseado el peor de los finales al conde de Wordsworth. Descubrir que sus súplicas habían surtido efecto le impidió pegar ojo durante semanas. Semanas que se debatió entre regresar a Londres para reclamarla o escuchar a su orgullo aún herido para consagrarse como un solitario.

Había ganado el impulso romántico que seguía latiendo dentro de sí. Y nada más cruzar miradas con lady Wordsworth, descubrió que había tomado la decisión correcta. Los dulces ojos verdes de Melanie seguían brillando con el mismo anhelo secreto que los suyos. Le había temblado la mano en la que sostenía una rebanada fina de mantequilla fresca al verlo acercarse. Había hablado con un hilo de voz al darle la bienvenida. Y se había estremecido cuando, después de citarla a solas, la había besado en el dorso, deteniéndose un segundo de más para acariciarle la base de la palma.

Almack's no era el lugar más apropiado para mantener una conversación como la que les había quedado pendiente. Por suerte, aunque la mansión no fuera famosa por sus jardines, contaba con un patio exterior lo bastante amplio para que cupieran ella, él y sus irrefrenables ansias de tenerla entre sus brazos.

Esperó con impaciencia en un rincón del salón de baile a verla desaparecer. Para su inmensa desgracia, un viejo conocido se plantó delante de él para saludarlo con efusividad antes de asegurarse de que acudía a la citación.

Chaseladeó la cabeza para no perder de vista a Melanie, pero el tipo había perdido la figura de sus años de soldado y tendría que rodearlo para ver más allá de su enorme cabezón.

—Reynolds, qué alegría volver a verlo... Oí que andaba de viaje por las principales ciudades del continente. No espero que me haya traído un recuerdo, pero por lo menos me deleitará con las anécdotas que seguro tiene para contar.

—Por supuesto que sí, no se me ocurre nada que pudiera complacerme más. —Tal y como recordaba, el capitán Olsen seguía siendo rematadamente idiota y no captaba las ironías—. Quizá durante la cena, capitán. Ahora mismo estoy intentando saludar a todos mis conocidos.

—¡Oh, cierto, cierto! Discúlpeme, no me gustaría acapararlo cuando serán muchos los ansiosos por estrecharle la mano. Tiene muy buen color, Reynolds. Me alegra que el viaje le haya sentado bien.

La grandilocuencia con la que el capitán lo halagaba podía interpretarse como irónica, pero solo era su manera de expresarse. Por si no fuera obvio que estaba siendo honesto, lo confirmó su sonrisa, que emergía entre los mofletes colorados y la papada con dificultad.

Súbitamente conmovido por su camaradería, Chase relajó los hombros.

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a la defensiva.

—Gracias, Olsen —dijo de corazón—. ¿Cómo se encuentra usted? Veo que estos diez años le han tratado bien.

Olsen soltó una sonora carcajada por la que las patronas más estrictas podrían decidir revocarle el pase. Pero el bonachón y valiente capitán Olsen era una de esas personalidades a las que uno no sabría ni por dónde empezar a ofender, a pesar de sus defectos más que notables.

—No se burle de mí, Reynolds. Estoy gordo como un tonel y se me ha caído la mitad del pelo. Pero gracias a Dios, antes de que eso pasara pude convencer a la señora Olsen de que se casara conmigo. Por sorprendente que pueda parecer, aún no se ha cansado de mí.

—Enhorabuena. ¿Anda por aquí? Me gustaría conocer a la dama que ha robado el corazón de mi camarada.

—Me temo que no ha podido asistir porque está de nuevo embarazada, y yo solo he venido para vigilar de cerca a su hermana soltera. Está más que invitado a casa si de verdad quiere que se la presente. Le he hablado tanto de usted que se alegrará de conocerlo. Aunque no crea que las tengo todas conmigo, Reynolds. —Lo miró de arriba abajo, exagerando una mueca de envidia—. Podría usted robarme el afecto de mi Elizabeth con un simple «encantado, mi señora».

Chase sonrió.

—Qué tontería, Olsen.

—¿Tontería? Casi no sobrevivo a la batalla de Waterloo porque todas las monjas se peleaban por atender sus heridas, Reynolds.

—La belleza no te protege de los cañonazos ni de los mosquetes.

—Si eso hubiera sido así, las inglesas de la primera década de siglo habrían tenido que casarse con los más feos de Europa; los únicos que se habrían quedado en casa. Aunque siguen teniendo que hacerlo, porque no está usted comprometido... ¿o sí?

—Acabo de llegar, Olsen. Aún no he tenido tiempo de buscar esposa —se defendió—. Pero pretendo ponerle solución pronto. Tan pronto como me permita ir en busca de la dama en cuestión para hacer mi propuesta.

—¡Oh, cielos! ¿Por qué no ha empezado por ahí? Se alegrará de contraer nupcias, Reynolds, sobre todo si se casa por amor.

Se despidió de Olsen estrechándole la mano con una mueca incrédula. Desaparecía diez años, dejando a una serie de compañeros sumidos en la más absoluta de las miserias, y cuando volvía se los encontraba cebados y defendiendo la institución del matrimonio. Su hermano ya lo había dicho en alguna ocasión: el amor, además de engordar, idiotizaba a los hombres. Solo esperaba que a él no le afectase. No temía al sobrepeso, pero le horrorizaba imaginarse yendo de un lado para otro con las mejillas encendidas y una sonrisa bobalicona.

Barrió el salón con la mirada en busca de la viuda. Se había esfumado de su campo de visión.

El pulso se le aceleró al reconocer la sobrefalda lila de su vestido desapareciendo por las puertas que conectaban con el jardín. Chase tuvo que aguardar durante unos agónicos tres minutos antes de salir en pos de ella con el mayor disimulo posible.

El olor a rosas de Provenza y clemátides flotaba en el aire, que parecía haberse condensado desde que no podía respirar con normalidad. Reconoció el brillo casi paranormal de las sedas que la vestían cuando Melanie se entretuvo acariciando una de las flores.

Frenó a unos cuantos metros de ella, conteniendo el aliento. La parcial oscuridad le impedía fijarse en los detalles de su rostro, pero la postura y la proliferación de las rosas hacía que pareciera sacada del cuadro de un maestro holandés.

Chase se armó de fuerzas para cubrir el espacio que los separaba de un par de zancadas seguras. Estas alertaron a la viuda, pero no a tiempo para evitar que la apartara del exuberante follaje y tomara sus labios desesperadamente.

Ahucó su rostro con las manos y comenzó a acariciarle las mejillas. Toda su pasión inicial, una hostigadora y con la que pensó en darle una lección, se había convertido de repente en el deseo de tratarla con dulzura; de mecerla entre sus brazos y confesar en silencio —porque el orgullo le impediría ponerlo en palabras— que comprendió su rechazo y que aún la amaba. Ella se abrazó a él con una inocente timidez que le conmovió profundamente. Chase ahondó en su boca con delicadeza y a la vez seguridad, acercándola a su cuerpo hasta fundirse en uno solo.

Era sorprendente que incluso años después su aroma y su aliento le resultaran familiares, como si no hubieran pasado ni siquiera unas horas desde la última vez que la abrazó. Ese olor a jabón, agua de rosas, seda recién estrenada; todo ello mezclado con el penetrante perfume de las flores del jardín, lo embriagó como el mejor de los vinos.

Solo que la última vez que besó a Melanie, esta aún se perfumaba con jazmín. De hecho, tenía una colonia muy característica que encargaba personalmente al perfumista, un amigo cercano de su familia.

Chase se tensó un instante.

Sus labios apenas se habían despegado de los de la joven cuando, inspirado por un nervio instintivo, la agarró de la fina manga del vestido para acercarla a una de las lamparillas que iluminaban el patio.

Ya bajo la luz reveladora, se topó con unas gafas redondas y con los ojos de gacela que había detrás. La joven desconocida no lo miró con tanto pánico como expectación, como si estuviera esperando a que reaccionase para hacerlo ella en consecuencia.

Él no pudo moverse ni hablar.

—Señor —dijo la muchacha, con un tono tan conciliador que cualquiera habría dicho que intentaba apaciguar a un animal embravecido—. Le aseguro que esto ha sido un terrible error. Estaba esperando a otro hombre... A un hombre que iba a pedirme matrimonio.

—Y yo sin duda esperaba a otra mujer. —Ladeó la cabeza, intrigado por la calma con la que había decidido manejar la situación—. Pero no se ofenda, señorita. Es usted una excelente besadora.

—Le agradezco el cumplido, señor.

Chase sonrió, incrédulo, al verla agachar la cabeza en señal de agradecimiento.

—Deben haberla besado a oscuras en numerosas ocasiones para que esté tan tranquila. Otra me habría abofeteado con la mano que hubiera tenido más cerca.

—No diré que no me haya cazado por sorpresa, señor, pero tampoco habría sido del todo descabellado que el hombre con el que me he citado me hubiese tomado entre sus brazos.

Su voz le sonaba familiar. Su sabor le era conocido. Incluso la suavidad de su piel, el inconfundible olor y cómo se habían adaptado sus contornos femeninos a los de él...

Bastó con su vacilación para que Chase levantara las cejas, tan asombrado como al borde de un ataque de risa.

Intentó no expresar su hilaridad al decir:

—Veo que es imposible darle a usted una lección. Va a seguir destapando con su curiosidad todas las indecencias que se le ocurran, ¿verdad, mi querida Pandora? ¿O debería decir... lord Marcus Richter?

—Lord Loring, en realidad —replicó una voz áspera a su espalda.

Chase se giró sobre los talones para enfrentar a un hombrecillo que no recordaba haber tratado en su vida. A pesar del escaso alumbrado, estaba tan colorado por la indignación que parecía brillar en la oscuridad. Aun así, demostraba una mesura envidiable al mantenerse inmóvil en el sitio, con la misma pose regia que un guardia del rey.

—Supongo que usted es el prometido.

—Y usted es un sinvergüenza —le escupió—. Pero no tiene de lo que preocuparse. Ninguno de los dos, de hecho. Pueden contar con mi total y absoluta discreción.

—Eso se lo agradezco. —Cabeceó Chase—. Deje que como agradecimiento le dé una explicación sobre lo que acaba de...

—No será necesario. A buen entendedor, pocas palabras bastan. —Hizo ademán de darse la vuelta, momento que la joven aprovechó para salir de su ensimismamiento, esquivar a Chase y adelantarse a su salida.

—Milord, esto no ha sido más que un pequeño malentendido que podemos resolver en un segundo. Creía que era usted. Creía... que *usted* me estaba besando.

Chase pestañeó una sola vez.

Se fijó en Loring, un orondo hombrecillo cuya nariz debía llegarle a él al pecho —y muy a duras penas—, y luego se giró de nuevo hacia la mortificada señorita.

—¿En serio me ha confundido con Loring? —Lo señaló con el pulgar de forma despectiva, haciendo una mueca de incredulidad. Incluso hubo un ostensible deje indignado en su tono—. A lo mejor le gustaría aportar una excusa diferente. Una más creíble... —Bajó la voz— y menos insultante.

—¿Está usted conmigo, o contra mí? Y... Esa es la mejor que se me ha ocurrido —susurró, de manera que solo él pudo escucharlo.

Chase ahogó una risilla frotándose la nariz con el dedo índice.

—Confío en que será usted quien se encargue de decirle a su madre que no habrá boda —decretó Loring, ajeno a los murmullos—. Invéntese la excusa que le parezca más conveniente, pero procure dejar claro que este compromiso no ha llegado a término porque usted no supo comportarse.

—Ahí voy a tener que intervenir, Loring. El que no ha sabido comportarse he sido yo; ella solo ha sido víctima de mi lujuria. Ya ve que me ha costado resistirme.

—Entonces conviértala usted en su novia —ladró—. Buenas noches.

Chase observó la precipitada marcha de Loring con las cejas enarcadas. Procuró no reírse al verlo tropezar y estar a punto de tragarse las ramas de uno de los arbustos.

Pretendía girarse hacia la jovencita con la intención de hacer una broma, pero su seriedad lo retuvo.

—Antes de lanzarse sobre mí como un lobo de las estepas podría haberse cerciorado de que no era su amante. O su esposa. O quienquiera que fuese la mujer a la que había citado.

—Lo lamento, señorita. Pero estaba seguro al cien por cien de que se trataba de la mujer a la que esperaba.

Ella vaciló.

—¿Al cien por cien, dice?

—Ajá.

—Bueno, si es así...

Chase parpadeó.

—¿La apacigua un porcentaje y no mis disculpas?

—Un cien por cien de seguridad significa que no ponderó ni por una fracción de segundo que pudiera ser otra mujer. Eso le quita culpa, aunque no me salvará de la reprimenda de mi madre.

—Si lo peor que puede sacar de todo este asunto es una reprimenda maternal, entonces a Dios damos gracias.

—Usted no conoce a mi madre.

—Tampoco la conozco a usted. —Y le lanzó una mirada elocuente. Ella abrió la boca para decir su nombre, pero entonces arrugó el ceño y volvió a mirarlo con recelo.

Chase supo con exactitud en qué momento descubrió su pequeña travesura.

—¡Usted se hizo pasar por el barón Godolphin en la Royal Society! —le acusó—. Por eso ha sabido que me presenté como... Marcus Richter. Por eso me ha reconocido.

Chase solo se encogió de hombros. Podría haberle preocupado que una desconocida supiera que le gustaba gastar bromas pesadas, pero resultaba que esa desconocida andaba colándose en asociaciones masculinas y él tenía cierta fama de chantajista.

—Hace mucho tiempo, mi hermano y yo nos dimos la libertad de hacernos pasar el uno por el otro en determinadas situaciones.

—Se coló en la Sociedad sin ser miembro.

—Yo por lo menos cuento con la excusa de tener la misma cara que Blaine. ¿Cuál es la suya, señorita...?

—No le diré mi nombre. Estaría poniéndome en peligro. Usted sabe... lo que sucedió en Somerset House.

—Si quisiera contarle al mundo su hazaña, no necesitaría su nombre. —Agitó el índice—. Me bastaría este dedo para señalarla y decir: «Sí, esa es la hábil y escurridiza criatura que se burló de los sabios de Londres». «Los sabios entre los sabios», de hecho. ¿No los llamó así?

—Señalar es de muy mala educación. Sobre todo en Almack's. —Su semblante adquirió un aire pensativo—. Y entre todos los salones de Londres, señor, ¿no le parece que escoger Almack's para citarse con su amante no es cuanto menos arriesgado?

—Aunque no lo parezca, no he venido a Almack's solo para besar a una mujer. Pero sí, supongo que me he ganado que le retiren el carné hasta a mis futuros bisnietos. ¿Qué nombre figura en el suyo, señorita?

—Veo que no se va a dar por vencido.

Chase chasqueó la lengua.

—Puedo llamarla Pandora hasta que venza la timidez y decida presentarse, pero no va a disuadirme de marchar sin un nombre. Tengo la mala costumbre de querer conocer la identidad de las mujeres a las que beso.

—No recuerdo que me la hubiera preguntado en el salón de la Royal Academy. —Enarcó una fina ceja castaña.

—Ah, pero entonces estaba besando a un hombre... Y, por lo que sé gracias a algunos conocidos con inclinaciones fuera de lo común, intercambiar nombres y direcciones de contacto en esas situaciones y con esos sujetos solo trae problemas.

—¿Le parece poco el problema que se ha formado por su irresponsabilidad?

—¿Se refiere al hecho de que haya perdido usted el dudoso honor de desposarse con un enano refunfuñón?

Mercy pestañeó una vez. Pese a la inexpresividad con la que intentaba protegerse, fue evidente que lo censuraba por el comentario a la vez que le maravillaba su desahogo. Tenía unos ojos brillantes y vivaces que no sobrevivían la medida emocional de la que una dama debía hacer gala.

—¿Y si le hubiera amado?

—¿Lo ama?

—No. Pero ¿y si lo hubiera hecho?

—¿Y si hubiera nacido en el muelle de Liverpool o en el seno de la familia real? ¿Y si un rayo cayera entre nosotros y partiese la tierra? ¿Y si tuviera ruedas en vez de piernas? Creo que estos planteamientos no nos llevan a ninguna parte.

—Pero ¿y si...?

Chase suspiró.

—Supongo que, si le hubiera importado, se habría tomado la molestia de ir corriendo detrás de él y evitar que se marchara. Gracias al cielo, no tiene tan mal gusto y su reacción pasiva habló por sí sola.

Observó que la muchacha barría con la mirada el coqueto patio del jardincillo, meditabunda. Aprovechó su distracción para fijarse en sus rasgos.

Definitivamente, si fuera la clase de hombre que alardeaba de sus conquistas, habría tenido que esconder a toda costa que había estado a punto de retozar con la joven... en dos ocasiones. Era curioso que sus facciones, por separado, pudieran considerarse armónicas —nariz pequeña, labios generosos, ojos grandes y expresivos; piel de marfil—, pero en el conjunto perdiera todo encanto. Llevaba un vestido favorecedor y un estupendo recogido, y aun así resultaba tan anodina que parecía injusto.

Mirarla le generó tal confusión que decidió que, pese a no ser bonita, esa no era una mujer que dejase a nadie indiferente.

—¿Cree que debería haber corrido detrás de él? —preguntó ella al fin, recolocándose las gafas con aire pensativo.

—Y le diría que un beso también podría haberlo convencido de seguir adelante con los planes de boda, puesto que funciona en la mayoría de los casos... —Asintió—, pero me da la impresión de que Loring estaba más ofendido porque le hubiera creído capaz de besarla antes de casarse que porque me haya besado a mí. Lo que nos lleva a un tema muchísimo más interesante... —Dio un paso hacia ella—. ¿Por qué me besó a mí? Deje que le diga que se le ha dado mucho mejor que la primera vez. O soy un maestro excelente o es usted una alumna excepcional.

Ella lo miró directamente como si estuviera soñando.

—Yo diría que es usted un sinvergüenza —le dijo, sin el menor ánimo de burla u ofensa. Lo constató como se constataba que haría frío esa noche, y él se sorprendió ponderándolo con una sonrisa sincera.

—Solo esta noche me han llamado eso tres veces. Me hago cargo.

—Ha arruinado usted mi propuesta matrimonial. Probablemente la única que tendré jamás.

—¿Por qué? ¿Qué edad tiene?

—Cumpliré veintiuno en septiembre.

Chase torció la boca. En ese caso, su afirmación se aproximaba a la cruda realidad de una solterona sin belleza.

—Voy a pecar de indiscreto —anunció, picado por los remordimientos—. ¿Posee una dote cuantiosa?

—Y una hermana con una reputación terrible por la que casi nos revocaron el pase de

Almack's, lo que dificulta más mi búsqueda de pretendientes, pero esa no es información que deba compartir con usted.

»Será mejor que regrese. Cuanto antes enfrente las consecuencias, antes pasará la tormenta —dijo, más para sí misma que para que la escuchara—. ¿Cuento con su discreción?

—Faltaría más.

—Sepa que usted cuenta con la mía. No le diré a nadie que está interesado en lady Wordsworth.

Chase se quedó de una pieza.

—¿Por qué supone que estoy interesado en la dama?

—Porque es la única que lleva el mismo vestido que yo.

Ella vaciló un segundo antes de sonreírle por encima del hombro. El gesto tuvo un aire curiosamente cautivador que consiguió que Chase le pusiera toda su atención.

—Ahora me debe una boda, señor Reynolds.

Le hizo una reverencia y desapareció por el mismo camino que Loring, aunque con mucha más agilidad.

Chase se quedó mirando su figura hasta que desapareció entre las sombras, y solo entonces reaccionó como si le hubieran empujado por detrás.

Caminó con premura al interior de la mansión. Las brillantes luces de las lámparas de araña lo cegaron un segundo antes de que pudiera localizar a Olsen —fácil de ubicar gracias a su llamativo uniforme escarlata—, al que se dirigió dando grandes zancadas. En lugar de interrumpir con educación, lo cogió de la gruesa muñeca y casi lo arrastró lejos de la charla que estaba manteniendo para señalar a la misteriosa jovencita con un gesto de barbilla.

—Olsen, ¿quién es ella?

—¿Cuál?

—Esa, la del vestido lila.

—Oh, es la segunda hija de Edison Swansea, el propietario de la empresa textil más próspera de Inglaterra —explicó, complacido de forma notable porque hubiera contado con él para la misión de espionaje—. El señor Swansea tiene un hermano que viajó a América para expandir el negocio, por lo que en Nueva York también cuentan con una magnífica reputación. Mejor reputación que aquí, desde luego. Hace unos años, la mayor de las Swansea estuvo a punto de casarse con el conde de Riversey, pero por lo visto este se arrepintió en el último momento y por culpa de esto no han gozado de muy buena fama en...

—El nombre, Olsen.

—¡Oh! Por supuesto, por supuesto. Ella es... Mercy, si no recuerdo mal. Mercy Swansea. Cada una tiene el nombre de una virtud, ¿sabe? El primer marido de la señora Swansea era vicario, y decidió homenajearlo a través de...

—Mercy Swansea —cortó en un murmullo.

Chase asintió como si diera por válido su nombre. Juzgando por la repentina calma que le embargó, pareció que en realidad le hubieran susurrado el secreto de la felicidad o la fórmula del elixir de la eterna juventud. Pero no: en realidad solo le habían dicho todo lo que tenía que saber si, durante la noche, intentaban matarlo los remordimientos por haber arruinado el futuro de la muchacha.

—¿Está interesado en ella, Reynolds? Es una jovencita de lo más peculiar, si me permite la apreciación.

—No hace falta que me lo jure, Olsen. Lo tengo muy presente.

Y lo tuvo presente durante el resto de la noche. Tanto, que se le olvidó por completo qué

demonios le había llevado al jardín en primer lugar.

Capítulo 7



Blaine Reynolds se había atragantado con el whisky de Glenavon al oír la historia.

Entre todas las virtudes de su hermano —que eran muchas, pero se le daba de maravilla esconderlas de él—, no figuraba la de la templanza o la discreción. Blaine se divirtió tanto imaginando a la pobre señorita Swansea siendo despachada por Loring a causa de un malentendido que captó la atención de todo el club. Solo entonces, Chase meditó que no habría pasado nada si hubiera esperado a abandonar White's para contárselo.

Pero ¿qué diablos? Estaba de regreso en Londres. Antes de afincarse en la mansión que ocupaba el barón Godolphin en Marylebone, haría todas las rutas necesarias por los mejores espacios de reunión de la capital. Y esa ruta, por supuesto, incluía el club de caballeros por excelencia, de cuyos servicios pretendía sacar el mayor provecho posible.

—Perdóname, Chase, pero estas estupideces solo te pueden ocurrir a ti —le dijo Blaine, negando con la cabeza. Se reclinó hacia atrás y, como si estuvieran conectados (cosa que en realidad no era mentira), Chase hizo lo mismo en el cómodo sillón estilo Luis XVI—. Ah, ya echaba de menos tu presencia en la capital. Londres es mucho más aburrido si no andas cerca. Cuando no buscas la diversión, la diversión te encuentra a ti.

—No me considero mucho más caballeroso o escrupuloso que tú, pero ni a mí se me ocurriría tildar ese despropósito de «divertido».

—Vamos, seguro que en el momento te dieron ganas de reírte. Loring es un chiste con patas. Con unas patas muy cortas, de hecho. Con patitas de ciempiés.

Chase lo reconoció dando una cabezada a regañadientes. Miró de reojo el habano que se estaba fumando y suspiró, vertiendo los residuos en el cenicero de porcelana.

—Por suerte, los remordimientos no tardaron en aparecérseme con el rostro de la muchacha.

—¿«Por suerte»? ¿En qué mundo es una suerte que «se te aparezca» una mujer, en la mente o de cara, si no es atractiva? Porque, por lo que cuentas, no parece que la joven fuera un dechado de virtudes. De lo contrario no estarías tan preocupado por su futuro matrimonial. No te preocupas ni por el tuyo —se mofó.

—No es muy bonita —reconoció Chase, recordando su rostro ovalado. Estuvo a punto de añadir: «Pero es muy inteligente». Gracias al cielo que se lo reservó, o las carcajadas de su hermano habrían reventado los cristales del club—, pero temo que decida vengarse. Sabe que me infiltré en la Royal Society haciéndome pasar por ti y que iba a citarme con lady Wordsworth en el jardín. Si quisiera arruinarme...

Blaine pestañeó varias veces seguidas al tiempo que se incorporaba con precipitación.

—¿Cómo dices? ¿Lady Wordsworth?

—Por lo visto, ambas llevaban el mismo vestido, y al verla salir al jardín, la confundí con la otra. Y ni se te ocurra burlarte de mí porque una sea morena y otra tenga el pelo castaño. Las malditas lámparas de araña hacen que todo el mundo parezca más rubio de lo que lo es.

—No sé de qué maldito color tiene el pelo la señorita Swansea, Chase, y francamente me importa un bledo. ¿Ibas a citarte con lady Wordsworth? —repitió—. Dios santo, entonces sí que

era apropiado ese «por suerte» que has mencionado antes en referencia a tu confusión. Doy gracias a que la señorita Swansea se adelantara, evitándote un ridículo estrepitoso. ¿Es que acaso has perdido la cabeza?

Chase apartó la mirada en cuanto la adustez de su expresión empezó a incomodarlo.

—Nos quedó una conversación pendiente.

—Ya veo cómo ibas a «conversar» con ella. Como conversaste con Mercy Swansea, ¿no? Querido hermano: hablar requiere el uso de la lengua, sí, pero se te olvidó que no para catar la de tu interlocutor.

—¿En serio? En Italia hablaban de otra manera —ironizó. No consiguió que Blaine bajara la guardia. Al contrario. Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante para continuar en tono confidencial.

—Espero que no hayas vuelto para recuperar a Melanie.

—Para lo que no iba a volver era para verle la cara a un hombre idéntico a mí, eso seguro.

—Chase, esa mujer te rechazó y se casó con otro hombre. Lord Wordsworth —apuntó.

—Ajá. No me digas que lo has visto estos últimos días. Tenía entendido que ha pasado a mejor vida.

—Desde luego ha pasado a una mejor vida que la que tú pretendes darte persiguiendo a alguien que se rio de ti.

—¿Sabes? Eres sensacional hiriendo los sentimientos de los sensibles. —Le dio una calada al puro y soltó el aire hacia la ventana que daba a la calle de St. James.

—Vaya por Dios. Se me había olvidado que tú solo le permites que hiera tus sentimientos a la misma mujer de siempre.

Chase puso los ojos en blanco.

—Está claro que Jonathan Swift se refirió a White's como «la pesadilla de la mitad de la nobleza inglesa» porque no tuvo el placer de conocerte a ti. —Cambió de postura en el sillón y apoyó el codo en el reposabrazos—. Blaine, siempre he sabido que esa mujer sería mía. Tendrá que serlo más tarde que temprano, sí, pero le acabaré poniendo mi apellido.

—Si quieres convertirte en el segundón, ¿por qué no lo dices con claridad?

—No puedo convertirme en algo que ya he sido toda mi vida, ¿no te parece, hermanito? Confío en que no tengo que ponerme a enumerar la cantidad de veces que he estado en segundo lugar.

Blaine bufó y se dejó caer en el respaldo. Desde ahí lo apuntó con el dedo.

—Precisamente porque tuviste la mala fortuna de nacer unos minutos después que el heredero deberías aspirar a ser la primera opción de alguien.

—Yo era la primera opción de Melanie. Lo que pasa es que prefirió quedarse con la que apareció luego.

Blaine puso los ojos en blanco. Unos ojos idénticos a los suyos: de un tono que variaba entre el gris transparente y el cristalino viridían dependiendo de la iluminación. Las lamparillas de gas que reposaban sobre el alféizar y la mesa estilo Robert Adam, a juego con el resto del mobiliario de madera recia, emitían una luz mortecina que creaba el ambiente perfecto para contar confidencias, jugar en silencio a las cartas o dar buena cuenta de un almuerzo. Entonces, tanto los ojos de Blaine como los suyos eran del sombrío y plomizo gris de un atardecer invernal.

—Ningún hombre en el mundo debería estar enamorado de la misma mujer durante quince años —meditó, mirando distraído al otro lado de la ventana.

—Coincido. ¿Vamos a brindar por eso?

—Me has absorbido el ánimo de brindis. —Se cruzó de brazos—. Como tu hermano mayor...

—Mayor por siete minutos.

—Los siete minutos que siempre serán tu condena —apostilló, lanzándole una mirada maliciosa—. Como tu hermano mayor, creo estoy en el deber de decirte que estás cometiendo un grave error. Si quieres recuperar a lady Wordsworth, muy bien; no interferiré en tus asuntos...

—Iba a darte las gracias por nada, pero lo cierto es que ahora me apetece darte un puñetazo.

—...Pero creo que deberías plantearte otra estrategia. Una diferente a besarla apasionadamente en el jardín de Almack's. Sobre todo desde que te pueden confundir conmigo.

—¿Ahora te importa que nos confundan? Válgame un santo de palo. —Puso los ojos en blanco—. ¿Y de qué estrategia hablas?

—De una que haga que *ella* se acerque a ti en lugar de tener que ser tú el que cometa el irresponsable y humillante error de pedirle matrimonio una segunda vez.

—¿Se te ocurre alguna otra manera de dejar patente que estás en contra de mis intenciones, o puedo terminar de fumarme esto sin correr el riesgo de atragantarme con tus reproches? —Alzó el habano.

Blaine gesticuló con elegancia invitándolo a finiquitarlo.

—Si quieres que me ponga bíblico, «deja que la niña se acerque a ti».^[4] Creo que le toca a ella ganarse tu atención, y sé que en el fondo estás de acuerdo conmigo.

—¿De veras? ¿Lo sabes? —inquirió, aparentando aburrimiento.

—Es por la conexión. —Se dio un golpecito en la sien—. Y porque si se nos da tan bien meternos en la piel del otro es porque pensamos más o menos igual. Yo jamás la habría perdonado, por lo que supongo que tú solo eres un poco más blando.

—El odio es un lastre, hermanito. Y si hubieras participado en la guerra sabrías que uno debe ir por la vida con cuantos menos pesos, mejor.

—Ya... Lo de la guerra es un privilegio que solo pudiste gozarte tú, me temo. —Suspiró como si le importara, y apuró la copa de un último sorbo.

Chase lo observó con una mueca. Solo él, un enamorado del Reino Unido con el gusto totalmente atrofiado, sería capaz de disfrutar una copa de vino irlandés. Cuando lo veía deleitarse con los platos típicos de la nación se alegraba de haber nacido después, o las responsabilidades de la baronía le habrían impedido viajar a los países donde no se maltrataban las papilas gustativas.

—Mis privilegios bélicos y yo nos marchamos —anunció, poniéndose en pie. Le hizo un gesto al lacayo para que le acercara su abrigo y chistera—. Se me ha ocurrido una fantástica idea para matar dos pájaros de un tiro.

Blaine se lo quedó mirando con curiosidad.

—¿Y bien? —Lo animó—. ¿No vas a darme ni una pista? No hace falta que me hables de los dos pájaros; cuéntame lo que pretendes con uno y yo deduciré lo demás.

—Creo recordar que te he comentado hace un momento que pretendo ganarme el perdón de la señorita Swansea, aunque en vista de tu confusión, puede que haya pasado todo este tiempo hablando conmigo mismo en el espejo.

—No me sorprendería que hubiera sido así. Siempre has padecido un agudo narcisismo. —Blaine sacudió la cabeza dramáticamente y lo miró con lástima, mordiéndose el labio—. Una enfermedad incurable.

Chase esbozó una sonrisa socarrona y se caló el sombrero. Le lanzó una moneda de propina al eficiente criado y luego otra a su hermano, que fue más rápido que el muchacho y la cazó en el aire con una sola mano.

—¿Un penique? —rezongó Blaine, torciendo el morro. Continuó poniendo la voz en falsete

—. Cómo se nota que lleva años sin salir por Londres, señor Reynolds; el precio de mis servicios de compañía ha aumentado desde la última vez que paseó por aquí.

—Le diría que es para que se calle, milord, pero para eso haría falta más que una fortuna... como, por ejemplo, un milagro —se burló, divertido—. Haz el favor de pedirle al muchacho de la esquina que te limpie los zapatos cuando salgas; el excremento que has pisado dirigiéndote aquí está apestando el club.

Abandonó White's acompañado de los gruñidos de Blaine, al que tuvo que guiñarle un ojo antes de echarse a la calle.

Sorprendía que se hubieran reencontrado con alegría cuando años atrás se despidieron de la peor manera.

Cuando era un crío, Chase pensaba que Blaine había nacido para arrebatarse todo lo que le era querido. Todo cuanto podría haber deseado. Podría haberlo asumido de una vez por todas cuando murió su padre y Blaine tuvo que hacerse cargo de las responsabilidades que conllevaba la baronía, pero el hermano mayor se había dedicado a despilfarrar y comportarse como un púber, dejando muy patente que Chase podría haber ostentado el título considerablemente mejor. Aun así, no fue hasta unos años después que tuvo que cambiar de opinión: Blaine no había nacido para robarle el foco de atención, sino para criticar todas y cada una de sus decisiones.

Se opuso a su deseo de cortejar a lady Wordsworth igual que se negó a verlo partir a la guerra y estuvo a punto de maquinarse una estratagema para obligarlo a quedarse en Inglaterra cuando decidió viajar por el mundo. Ahora que podía verlo con perspectiva y tanto la distancia como el tiempo habían ayudado a suavizar la inevitable animadversión que había ido desarrollando hacia su hermano, pensaba —y no sin ironía— que quizá debería haberlo escuchado. Viendo en qué había resultado el enamoramiento hacia lady Wordsworth —el matrimonio de esta con un afamado conde y su propio corazón roto—, tal vez podría haberse ahorrado el fervor con el que expresó sus sentimientos. La guerra le había permitido destacar, un objetivo que había perseguido toda la vida, pero si pudiera volver atrás, era muy probable que se hubiera quedado en Londres para evitar las consecuencias que padeció durante años posteriores. En cuanto al viaje por Europa... En su momento creyó que necesitaba silencio y soledad, pero lo difícil que le estaba resultando adaptarse de nuevo a la sociedad y al trato con sus allegados revelaba que alejarse del mundo que conocía no le había sentado muy bien.

A pesar de todo, Chase era demasiado orgulloso. No solo para admitir que su hermano pudiera haberlo inspirado en la manera en que confrontaría a Melanie a partir de entonces, sino también para simplemente aceptar que podía haber cometido errores.

Por eso iba a solucionarlos todos..., empezando por lo ocurrido con la señorita Swansea.



Los Swansea —¿o sería más apropiado decir «las Swansea», desde que eran siete mujeres y un hombre?— vivían en Eaton Square, una plaza ajardinada que había sido construida por la familia Grosvenor al mismo tiempo que se urbanizó Belgravia. Las casas apenas tenían unos años de antigüedad, pero ese no era el motivo por el que la mayoría estaban vacías, sino porque aunque fuese una zona reservada para las clases altas, los aristócratas y nuevos ricos preferían barrios como Mayfair o Park Lane para fijar sus residencias de temporada. No obstante, las mansiones de estuco blanco de Eaton Square tenían un atractivo innegable. Chase estaba seguro de que sería cuestión de tiempo que, por su encanto personal y su conexión con King's Road —entre otras calles y barrios muy frecuentados— estuviera muy pronto abarrotada.

El señor Swansea, al que achacaba la elección de vivienda, era todo un visionario. Y su casa sin duda era la más llamativa, pues su arquitectura copiaba el pórtico jónico y el estilo clásico de la cercana iglesia de San Pedro. Transmitía ese aire de nobleza modesta y elegante que prefería no llamar la atención, un detalle muy inteligente que casi ningún rico se molestaba en cuidar; la mayoría prefería destacar lo máximo posible adquiriendo mansiones barrocas, y así restregar su prosperidad en las avinagradas caras de los aristócratas.

La seguridad con la que Chase había tomado la decisión de hacerle una visita a Mercy se tambaleó un tanto en cuanto el mayordomo abrió la puerta. Ya desde el vestíbulo pudo escuchar con meridiana claridad la discusión que se estaba dando.

—¿Cómo has podido dejarlo escapar? —exclamaba una voz chillona—. ¿Acaso crees que los vizcondes caen del cielo?

—Los vizcondes en general no tengo ni idea, pero lord *Boring* en concreto debió haberse caído de una higuera y darse un buen golpe en la cabeza para rechazar a nuestra Mercy —acotaba una voz quizá demasiado grave para tratarse de una mujer. Pero se trataba de una, porque enseguida dijeron su nombre.

—¡No me interrumpas cuando hablo, Temperance! ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Quizá en que podría conseguir algo mejor, lo cual no sería en absoluto descabellado.

—Faith, vete a tu habitación. ¡Ahora!

—Solo digo que lord *Boring* no es la clase de hombre detrás del cual una mujer echaría a correr.

Chase había conseguido ocultar la sonrisa la primera vez, pero no logró contenerla cuando escuchó el apodo una segunda. El mayordomo fingió no darse cuenta al quitarle la fina gabardina y llevarse la chistera a la cómoda del recibidor. Allí esperó Chase con los ojos clavados en el techo, esperando que Mercy hiciera su gran intervención.

—¿Y cuál sería ese «algo mejor»? ¿Acaso tienes otro pretendiente, Mercy? ¿Es eso? ¿Por ese motivo has dejado que Loring se diera por vencido?

—Claro que no —dijo ella, con esa voz clara que parecía estar por encima de todos los conflictos—. Si tuviera un pretendiente, lo habría sacado a colación antes de que empezara a gritar, madre.

—¡Tú misma deberías estar gritando! Todo el mundo sabe que lord Loring te estaba cortejando. ¡Mes y medio de cortejo! La gente hablará, y eso afectará a tu reputación terriblemente. ¡Es una desgracia!

—Querida —habló una voz masculina—, Mercy aún conserva las extremidades, la dote y el encanto. Creo que este pequeño escollo aún no llega a la categoría de desgracia.

—¡Pequeño escollo! ¡Así llama a esta racha de matrimonios fallidos en la familia Swansea! Oh, cuando Hope crezca... Sé que ella se casará bien y me dará una alegría. Está claro que no puedo confiar en ninguna de mis dos hijas mayores.

Chase se giró hacia el mayordomo, que parecía dudar entre guiarlo al salón y pedirle con amabilidad que se marchara.

—Debe pasárselo usted en grande sirviendo a la familia —dijo Chase, para romper el hielo. El mayordomo, bastante más joven de lo que era habitual, solo sonrió con cara de circunstancia.

Al tiempo, un hombre espigado cruzaba el pasillo con energía. Era uno de los caballeros más altos que había visto nunca, y supo que era atractivo por la forma en que caminaba, como si fuera consciente de que el mundo estaba a sus pies. A pesar de que las arrugas de expresión en su rostro revelaban que había pasado, aunque no por mucho, los cuarenta, conservaba hasta el

último pelo castaño de la cabeza y lo que era más meritorio: esa sonrisilla juvenil que facilitaba imaginarlo como un niño travieso.

Dedujo que se trataba de Edison Swansea.

—Conque tenemos visita —comentó con voz agradable.

—Chase Reynolds, señor. ¿Vengo en un mal momento? —preguntó con educación.

El señor Swansea le lanzó una mirada exasperada que casi le hizo sonreír. Un brillo amistoso daba lustre a sus ojos castaños, los que Mercy había heredado.

—Señor Reynolds, incluso si hubiera venido a cobrar una deuda, no podría haber elegido mejor momento. Será usted el que salve a mi hija Mercy de ser devorada por su madre.

Le sorprendió que un hombre que le había sido presentado en ese justo instante le estuviera tratando con cercanía. No se detuvo a analizar qué le generaba además de asombro, y solo dio un paso hacia delante y le sonrió.

—Indíqueme el camino y seré su héroe.

El señor Swansea miró por encima de su hombro a la vez que una figura femenina abandonaba el salón y desaparecía por el pasillo.

—Todo indica que ha pasado la tormenta. Mercy debe haber bajado al taller. —Al ver que Chase arqueaba una ceja en señal de incomprensión, procedió a explicarse—. Siento debilidad por los pequeños mecanismos. Relojes, fundamentalmente, pero también trabajo en otra clase de artefactos. Mercy suele ayudarme. Estará abajo; monté el taller en una de las habitaciones del sótano. La que se encuentra justo a mano derecha una vez baja las escaleras.

—¡Señor Swansea! —exclamó una agitada voz femenina.

Una mujer esbelta salía del salón con las mejillas arboladas. No debía haber cumplido aún los cuarenta, y si lo había hecho, Chase habría de felicitarla por conservar la fresca belleza de los veinticinco con el justo toque de madurez de los treinta. Debía tratarse de la temida y a la vez adorada señora Swansea. Tenía las escuetas curvas de su hija y unos saltones ojos que no terminaban de decidir si ser verdes o azules.

—Oh. —La mujer frenó de golpe. Se apartó los mechones desordenados, alisó las arrugas de su falda y se estiró. Miraba a Chase de reojo al preguntar—: Mi querido señor Swansea, ¿quién es el apuesto caballero que le acompaña?

Chase extendió la mano en un pedido silencioso.

—Chase Reynolds, señora. Había venido a hacerle una visita a la señorita Swansea.

Wilhelmina le tendió su mano en respuesta sin dejar de observarlo con interés indisimulado.

—¿A cuál de ellas? ¿Temper?

—No.

—¿Faith?

—No.

—¿Prudence...? No ha sido formalmente presentada aún; apenas cumplió diecisiete años la semana pasada, pero...

—Parece que el buen hombre se refiere a la joven a la que estaba intentando hacer usted llorar hace tan solo unos minutos, querida mía —intervino Edison, con tanto tacto que su esposa tardó en procesar el comentario.

—Señor Swansea, es usted perverso. Yo no intentaba hacer llorar a nadie. No sé a dónde ha podido ir mi hija, señor Reynolds, pero podría esperar a que...

—Descuida, Mina. Yo guiaré al señor Reynolds.

—Pero...

Antes de que pudiera protestar, el señor Swansea le hizo un gesto para que lo siguiera a la

escalinata que daba al sótano. Ya en el primer peldaño se percató de que, al contrario de lo que sucedía en la mayoría de pisos inferiores, iba a toparse con un aire denso y bochornoso impropio de la primavera londinense. El señor Swansea lo acompañó hasta la mitad de la escalera, y entonces le hizo un gesto hacia la puerta.

Chase se preguntó si a aquella familia le importaba un comino que un caballero en edad casadera se reuniera a solas con su hija. Con su tendencia a pensar lo peor de los desconocidos, Chase no tardó en deducir que lo que querían era cazarlo en una situación comprometida.

Se encogió de hombros para sus adentros y tocó una sola vez a la puerta. No le dio a Mercy la oportunidad de responder antes de abrirla con un saludo en los labios: uno que murió a la vez que la mano con la que sostenía el pomo se quedaba suspendida en el aire.

Le costó reconocerla.

Mercy Swansea iba vestida con una holgada y arrugada camisa al estilo del siglo XVI que se anudaba de forma precaria bajo el esternón. El pelo se desparramaba sobre sus hombros sin ningún orden u horquilla; una cascada de ondas del color del oro viejo que emitían reflejos caoba gracias a la mortecina luz de las lámparas. Se electrizaba por la coronilla, haciéndola ver como una santa envuelta en su halo de luz.

Mercy estaba tan concentrada en una labor que él no fue capaz de reconocer que ni siquiera levantó la cabeza, lo que le permitió prolongar su estado de asombro.

Chase pestañeó cuando pensó que llevaba demasiado rato sin descansar la vista.

Mercy podía no ser bonita, pero qué bien se le dio en ese momento fingir lo contrario.

Capítulo 8



Mercy levantó la cabeza al oír el crujido del suelo. Estaba acostumbrada a que su padre se quedara apoyado bajo el marco de la puerta para verla trabajar, pero tarde o temprano hacía algún comentario —«¿Estás segura de que eso se hace así?» o «¿Necesitas que te ayude?»— y se adelantaba. El recién llegado llevaba alrededor de dos minutos en silencio.

Aguantó la respiración un segundo al toparse con los ojos de Chase Reynolds. O al menos el que *creía que era* Chase Reynolds. Esa mañana habían amanecido del verde cristalino del agua de un estanque, y estaban fijos en ella.

—Espero que eso que está fabricando con fervor no sea una máquina con la que destruirme por haber arruinado su compromiso —fue lo primero que dijo.

—Si quisiera destruirle estaría fabricando el modelo de revólver de Elisha Collier y Artemis Wheeler. Tengo una lista con todo lo necesario en ese cajón. —Y señaló una cómoda ubicada al costado de Chase, que se giró tan despacio que pareció preocupado por si el propio mueble fuera armado.

—Por lo menos ahora sé que no he cometido un error viniendo a verla. Es usted una mujer con arrestos y versada en conocimientos que podrían ayudarla a aniquilarme.

—Será un error o no dependiendo del motivo por el que haya venido a verme, señor Reynolds. —Hizo una pausa—. Porque es usted el señor Reynolds de verdad, ¿no? ¿O en esta ocasión ha venido a visitarme el barón?

Chase aceptó la elegante pulla con una sonrisa de «lo merezco» y un cabeceo cordial. Se aproximó al amplísimo escritorio que llegaba de una pared a otra y tomó asiento frente a ella. Mercy no tuvo tiempo de empaparse de su imagen completa, y tuvo que conformarse con adular para sus adentros lo bien que le sentaba el pañuelo de cuello gris.

—El barón no ha visitado jamás a una mujer en edad casadera, y francamente dudo que vaya a hacerlo ahora. Espero que eso le baste para confirmar que sí, soy yo de verdad.

A continuación, se cruzó de piernas con un movimiento felino y reposó la mano sobre el borde de la mesa. Improvisó un ritmo apresurado repiqueteando los dedos contra la superficie.

—Su padre me ha enviado aquí sin supervisión —comentó—. Parece que no me considera una amenaza para usted.

—Porque no lo es. Mi padre tiene un sexto sentido; ya debe saber que usted solo me aborda cuando voy disfrazada o no puede verme el rostro.

—Bueno, señorita Swansea, yo diría que ahora mismo va disfrazada. ¿Tiene algún problema con las faldas? Es la tercera vez que nos cruzamos y la segunda ocasión en la que la veo en pantalones.

—Me resultan más cómodos para estar en casa, sobre todo mientras trabajo.

—¿Y se puede saber en qué está trabajando?

—En mi electroimán, señor Reynolds.

Observó por el rabillo del ojo que Chase limitaba todo su asombro a un elevamiento de cejas.

—Me arriesgaré a decir que parece una composición de dos palabras. No sé qué significa ni una ni la otra.

—El año pasado, el científico británico William Sturgeon inventó el electroimán. ¿No ha oído hablar de él?

—El año pasado no residía en Londres.

—Oh, es cierto. —Mercy solo pestañeó—. Pues un electroimán es esto que está usted viendo.

Chase acercó el rostro para fijarse bien en la pieza de hierro que Mercy le mostraba con orgullo.

—Bueno, lo será cuando lo termine —se apresuró a corregir.

—Es... ¿una herradura?

—Tiene forma de herradura. Esto que ve aquí son arrollamientos de alambre de cobre desnudo. El hierro de la «herradura», como usted la llama, necesita una mano de barniz. Era lo que estaba haciendo para aislarlo de los bobinados antes de que apareciese: barnizarlo.

—Eso explica el olor.

—Creo que lo que merece una explicación es su visita, señor, no el olor del taller. Doy por hecho que no encuentra usted apasionante el mundo de la mecánica.

Chase volvió a reclinarse en la silla con una escueta sonrisa socarrona.

—No encuentro apasionantes las materias que se me dan mal, señorita Swansea. Me dirá que es una cuestión de orgullo masculino, pero en realidad solo me protejo de la infelicidad.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es eso?

—No sabe cuántos hombres hay obsesionados con aficiones en las que solo hacen el ridículo. A la larga, ese ridículo los frustra y acaban siendo profundamente desgraciados.

»En cualquier caso, siempre es apasionante oír hablar a una mujer de asuntos que no entendería ni el hombre promedio.

Se le aceleró el pulso al ser víctima —porque no se podía ser receptora sin ser víctima— de su cautivadora mirada. En esta siempre bailaba la burla; a veces sola y otras en compañía, como en ese caso lo hacía con la curiosidad y la admiración.

—¿Quiere que le cuente lo que se puede hacer con esto? —preguntó en voz baja, con los ojos muy abiertos—. En realidad es... tremendamente interesante.

—Ilumíneme, por favor.

Mercy cogió aire, entusiasmada, y controló a duras penas la sonrisa de orgullo para seleccionar un grupo de trozos de hierro que había esparcido por la mesa.

—La herradura tiene que magnetizarse para atraer a todas estas pequeñas piezas.

—¿A qué se refiere con «atraer»?

—Acercarlas de modo que se peguen a los extremos de la herradura. Como si se movieran solas, ¿entiende? Solo que no se moverían solas; las corrientes de esta bobina que ve aquí —La señaló— producirían el milagro.

—¿Y para qué querría que sucediese tal cosa?

—El señor Sturgeon demostró que este pequeño aparatito que estoy intentando construir podía mover nueve libras de peso. Bueno, en realidad solo si se le aplicaba la corriente de una batería de una única célula. Nueve libras, señor Reynolds.

—Si moviera ciento ochenta, ya tendría un comprador aquí. Me permitiría arrastrar a mi hermano del club a su dormitorio cuando estuviera borracho como una cuba.

—Lo cierto es que estoy trabajando en esto para que pueda mover más. Mucho más. Quiero mejorar el invento de Sturgeon y después darle una utilidad aplicada a la vida diaria, y...

...Y no tenía la menor idea de por qué estaba contándole una historia sobre electroimanes y

sus sueños científicos a un hombre que conocía porque la había dejado sin prometido, y, antes de eso, casi sin honor. Al menos esos eran los términos en los que se refería a él cuando prefería no hacerse cargo de sus propios actos, una debilidad que por suerte no afectaba a su carácter con demasiada frecuencia. A pesar de los reproches que su madre había formulado por culpa del error de Chase, Mercy no le guardaba rencor. Se había resignado.

Él, en cambio, la estaba mirando con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Había cierta simpatía en su expresión.

—Y... —Mercy carraspeó—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—¿Se refiere a lo que aspiro en la vida, o en este preciso momento?

—En este preciso momento.

Chase rompió la postura desenfadada y se reacomodó en el sillón para mostrar la apariencia de un verdadero caballero. Iba de punta en blanco; lo único que delataba que había pasado un rato entre las cuatro paredes de un club de caballeros era el humo de un habano adherido a la ropa y los ojos brillantes gracias a, quizá, una copa de licor.

Mercy recordó lo que decía su padre con frecuencia: «Un hombre que bebe por la mañana es un hombre perdido». El señor Reynolds no era ningún hombre perdido —lo veía en la determinación y la seguridad con la que se comportaba—, pero fingía estupendamente lo contrario. En realidad, sabía a la perfección a dónde dirigirse, por lo que su paseo errante no era más que una distracción para confundir al resto. Una distracción que ayudaba a su fama de espontáneo e imprevisible.

—He venido a hacer un trato.

—¿Un trato?

—Como usted bien dijo anoche, le debo una boda.

Mercy arrugó el ceño.

—No comprendo. ¿Pretende casarse conmigo?

—Sería una buena salida, pero estoy acostumbrado a ponérmelo todo más difícil. Así me entretengo un rato más respecto a si tomara la vía fácil. —Apoyó los antebrazos en la mesa y entrelazó los dedos. Mercy se sintió atrapada al ser blanco de su mirada directa—. Quiero enmendar el error de anoche ayudándola a encontrar otro pretendiente.

Mercy podría haber hecho cientos de preguntas, pero todas llevaban al mismo interrogante.

—¿Por qué iba usted a hacer eso?

—Por prudencia, claro está. He de cuidarme de las posibles represalias que pueda tomar una mujer capaz de disfrazarse de hombre e infiltrarse en lugares donde no solo no sería bienvenida, sino que la podrían llevar a la horca.

—Dudo bastante que hubieran castigado mi paseo por Somerset House con la muerte.

—Me ha dicho hace solo unos minutos que podría fabricar el último modelo de revólver, señorita Swansea —le recordó, alzando las palmas de las manos—. Puede que su muerte no, pero todo esto podría terminar con la mía si no hiciera algo para remediar su situación.

—Aunque solo sea por lo tedioso que sería enterrar luego su cuerpo y dar la noticia a mis padres, no se me ocurriría matarlo.

—No necesitaría ayuda de nadie para trasladar mi cuerpo. Podría usar su electroimán una vez lo terminase. Así que no, no creo en sus palabras, señorita Swansea. —Y entrecerró los ojos, mirándola con una encantadora combinación de incredulidad, diversión y camaradería que la hizo sonreír.

—Señor, no soy en absoluto rencorosa.

—Sigo sin creerla. Apuesto a que ha recordado a mis ancestros y no en muy buenos términos

alrededor de diez veces en las últimas... —Eché un rápido vistazo al reloj de cuco que, desde la pared, contaba los segundos con un sonoro tictac— ¿quince horas? ¿Veinte?

—He compartido la carga de la culpa con usted hace menos de una hora, cuando he tenido que enfrentar las críticas de mi madre —reconoció—, pero no le odio.

—Entonces hace usted honor a su nombre, señorita Swansea. Creo que no he conocido a criatura que practique la piedad como usted ha hecho conmigo.

—Mi madre estuvo a punto de llamarme Fortitude.

—Demos gracias a Dios porque en el último momento entrara en razón.

Mercy sonrió con las manos apoyadas en el regazo.

—Señor Reynolds, si lord Loring se hubiera querido casar conmigo de veras, al menos habría escuchado lo que tenía que decir. Fue muy evidente que buscaba una excusa para deshacerse de mí. Y lo cierto es que yo...

Se mordió el labio. Chase la animó a continuar sin necesidad de decir palabra: bastó con sostenerle la mirada de esa manera tan persuasiva, que a veces notaba como una caricia en la nuca, para que ella se arriesgara a confesar su secreto.

—No me importaba si casarme o no. Sé que es mi deber hacerlo, que mi madre podría morirse del disgusto si me quedara soltera y que podría ser afortunada y llegar a apreciar a mi esposo... pero no me apena que no haya habido suerte con lord Loring.

—Así que cree usted en la ciencia y en la suerte al mismo tiempo. Me deja sin palabras, señorita Swansea —rio él, intrigado por ella. Lo demostró cruzándose de brazos sobre la mesa y escrutando su rostro con interés—. ¿Significa eso que no quiere que la ayude a contraer nupcias?

—Cualquier ayuda será buena desde que Mercy Swansea es un bicho raro en una familia de bichos raros. Y desde que mi madre casi se desmayó anoche al saber de mis labios que mi compromiso había nacido muerto.

—¡Desmayado! Entonces se trata de una cuestión de salud —comprendió él, asintiendo. Ella asintió igual de seria, aunque le costaba ocultar su diversión—. Está de suerte, porque me tiene de su parte.

—Espero que su gran idea no consista en presentarme a sus amigos. Estaría poniéndolos en un aprieto, y no me gusta compartir mi tiempo con quienes han sido coaccionados a pedirme un baile.

—Nada de eso. Llegarán por su propio pie, señorita Swansea.

»Le contaré un secreto. —Se inclinó hacia delante y le habló en voz baja—. Cuando un hombre bien posicionado se interesa en una mujer, todos los hombres bien posicionados o que aspiren a estarlo se acercan a la joven en cuestión como las moscas a la miel. Se preguntan qué es lo que la hace especial, qué es lo que tiene, y si lo descubren, se plantean cortejarla antes de que lo haga otro.

Mercy despegó los labios un segundo antes de hablar.

—¿Usted es el hombre bien posicionado que va a interesarse en mí? —dedujo.

Chase chasqueó la lengua.

—Reconozco que no soy el caballero mejor posicionado. No tengo título, pero —recalcó— acumulo medallas de guerra, me sobran amigos en todo el mundo y, por si no se ha percatado, mi inesperado regreso me ha colocado en el punto de mira. Ahora todo el mundo observa cada paso que doy, desde la condesa de Lieven hasta su propia madre...

—...que seguramente está escuchando nuestra conversación detrás de la puerta —concluyó Mercy—. ¿Cuál es su objetivo? ¿Comprometerse conmigo y esperar a que otros vengan a robarle el puesto? ¿Acaso pretende usarme para descubrir quién es su amigo y quién sería Judas?

—Sería una buena manera de averiguar en quién puedo confiar, sin duda, pero en realidad no me ofrezco por eso. En la alta sociedad es mejor no llevar a cabo una caza de brujas si no quieres confirmar que todo el mundo es un hipócrita capaz de venderte a la primera oportunidad. Uno vive mejor en la inopia, señorita.

—No irá a hacerme creer que se ofrece a fingir interés en mí por mero amor al arte o por culpabilidad. Usted es la clase de hombre que prefiere actuar primero y pedir perdón después, y lo apuesto todo a que solo lo pide para complacer a su cínico interior.

Chase le sonrió como si quisiera recompensarla por haber descubierto la clave de su carácter. Y Mercy se sintió efectivamente recompensada con unas cosquillas en el estómago.

—Siempre he pensado que, en unos casos muy concretos, es mejor pedir disculpas a pedir permiso —admitió—, pero me parece muy peligroso guiar la conversación por estos derroteros cuando usted ha sido víctima de esta impulsividad mía.

—Y parece que pretende que ahora me beneficie de esa misma impulsividad suya.

—En absoluto. Esto no se me ha ocurrido de repente; es un plan trazado al detalle. Estoy seguro de que con pasar solo dos semanas rondándola conseguiremos llenar su salón de flores de pretendientes. —Se quedó en silencio un momento para observar las piezas de hierro con aire pensativo—. Aunque quizá deba correr el rumor de que más que rosas preferiría herramientas de ferretería.

—Mis hermanas ya me regalaron algunos tornillos en mi último cumpleaños para compensarme por todos los que había perdido. —Suspiró. Chase escuchó la anécdota con una amplia sonrisa que se torcía hacia la incredulidad.

—Las Swansea son harina de otro costal, según parece.

—Por muy feliz que a mi madre la hiciese, no «lo parece», señor Reynolds. Es así. —Observó que Chase se ponía en pie, dando por zanjado el tema—. Espere... ¿Mis padres sabrán que su interés en mí es fingido? ¿Y mis hermanas?

Chase se estaba arreglando el pañuelo de cuello cuando la miró de soslayo. Una mueca irónica curvaba sus labios de manera perversa.

—Yo no he *fingido* mi interés en usted en ningún momento, señorita Swansea.

—Sé que su fascinación por mi bigote postizo era genuina, señor mío —ironizó—, pero no crea que va a hacerme pensar que ha sentido nada parecido por mí como mujer.

Chase se acercó al escritorio dando un breve y perezoso paseo y apoyó las manos en la superficie. Se acercó tanto a una Mercy inmóvil en su asiento que por un segundo creyó que iba a besarla de nuevo.

—Incluso con ese ridículo bigote, señorita Swansea, sabía que era usted una mujer —ronroneó—. No me engañó ni por un solo segundo.

Ella se cuidó de exteriorizar cómo se estremecía, y permaneció quieta como una estatua esperando a que se separase. Pero no lo hizo.

—De acuerdo, señor. Le creo —se obligó a decir, ocultando con maestría su nerviosismo—. Ahora... Debería apartarse.

—Lo haré, pero no por mucho tiempo. Para hacer creíble este teatro voy a tener que estar muy cerca de usted.

—¿Y yo tendré que hacer lo mismo con usted? ¿Acercarme?

—No. Usted solo aceptará mis atenciones, pero jamás las devolverá. No querrá que los pretendientes piensen que está usted ansiosa por casarse.

—No estoy ansiosa por casarme.

Él sonrió discretamente.

—Eso es lo mejor: que todas las partes y sentimientos que han de componer esta mentira... serán verdad.

Capítulo 9



Mercy no se creyó ni una palabra. Estaba convencida de que el pacto que fue a proponerle esa mañana no fue más que una manera de burlarse de ella, y nadie podría culparla de tal desconfianza. A fin de cuentas, lo único que sabía de Chase Reynolds era que le gustaba hacerse pasar por su hermano, la viuda Wordsworth y besar desconocidas por diversión. No era la clase de perfil masculino en el que una joven de su edad y en su situación decidiría depositar la menor esperanza.

Sin embargo, al día siguiente Chase demostró que su palabra tenía valor más allá del carisma con el que la pronunciaba.

Parte de la familia Swansea estaba reunida en el salón principal para asistir a uno de los momentos preferidos del mes: cuando Wilhelmina se armaba con una fina navaja y le daba un buen corte a la lustrosa melena de su marido. Era un trabajo que correspondía al ayuda de cámara de turno, pero hacía años desde que los Swansea llegaron a un acuerdo beneficioso para ambos: él se encargaría de desvestir a la esposa, ahorrando a la doncella la ardua tarea, y ella procuraría que su marido presentara el mejor aspecto posible.

Todos estaban pendientes de la delicada caricia de la hoja por las patillas de Edison a excepción de Prudence y Mercy. La joven Prue llevaba un buen rato intentando conciliar al hilo y a la aguja con los que trataba de coser, y Mercy la observaba con los ojos entrecerrados.

—Oh, no, Mer está poniendo esa cara —fingió lamentar Faith, sonriendo desde el sillón de la esquina.

Mercy ni siquiera apartó la vista de la frustrante actividad de su hermana menor, que no se había entregado a los bufidos histéricos porque su madre estaba delante.

—¿Qué cara?

—La de «voy a ver si se me ocurre algún modo de facilitarle la vida creando un invento revolucionario».

—Lo estaba pensando, pero en realidad no sería ningún invento revolucionario. Las agujas con hondón para meter el hilo ya existen. Sería cuestión de conseguir un metal para fabricarle algunas con ojo a Prue, y así le resulte más sencillo coser. —Ladeó la cabeza hacia Prudence—. ¿Qué te parece?

—Nada de fabricar agujas —la reprendió su madre.

—Una aguja me parece un invento muy práctico y femenino comparado con el paracaídas del otro día —apreció Edison, inmóvil en su sitio—, pero no voy a añadir más porque mi querida señora Swansea va armada.

—Quien también va armado es Camden —apuntó Faith, incorporándose al ver que el mayordomo aparecía con un glorioso ramo de rosas. El perfume era tan penetrante que con solo aguardar bajo la puerta inundó la habitación—. ¡Qué flores tan preciosas!

—¿Serán para ti? —preguntó Prudence con inocencia, apartando a un lado la aguja y mirando a su hermana con curiosidad—. Es improbable que el señor Hancock las haya enviado desde Nueva York, ¿no?

Faith torció la boca, como cada vez que se mencionaba a su prometido.

—¿Para quién van a ser, si no? No es como si hubiera otra jovencita prometida en el salón —refunfuñó la señora Swansea.

Mercy suspiró para sus adentros. Contaba con pasar por lo menos las dos semanas siguientes tolerando la decepción de su madre.

—En realidad son para la señorita Mercy, señora —anunció Camden, acercándose para dejar las flores en su regazo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Wilhelmina, alzando los brazos—. ¡Eso significa que el vizconde ha rectificado! Sabía que no cambiaría de opinión tan rápido. Sabía que se lo pensaría dos veces...

—Dudo bastante que lord *Boring* haya pensado nada dos veces —repuso Mercy—. De hecho, me habría sorprendido que hubiese pensado en mí solo una.

—Además, estas rosas de Provenza deben costar una fortuna, y el vizconde es conocido por su tacañería —apreció Faith.

Mercy estaba de acuerdo. Por no mencionar que la decisión de Loring de dar por concluido el cortejo sin la consecuencia natural —matrimonio— había sido fruto de la impulsividad, y hacía falta mucha planificación para conseguir unas flores tan maravillosas como esas. Era evidente que no se trataba de un humilde obsequio de parte de su casi prometido, pero aun así Mercy se sorprendió al leer la nota que acompañaba el ramo.

Estimada señorita Swansea:

Estoy seguro de que tendrá algún invento pendiente de retoque con el que mejorar el mundo, y no me interpondría en su labor filantrópica si no fuera porque hace un día estupendo y soy egoísta por definición. ¿Me haría el honor de acompañarme esta mañana, alrededor de las diez, para dar un paseo por Hyde Park?

—¿C. Reynolds? —leyó su madre en voz alta. Mercy dio un respingo. Apenas se había percatado de que había corrido a situarse a su lado para cotillear—. ¿Ese señor Reynolds que vino ayer a visitarte? ¿El atractivo y elegante señor Reynolds? ¿El rico y antiguo capitán señor Reynolds?

—¿Alguien ofrece algún adjetivo más? —se mofó Faith.

—Intuyo que tiene sentido del humor, aunque no lo conozco —aportó Prudence—. ¿Qué podría decirse del tono de su cabello?

—Es de un nada aburrido y sí magnífico rubio oscuro —declaró Faith con orgullo.

—No han pasado ni veinticuatro horas desde que el pobre hombre se marchó de esta casa y la señora Swansea ya ha averiguado incluso que fue a la guerra. Estoy impresionado y a la vez aterrado. —Edison suspiró, reposando la cabeza en el respaldo—. Por casualidad no sabrá usted también cuántas medallas de honor le fueron entregadas.

—Tres, señor Swansea —respondió, alzando la nariz puntiaguda con soberbia. Edison soltó una carcajada—. ¡Mercy! ¿A qué esperas para responderle?

—¿Responder? —Compuso una mueca circunstancial y volvió a revisar la nota, preocupada—. Mire la cuidada caligrafía con la que me ha escrito, madre. ¿Está segura de que sería buena idea espantarlo con mis garabatos?

—¿Por qué no le dibujas algo en su lugar? —propuso Prudence—. Sería una manera muy original de responder.

—¡Tonterías! —cortó Wilhelmina—. Que manden un lacayo a su residencia con una respuesta verbal. Oh, Dios santo, esto es un milagro. ¡Un milagro! ¡No hace ni una semana desde que el señor Reynolds volvió a Londres! ¿Cómo es posible que ya te conozca e invite a dar un

paseo? Qué flores tan hermosas... Señor Swansea, hace años desde que no tiene un detalle tan galante conmigo.

—Eso es porque usted ya está cortejada, señora mía.

Wilhelmina se puso a la defensiva bajo la mirada divertida de sus hijas.

—A una esposa hay que cortejarla a diario. Lamentará no haber sido un caballero cuando deje de quererle, señor Swansea.

—No si yo dejo de quererla antes, señora Swansea. Yo le mandaba flores mientras la cortejaba, pero usted ni siquiera entonces me regaló una mísera florecita de jardín —apuntó, aparentando dignidad. Se puso en pie y barrió los pelillos que le habían manchado los hombros de la chaqueta—. Espero que esto le haga reflexionar.

—No tengo tiempo para sus idioteces —farfulló Wilhelmina, apartándolo de un manotazo y dirigiéndose a la aún asombrada Mercy—. ¿A qué esperas? ¡Vístete ahora mismo! ¿A qué hora viene a recogerte el señor Reynolds?

—No menciona nada. Presupongo que espera que nos encontremos en el parque. Sería una estupenda oportunidad para estrenar el velocípedo mejorado en el que he estado trabajando.

—¿El velocípedo? —repitió Wilhelmina, abriendo los ojos desmesuradamente—. Ni se te ocurra, Mercy Swansea. Usarás la calesa como toda dama que se precie.

—Me sorprende que aún no se haya dado cuenta de que Mercy no se aprecia nada, madre —intervino Faith, acariciándose los labios sonrientes—. Solo una temeraria con el ferviente deseo de partirse el cuello de manera humillante estaría tan interesada en usar un *dandy horse*.

—Llegaría más rápido, y hacer ejercicio es importante —se defendió Mercy—. Lo recomienda el doctor Bowden.

—Dios santo. —Wilhelmina se giró hacia su esposo—. Señor Swansea, ¿no piensa intervenir? Este se limitó a encogerse de hombros.

—Yo también tengo un velocípedo. Si lo usas para reunirse con el señor Reynolds, al menos procura llevar unos pantalones debajo.

Mercy sonrió y asintió, aceptando el amable consejo. Wilhelmina se puso pálida como la tiza y luego roja de impotencia. En cuanto a Faith y Prudence, asistían a la escena con evidente fascinación. No tardó en sumarse Temperance, que apareció elegantemente vestida bajo el umbral y en compañía del señor Devine. No era otro que el joven y recién casado administrador que ayudaba a Edison con las cuentas del negocio. A Edison y a la que era su socia y colaboradora puntual.

En ocasiones en las que por fuerza mayor el titular no podía encargarse personalmente de sus asuntos —como por ejemplo aquella, pues estaba ocupado torturando a su esposa—, Temperance tomaba el mando y se reunía con él en el despacho para aclarar las cuentas. Si bien el señor Devine había mostrado al principio cierta aprensión a la hora de tratar con la señorita Swansea en materias de hombres, ahora celebraba estar curado de espanto y hasta prefería las reuniones en las que la joven estaba presente.

—He oído algo sobre un *dandy horse* y unas flores de parte de un antiguo capitán del ejército —comentó Temperance—. Se me ocurre un muy buen chiste usando esos dos elementos. Veréis: ¿en qué se parecen un velocípedo y un soldado?

—¿En que el trabajo de los dos consiste en arriesgar vidas? —adivinó Edison.

—Casi. En realidad...

—No continúes ese chiste si la respuesta va a ser de mal gusto —le prohibió Wilhelmina—. En cuanto a las flores, tú también podrías haber recibido algunas si te reunieras con caballeros fuera del despacho de tu padre.

Temperance entró para acariciar el ramo que aún sostenía el jovencísimo mayordomo. Lo hizo con desgana y una mueca irónica.

—Las flores se marchitan al día siguiente, pero los cuadernos de cuentas pueden durar para siempre si saben conservarse.

—Si así funciona para todas las mujeres del mundo, la próxima vez le regalaré a mi esposa una hoja de cálculo —bromeó el señor Devine, con el brazo doblado a la espalda.

—¿Qué piensas hacer con ellas, Mercy? —inquirió Prudence—. Seguro que se te ocurre algún modo de convertirlas en materia prima.

Mercy se quedó mirando las rosas con una media sonrisa.

—Lo cierto es que sí.

—Estupendo. —Temperance aplaudió—. Ahora: ¿en qué se parecen un velocípedo y un soldado?

Capítulo 10



Lo primero que el señor Reynolds le preguntó en cuanto se vieron en la entrada de Hyde Park, no fue lo que en realidad se estaba cuestionando. Fue palpable en su postura y en el modo en que se quedó mirando su velocípedo que lo que le atormentaba era en qué clase de vehículo había viajado hasta allí. No obstante, ya fuera por prudencia o por miedo a quedar como un inculto, prefirió saludarla con un:

—¿Le gustaron las flores, señorita Swansea?

Mercy extendió la mano para que la besara como correspondía, sosteniendo la draisiana con la otra libre. La concurrencia en el parque predilecto de la alta sociedad, especialmente a esas horas de la mañana y un día de semana, debería haber animado a Mercy a ahorrarse la vergüenza de cargar con el cachivache. Le bastó un vistazo por encima a las abundantes faldas de coloridas muselinas y los sombreros de copa de sus acompañantes para saber que sería la sensación del día... y no porque la escoltara el caballero del momento.

Al menos, no solo por eso.

Decidió que no le importaba, encogiéndose de hombros para sus adentros, y siguió el paseo despreocupado que el señor Reynolds había iniciado por Rotten Row.

—Las aplasté para hacer perfume —confesó unos segundos después. Vio la risa centellear en los ojos del caballero, que ese viernes se habían vestido de la misma plata que su elegante pañuelo de cuello y los bordados del chaleco.

—¿Puedo olerlo?

—Me temo que no. No lo he fabricado para mí, sino para mis hermanas. Pero sí he usado los pétalos sobrantes para el agua del baño —agregó.

Chase curvó los labios en una sonrisa de canalla.

—¿Tiene idea de lo sugerente que suena eso?

Mercy lo pensó un segundo.

—La verdad es que no.

—Ah, ¿no? Esperaba a una joven algo más diestra en el arte del flirteo, teniendo en cuenta que ha pasado los últimos meses siendo cortejada por un caballero.

—Mes y medio —corrigió—. El vizconde Loring y yo no solíamos flirtear.

—Entiendo que habría sido mucho pedir viniendo de un hombre al que le ofende que su prometida lo creyera capaz de besarla. Porque no la había besado durante ese mes y medio, ¿verdad?

Mercy lo miró de reojo.

—No llevamos ni un minuto de paseo y ya quiere reconducir la conversación a su tema preferido. Mi madre no aprobaría su elección de tópicos, señor.

—Los besos no son mi tema preferido. Detesto hablar de ellos pudiendo darlos. Pero creo que la señora Swansea aprobaría menos aún una charla en la que le pregunto en qué demonios ha venido montada.

—Tampoco aprobaría que blasfeme abiertamente y ante los frágiles oídos de una jovencita.

—Ha venido usted en un vehículo de dos ruedas para el que hay que hacer alarde de

equilibrio. Solo una mujer que sabe que ninguna parte de su cuerpo es frágil se atrevería a arriesgarse de ese modo.

—¿Está usted preocupado por mí, señor Reynolds? Mire que, si me hubiera caído, se habría librado usted de este paseo indeseado.

—¿Quién ha dicho que no lo deseara? Señorita, es usted una compañía de lo más estimulante, y a la vista está que tengo mucho que aprender de usted. Empezando por eso que carga y hace que nos estén mirando con muecas, y terminando por lo que se hace durante un cortejo. Está claro que estaba muy equivocado sobre en qué consiste, y me convendría saberlo para estar a la altura de nuestro acuerdo.

—¿Por qué iba a estar equivocado? Ya sabe que enviar flores y llevarme de paseo es una iniciativa propia de un cortejo.

—Pero pensaba que tendría derecho a besarla y, según parece, está prohibido.

Mercy se maravilló con el tono despreocupado que usó para hacer un comentario tan inapropiado. A su vez hizo oídos sordos al ridículo cosquilleo que le subió por el estómago.

—¿Durante un cortejo? Por supuesto. Los únicos hombres que dan besos fuera del matrimonio son los granujas, señor Reynolds.

—¿Y cuáles son las mujeres que los aceptan sin rechistar? ¿Esas adorables jovencitas no tienen un adjetivo?

—Sí, pero sería muy poco caballeroso que lo dijera usted en voz alta.

—También es muy poco caballeroso que no me haya ofrecido a llevar *eso* yo, pero solo de pensar en tener que cargar con ese desconocido artefacto durante todo el paseo... —Compuso una mueca cómica—. ¿Sería posible que lo dejáramos en la entrada? Incluso dentro de la calesa en la que ha venido su doncella.

—Ni por asomo, señor. He mejorado personalmente las características de este velocípedo y no lo abandonaría a su suerte. Cualquiera podría robarlo.

—¿Velocípedo, ha dicho?

—En su origen se llamaba *Laufmaschine* —pronunció en alemán—; *draisienne* en francés, en honor a su creador, el señor von Drais. Aunque en cuanto el señor Johnson patentó un año después un diseño mejorado, pasó a apodarse *hobby-horse* o *dandy horse*, en referencia al caballito de madera de juegos infantiles. Hace alrededor de ocho años desde que salió a la venta y tuvo un éxito rotundo en los países de las lenguas mencionadas. ¿Dónde estaba usted cuando esto pasaba?

—Supongo que demasiado ocupado montando caballos de verdad. ¿Tiene algo en contra de las diligencias o la equitación?

—En realidad sí, señor Reynolds. No apoyo el abuso de los pobres animales para nuestra comodidad. En ambos casos hay que azuzar a un equino contra su voluntad. El velocípedo, en cambio, no hace daño a nadie. —Hizo una pausa para admirar a Chase, que la observaba a su vez entre incrédulo y receloso.

—No me sorprende que esté usted en contra de la domesticación, señorita Swansea. Jamás he dudado de que se enorgullezca de su propia condición de criatura salvaje y desprecie a quienes intentan contenerla.

Mercy pensó con vaguedad en lo ofensivo que podría haber resultado el comentario si no lo hubiese pronunciado con un interesante tono amistoso. En lugar de reprenderlo por su atrevimiento, se vio a sí misma dándole la razón con una sonrisa y agradeciendo para sus adentros que al menos él no considerase ofensiva su verdadera naturaleza.

—No han sido muchos los que lo han intentado, señor. Es más fácil darme por perdida.

—Fácil desde luego. Y también más inteligente —apostilló.

—Y un alivio para mí, por la parte que me toca. —Hizo una pausa—. ¿Le gustaría que le enseñara a montar?

Chase entornó los ojos sobre ella como si quisiera averiguar si se estaba burlando de él.

Aunque el caballero no perdía la oportunidad de dejar patente lo divertido que le parecía reírse de los demás, a Mercy no se le habría ocurrido pagarle con la misma moneda. No solo porque careciese de su mente rápida a la hora de emitir juicios y comentarios malintencionados, pues la suya era una inteligencia diferente. En realidad tenía que ver con él. No cabía duda de que el señor Reynolds tenía un gran sentido del humor y se relacionaba con todo del mundo con un desahogo que unos podían encontrar descortés, y otros muy refrescante, pero Mercy era lo bastante observadora para no perder de vista la tensión agazapada en su cuerpo. Chase sabía disimular que estaba a la defensiva, y seguramente consiguiera engañar al mundo entero. Sin embargo, Mercy vivía con un hombre cuyo carácter estaba igual de marcado por los días de conflicto. Había asimilado la cautela con la que su padre se movía como una consecuencia de la guerra, y reconocía esa misma fuerza a resguardo en Chase; la fuerza que esperaba escondida al menor abordaje o sonido estridente para actuar.

Mercy se preguntaba si el señor Reynolds sería de los que se protegían o de los reaccionaban atacando. A juzgar por la manera en que conversaba con los demás, como si se sintiese impelido a ponerse por encima, diría que arremetería con el que estuviera más cerca. No parecía tener nada que perder.

Qué hombre tan interesante, pensaba. Era como el complejo mecanismo de uno de esos relojes suizos que su padre disfrutaba desmontando.

Su padre y *ella*, por supuesto.

—Sería humillante que, habiendo sobrevivido a la guerra, tuvieran que enterrarme por haberme abierto la cabeza cayéndome de un caballo de madera. Además, si pusiera un dedo sobre su invento, dejarían de mirarla a usted y me mirarían a mí. Y le recuerdo que yo no soy el que busca marido.

—¿Tampoco busca esposa?

—¿Cree que encontraría a una dama dispuesta a aceptarme estrellándome en el Serpentine con un vehículo de dos ruedas?

—De hecho, confío en que no solo encontraría a una mujer, sino también su compasión —caviló.

—Antes que eso preferiría vérmelas con la muerte. Pero no me malinterprete. Celebro que haya decidido acudir a mi citación con... *eso*. Fíjese en cómo la observa todo el mundo. Creo que el coronel Perkins viene hacia aquí.

Mercy entrecerró los ojos tras los cristales de sus anteojos y enfocó la vista en el susodicho. Después barrió con la mirada la inmensidad del parque para descubrir que Chase tenía razón. Los que no la estaban observando por su estupenda invención, lo hacían por la compañía de la que se había rodeado. Y los que no le prestaban atención a ella en particular, no le quitaban ojo de encima a Chase.

Si le había cabido la menor duda de que el señor Reynolds era un personaje lo bastante estimado por la aristocracia como para obrar un milagro, esta se disolvió cuando el coronel, conocido por codearse exclusivamente con la más alta cuna, se detuvo frente a ellos.

—Capitán Reynolds —saludó—. Qué agradable casualidad.

—Señor Reynolds, en realidad. Hace tiempo desde que vendí mi plaza. Y yo no lo llamaría casualidad, coronel. ¿Se le ocurre algo mejor que hacer un viernes por la mañana que salir a

pasear con una encantadora joven? Esto es tradición, y si no, debería.

Así fue como dirigió toda la atención a Mercy, que solo le sonrió e hizo la correspondiente reverencia. El coronel, tras una leve vacilación, tomó su mano y la besó en el dorso.

—Riley Perkins, señorita. No tengo el placer de conocerla... Y me sorprende que usted sí lo tenga, Reynolds. No debe hacer ni unos días desde que regresó.

—Está usted en lo cierto, pero uno no necesita mucho tiempo para quedar deslumbrado por la agilidad mental de la señorita Swansea. Nos encontramos en Almack's hace un par de noches y no pude resistirme a verla de nuevo. He pasado una década moviéndome en países cuya lengua desconocía; imagínese el placer de toparme con una criatura con la que las batallas dialécticas están servidas.

Mercy estuvo de acuerdo con su elección de palabras. Si hubiera hecho la menor referencia a su inexistente belleza para confirmar que estaba interesado, el coronel y todo el parque se habrían dado cuenta de que aquello no era más que una farsa.

Ese fue el discurso que repitió ante todos los que se acercaron para saludarlos, que fueron más bien pocos comparados con la obscena cantidad de curiosos que pasaron toda la mañana estudiando su interacción desde la distancia. Ante los comentarios de Chase, un caballero con título se atrevió a decir que «sin duda, la señorita Swansea era una criatura especial», lo que denotó que lo había comentado en otras ocasiones con el tono displicente habitual. No obstante, la magia del héroe de guerra y favorito de Inglaterra consiguió que el conde mencionado lo repitiera con curiosidad, como si estuviera ansioso por descubrir por sí mismo qué era lo que la hacía diferente.

¿Quién iba a contradecir a Chase Reynolds? Tenía una reputación inigualable, era el hijo pródigo que había vuelto a la vida y, por si fuera poco, Mercy descubrió un detalle más gracias al bocazas de lord Thompson.

—Pensábamos que tendría usted su corazón eternamente comprometido. No olvidamos que pretendía usted con fervor a lady Melanie Lacey —le dijo a Chase en voz baja, aunque no lo suficiente para que ella no lo escuchase y entendiera a la vez los matices de asombro en los gestos de sus oteadores.

Mercy pensaba que se debía a que no se le había conocido interés romántico hasta entonces, pero era obvio que lo que reforzaba la curiosidad era que ella se había convertido en el clavo que sacaba al anterior. Y el anterior era una mujer hermosa como pocas, rica y de modales exquisitos.

Por supuesto que Mercy debía ser interesante. No solo interesante, sino una especie de criatura mágica capaz de curar el corazón roto de un hombre.

¿Quién se negaría a ponderar a una mujer así para el matrimonio?

Pronto descubriría que ni un solo alma.

Capítulo 11



—Debe ser usted verdaderamente famoso si se han acercado casi diez hombres durante nuestro paseo. A mí suelen sonreírme en la distancia, y, a veces, agachan la mirada para fingir que no existo —meditó Mercy en cuanto se quedaron solos.

—Usted no habría sido el problema si nos hubieran rehuido, pero le daré la razón si me dice que me habrían saludado muchos más si no hubiese llevado ese bicho con usted. —Y señaló el velocípedo.

Mercy encogió un hombro.

—Me temo que sus amigos tendrán que quererme con este bicho incluido.

Debió ser la forma en que lo dijo —con una mezcla de naturalidad, resignación y a la vez desafío— lo que hizo que Chase ladeara la cabeza hacia ella y sonriera conforme con sus sentimientos.

Aprovechó que un banco de piedra los esperaba a un lado del sendero para desviarse, haciendo gestos hacia él. Mercy observó que tomaba asiento y cruzaba las largas piernas sin dejar de mirarla, con esa seguridad y elegancia de libertino taimado que le sacudía el corazón.

—Me ha dicho antes que ha fabricado eso usted misma. Además de un electroimán, ¿hay algo de su invención que crea que debería conocer? Confíese antes de que el señor Morton pueda oírla. Diría que su cojera nos dará cinco minutos de conversación antes de interrumpir.

Mercy miró por encima de su hombro para asegurarse de que el señor Morton, otro viejo soldado, había clavado sus ojos en ellos y se dirigía a su retiro. La doncella se mantenía al margen a unos pasos de distancia, fingiendo entretenerse con las arrugas de su vestido.

Después se concentró en el rostro expectante de Chase.

—¿Ha oído hablar de la ducha?

—Debe ser una joven encantadora si se le iluminan los ojos al hablar de ella —bromeó—. Y presupongo que mantienen una relación ilícita, o de lo contrario no habría bajado la voz al mencionarla.

—Es una de mis hijas predilectas. Bajo la voz para que las otras no se enteren. —Señaló el *dandy horse* con un movimiento de barbilla. Chase se cruzó de brazos en una postura totalmente descortés, pero que le dio un aire desafiante y desapegado muy acorde a su carácter.

—Sí, he oído hablar de la ducha. Mi hermano es un enamorado de los avances tecnológicos y tiene una en su casa. Como es natural, ni me he molestado en usarla. Si quisiera asearme con agua que cae del techo, me desnudaría cada vez que empezase a llover. —Chase apoyó las manos a su espalda y se reclinó hacia atrás para mirarla con sorna—. Discúlpeme. Es de mala educación mencionar la desnudez.

—Ya la mencionaban en La Biblia, señor Reynolds. No me ofende —repuso—. ¿Por qué no la prueba aunque sea una vez?

—¿Y por qué sí? Lo lamento, señorita Swansea, pero pudiendo tumbarme a la bartola durante un baño no me quedaría de pie por varios minutos.

—He ahí la diferencia, señor. Los baños toman horas en la mayoría de los casos. Las duchas,

solo unos minutos. ¿No le interesa el ahorro de tiempo?

—Si me preocupara perder el tiempo, señorita Swansea, recortaría antes mis ratos de ocio en veladas soporíferas que mis instantes de paz en la bañera.

—¿Y qué hay del ahorro de agua?

Chase lo rechazó aireando la mano.

—¿Ahorrar agua? ¿Qué idiotez es esa?

—No creo que el agua sea eterna, señor Reynolds —reconoció—. Como todo, si se abusa de ella algún día podría acabarse, y le recuerdo que es necesaria para nuestra subsistencia.

Mercy estaba acostumbrada a que desdeñaran sin miramientos sus opiniones, y cuando no, a que trataran de desmontarlas o disuadirla de sostener sus teorías con réplicas hirientes. Por un momento había pensado que él la castigaría con su condescendencia, pero Chase permaneció un instante meditando en silencio.

Él nunca sabría cuánto valoró tan sencillo gesto.

—Iba a decir, copiando el cinismo de María Antonieta, que cuando no tengamos agua beberemos whisky —admitió Chase—, pero citar a una consorte francesa y darle a usted la oportunidad de dejarme sin argumentos con una réplica inteligente son dos cosas que no casan con mi personalidad.

—En realidad, señor, no consta que María Antonieta dijera lo que insinuaba entre líneas. Es un rumor que se corrió para desprestigiar a la monarquía francesa.

—Todo lo que sirva para desprestigiar a la monarquía francesa es muy bienvenido. Como le iba diciendo, puede que tenga usted razón sobre la ducha, pero no se crea especial por haber inventado cómo ahorrar agua durante el aseo. Los medievales ya conocían la medida perfecta.

—¿Cuál era?

—No bañarse.

Mercy sonrió y tomó asiento a su lado. Apoyó el velocípedo junto al banco.

—Discúlpeme, pero me veo en la obligación de seguir defendiendo mi invento.

—Faltaría más. —Le hizo un gesto para que continuase.

—Además del ahorro —prosiguió—, la ducha es el avance que permitirá que nos encarguemos de nosotros mismos de nuestro aseo sin la ayuda de los criados.

—¿Y en qué trabajarían los criados, entonces? —Arqueó una ceja—. ¿Acaso quiere privarles de la forma en que se ganan el pan?

—No les privaría de nada, al contrario: les ayudaría a conseguir empleos menos exigentes y más beneficiosos para hacerse ricos. Así, quizá, podrían costearse sus propias duchas.

Chase la miró con esa sonrisa a medio esbozo que sospechaba que solo asomaba cuando hablaba con ella. Parecía debatirse entre el rechazo y la fascinación, y mientras decidía por qué decantarse, la observaba con incredulidad.

—O sus propios criados —ironizó—. Señorita, es usted un peligro social.

—Mi padre prefiere referirse a mí como «una mente privilegiada», y mi madre me tiene por «una jovencita peculiar». Pero gracias, siempre está bien contar con diversos apelativos.

—Dígame que el mío es su preferido, por favor —le suplicó de forma cómica, juntando las manos en un ruego.

—Ni de lejos, señor Reynolds. No es mi intención ser un peligro social, sino una colaboradora de la comunidad —corrigió.

—Colaboraría más con la sociedad en la que se mueve si se quedara quieta, señorita. Pero me arriesgaré a decir que entonces se aburriría usted como una ostra, y no existe tortura peor que el tedio para una mente activa.

—Me alegra que se apiade de mí a pesar de no estar de acuerdo con mis ideas.

—Por supuesto que no estoy de acuerdo con sus ideas. Hay miles de aristócratas y ricos en este país que viven de molestar a sus criados, y usted pretende arrebatárles ese placer. Alguien debe luchar por sus intereses, señorita Swansea, o si no ¿qué harán?

Mercy abrió la boca para replicar, pero entonces capturó un brillo irónico en sus ojos grisáceos y comprendió que estaba de acuerdo con ella; solo era demasiado orgulloso para darle la razón.

—Supongo que, sin criados y por cercanía, decidirían molestar en su lugar a sus respectivos parientes —meditó—. Como futura esposa, eso no me beneficiaría en nada. Quizá no debiera haber ayudado a mi padre a patentarla, después de todo.

—¿Su padre fue el que la patentó?

—A mí se me ocurrió la idea y él incorporó las mejoras. Ya sabe, hizo los modelos de bombeo manual con varios pulverizadores y boquillas intercambiables.

—Dios santo. Intente que sus pretendientes no se enteren nunca de esto, señorita. Yo mataría por una esposa ingeniera, pero los hombres tienen miedo a las mujeres más listas que ellos.

Mercy rio de buena gana.

—¿Para qué querría una esposa ingeniera, si no está dispuesto a dejarse seducir por los avances tecnológicos?

—Por el placer de discutir con ella, por supuesto. Cuanta mayor variedad de materias en las que discrepáramos, mayor diversión.

No pudo responder a su osada respuesta, que sin querer había sonado mucho más encantadora de lo que seguramente pretendió en un principio. El señor Morton apareció armado con su bastón en ese preciso momento para hacer las presentaciones, y permaneció un buen rato hablando con un distraído Chase que demostraba una dádiva envidiable, y no solo eso: también un talento manipulador como ningún otro. Sabía guiar la conversación por donde quería para involucrar a Mercy o hacer alguna apreciación sobre sus virtudes, que era respondida con una incipiente y disimulada curiosidad hacia la muchacha. Al igual que el resto de los interesados, se había marchado de allí lanzando miradas intrigadas a Mercy, dejándola a ella con la seguridad de que en poco tiempo recibiría una visita, un ramo de flores o una petición de baile.

—¿Ha pensado en dedicarse al noble empleo de casamentera? —le sugirió, de nuevo solos.

—Recuerdo que la celestina de la tragicomedia no salió muy bien parada. Y ¿qué diantres significa esto, señorita? —Arrugó el ceño, exagerando una mueca de horror—. Vive usted en el mundo al revés, donde las mujeres se afanan en talleres y los hombres van buscando marido por el parque.

—Siempre está a tiempo de afanarse usted en un taller. Que no le digan que es imposible emprender dos tareas al mismo tiempo.

Chase le sostuvo la mirada con los labios torcidos en una sonrisa que en realidad no lo era.

—Listilla... —murmuró, negando con la cabeza—. ¿De dónde ha salido usted? Dicen que las mujeres vienen de Venus, su diosa romana representativa, pero yo creo que usted, Pandora mía, ha debido nacer en un planeta diferente.

—Una señorita no puede permitirse poner palabras a un asunto tan delicado como lo es el alumbramiento, además de ser innecesario puesto que es evidente de dónde vine.

—Veo que tiene usted memorizadas las normas protocolarias de su madre.

Ladeó la cabeza hacia el paseo del parque. Los viandantes ya se iban retirando para llegar con puntualidad al segundo té del día, el previo al almuerzo. Habían transcurrido alrededor de tres horas desde que se reuniera con él y, de no haber sido por el tedioso desfile de pretendientes en

potencia, habría pensado que no llevaban ni siquiera cinco minutos.

Aunque a Mercy se le daba bien mantener una conversación fuera quien fuese el interlocutor, eran raras las ocasiones en las que se sentía cómoda de veras. Normalmente le cansaban las charlas banales porque casi siempre debía adaptarse a la preferencia temática del otro. Nadie le disgustaba, pero los sujetos con los que estaba obligada a relacionarse solían dejarla indiferente o con la mente cansada por el esfuerzo de mostrarse distante; una tarea complicada cuando Mercy era mucho más cercana que fría.

No habría tenido ningún sentido guardar las apariencias delante de Chase Reynolds, ocultando sus opiniones y mostrándose tan insípida como era requerido. A fin de cuentas, él ya había visto hasta dónde estaba dispuesta a llegar por satisfacer sus aspiraciones intelectuales: a Somerset House, ni más ni menos, y con un bigote postizo. Tratándose de un tipo que conocía su secreto no parecía muy inteligente relajarse, pero paradójicamente era eso mismo lo que le había permitido divertirse por primera vez con un hombre que no era ni Atticus ni su padre.

Era una sensación nueva y revitalizante. Sobre todo porque el señor Reynolds no parecía considerar sus rarezas una auténtica aberración, sino más bien una novedosa peculiaridad. O eso, o era estupendo aparentando que no le desagradaba su compañía.

Fue ella quien rompió el silencio levantándose y arrastrando el velocípedo.

—Nos obligaba a recitarlas de memoria antes de que los criados sirvieran el almuerzo —reconoció ella—. Y hablando del almuerzo... Este sería un buen momento para despedirnos.

—¿No va a enseñarme antes cómo maneja su caballo de madera?

—¿No ha visto cómo se manejan?

—Ni siquiera había visto uno, a secas.

—¿Cómo es eso posible? John Keats se refirió al velocípedo como «la nada» de 1819. ¿Tampoco lee poesía como para haberlo reconocido allí?

—La de Keats no. Me repele su exuberancia y melancolía. Prefiero la simplicidad.

—Aun así, hace seis años los dandis lo pusieron muy de moda.

—Hace seis años estaba en España, y le aseguro que por allí no vi nada parecido. Ni a usted ni a su acompañante —recalcó, escrutando con la mirada la estructura de madera del velocípedo.

—Acérquese y admírelo de cerca. Como le dije, este no es el diseño original. El *Laufmaschine* de Drais tenía las ruedas más pequeñas. Cuando el señor Johnson y yo lo vimos, pensamos en darle a la estructura una forma más serpentina y aumentar el tamaño de las ruedas.

—¿Me está diciendo que ayudó usted al señor Johnson a inventar... esto?

—Es un buen amigo de mi padre. Dio la casualidad de que lo visitamos el mismo día que consiguió la *Laufmaschine* y me tomé la libertad de hacerle algunas sugerencias. Anímese a subir. —Le hizo un gesto—. Es sencillo y muy divertido.

—¿Esta es su idea de diversión? —Vaciló antes de levantarse, como si aún no pudiera creérselo. Pasó la mano por el agarre frontal en una especie de tímido reconocimiento—. ¿Cómo lo...?

Mercy sonrió con orgullo.

Había conseguido que le picara la curiosidad.

—Debe usted usar las piernas para moverse. Le aseguro que llega antes a cualquier sitio. El manillar está articulado para que pueda elegir la dirección...

Chase dudó antes de pasar una pierna por encima. Después miró a Mercy.

—Intuyo que esto es una máquina de perder la dignidad.

—Esa acepción no suena mucho mejor que «draisiana».

—Pero es más fiel a su función. —Tomó asiento en el amplio sillín—. ¿Sube?

—¿Los dos?

—No hay nadie en el parque. Y siempre es más agradable hacer el ridículo con alguien, así podemos compartir la humillación.

—Es usted muy dramático, señor Reynolds.

—Soy más curioso que dramático, lo que explica mi situación actual. ¿Señorita? —Le tendió la mano para ayudarla a sentarse.

—Llevo falda.

—También la llevaba cuando vino conduciéndola.

—Pero porque tenía pantalones debajo.

—Entonces siéntese delante y de lado.

No sin un previo segundo de vacilación, permitió que la sedujera la experiencia e hizo lo que le pedía.

Quizá debiera habérselo pensado dos veces. El sillín era ancho, sí, y debería agradecer personalmente al señor Johnson haber aceptado la sugerencia de ampliarlo o, de lo contrario, la situación habría sido incluso más indecorosa.

Al principio, mientras él se acostumbraba a la marcha, pudo mantener una mínima distancia. Pero en cuanto le pilló el tranquilo y se animó a aumentar la velocidad, aprovechando que el camino del parque estaba libre de viandantes, Mercy tuvo que pegar el hombro al pecho masculino y aferrarse a lo que tuvo más cerca...

Que resultó ser su muslo. Un muslo recio y vigoroso.

Retiró la mano tan rápido como la colocó, ocasionando que perdiera el equilibrio y él tuviera que clavar los talones en el suelo para frenar.

—Lo siento —balbuceó, a punto de superar su sentido de la vergüenza y ruborizarse—. Le he tocado el muslo sin querer.

La camaradería inicial se disolvió en su expresión. Chase le dedicó una mirada insondable antes de bajar los párpados al punto donde ella había apoyado su mano, demasiado cerca de la ingle, para su inmensa mortificación. La postura no era más recatada que el gesto, puesto que cualquiera que los viera de fuera pensaría que estaba sentada en su regazo, pero aquello había sido un exceso se mirara por donde se mirase.

—Si lo hubiera hecho adrede me habría ofendido mucho menos. Que una mujer toque a un hombre sin querer es una patada al ego, señorita Swansea.

—¿Y qué quiere que le diga?

—Podría no haber dicho nada y haber seguido tocándolo. Así no habría estado a punto de caerse.

—Habría estado a punto de hacer algo peor.

—¿Se refiere a arruinarme para el matrimonio? —se burló—. No se preocupe, me han tocado indecorosamente en otras ocasiones y no he obligado a ninguna de las mujeres a pasar conmigo por el altar para salvar mi honor.

Mercy debería haberse bajado del velocípedo y corrido a los brazos de su doncella, que se notaba que no sabía cómo manejar la situación. Debía estar aterrada por el relato que tendría que ofrecerle a su madre, a quien predecía que no le gustaría nada.

Pese a todo, Mercy se quedó donde estaba, tan pendiente de los pestaños de su compañía como su compañía de los de ella.

—¿Por qué me mira así? —quiso saber él, ladeando la cabeza con una incomprensible mezcla de diversión y molestia—. ¿Tiene miedo de que tome represalias?

—¿Qué represalias podría tomar?

—¿Y usted me lo pregunta, que sabe lo malo que podría ser? —Suspiró. Su aliento le acarició la frente. En esa posición estaban tan cerca que era indecente—. Es una lástima que no ande cortejándola de veras, Pandora, o la habría besado ahora mismo.

—¿Una lástima? Es más bien un alivio que no ande cortejando a nadie de veras, o temería por la pobre muchacha. Está claro que usted no se tomaría muy en serio su obligación de caballero.

—Y está más claro aún que usted se alegraría de que fuera un auténtico canalla. —Se inclinó más sobre ella—. ¿Tal fue la impresión que le dejé cuando la besé la primera vez, señorita Swansea? Parece que en lugar de temerme, anhela tanto mis besos que le da pánico tocarme por si aviva su deseo.

Mercy ignoró que le ardía el estómago, el pecho, el bajo vientre: zonas del cuerpo que no deberían conocer el calor a no ser que estuvieran quemándola en una pira. Era obvio que estaba poniéndola a prueba, porque el hombre era un provocador nato.

—Dice que me besó, pero se le olvida que yo también le besé a usted, señor Reynolds —corrigió con pedantería—. Para besarse durante más de un segundo, se necesita un acuerdo mutuo.

—Eso que acaba de decir es también muy sugerente, pero quizá no se haya dado cuenta.

—No quería ser sugerente, sino exponer un hecho con objetividad.

—Interesante. Jamás había tenido una conversación racional sobre besos. Por casualidad no sabrá con exactitud cuántos segundos la estuve besando. Perdona: *nos estuvimos* besando.

—No los conté. Quizá treinta, o sesenta.

Mercy se quedó sin saliva cuando él entornó los ojos sobre sus labios.

—¿Qué le parece si los cuenta ahora? —propuso en un ronroneo, deslizando la mano por su cintura—. Luego yo intentaré adivinarlos.

—¿Y por qué no le cuento mejor... que...? —Carraspeó—. Podría contarle que este modelo cuenta con un freno manual que podría haber usado en lugar de las piernas.

—Pero no es un cuento que me interese, porque no tiene final feliz. Al menos, no tanto. Y le recuerdo que es importante dotar de realismo mi interés en usted, señorita Swansea, o no surtirá efecto.

—¿Y debe hacerlo besándome en medio del parque?

—Habíamos quedado en que no la beso, sino que *nos besamos*. Y hacerlo en público es lo único que evitaría que el beso se convirtiera en algo menos inocente.

—¿Qué tiene un beso de inocente?

Él sonrió antes de inclinarse sobre ella.

—Depende. Uno mío... absolutamente nada.

Mercy buscó de reojo a su doncella, pero había desaparecido. Y en realidad no le habría pedido ayuda. Chase despedía un dulce y masculino aroma a jabón de afeitar y madera de sándalo con el toque del tabaco que otro había fumado cerca de él. La boca se le hizo agua, y estaba buscando una explicación lógica a su involuntaria reacción cuando...

—Disculpe, caballero.

Los dos se giraron hacia la voz desconocida, proyectada a sus espaldas con el tono autoritario de un agente de la ley. Chase arrugó el ceño al toparse con el característico gabán negro y abotonado de los corredores de Bow Street.

—No se puede conducir draisianas en senderos o aceras —recitó, mosqueado.

—Mis disculpas.

—Lamento informarle de que no basta con esas dos palabras. La ley le pide más bien dos libras.

—¿Dos libras?

—Está prohibido el manejo de ese vehículo, señor.

Chase pestañeó una sola vez. Luego se giró hacia la avergonzada Mercy, que compuso una pequeña sonrisa con la que esperaba apaciguar los ánimos. Se arriesgó a encoger un hombro y decir:

—Se me olvidó decirle que pasó de moda porque multaban a los que la llevaban por el número de accidentes.

Capítulo 12



—He oído que te han multado con dos libras por conducir una draisiana.

—Y yo he oído que el anfitrión me estaba buscando. Si me disculpas...

Blaine lo agarró del cuello del frac para retenerlo en el sitio. No era la manera más elegante de obligar a un hermano gemelo a soportar una conversación de besugos, pero sí la única efectiva cuando se trataba de él. Blaine Reynolds no había nacido con el don de la moderación, el del disimulo o, ya puestos, el de la fraternidad. No le dejaba pasar ni medio escándalo mientras regodearse en sus errores pudiera reportarle la menor diversión. Y *siempre* se divertía como un crío con las que eran sus tragedias personales.

—Ahórrate esa disculpa para enunciarla durante la cena. Los ciudadanos de Londres cuya vida ha peligrado esta mañana por tu irresponsabilidad merecen oírla mucho más que yo.

—Tienes razón, tengo unas disculpas pendientes para con Inglaterra desde que a nuestra madre se le olvidó pedir perdón por haberte traído al mundo.

»Si ya sabes que me han multado con dos libras, ¿por qué me torturas el doble obligándome a permanecer a tu derecha?

—¿Preferirías ponerte a la izquierda?

—Preferiría ponerte el pie en el cuello.

—Santo Dios, espero que mientras conducías la draisiana no estuvieras de este humor de perros. Esa agresividad tuya unida al invento mortal habría acabado con la vida de mis compatriotas.

—No había ningún compatriota en Hyde Park a esas horas, Blaine. La gente está acostumbrada a salir de sus viviendas bien temprano y marcharse antes de que el sol se ponga en lo alto.

—Alguno tuvo que haber para que me enterase de a qué dedicas tu tiempo libre. Pero eso que dices sobre los horarios parece confirmar el refrán: a quien madruga, Dios le ayuda salvándose de un atropello. —Lo miró de arriba abajo con una mueca de diversión—. No me extraña que tú, habiéndote despertado tan tarde, hubieras tenido que pagar... en el sentido literal y el figurado.

—¿Cuál sería el figurado?

—¿Te parece poco haberte ridiculizado? La draisiana es una estupidez para dandis.

—Tú eres un *dandy* —apostilló, levantando su copa de oporto en señal de brindis.

—Corrección: para dandis estúpidos.

—¿Has oído hablar de los adjetivos epítetos? —inquirió con fingida cortesía—. Resaltan una cualidad implícita del sustantivo. Dejándolo en *dandy* habría bastado para que dedujera lo demás.

—¿Se puede saber de dónde has sacado una draisiana? —Arqueó una ceja.

—Yo no saqué a la draisiana. La draisiana me sacó a mí.

—¿Tiene algo que ver con la dama que llevabas en el regazo?

Chase lanzó una mirada de socorro al alto techo del salón. Entrecerró los párpados cuando los brillos de las arañas le cegaron.

—¿Enviaste a algún lacayo a espiarme?

—Naturalmente. No tengo nada mejor que hacer —ironizó—. Chase, en esta ciudad, esa clase

de escándalos se esparcen como la pólvora. ¿Se trataba de la señorita Swansea?

Chase prefirió no responder y desvió la mirada al grupo que bailaba una cuadrilla. Bastante tontería había tolerado ya.

Otro soporífero evento que añadir a la lista de obligatorios para cumplir su promesa. Había calculado que bastarían alrededor de tres o cuatro veladas nocturnas y un par de días más enviando flores o bien visitando personalmente a la señorita Swansea; para entonces, la joven tendría que sacudir las piernas para sacarse a los pretendientes de encima. No dudaba que le sobraría campo de selección, y no solo porque él la hubiera puesto en valor al haberse proclamado su fiel admirador. Pese a sus marcadas rarezas, Mercy Swansea era una pieza de coleccionista. La esposa perfecta para un caballero arruinado que anduviera en busca de una dote abundante y unos modales exquisitos. En ese preciso momento estaba haciendo gala de ellos al conversar con un grupo de caballeros que se había cerrado en torno a ella. Destacaba entre las chaquetas caras de los interesados por la fina seda de su vestido celeste, además de por su femenina figura. Una que había sentido en todo su esplendor al estrecharla contra su cuerpo esa misma mañana.

—He oído que es peculiar —comentó Blaine.

—¿Tu estupidez supina? Así es. No he conocido otra como la tuya jamás.

Blaine no mordió el anzuelo.

—Tratándose de una joven con una personalidad tan poco común, ¿de verdad crees que conseguirás cumplir tu juramento de salvarla de la soltería?

—El carácter de la esposa es indiferente en un matrimonio —resolvió Chase, con la boca pegada al borde de su copa. Estudiaba el salón con una mirada que pretendía parecer calculadora cuando en realidad solo estaba aburrido—. No es como si el afortunado fuera a tratarla mucho.

—Por lo que sé sobre ella, el marido sería afortunado si no la tratara demasiado. ¿Coincides con la opinión general?

Chase lo meditó observándola de lejos.

Reunir a cuatro caballeros para que se pelearan por su atención en el mismo cuadrante era toda una hazaña, pero la pose modesta de la joven denotaba lo poco que la impresionaba su triunfo. Mercy asentía a lo que contaba un caballero con atención..., pero muy poco interés. A la pobre criatura le habían enseñado a ser respetuosa, pero no podía aparentar entusiasmo por la cháchara de un petulante como lord Waldorf.

Chase removió el contenido de la copa con círculos de muñeca, insinuando una sonrisa.

—El afortunado será el que consiga estimular su intelecto, Blaine, y por lo que me estoy temiendo, no parece que ese vaya a ser su futuro marido. Al menos, no si los únicos pretendientes a la vista son Waldorf, Orson, Butler y esa serie de idiotas que no suman ni media neurona.

—Iba a preguntar si el nivel intelectual de la señorita Swansea es tan elevado como insinúas, pero no me parece que haga falta ser especialmente inteligente para aburrirse con ese trío de cabezas huecas.

—Si tanta curiosidad tienes, ¿por qué no lo descubres por ti mismo? —propuso, mirando a su hermano. Este le observó a su vez con el ceño arrugado, sin comprender—. Pídele un baile a la señorita. Puedo asegurarte que no te defraudará.

—¿Te refieres a que se lo pida como el barón Godolphin, o a que me haga pasar por ti?

—De preferencia, como el barón. Yo soy lo bastante buen actor para hacerme pasar por ti, pero a ti te falta un poco para pasar por un buen Chase. Y, como te digo, la señorita Swansea no es estúpida.

—Pero sí es bastante fea —repuso, con el poco tacto que le caracterizaba.

Blaine no se percató de que una de las señoras que charlaban apoyadas en una columna cercana se daba la vuelta para censurar su comentario. Pero si se hubiese dado cuenta, tampoco habría pedido disculpas.

Chase devolvió la mirada a Mercy, como si necesitara inspiración para descartar o confirmar la cruel aseveración de su hermano.

Su cabello brillaba como el champán gracias a la luz de las arañas, y el vestido, elegido con gusto para la ocasión, dejaba a la vista una buena porción de su escote. No tenía unos pechos protuberantes, lo que sin duda habría necesitado para captar la atención de un tipo exigente y de grandes apetitos como su hermano, pero el trazo elegante de sus clavículas y el cuello enhiesto le otorgaban la dignidad esperada en una reina. Apostaba a que a algunos hombres les daba rabia que tuviera que estropear sus virtudes con esa expresión distraída suya, con la que dejaba claro que sus pensamientos eran infinitamente más interesantes que los del resto. Chase, que había podido asomarse al inmenso pozo de sabiduría e inquietudes mundanas que era su mente, podía dar fe de que así era. Si quisiera ponerse por encima de todos en un alarde de pedantería, estaría en su derecho. Pero la señorita era demasiado modesta para caer en el pecado de la soberbia. Demasiado prudente y racional para caer en ninguno de los siete, de hecho.

En cualquier caso, y fuera fea o guapa, Chase había deseado besarla en varias ocasiones, y eso no podían decirlo muchas mujeres hermosas. Por supuesto, los sentimientos que a Chase le despertara una jovencita no eran determinantes a la hora de decidir si valía o no la pena *per se*, pero sentía que Mercy contaba con un encanto especial.

Los que no conocieran a las mujeres cometerían el error de llamarlo inocencia, cuando iba mucho más allá. Mercy Swansea caía en provocaciones sin sonrojarse, jamás balbuceaba o necesitaba meditar antes de responder con un ingenio sorprendente y le gustaba mirarle los labios cuando él hablaba.

Debía ser eso. Apenas era consciente de lo tentadora que resultaba su concentración al clavar los ojos en la boca masculina, como si quisiera anticiparse al final de sus frases. Era la ingenuidad unida a una inteligencia muy superior a la suya y a la de quien cometiera el error de compararse con ella. Y no dejaba de pensar en que, con lo inquieta y mañosa que era, cuando se interesara en experiencias igual de mecánicas pero más placenteras que las materias en las que ocupaba su tiempo, se convertiría en una mujer irresistible.

Por supuesto, no había llegado a estas conclusiones observando que se aburría en medio del grupo, sino esa misma mañana.

«¿Le gustaría que le enseñara a montar?», le había dicho. Una muestra de ingenuidad, sin duda. Chase había tenido que morderse la lengua para no soltarle si no preferiría que él la enseñara a montar a ella, pues parecía muy orgullosa de su sabiduría y en realidad le faltaba conocer el vehículo en el que era más agradable subirse. Tuvo que sacudir la cabeza para abandonar esos ridículos pensamientos libidinosos. Pensamientos libidinosos que iban dirigidos a una muchacha sorprendentemente cándida y despistada para tratarse de un cerebro prodigioso y, a su vez, de una pobre víctima de dos besos a traición.

No, la señorita Swansea no era bella, provocadora o experimentada, y, aun así, Chase tenía la rotunda certeza de que volvería a besarla. No sabía cómo, ni cuándo, ni con qué excusa. Ni siquiera le apetecía en ese momento, y bien podía no apetecerle en la década próxima; si todo marchaba con lady Wordsworth como pretendía, ni siquiera tendría la oportunidad. Pese a esto, una parte de él se había resignado a que la muchacha terminaría entre sus brazos una vez más. La forma en que ambos se relacionaban fluía con la naturalidad de toda una vida en común, y Chase

era lo bastante avisado para predecir que sería esa misma naturalidad la que les llevaría a rozar sus labios como si siempre lo hubieran hecho.

—¿Chase? Te has quedado en blanco —dijo su hermano, chasqueando los dedos cerca de su oído—. No me digas que vas a hacerte el ofendido porque no encuentre atractiva a tu señorita Swansea.

—No es «mi» señorita Swansea, Blaine, y no me importa que no sea de tu gusto. Por el contrario, celebro que no te interese o de lo contrario debería estar doblemente pendiente de ella para que no te acercaras más de lo debido. —Apuró los últimos dedos de oporto y abandonó la copa vacía en la bandeja del primer sirviente que pasó—. Solo será un baile.

—Yo nunca bailo.

—Y eso le hace muy flaco favor a tu reputación. Sacar a bailar de vez en cuando a una florero se ve como un gesto gentil, y me consta que hace suspirar a más de una dama.

—Un hombre no necesita ser gentil cuando ya es barón. Pero reconozco que me has picado la curiosidad. Ahora quiero comprobar que es tan maravillosa como aseguras.

—No he asegurado tal cosa en ningún momento.

—Lo ha dado a entender tu cara de bobo.

—Exactamente la misma que la tuya, querido —apostilló, dando por zanjada la conversación. Le gustaba tener siempre la última palabra, y esa noche lo consiguió. Se quedó donde estaba solo unos segundos más para apreciar el paseo distraído pero seguro de Blaine hasta Mercy, a la que se le iluminó la cara de agradecimiento al ser rescatada de la pandilla de páñilos.

¿Habría confundido a Blaine con él, y por eso le había sonreído de esa manera? Supo que no cuando ella le lanzó una mirada por encima del hombro de su hermano y asintió de forma discreta, hablándole en un idioma cómplice del que él tenía primera noticia.

La casualidad quiso que la orquesta se decantara por un vals en el mismo momento en que se dieron la mano.

Estupendo. De esa manera, ambos podrían compartir sus opiniones respecto a los avances de la locomoción o lo que fuera que interesase a los eruditos de la alta sociedad. Blaine, para no ser menos que nadie, exigió su membresía en la Royal Society, se empeñó en instalar una ducha en su mansión de temporada y procuraba informarse ávidamente de cada cuestión relativa al progreso científico. La señorita Swansea estaba en buenas manos por ese motivo, y por uno aún más importante: a Blaine no le gustaba ni para mirarla.

Capítulo 13



Tras lanzar un último vistazo a la pareja, Chase abandonó el salón para dar una vuelta por los jardines. El ruido y los espacios abarrotados seguían torturándolo incluso una década después de la última batalla. No veía una gran diferencia entre los cadáveres amontonados de los soldados y las aglomeraciones de carne y seda, y desde luego eso no hablaba muy bien ni de su perturbada cabeza ni de las bellezas del salón. En lo que a Chase respectaba, solo una mujer estaba llena de vida, y era la misma que había decidido salir a su encuentro.

—Chase —lo llamó Melanie.

Él estaba aún de espaldas a ella, fingiendo examinar el brote de crisantemos de lady Sheraton. No se movió hasta que estuvo seguro de que había escondido su sonrisa de dolorosa ironía.

Su hermano estaba en lo cierto cuando decía que ignorar a una mujer era la manera más eficaz de conseguir su atención.

—No debería estar aquí, lady Wordsworth —pronunció en voz alta—. Podrían cuestionar su buen nombre, y no le gustaría saber qué fue lo que sucedió la última vez que estuve en un jardín con una dama soltera.

—Habría sido difícil saberlo cuando esta dama soltera de aquí estaba en otro jardín esperando como una idiota —repuso, notablemente molesta—. ¿En el último momento prefirió encontrarse con otra, señor Reynolds?

—¿Encontrarme con otra, dice?

—Fue usted el que vino a buscarme en Almack's para conversar en el descanso previo a la cena. No acudí —recalcó.

La irritación de Melanie hacía que Chase tuviera que hacer un grave esfuerzo de voluntad para no sonreír de placer. No le gustaba alterar a las mujeres hasta ese extremo, pero era otra manera de cerciorarse de que el interés era mutuo.

—En el último momento se me ocurrió que tal vez no estuviera usted interesada.

—Y eso lo dedujo simplemente porque me demoré.

—Desde luego se demoró lo suficiente para que encontrase otra manera de entretenerme.

Chase aprovechó ese momento para darse la vuelta y mirarla.

La había dejado sin palabras. Era una lástima y a la vez una maldición que incluso pálida por lo que estaba insinuando y completamente perpleja fuese lo bastante hermosa para encogerle el corazón.

—Veo que no tiene problema buscando sustitutos.

—Usted tampoco lo tuvo en su día, si no recuerdo mal.

Ella apretó los labios.

—¿Para eso me citaste, Chase? —Bajó la voz, como si tuviera miedo de que se diese cuenta de que le estaba tuteando—. ¿Para recordarme mis errores?

—¿Sus errores? Es la primera vez que la oigo refiriéndose a su matrimonio en esos términos. Yo en su lugar esperaría a que lord Wordsworth cumpliera un rato más en la tumba antes de difamarlo.

—Usted no lo esperó antes de acercarse a su viuda con la evidente intención de seducirla.

Chase se mostró encantado con su respuesta. Melanie tenía una lengua muy suelta, el carácter de un demonio embravecido y ninguna paciencia. Ya era así cuando tenía once años y lo encaraba por inmiscuirse en sus juegos de té. El tiempo solo había acentuado sus defectos; defectos que Chase había recordado con el morbo que solo puede sentir un hombre enamorado hacia las faltas de su amada.

—Eso es porque yo a lord Wordsworth no le debo un carajo —aclaró con voz clara. Dio un paso hacia ella—, y de haber estado en Londres para el momento del funeral, no habría aguardado a que le cerraran los ojos para colarme en el dormitorio de su viuda.

»Si su viuda me hubiera interesado, por supuesto —concluyó con desapego.

Melanie lo escuchaba con el cuello rígido. Sus brillantes ojos verdes refulgían en la oscuridad como los de una gata. Tenía las mismas uñas afiladas.

—¿Debo entender que no es el caso? —Arqueó una ceja y se aproximó a él con ese caminar estudiado que años atrás le hacía sudar. Apoyó una mano en su pecho—. ¿Solo quería charlar a solas para darme el pésame?

—El pésame debí habérselo dado el día de su boda, milady.

—Pero ni siquiera se dignó a asistir —le reprochó.

—¿Y no se le ocurre una sola razón por la que lo hubiera decidido así?

—¿Aparte de que es usted un maleducado al que no le importa la felicidad de su querida amiga de la infancia?

—Soy un maleducado al que no le importan las apariencias. Y entre todas las apariencias del mundo, de la que menos quería tener constancia era de la suya con su vestido de novia.

Se le escapó una nota de dolor al soltar el comentario.

La espina seguía clavada entre la corteza del corazón y la fibra más sensible del alma, donde ella llevaba grabada desde que tenía uso de razón. Odiaba convenir con Blaine, pero estuvo muy acertado al comentar que un hombre no debía amar a una mujer más de quince años. Una década y media de angustia pudriría el pecho de cualquiera.

Pero Melanie era poderosa como la madre tierra y tenía los dones de la diosa Ceres: si alguien podía devolver a la vida sus esperanzas marchitas, era ella, sobre todo cuando apoyaba la mano sobre la zona arrasada y lo miraba con los ojos como estrellas.

Estaba tan cerca que podría besarla si se inclinaba. Y Chase, a su vez, se inclinaba bastante por esa loca idea.

—¿Aún no me has perdonado? —susurró ella.

—Aún no me has pedido disculpas.

—No puedo rogar el perdón de nadie por hacer lo que consideré que sería lo mejor para mí. Lamento si eso te rompió el corazón. Puedo decirte que al marcharte, te llevaste los pedazos del mío.

No era suficiente consuelo. Blaine volvía a tener razón: Chase solo era un poco más blando que su hermano gemelo, y eso significaba que perdonaría, pero no sin oír antes un ruego. Quería sus súplicas y tener que llevar un pañuelo encima para enjugar sus lágrimas. Quería un arrepentimiento voraz y capaz de consumirla, la clase de remordimientos de los que alguien tendría que rescatarla antes de que se muriese de pena. Y, por desgracia, Melanie no parecía darle la menor importancia.

—No sé de qué podría haberme servido un corazón partido, lady Wordsworth. Recuerdo haber tenido uno, y no me benefició en nada —replicó con frialdad. Retiró su mano, estremeciéndose al contacto—. Me alegra haberme cerciorado de que habría acudido a mi

encuentro la primera noche de mi regreso. Era todo cuanto quería saber.

El gesto comprensivo de Melanie mudó a uno de severidad y rencor.

—Si hubiera sabido que su resentimiento hacia mi matrimonio duraría más que mi marido, me habría casado con su desprecio, señor.

—Mi desprecio es tan pobre como lo era yo, me temo. Lo habría acabado rechazando igual.

»Por si acaso no lo he dejado claro, mi más sentido pésame. —E hizo una reverencia con la que pretendía dar por zanjada la charla, pero ella lo sostuvo por los hombros.

—No me creo este teatro tuyo, Chase. Te conozco desde que eras un jovencuelo. Me citaste porque querías hablar conmigo de algo.

Chase se fijó en el brillo esperanzado que despedían sus ojos. Siempre había sido una muchacha expresiva y enérgica, tan elocuente en su solo silencio que, cuando hablaba, decía demasiado. Y eso nunca estuvo bien visto, pero todo el mundo lo adoraba.

En ese momento le dijo demasiado. Con su semblante ilusionado, Chase descubrió que esperaba una pedida de mano, y eso le decepcionó profundamente.

—Quizá solo quería cerciorarme de que mi corazón es libre para amar a otra mujer.

—¿De nuevo mencionas a esa «otra mujer»? —Alzó la voz—. No vas a hacerme creer que de veras andas perdido por Mercy Swansea.

Chaseladeó la cabeza con fingida inocencia.

—¿Ha oído hablar de ella?

—Todo el mundo ha oído hablar de sus locuras.

—Yo prefiero denominarlo «inventos». Si la conociera, lady Wordsworth, sabría que esos avances tecnológicos en los que tanto se vuelca harán su vida más sencilla.

—Deja de decir estupideces. No estás interesado en esa joven —zanjó.

—Haberme tratado cuando tenía veinte años no la autoriza a usted para hablar con esa propiedad sobre lo que me interesa y lo que no. El tiempo no pasa en vano, y la gente cambia.

—Por mucho que cambiaras, jamás perderías el tiempo con una mujer de sus características.

—¿A qué características se refiere? ¿Inteligencia y generosidad? ¿Está insinuando con eso que usted no es inteligente o generosa en lo absoluto y por eso perdí el tiempo con usted?

—Estoy insinuando que es anodina, fea y nadie en su sano juicio se mezclaría con su familia.

Chase elevó las cejas, sacudido por una sorpresa que no era fingida. Recordaba a lady Wordsworth como la clase de joven prudente y respetuosa que no pondría en su boca palabras como aquellas, ni mucho menos para lanzarlas como crítica de un modo tan cruel. Chase recordó los esfuerzos de Mercy por comedir su entusiasmo al hablar del futuro de los criados, que en su opinión habían nacido para grandes obras —solo que probablemente ni ellos lo supieran—, y el comentario de lady Wordsworth le supo amargo.

—Bueno —deletreó muy despacio, aún aturdido por sus hirientes palabras—, ya habrá oído por ahí que muy pocos soldados regresan de la guerra «en su sano juicio». Yo no soy la excepción, así que tal vez sea el pretendiente adecuado para ella.

—Es imposible hablar con usted.

—En eso coincidimos. Nuestro tiempo de charla expiró hará una década. Estoy seguro de que ahora se arrepiente de no haberlo aprovechado cuando tuvo oportunidad.

Melanie separó sus carnosos labios para, con toda probabilidad, soltar una imprecación muy a la altura de su insulto anterior. Por suerte para ambos, recobró en el último momento la elegancia y desapareció en un frenético frufú de faldas al que él prestó poca atención. Sobre todo cuando oyó que alguien cercano a su posición pisaba una ramita y mascullaba una perdonable blasfemia por lo bajo.

Chase miró a un lado y a otro antes de seguir su instinto y meter la mano detrás de los gloriosos arbustos donde florecían los crisantemos. No tuvo que buscar mucho antes de dar con un brazo delgado. Tiró con la suficiente contundencia para sacar a Mercy Swansea del escondite. Para sacarla, para que se estrellara contra su pecho y también para placarla contra el suelo si eso hubiera sido de su interés, porque era ligera como una caña de bambú y él fue demasiado brusco.

Por supuesto, no se planteó atacarla al toparse con sus ojillos de cervato, abiertos como platos.

La soltó y dio un paso atrás para preguntar con tacto:

—¿Cuánto tiempo lleva escuchando?

Ella se colocó las gafas con aire remilgado.

—El suficiente para averiguar de dónde venía su sospechosa disposición a ayudarme a encontrar marido.

—¿Le parece sospechosa la disposición del ser humano a echarle una mano a quien lo necesita?

—No, señor Reynolds. Creo en el altruismo. Pero me cuesta confiar en el suyo cuando acaba de usar mi nombre para volver loca de celos a lady Wordsworth.

—Si ha sido lo bastante maleducada para escuchar unos cuantos intercambios verbales aparte del último, sabrá que su nombre ha sido mencionado por primera vez por ella misma; no he sido yo quien lo ha sacado.

—Pero lo ha repetido con placer para darle una lección.

—Si se refiere a una lección de buenos modales, estoy conforme. No me gusta presenciar ataques personales como el de la dama hacia usted.

—Una auténtica hipocresía viniendo de un hombre que disfruta incomodando a los demás.

Chase la volvió a coger de la muñeca para evitar que pasara por su lado. Tiró lo suficiente para pegarla a su costado y hablar con la boca rozándole la sien.

—No es hipocresía. Me gusta tanto incomodar a quien lo merece como detesto el ultraje dirigido a quienes no.

Observó que Mercy cogía aire. Iba a dejarle muy clara su opinión sobre el asunto: vio la determinación a zanjarlo con diplomacia y también contundencia en su expresión levemente alterada por un ceño indeciso, como si no supiera si tenía o no derecho a ofenderse. No obstante, en el último momento tuvo que decidir que no, porque lo encaró con esa franqueza que le sacaba los colores a todo el que hubiera mentido alguna vez. Chase había mentido en numerosas ocasiones, y siempre se había enorgullecido de su talento... hasta entonces.

—No había ninguna necesidad de hacerme creer que le movían los remordimientos y el desinterés. Podría haber encajado un acuerdo de conveniencia en el que yo le uso a usted para conseguir marido, y usted a mí para avivar el interés de lady Wordsworth.

Chase pestañeó.

—En el caso de que eso fuera así (le aclaro de antemano que está muy equivocada) —mintió —, no se me habría ocurrido plantearlo de un modo tan grotesco delante de una dama.

—Cuando la dama ya sabe lo grotesco que el señor puede ser, es una ridiculez intentar mantener las apariencias.

Todavía con la boca muy cerca de su mejilla, sonrió y susurró:

—Deme un segundo para contar todas las veces que me ha insultado en tan solo una frase. Veamos: me ha dicho que soy grotesco, ridículo e hipócrita, además de bastante obtuso.

—Con esto también demuestra que es muy perspicaz, si en eso ayuda —apostilló Mercy —. Buenas noches, señor Reynolds...

Chase la tomó delicadamente de la mano antes de que diera un paso más. Ella se detuvo por

deferencia a él, no porque le interesara quedarse, y dirigió una mirada indescifrable al punto en que sus dedos se tocaban.

En lugar de separarse, como parecía exigir su rápido vistazo, Chase afianzó su agarre.

—Cualquiera diría que está buscando que le obliguen a casarse conmigo, señor Reynolds. Un jardín más y nos veremos en un serio aprieto. O peor: en el altar.

—Ese es el serio aprieto que usted anda buscando, ¿me equivoco? El de acabar en el altar.

—No a costa de un escándalo. Mi familia ya sufrió uno y la sociedad fue sorprendentemente benevolente. Es mejor no tentar a la suerte con otro del mismo calibre.

—¿A qué se refiere? ¿La reticencia de la gente a acercarse a usted tiene bases distintas a su pasión por la ciencia?

Mercy lo miró con una seriedad que nunca antes le había visto.

—He de irme, señor Reynolds.

—Espere. —La retuvo—. Insisto en que lady Wordsworth no tiene nada que ver con usted.

Quiso darse un golpe en la frente en cuanto lo soltó. ¿Por qué le estaba mintiendo? Mercy ya había demostrado que sabía guardar un secreto, y estaba seguro de que había sido sincera al declarar que no le habría importado que hubiera expuesto sus verdaderas intenciones, ruines como fueran, desde el principio.

Por supuesto que la señorita Swansea y Melanie estaban íntimamente ligadas, incluso si ellas no lo sospechaban. Eran los dos problemas que Chase pretendía solucionar de una.

—De que no tenemos nada que ver ya se ha encargado de aclararlo ella misma, señor Reynolds. Por el tono que ha empleado al hablar de mi familia y de mí, no es difícil deducir que se considera todo lo contrario a fea y anodina.

Chase escrutó su rostro con un nudo de incomodidad en el estómago. Por algún extraño motivo, que tal vez no fuera tan extraño porque admitía ante sí mismo que la muchacha tenía su simpatía, le inquietaba pensar que pudiera haberla ofendido. Mercy habría estado en todo su derecho de criticar aquella patética conversación como merecía, pero no sonaba sarcástica o dolida. Se había armado de la sobriedad condescendiente de un noble demasiado ocupado para perder el tiempo con él.

—No me corresponde disculparme por nadie, pero...

—Ni deseo en modo alguno una disculpa. De hecho, me gustaría regresar al salón. Como ya le he dicho, debo marcharme.

—Señorita Swansea —intentó una última vez—, le prometo que ha malinterpretado la situación. Mis diferencias con lady Wordsworth no guardan la menor relación con mi acuerdo con usted.

—De acuerdo.

Estaba convencido de que no le había creído ni media palabra, pero no podía acusarla de embustería y tampoco agobiarla siendo insistente. A veces, ser un caballero significaba hacer sacrificios en pro de la educación. No cabía la menor duda de que, si esa mañana se hubiera despertado un poco más canalla, la habría convencido de que no tenía nada que envidiar a lady Wordsworth de un modo poco ortodoxo y por el que Edison Swansea podría haberle hecho pagar con un par de disparos.

—Por curiosidad —volvió a decir Chase—, ¿qué hacía escondida entre los matorrales? ¿Me vio salir del salón y le preocupó que acabara besando a otra desconocida, en esta ocasión una más impresionable?

—Lady Wordsworth no parecía muy impresionable, pero sin duda alguien debería perseguirlo para salvarle de sí mismo —apuntó ella, mirándolo directamente—. Solo quería hablar con usted

sobre su hermano antes de marcharme. Lord Godolphin es un hombre muy agradable. Después del vals, me ha invitado a tomar un refrigerio y me ha citado mañana en su propiedad para mostrarme unas piezas de egiptología que colecciona.

Chase se contuvo para no fruncir el ceño. ¿Blaine, invitando a una mujer a su propiedad? ¿Y para mostrarle una de sus colecciones? Rogaba al cielo para que no fuera un eufemismo muy adornado de partes de su cuerpo que no era educado mencionar ante una señorita, y rogaba también porque quisiera estrenarse en el campo de la amistad femenina con Mercy. De lo contrario, tendría que advertir a la muchacha de que, entre la muerte y el matrimonio, Blaine decidiría matarse dos veces. Una más por si acaso.

—No sabía que le interesara también la historia de Egipto, señorita Swansea.

—La egipcia fue una de las primeras civilizaciones del mundo, y sus obras arquitectónicas eran bastante más avanzadas en muchos aspectos que las de los ingleses de este siglo.

—¿A cuáles se refiere?

—¿Se imagina a un inglés construyendo una pirámide?

—No, pero tampoco imagino a mi hermano coleccionando pirámides, si eso es lo que pretende ver. Su casa es bastante grande, pero no tan colosal como para albergar la tumba de Keops.

—Parece mentira que tenga que explicarle esto, señor Reynolds —dijo con calma, entrelazando los dedos sobre el regazo—. La colección está bien, pero pretendo ver *a su hermano*.

Chase pestañeó. No fue eso lo que escuchó, sino algo más parecido a «tu hermano pretende ver a la señorita Swansea».

¡Santo Dios! ¡Pero si unos minutos antes había parecido obcecado en fingir una ceguera para no tener que llevarse el mal rato de mirarla!

—Entre en el salón, entonces, y obsérvelo a sus anchas. No se moverá de ahí mientras los lacayos sigan sirviendo champán.

—Me temo que no va a ser posible. Lord Riversey ha decidido acudir a la primera velada en la que también está mi hermana Temperance, y es nuestro deber desaparecer antes de que empiecen a hacer comentarios malintencionados.

Abrió la boca para hacer preguntas que Mercy no comprendería o no sabría responder, ninguna relacionada con su hermana —más bien con su hermano—, pero ella se dio la vuelta tras despedirse con un sencillo «buenas noches».

Así dejó solo a un confuso y perplejo Chase, preguntándose en qué momento había sucedido aquello.

Capítulo 14



—¿Se puede saber cuáles son tus intenciones con Mercy Swansea?

Intentó sonar tan irónico y destemplado como de costumbre, pero en el último momento se infiltró una nota de resentimiento.

Blaine giró la cabeza para mirarlo por encima del enorme respaldo de su sillón preferido. Chase había interrumpido su hora de descanso entre las obligaciones que *no* pretendía atender y la citación con la señorita Swansea que *no* debería tener lugar.

—Ah, Chase, aquí estás... ¿Serías tan amable de rellenarme la copa?

—¿Rellenarte la copa? Si no recuerdo mal, la señorita a la que pretendes enseñar tu colección de egiptología llegará en media hora.

—En media hora estaré perfectamente sobrio.

—En media hora estarás borracho como una cuba —repuso, sarcástico. Entró a la modesta biblioteca, que también las hacía de despacho desde que el presupuesto para la mansión era reducido, y se dirigió hacia su hermano para arrebatarle el vaso—, y sabe Dios de lo que serías capaz si tuvieras a una mujer bajo tu techo estando en esas condiciones.

—Lo mismo que si no lo estuviera. No solo beso a las mujeres que son de mi gusto cuando llevo un par de copas, hermano, también puedo hacerlo en plena posesión de mis facultades.

Chase, que estaba a punto de dejar el vaso vacío en la mesilla contigua, se quedó frío como un témpano. Tardó unos segundos de más en apoyar el canto de cristal con suavidad y girarse muy despacio hacia Blaine. Este le observaba con los párpados entornados y una sonrisa socarrona, los dos gestos expresivos que afloraban en su semblante cuando se proponía buscarle las cosquillas.

Le habría gustado decir que no estaba lo suficientemente borracho para ser considerado un peligro, pero Blaine Reynolds era peligroso los trescientos sesenta y cinco días del año. No se tomaba vacaciones para darle un respiro ni a las mujeres del mundo ni a su propio hermano.

—¿Desde cuándo Mercy Swansea es de tu gusto?

—Desde que comprobé que se trata de una muchacha muy avispada y capaz de mantener una conversación interesante. Si todos los vales son como el que bailé con ella, pasaré las veladas dando vueltas en el salón, ¡y con gran placer!

Chase no se podía ver a sí mismo, pero empezaba a palparle la vena de la sien.

Siempre le había asqueado el desahogo con el que Blaine se dirigía a las mujeres ricas, porque para sus indecentes propósitos, paradójicamente, no servían las que estaban dispuestas a todo por unas monedas. Quería a las que uno no debía acercarse si no tenía planes de matrimonio en mente. No obstante, era su hermano mayor, era el heredero y, en teoría, era también lo bastante responsable para no causar ningún daño irreversible a una dama, motivos por los que Chase se cuidaba de intervenir más allá de torcer el gesto cuando empezaba a hablar de mujeres como si de ganado se tratara. Ahora bien: ponerle rostro a la dama que sería su próxima víctima complicaba el problema.

Saber de buena tinta de lo que su hermano era capaz le tenía los nervios desquiciados desde

que Mercy se marchó del jardín, dejándolo con un palmo de narices, un mal presentimiento y la obligación de enfrentar a Blaine en su nombre. Para su inmensa desgracia, no había conseguido cruzárselo antes del día de la citación para convencerlo de cancelarla, lo que ya era llamativo teniendo en cuenta que vivían en la misma casa. Y eso por no mencionar cuánto hablaba este hecho de lo mucho que a su hermano le gustaba pasar el rato en viviendas —o más bien camas— ajenas.

—¿De qué hablasteis? —quiso saber.

—De la Royal Society, de los ídolos que tenemos en común, de ti, de mis colecciones antiguas, de sus inventos... Me resulta excitante imaginar a una mujer con las manos tan pequeñas y delicadas entreteniéndose con el complejo engranaje de un reloj. ¿A ti no? —Esbozó una sonrisa lobuna—. Oh, por supuesto que sí. Tú ya has tenido esas manos en tu pecho, y sus interesantes labios contra los tuyos.

—Fue un accidente —se defendió. Dio gracias al cielo para sus adentros porque su hermano no supiera que también la había abordado durante su expedición secreta a Somerset House, o perdería toda credibilidad al soltar su reprimenda—. Si tú le pones una mano encima adrede, no habrá forma alguna de excusarte.

—¿Y? ¿Para qué necesitaría una excusa, si no me arrepentiría ni le pediría perdón luego? —Chase empezó a desesperarse, y eso, su gemelo lo percibió. Ladeó todo el cuerpo, con las piernas aún cruzadas, para apoyarse en el reposabrazos y mirar a Chase con una mueca de fingido desconcierto—. Querido hermano... Quizá malinterpretara tus palabras o no te entendiera bien, pero pensaba que estabas buscándole marido a la señorita Swansea. ¿Qué es lo que te molesta de mi invitación?

—Me parece de un alto grado de cinismo que me lo preguntes. Así es, Blaine, le estoy buscando un marido..., no un sinvergüenza que pretenda convertirla en su amante hasta que termine la temporada y luego la deseche sin miramientos.

Blaine torció el morro y se reacomodó en el asiento, entrelazando los dedos tras la nuca.

—Pues me temo que pides demasiado.

Le hirvió la sangre al ver que cerraba los ojos, despreocupado.

—No estoy de humor para tus tonterías, Blaine —insistió, rodeando el sillón para encararlo—. La señorita Swansea es, en cierto modo, mi responsabilidad, y quiero que me digas ahora mismo si tus intenciones con ella son honorables.

Blaine abrió un ojo para mirarlo con sorna.

—Creo que deberías tomarte tus... *responsabilidades* un poco menos en serio.

—Oh, tranquilo, cumplo mi cuota de libertinaje para honrar la sangre que corre por mis venas, pero procuro mostrar mi faceta más formal en los asuntos que la requieren. Y discúlpame si no le tomo la palabra a un hombre que lleva diez años permitiendo que se le amontonen las deudas de juego y el cuidado de sus tierras.

Apuntó el escritorio de nogal que presidía el despacho con un dedo acusador. En efecto, una pila de libros, cuadernos, cartas sin leer y sobres por sellar cogían polvo sobre la reluciente mesa de trabajo. Un trabajo del que Blaine no se había ocupado en su vida.

—Por favor —se burló su hermano, poniendo los ojos en blanco—. ¿Tú, precisamente tú, vas a darme lecciones de formalidad y sensatez? ¿El hombre que se marchó a la guerra por si por casualidad se ganara así la compasión de la mujer que le había rechazado? ¿El que ha estado sonrojando a las europeas del mundo durante su viaje de perdición? No me hagas reír.

Blaine se incorporó para servirse otro brandy de la licorera. Su respuesta y su caminar despreocupado dejaron sin palabras a un impotente Chase, que solo pudo apretar el puño para

reprimir el fiero impulso de estrangularlo.

Después de abocar la botella y el vaso, Blaine se giró hacia él con aire pensativo y la copa ya llena entre los dedos.

—Si tanto te escandaliza que le robe unos pocos besos a tu señorita Swansea, ¿por qué no le has propuesto matrimonio tú mismo? No fuiste ningún caballero ejemplar. De hecho, recuerdo que cometiste una imprudencia similar. No respondas. —Alzó la mano, enseñándole la palma—. Olvidaba que tú ya tienes planes de boda, y con otra mujer. No perderías el tiempo con Mercy.

Chase le sostuvo la mirada, desafiante.

Eran raras las ocasiones en las que Blaine tenía razón, y más insólitas aún eran aquellas en las que Chase cedía y se la daba.

Odió que esa tuviera que ser una de ellas.

Sabía que le faltaba mucho para convertirse en un modelo de moral cristiana, como para encima aleccionar a otros de su misma calaña, y no había nadie más sorprendido por su arrebató que él mismo. Se decía que su firme decisión a cerciorarse de que Blaine no jugaría con la señorita Swansea nacía de la mera simpatía hacia ella, de la obligación de cumplir con su promesa, y que lo que le irritaba era que tuviera que ser su hermano el que se interponía en sus objetivos —su hermano y su condenada bragueta suelta—, pero en realidad iba más allá.

—Hay cientos de mujeres con las que puedes divertirte, Blaine —repuso en su lugar, usando un tono neutro a juego con su semblante—. No es necesario que lo hagas con la que he decidido apadrinar, o representar, si prefieres esa palabra.

—No hay cientos de mujeres que sepan de la existencia de la Medalla Copley, ni tampoco capaces de argumentar por qué creen que serán François Arago y Peter Barlow los que la recibirán este año por sus aportaciones a la ciencia.^[5]

—Como si a ti te importara un bledo la ciencia para algo más que lucir tus propios conocimientos. Para la media de minutos que echas con una mujer a solas en una habitación no necesitas estar gratamente sorprendido por su inteligencia. Con que no babeen y tengan un escote generoso es suficiente.

—Suele ser así, pero la señorita Swansea parece diferente. Su inocencia... —ponderó, distraído, con la vista clavada en el líquido ambarino que llevaba mareando en el vaso un buen rato—. Tiene una inocencia cautivadora, ¿no te parece? Sorprende que una sabelotodo tan culta parezca a la vez tan ajena a determinadas... *prácticas*.

El tono que usó al comentarlo alteró a Chase. Dejaba muy claro que él estaría más que dispuesto a introducirla en las lides del amor para ampliar su rango de experiencias sensibles.

Recordó a la Mercy de labios entreabiertos, respiración pesada y ojos brillantes que había dejado temblorosa en el salón de la Royal Academy, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Blaine... —empezó, con voz severa.

—Milord —interrumpió un lacayo.

Chase se giró hacia él con el corazón latiéndole desaforado, preocupado por si anunciaba la llegada de la señorita Swansea antes de que se le ocurriese alguna manera de evitar el encuentro. Para su inmensa fortuna, el criado había aparecido con la bandeja de plata que se usaba como soporte para trasladar las misivas al señor. No sin antes mandarle una mirada a Chase, divertida por la más que obvia causa de su reacción desmesurada, Blaine atendió la correspondencia.

La sonrisa no tardó en borrarse de su rostro.

—¿Y bien? ¿Por casualidad la señorita Swansea no puede acudir a la trampa que has organizado bajo el vil pretexto de una cita informal?

—Tengo que atender un asunto —declaró Blaine, con expresión enigmática. Rompió la carta

y dejó los pedazos sobre la bandeja. Su repentina urgencia y sospechosa reacción intrigaron a Chase, que le cerró el paso colocándose justo bajo la puerta—. ¿No me has oído? He de marcharme. —Torció la boca en una sonrisa—. Estaré aquí antes de que la señorita Swansea me eche de menos.

—Estoy seguro de ello —ironizó Chase—. ¿A dónde vas con tanta prisa? ¿Hay algún problema?

—Ninguno que no pueda resolver con estas dos manos.

—¿Entonces es un problema femenino? Porque ese es el único que sabes solucionar sin pedir ayuda a los expertos.

—Haz el favor de apartarte.

Chase abrió la boca para mortificarlo con algún otro comentario de su cosecha, pero al fijarse en la tensión de sus rasgos, en los que se atisbaba un extraño remordimiento nunca antes visto, empezó a preocuparse.

—¿Estás seguro, Blaine? —inquirió en un tono más agradable—. Si vuelves a pasar por una mala racha económica o le debes una buena suma a alguien peligroso, puedes decírmelo.

—Mi hermano pequeño es la última persona en el mundo a la que le pediría dinero o auxilio —declaró, con una mezcla de irritación e impaciencia—. Apártate, Chase. Calculo que en media hora estaré de vuelta. Si la señorita Swansea aparece antes de tiempo, comunícale que no tendrá que esperar más que unos minutos.

Chase se retiró muy despacio sin apartar la mirada de él ni pestañear una sola vez.

Su hermano no se quedó para oír el «por supuesto» que dejaba caer con una nota de ironía. Lo vio cruzar el pasillo con presteza, toqueteándose el pañuelo de cuello.

En cuanto desapareció, Chase ladeó la cabeza por instinto hacia el interior del despacho; a esos montones de números sin revisar que constituían tanto la riqueza de la baronía como sus bienes raíces.

En el caso de que estuviera en lo cierto y Blaine se enfrentara a problemas económicos, no sería la primera vez que Chase le ayudaba a resolverlos. Aún recordaba al extraño criado del riquísimo hotel barcelonés en el que se hospedó durante su viaje, un muchacho de quince años que aseguraba que tenía para él una nota de socorro de su hermano. En efecto, Blaine le había escrito desde Londres porque sin su ayuda ni la de su colaborador —el entonces recientemente fallecido señor Tonks— no habría podido solucionar la deuda que le estaban exigiendo que saldara. Por eso le había asombrado su réplica mordaz.

«Mi hermano pequeño es la última persona en el mundo a la que le pediría dinero o auxilio».

Sinvergüenza.

Se planteó revolver en su escritorio hasta dar con alguna pista, por el placer de demostrarle que era un auténtico desastre y necesitaba su apoyo, pero lo descartó de inmediato. Ciertamente era que Chase estaba más acostumbrado a poner sus posaderas en el sillón que el poseedor del mismo, y que eran sus propias huellas las que marcaban los tiradores de los cajones, no las de su hermano, pero no se molestaría por Blaine cuando esas eran las ínfulas que se daba.

Al diablo con él, con su falta de disciplina y su repentino y sospechoso interés hacia Mercy Swansea.

Uno que tendría que encargarse personalmente de hacer desaparecer.

Capítulo 15



Chase llevaba un rato asomado a la ventana, pensativo, cuando el mayordomo apareció para anunciar la llegada de la señorita Swansea. No pudo evitar regocijarse para sus adentros, y lo hizo tanto como temió que Blaine se presentara también en ese justo momento.

No hacía falta que su hermano siguiera desaparecido durante el resto de la tarde: unos cuantos minutos le bastarían para convencerla de rehacer sus pasos y regresar a casa.

¿El motivo? Allí no le esperaba nada bueno.

Y tanto que no le esperaba nada bueno. Mercy Swansea no había puesto ni un pie en el recibidor de la mansión y ya estaba severamente perjudicada, o al menos eso le pareció al verla desde el fondo del pasillo. La doncella que la acompañaba la tenía sujeta por el codo, la sobrefalda de su sencillo vestido de tarde color melocotón se había rasgado a la altura de la rodilla y llevaba las gafas rotas en la mano.

Chase apretó el paso para llegar a ella lo antes posible, sacudido por una oleada de preocupación. En lugar de preguntar qué había sucedido, le tendió una mano en un gesto galante. Para su perplejidad, Mercy no le ofreció la contraria, sino que le plantó los restos de las magulladas lentes en la palma.

Una vez sobrepuesto al gesto, y tras guardar las gafas en el bolsillo de su chaqueta, dijo:

—No debería haber recorrido medio Londres montada en su velocípedo, señorita Swansea.

—Oh, milord, no sabe cuánto lamento haber entrado de esta manera. Sé que mi aspecto deja mucho que desear, y debería haber regresado al carruaje en cuanto vi el estado de mi vestido, pero no podía perderme de ninguna manera su colección... —Chase supo el exacto momento en que ella se percató de una pequeña inconveniencia—. Espere, ¿cómo sabe usted que tengo un velocípedo?

—Las noticias vuelan en esta ciudad, señorita —respondió Chase de inmediato—. Nadie puede pasearse por Hyde Park con semejante invento, y en compañía del hijo pródigo de los Reynolds, sin tener presente el riesgo de convertirse en titular al día siguiente.

No tuvo que planearlo. Lo improvisó en el mismo segundo.

Maldijo la estampa de Blaine por haberlo acostumbrado tanto a hacerse pasar por él que ya ni siquiera tenía que proponérselo para que le saliera solo.

Esperó con el aliento contenido a que Mercy sonriera de esa manera tan extraña suya y dijera que sabía quién era o le reprochase su jueguito, pero no lo hizo.

—¿Está su hermano por aquí? —inquirió en su lugar.

—Me temo que no.

—Bien.

Chase arqueó una ceja ante su tono aliviado.

¿Se alegraba de que no estuviese en la casa? ¿Seguiría molesta por el pequeño malentendido con Melanie? Sospechaba que Mercy no era la clase de mujer que se castigaba a sí misma guardando rencor por mucho tiempo, pero debía recordar que aún era una desconocida para él.

—Ha recibido una citación de última hora y ha tenido que marcharse —explicó, aún

pendiente de su mueca extraña—. Seguro que se habría alegrado de verla.

—Y yo estoy segura de que habría hecho algún comentario de su estilo para reírse de las consecuencias de mi torpeza. He viajado en carruaje, milord, y como puede observar, queda demostrado el punto que debatimos durante el vals: las diligencias son bastante menos seguras de lo que lo será la locomotora. No he visto el escalón, he tropezado y me he caído de bruces...

Chase lo confirmó fijándose en los arruinados volantes que caían de la rodilla al borde del vestido. Estaba meditando sobre qué clase de broma replicaría su hermano Blaine cuando, sin ningún tipo de remilgo, Mercy se remangó la falda y enseñó sus medias rotas.

Tenía la rodilla a la vista, amoratada y con un corte del que manaba la sangre.

No era la pierna más arrebatadoramente sensual de la que Chase había podido disfrutar, pero desde luego le causó una importante impresión.

—Dios santo, ha debido darse un buen golpe. Debe venir conmigo. Eso hay que curárselo de inmediato.

—¿Curárselo, milord? —repitió la doncella, una joven pequeña y delgaducha que apenas podía con su cuerpo como para tirar del de su señorita. Aun así, fue patente en la mirada desconfiada que le dirigió que tenía muy interiorizado el motivo por el que estaba allí.

—Sé que hay límites de cortesía que no puedo cruzar, ni siquiera si fuera en el beneficio de salvarle la pierna a su ama —explicó él, agachando la cabeza para mirarla. La clara carcajada de Mercy le llegó como un gorjeo—. Puede encargarse usted, pero preferiría que no fuese en medio del recibidor. Por favor, acompáñenme al salón.

Le ofreció su brazo a Mercy, que no dudó en aferrarse a él. Su diversión mermó un tanto al percatarse de que cojeaba.

—¿Debería llamar al doctor, o estaría insultando su inteligencia al presuponer que no sería capaz de curarse a sí misma? —inquirió con gentileza.

—Ya la ha insultado al mandar a la doncella a ayudarme, cuando podría haberme encargado yo.

—Tonterías. Alguien debe echarle una mano, y no querrá que sea yo, ¿verdad? Sería escandaloso.

Mercy se estiró de forma sutil hacia él. Habló en voz baja:

—Me temo que tendrá que encargarse usted. A mi doncella le da pánico la sangre, milord. En unos minutos lo descubrirá.

—¿Cómo lo descubriré? ¿Acaso tengo permitido estar presente durante la operación?

Mercy levantó la barbilla hacia él con una sonrisa relajada, declarando así que nada en el mundo conseguiría sacarla de sus casillas: ni la presencia de un (supuesto) barón, ni una caída mortal, ni la cercanía de un hombre al que ponderaba para el matrimonio.

Era la primera vez que Chase la miraba a la cara sin que las gafas entorpecieran su examen. Las suyas no eran tan antiestéticas como otras que había visto en caballeros que le doblaban la edad, y aunque le añadían ese encanto intelectual que sin duda iba con su personalidad, la perjudicaban al eclipsar el brillo curioso de sus ojos redondos. Su expresión relajada incitaba a devolverle la sonrisa, cosa que hizo sin darse cuenta.

—Si quiere, incluso puede intervenir. Es probable que sea necesaria su ayuda, en vista de que mi doncella se desmayará en cuanto vea que la sangre está resbalando por mi pantorrilla.

—No debería hablarme de su pantorrilla, señorita Swansea —dijo en voz baja.

—Usted también tiene una, milord. De hecho, tiene dos. ¿Qué es lo que encuentra tan insultante?

Chase se mordió la lengua para no replicarle que no era exactamente un insulto lo que le

inspiraba la visión de una pierna femenina.

No tardó en alegrarse de haberlas acompañado, porque tal y como Mercy había predicho, la doncella se mareó en cuanto le mostró el cuadro sanguinolento de su rodilla herida. Para ese momento, Chase se había dado la vuelta, a sabiendas de que la criada podría contarle una historia indecente a la señora Swansea si lo cazaba mirando directamente la piel pálida de la muchacha.

—Eh..., ¿milord? —lo llamó Mercy—. ¿Cree que podría sobrevivir a la impresión de la herida para socorrerme?

—Estaba esperando que me lo pidiera, señorita. Puedo intentarlo, pero no prometo nada.

Chase se giró para toparse con la mueca divertida de Mercy y la cara de consternación de la criada, que se cubría la boca y se aferraba a la cómoda del salón para no desvanecerse. Estaba tan pálida que Chase tuvo que invitarla a salir para tomar el aire.

Pese a su obvia reticencia inicial —necesaria; se estaba jugando su puesto—, la muchacha accedió y los dejó a solas en la salita. Solo entonces, Mercy pareció vacilar por primera vez ante la indecorosa circunstancia de quedarse con él sin carabina, y Chase pensó en cuánto se habría aprovechado su hermano de la situación. Y también en cuánto se habría aprovechado él mismo... si no se tratara de la señorita Swansea, por supuesto. ¿O tratándose especialmente de la señorita Swansea? ¿Acaso no se había aprovechado de ella en otras ocasiones?

Tuvo esto tan presente al arrodillarse frente a ella para revisar de cerca la herida, que se le cortó el aliento al hacer el amago de levantarle el dobladillo.

Dudoso, le lanzó una mirada veloz. Una cálida sensación le abrumó al admirar su rostro sereno.

Mercy Swansea estaba por encima de todos los baches; de todo lo que haría estremecer de nervios o matar de consternación a cualquier mujer. Su talento natural para restarle importancia a la humillación de un tropiezo —que había arruinado la visita— y al hecho de quedarse a solas con él le recordó a la misma filosofía que, para sobrevivir a la adversidad, Chase había construido en torno a sí con el mismo propósito. Él también había necesitado abstraerse y tomarse con calma las tragedias de su vida para que no le mataran. La diferencia entre los dos residía en que Mercy no fingía. Su despreocupación y sencillez eran genuinas, le salían de forma natural, y eso, Chase, acostumbrado a actuar como si todo estuviera bien cuando su mundo ardía, solo podía admirarlo de corazón.

Tuvo que poner palabras a sus pensamientos.

—Tengo el presentimiento de que sacarla de sus casillas requeriría una auténtica catástrofe, señorita Swansea —comentó en tono suave. Sacó un pañuelo de su bolsillo que solo sirvió para reforzar su coartada: tenía grabadas las iniciales de su hermano, «B. R.»—. Conozco a unas cuantas mujeres que estarían llorando en su lugar.

Ella se retiró los tirabuzones casi rubios del rostro. *Casi* rubia, igual que *casi* tenía los ojos avellana o *casi* era bonita. Chase pensó, al fijarse en su pose poco impresionada por el lugar donde estaba y la compañía, que era ese «casi» lo que la hacía excepcional.

Su hermano debía haberse prendado de eso.

—No es la primera vez que caigo de bruces, milord. Antes de que mi padre me llevara al hospital de oftalmología, mi vida consistía en una serie de tropiezos con consecuencias mucho más graves que la de hoy.

—¿Como por ejemplo...? —la animó.

Vaciló un segundo antes de rodear su pantorrilla con la mano y elevar la pierna lo suficiente para secar la sangre. La herida era muy poco profunda, pero la media se había rasgado de manera que ofrecía su pierna de forma completamente indecorosa.

Chase, en su piel, habría sonreído lobuno y se habría arriesgado a ruborizarla con alguna apreciación subida de tono. Pero en la piel de su hermano prefirió ser prudente, y se concentró en lo que contaba.

—Una vez casi me partí el dedo meñique. Otra me di en la barbilla; aún tengo la cicatriz. Igual que la de la clavícula, la frente, la nariz... Las lentes cambiaron mi vida por completo. No creo que hubiera llegado a cumplir veinte años sin ellas; antes me habría atropellado un carruaje o me habría matado al no ver un escalón. ¿No le parece un invento maravilloso?

Chase detuvo un segundo su delicada labor para mirarla a los ojos. Entrecerró los párpados para confirmar lo que se estaba temiendo: había sido gracias a su semiceguera temporal que había confundido a los Reynolds.

En las circunstancias presentes, desde luego que le parecía maravilloso. El invento había evitado que volviera a descubrirlo con las manos en la masa. Pero al fijarse en su rostro iluminado, en su sonrisa entusiasta, también pensó que esas horribles gafas debían ser verdaderamente importantes por otros motivos.

—Estoy de acuerdo.

—Es lo que me gusta de usted —confesó—. Comparte conmigo la mayoría de mis opiniones científicas. Estoy segura de que su hermano, al contrario que usted, me habría estado discutiendo algo tan evidente como que las gafas supusieron un importante avance para nuestra sociedad.

Chase dudaba bastante que la señorita Swansea y su hermano tuvieran algo en común, ni siquiera sus aspiraciones en el ámbito científico. Pero Mercy debía creerlo así, porque aunque pareciese tranquila y no un torbellino de nervios crispados como cualquier jovencita aspirante a un marido, se había arreglado a conciencia para impresionarlo. ¿Le habría llamado Blaine la atención de veras? ¿Le gustaba?

Sacudió la cabeza y guio el tema por donde más le interesó.

—¿Por qué tiene tan baja opinión sobre mi hermano Chase?

—¿Eso he dado a entender? Al contrario, milord. Respeto al señor Reynolds y lo que es capaz de conseguir con una certera palabra.

Chase arqueó una ceja. ¿Había sonado sarcástica?

—Mi hermano no negaría que las gafas supusieron un importante avance en su momento, señorita. Solo pondría en tela de juicio los motivos que impulsaron al inventor a comercializarlas en el mercado.

—¿Por qué supone que fue un inventor? ¿Y si hubiera sido una inventora? —contraatacó, con una media sonrisa cautivadora—. Pero eso es otra conversación. ¿Me diría cuáles serían esos motivos tan condenables, según su hermano?

Mercy le observaba con los ojos muy abiertos, a la espera de una respuesta.

Su cuerpo respondió a ese visible interés con un cosquilleo recalcitrante. Le maravillaba la atención que ponía a las conversaciones que de veras estimulaban su intelecto. Hasta el día en que la conoció, Chase había estado seguro de que las mujeres solo sabían mirar embelesadas, indignadas o con aparente indiferencia. La señorita Swansea no necesitaba recurrir a trucos de debutante para encandilar a un hombre, porque fuera la verdad dicha, no le importaba en absoluto si se ganaba el favor de la gente o no: ella simplemente ponía la oreja y dejaba que su gesto agradable, concentrado, hiciera lo demás.

—Mi hermano cree —empezó, con tiento— que la ciencia es una excusa más que blande el hombre para alimentar su ego. Para sentirse importante. Para dejar su huella. No le importa tanto el impacto que tenga en la sociedad como dejar su nombre en la crónica del mundo y que lo alaben por su inteligencia.

—¡Qué tontería! —Lo exclamó con una sonrisa incrédula que evitó que la interrumpiera con un argumento más sólido. Sin dejar de sostener su pierna con tal cuidado que parecía que se tratase de una pieza de valor incalculable, esperó a que ella terminara de mofarse para escuchar su réplica—. La ciencia está al servicio de las necesidades de la gente, milord, y es una muestra de la bondad y la compasión del ser. ¡Son pequeñas aportaciones; donaciones a la humanidad!

—Dejan de ser donaciones cuando los hombres se pelean por constatar quién lo ha patentado.

—¿Y por qué no querría un creador dejar constancia de su obra? Lo raro sería que no estuviera orgulloso de su trabajo. De todos modos, yo patenté la aguja de ojo y no pienso discutir con nadie para que ponga mi nombre en un libro. No me importa el reconocimiento.

—Eso es porque usted es especial.

—Su hermano se refirió a mí como un «peligro social» —puntualizó.

Chase sonrió, aunque no por lo que ella pudiera haber pensado.

—Parece que tiene muy presente a mi hermano, señorita. No se lo diré, pero se alegraría de saberlo. Aunque Chase critique el egocentrismo de los hombres, es el primero que se regocija pensando que ha causado una impresión en las mujeres.

Ella pestañeó varias veces.

—Bueno, el señor Reynolds sabe cómo entrar haciendo ruido en la vida de los demás, y en los últimos días hemos coincidido bastante. Es natural que lo tenga en el pensamiento.

Sonó pensativa, como si estuviera meditando en voz alta acerca de las razones por las que sacaba su nombre a colación. Entonces Chase recordó que Mercy estaba allí esperando captar el interés de su hermano, y lejos de crisparse por las que fueran sus intenciones iniciales, le divirtió que se le diera tan mal desenvolverse con un supuesto pretendiente. Se imaginaba la cara de frustración de Blaine si Mercy le hubiera mencionado a su gemelo tres veces en una conversación y le daban ganas de reír.

—Pero, como le decía, nos involucramos en la ciencia porque queremos ayudar a los demás —retomó, convencida—, y queremos hacerlo del modo en que me ayudaron a mí con mis ojos defectuosos. Es algo que su hermano, que parece que perdió la fe en la humanidad hace tiempo, no comprende.

Chase la atendió con la risa haciéndole cosquillas en los labios.

—Mi hermano puede ser un imbécil muy insensible a veces —admitió.

Y no mentía. Blaine era un imbécil muy insensible.

Eso le recordó que debía estar a punto de regresar. Si no quería que descubriesen —ni Blaine, ni Mercy— su pequeña travesura, tenía que improvisar una excusa para sacarla de allí. Para su inmensa fortuna, su mente ideó en apenas unos segundos un plan sin fisuras. El único punto negativo era que conllevaba la obligación de soltar su adorable pierna y separarse de ella, algo que de pronto se le antojaba sumamente desagradable.

—¿Me acompañaría a un sitio? —propuso de pronto.

Mercy pestañeó una vez.

—¿Se refiere a la biblioteca? Ahí fue donde me dijo que guardaba su colección de...

—Va a necesitar unas gafas para ver todas esas piezas de coleccionista, señorita Swansea, y parece que las tuyas están rotas. Se me ocurre que podríamos dejar la ruta por mis antigüedades para otro momento.

Ella le observó con curiosidad.

—¿Tendremos otro momento?

«¿Blaine y tú? No, si puedo evitarlo».

En lugar de responder, le dedicó una sonrisa enigmática que seguramente ella habría visto

borrosa. Con cuidado, terminó de secar el rastro de sangre de la herida y tuvo cuidado de que las medias no le rozaran la incipiente cicatriz. Después le bajó el dobladillo, resistiendo el ridículo impulso de besarle el muslo.

—¿A dónde quiere que vayamos?

Chase le tendió la mano.

—Déjese sorprender.

—Es usted muy espontáneo —meditó ella, empujándose, como era costumbre, las gafas hacia el entrecejo. Solo que esta vez no las llevaba.

Chase se rio al verla arrugar el ceño.

—Tranquila, no tardará mucho tiempo en ver de nuevo.

Capítulo 16



Desde que Mercy había abandonado Eaton Square para citarse con lord Godolphin, había estado repitiendo para sus adentros la advertencia de su madre. Como no podía ser de otro modo, la señora Swansea estaba al corriente de dónde se dirigía y con quién, como también tenía unos planes muy concretos de cómo debería comportarse su hija. Incluso de los resultados que habría de obtener tras el encuentro.

—Tu último pretendiente era un vizconde —le había recordado, agitando el dedo de los sermones—, así que no aceptaré como futuro marido nada menos que un barón.

A su declaración habían seguido unos cuantos comentarios jocosos de parte de Temperance y Faith.

—Ya sabes, Mercy —había acotado la primera—. Las hembras quedan descartadas.

—¡He dicho barón, no varón!

—Perdona, ¿podrías escribirme los dos términos? En voz alta suenan exactamente igual.

Aunque en el momento Mercy se había divertido, llegó a la vivienda de lord Godolphin con la sensación de que su madre podría morir decepcionada si no regresaba con buenas noticias. Lamentablemente no había empezado con buen pie —nunca mejor dicho: por culpa de plantarlo en el espacio equivocado, había estado a punto de abrirse el cráneo—, y el ánimo tampoco la acompañaba.

Cuando se descuidaba, su mente solía viajar a las piezas que necesitaba para un reloj o a los retoques que le faltaban a su nuevo invento. Sin embargo, esos últimos días solo pensaba en las duras palabras de lady Wordsworth y la total falta de confianza del señor Reynolds.

¿Por qué demonios había permitido que pensara que la ayudaba por amor al arte? ¿Habría sido mucho pedir que fuese honesto desde el principio? Al igual que su padre, Mercy estaba muy a favor de los pactos en igualdad de condiciones y no veía con buenos ojos ni los favores ni las compensaciones. Le habría quitado un peso de encima si le hubiera confesado desde el principio que su intención era enloquecer a lady Wordsworth, y no echarle una mano porque la consideraba penosa y compartía los temores de su madre.

Por lo menos, no todo parecía ir mal. Aunque lord Godolphin le había parecido un tanto engreído durante el vals, y su intuición no dejó de repetirle que se trataba de un libertino sin remedio del que no le convendría esperar nada bueno, el hombre que la llevaba del brazo por la ciudad parecía inofensivo. Y no solo eso: la sorprendió al detenerse frente a una casita adosada de Upper Cheyne Row donde se podía leer con claridad «Doctor Porter, óptico especialista».

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió ella, entrecerrando los ojos para ver mejor a su acompañante.

—Conseguirle unos anteojos nuevos, por supuesto.

El corazón se le paró de golpe.

—¿Unos ante...? —balbuceó, sobrecogida—. Milord, agradezco el ofrecimiento, pero sería excesivo, y... ¿Qué pensarían los demás?

—Londres sabe que mi hermano está interesado en usted, ¿no es cierto? Le haré el favor de

presentarme como él ante el doctor Porter para que a nadie le extrañe. Ser su pretendiente suavizará las habladurías.

—Los pretendientes regalan flores, no gafas.

—Eso es porque son pocas las mujeres que no ven tres en un burro.

—Qué galante por su parte —ironizó.

Él se rio entre dientes.

—Señorita Swansea, no puedo arriesgarme a que vuelva a hacerse daño regresando a casa.

Aquel no era un regalo baladí, como él quería dar a entender al encogerse de hombros. Ningún caballero comprendería nunca lo que podría significar que a una muchacha de la que se habían reído por llevar lentes le ofrecieran de golpe una montura nueva.

A Mercy no le había importado nunca que sus anteojos Franklin, como se llamaban desde el siglo pasado, la afearan lo suficiente para despertar las burlas. Sí estaba dispuesta a permitir, en cambio, que su gesto apreciativo la llenara de satisfacción.

—No sabe cuánto pueden costar.

—Mucho menos de lo que podría costarle a usted otra caída, y a mí el remordimiento que eso me acarrearía.

No le dio pie a replicar y tocó a la puerta para ser muy pronto atendido por un anciano de sonrisa afable y arrugas expresivas en los ojos. Se presentaba como el mejor óptico de Londres; el que había introducido en Inglaterra el famoso estilo de lentes bifocales que Benjamin Franklin inventó en 1784. Como Blaine Reynolds le explicó mientras el especialista buscaba los vidrios adecuados —no sin antes hacerle un apropiado examen de vista con una lupa de córnea—, el doctor Porter había sido el óptico de su padre durante los quince años previos a su defunción. Antes de animarse a crear su propia consulta, que no era más que un coqueto y bien iluminado despacho en su vivienda, había trabajado en el primer hospital dedicado a la oftalmología de Inglaterra: el Moorfields Eye, cuya flamante inauguración había vivido él mismo en persona.

Mercy escuchaba y absorbía todos aquellos datos con ilusión. Le suplicó al doctor que le permitiera estar presente durante la fabricación de las gafas, que montó en ese mismo momento esmerilando dos lentes convexas en dos círculos de metal y que posteriormente unificó con un remache. Por lo visto, el doctor era de los pocos oftalmólogos en Londres que, además de hacer exámenes, realizaba sus propias creaciones en tiempo récord.

Mercy lo interrumpió durante el proceso de doblar las patillas.

—Espere, doctor. ¿Y si en lugar de curvarlas hacia arriba, lo hiciera hacia abajo? De este modo se apoyarían detrás del cartílago de mi oreja y la rodearían, en lugar de a la inversa.

—¿Está segura de eso?

—Sí, señor. Creo que la sujeción mejoraría.

—Hágale caso —intervino el barón, cruzado de brazos unos cuantos pasos más atrás—. La señorita sabe de lo que habla.

Mercy no necesitaba apoyo externo ni que compartieran su opinión para defenderla hasta la muerte, pero se animó al ver —o intuir— que Blaine la valoraba.

Mientras esperaba a que Porter diera por concluido su fabricación, notó que una inusitada esperanza crecía dentro de ella. ¿Y si, después de todo, que lord Loring hubiera dado un paso atrás solo la beneficiaba? ¿Y si había encontrado casualmente a un compañero con el que no solo compartiría una agradable convivencia, sino aspiraciones, opiniones e inquietudes? Era mucho más de lo que Mercy se atrevió a soñar en un primer momento. Quizá estuviera de acuerdo en levantar un taller en algún lugar de la casa para que ambos pudieran trabajar, si no lo tenía ya. Por lo pronto sabía que disponía de una ducha. No sería un marido al uso, igual que ella tampoco

era una novia corriente, y eso haría de su acuerdo matrimonial una especie de milagro.

Cuando salieron de la óptica y volvieron a internarse en el carruaje, la doncella estaba tan ocupada parloteando con el cochero que tiraba la diligencia que no se percató de que Blaine y ella se ponían cómodos. Mercy pensó de nuevo que el parecido entre los dos hermanos era sorprendente. Caminaban de una manera muy parecida y hacían gestos similares, por no mencionar sus rostros idénticos. O no tan idénticos: gracias al vals, Mercy había podido estar lo suficientemente cerca de Blaine para distinguirlo en algunos aspectos. Eran detalles casi inapreciables, sí, pero dudaba que fuera a confundirlos en el futuro.

—Va a ser una lástima que su primer vistazo a través de los cristales no sea un hermoso paisaje o algo más excitante que mi nariz torcida.

—¿La tiene torcida por algún motivo?

Blaine asintió.

—Por varios. Todos ellos memorables, pero ninguno apropiado de mencionar delante de una señorita. —Le entregó la cajita lacada donde descansaba su nueva adquisición. Mercy la aceptó con una sonrisa de agradecimiento.

—Me quedaría corta si intentara ponerle palabras a mi emoción, milord. Ha sido un bonito gesto. Nunca lo olvidaré.

—De eso se trata. —Le guiñó un ojo.

La sonrisa de Mercy se ensanchó.

—¿Sabe? Es usted muy diferente a su hermano. El señor Reynolds es arrollador y tiene un carácter muy peculiar, pero usted es todo un caballero.

—¿Eso cree? ¿Que soy todo un caballero?

Mercy dejó de notar el peso de la caja sobre su regazo. Él la había tomado con delicadeza para sacar las gafas. Separó las patillas y, con cuidado, las colocó sobre la nariz de Mercy. En el proceso tuvo que retirar los dos mechones que había dejado sueltos, y prodigó una caricia al óvalo de la cara. Mercy no respiró durante esos segundos, ni tampoco el intentar enfocar la vista en él. En el interior del carruaje estaba lo bastante oscuro para perderse detalles de su rostro. Detalles en los que igualmente no se habría fijado, estando tan pendiente como estaba de su expresión meditabunda.

—Ya veo aquí las cicatrices de las que me hablaba. —Rozó la barbilla con la yema del dedo, y luego se desplazó a la esquina de la frente; al puente de la nariz—. ¿Sabe? Hay muy pocas personas que puedan contar las veces que han sobrevivido a la muerte solo mirándose al espejo. Y ahora mismo puedo contar más de siete marcas, así que tiene usted más vidas que el gato.

—Eso lo dice porque no ha visto las que tengo en las piernas o los brazos. Tengo más vidas que todos los gatos callejeros de Londres juntos.

Lamentó haber soltado un comentario tan desafortunado en cuanto atisbó un brillo salvaje en sus ojos. Esos ojos sí eran gatunos; astutos, sagaces. Peligrosos como una bestia indomesticable. Por un segundo le recordó a la expresión taimada y a la vez profundamente emocional de Chase antes y después de besarla, pero lo descartó de inmediato.

Debía dejar de pensar en él. Por lo menos mientras estuviera con su hermano. ¿Qué impresión le estaría dando?

—Hasta que pueda contar las extras en sus piernas, tendré que conformarme con estas. Tiene una bonita colección de victorias en el rostro, señorita Swansea. Es usted una superviviente de primer nivel.

—Seguro que no es una colección tan interesante como la que no ha podido enseñarme por culpa de mi torpeza —logró balbucear.

—Para usted supongo que no. Para mí, sí.

No supo qué contestar, así que recurrió a una maldición por lo bajini.

—Malditos ojos defectuosos.

Él fingió asombrarse.

—Es la segunda vez que los menciona. Yo no los llamaría defectuosos, señorita. Aunque usted no lo crea, están totalmente de su parte.

—¿En qué sentido? —murmuró, interesada.

—Se me ocurren muchas cosas que me habría gustado no ver. Usted tiene suerte porque sus ojos la protegen de visiones que podrían hacerle daño.

—Eso es una estupidez, milord —rio.

—Cree que se hace daño cuando tropieza porque no ha conocido el dolor de verdad, y ese solo se siente cuando uno ve demasiado bien lo que tiene alrededor. Mi pobre señorita Swansea sería inmensamente desgraciada si a su agilidad mental y gran capacidad de observación se sumara una visión perfecta.

—No me diga que es usted de los que piensan que los observadores e inteligentes son, por definición, más infelices.

—No lo creo. Lo sé.

El corazón se le aceleró al sentir que se acercaba. Su aliento le acarició el arco de Cupido cuando exhaló.

—Ahora dígame... ¿Alguna vez la han besado? —susurró.

Mercy se aferró a la sobrefalda con las manos contraídas en dos puños.

—No.

—¿No?

—No.

Se fijó en que sonreía con ese aire socarrón que compartían los dos hermanos. No hubo más preguntas: los labios del barón se posaron en los suyos con una inusitada delicadeza que solo la puso más nerviosa.

Los besos del señor Reynolds eran juguetones e irreverentes, como él mismo, y no tardaba en guiarlos a espacios apasionados para dejarla al límite de su contención. Blaine, en cambio, la besaba con mucho cuidado, como un caballero debía besar. Tanteando su boca y acariciándole la barbilla, lo bastante cerca para que pudiera empaparse de su olor, pero demasiado lejos para notar su cuerpo. Mercy le respondió con torpeza, obnubilada por el roce húmedo de sus labios entreabiertos. Y cuando creyó que iba a saquearla con esa falta de compasión que demostraba su hermano, se separó y abrió la portezuela.

Mercy fue a mirarlo sin comprender, pero todo lo que pudo ver fue un rostro sombreado por la luz que le daba por la espalda.

—Espero que disfrute su regalo, señorita Swansea. —Sonrió de lado—. Cualquiera de los dos que más le haya gustado.

Capítulo 17



—¿Cuántas veces creéis que veremos morir a Edmund Kean^[6] en el papel de Romeo en los próximos tres meses? —inquirió Temperance.

—Sospecho que solo un par más —respondió Mercy, tomando el brazo que le ofrecía su hermana mayor para cruzar el amplio vestíbulo del edificio—. El señor Kean debe tener alrededor de cuarenta años, y confío en que el teatro de cámara acabe imponiéndose a los clásicos shakespearianos de Drury Lane.

—¿Y lo dices como si fuera una buena noticia? Un par de veces más serán suficientes para matarme de aburrimiento —bufó Faith—. Si tan solo la historia tuviera el menor sentido... ¿Qué clase de idiota se envenena porque su amante se ha suicidado?

Mercy encontró inspiración para responder a esa pregunta enfocando la vista al fondo del pasillo del gran teatro, donde ubicó a una familiar figura masculina gracias a sus relucientes gafas nuevas. Cada vez que pensaba en ellas, un sentimiento cálido se expandía por todo su cuerpo. Uno que era brutalmente aplastado al recordar el último encontronazo con Chase y lady Wordsworth.

—Un idiota similar al que anda fingiendo interés en una dama para avivar los celos de otra —murmuró.

Enseguida notó las miradas conspiradoras de sus hermanas.

—Iba a responder «la clase de pobre desgraciado que no tiene otra razón para vivir», pero me gusta más la respuesta de Mercy —comentó Temperance con alegría—. Me pregunto qué la habrá inspirado a decir tal cosa.

Mercy esquivó su curiosidad echando un vistazo alrededor.

—Parece que esta vez Drury Lane no correrá el riesgo de arder hasta sus cimientos. La nueva estructura de columnas de hierro parece capaz de soportar incendios.

Al igual que historias y talentosas personalidades, al teatro Drury Lane le sobraban desgracias que contar, como por ejemplo la demolición de 1791 y el fuego destructor de 1809. El edificio había sobrevivido a casi dos siglos, dirigentes obtusos e incluso catástrofes naturales, y a juzgar por la esplendorosa imagen que transmitía entonces, no solo se había sobrepuesto a esas fatalidades, sino que le habían servido de excusa para alzarse como el edificio más alto y magnánimo de la capital. La nueva y recientemente remodelada versión del teatro contaba con cinco galerías que daban cobijo a alrededor de tres mil quinientos invitados. Por eso y por lo novedoso de su construcción, esta vez prescindiendo de la madera, era conocido como el teatro más grande del continente.

—Hace alrededor de quince años desde que cambiaron las columnas, Mercy —señaló Faith, mirándola con una ceja arqueada—. Así que deja que te diga que ese ha sido un intento muy pobre de cambiar de conversación.

—¿Queréis volver al punto en el que despotricamos de la impaciencia de Romeo y Julieta?

Temperance y Faith intercambiaron una mirada de la que Mercy fingió no percatarse. También fingía no reparar en la presencia de Chase Reynolds, que conversaba con un hombre de

cabello negro y complexión atlética muy cerca de las escaleras que daban a los palcos del segundo piso. Era en el segundo piso donde el barón Godolphin tenía el suyo propio, y a donde Mercy se dirigiría para asistir a la obra. Le había ofrecido un asiento a su lado justo en el vestíbulo del teatro, donde habían coincidido nada más bajar de sus respectivos carruajes y donde también se había quedado su madre dando saltos sobre una pierna.

Se refería a Blaine Reynolds como «el barón», y había tenido que contenerse para no hablar de su hija como «la baronesa».

—Espero que no sea el barón el que anda usándote para experimentar con los celos, o herirás de muerte las ilusiones románticas de nuestra madre... —Faith torció la boca en una mueca de desagrado, y tiró del brazo de Mercy—. Vamos por este otro pasillo. El señor Burton está en esa esquina y no deseo cruzarme con él.

Mercy estuvo de acuerdo con el cambio de dirección. Resultaba que, además del archienemigo de su hermana Faith, el señor Burton era la compañía de Chase, y el estómago se le revolvía de pensar en acercarse.

No habían tenido oportunidad de hablar desde que lo cazara manteniendo con lady Wordsworth una desafortunada charla; esa de la que no salió muy bien parada. Y, en lo que a Mercy respectaba, pretendía posponer el próximo cruce casual lo máximo posible, incluso si él no le había dado esa opción al enviar una nota requiriendo su presencia en su palco residencial. No había podido creerse su descaró. ¿Pretendía seguir «ayudándola» después de que hubiera destapado el pastel? Su cinismo no conocía límites.

—Cuando dices que no quieres cruzarte con el señor Burton... —empezó Temperance—, ¿te refieres a cruzarte como chocar o interactuar con él, o a cruzarte como se cruza el ganado?

Faith le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué? —Temperance encogió un hombro con inocencia—. Creo que es importante concretar, en especial desde que todo lo que el señor Burton tiene de desagradable al trato, lo tiene de encantador a la vista.

—Tenemos opiniones muy diferentes sobre las características que hacen atractivo a un caballero, entonces —gruñó Faith, apretando el paso para pasar por delante del hombre en cuestión sin ser vista—. Y ¿se puede saber qué tiene de encantador que un descarado te persiga aun sabiendo que estás comprometida?

—De encantador no creo que tenga mucho —reconoció Mercy—, pero sí me parece un movimiento tan insolente como comprensible. A fin de cuentas, eres la primera que desprecia su compromiso con el señor Hancock y no quiere oír hablar de él.

—Oh, cómo se nota que nunca estás presente cuando Burton se acerca a Faith para desearle unas buenas noches —rió Temperance—. Entonces, Faith se convierte en una máquina de alabanzas hacia su prometido americano, y nadie que no la conozca podría dudar que está entusiasmada con el inminente enlace. Que no la conozca —recalcó—, porque yo, que sí lo hago, sé cómo interpretar su sonrisa de muñeca.

—Si me atreviera a hablarle de mi prometido al señor Burton como si no me importara, le estaría dando más razones para avasallarme, perseguirme y mirarme como si fuera una vulgar prostituta de la que puede disponer a placer —rezongó—. Ese hombre no tiene vergüenza, ¡y tampoco la conoce!

—Sea quien sea el caballero del que está hablando, señorita Swansea, me parece un tipo de lo más razonable. La vergüenza solo sirve para limitar el comportamiento humano. Yo tampoco me molestaría en presentarme ante ella.

Las tres dieron un respingo. Tuvieron que darse la vuelta para enfrentar al dueño de la voz

lánguida, muy capaz de meterse bajo la piel de las mujeres. Suerte que las Swansea, cada una a su manera, tenían una voluntad revestida de hierro y, contra tal armazón, palabras insinuantes como las de Desmond Burton solo rebotaban.

Temperance fue la primera en enfrentar al empresario; luego lo hizo Mercy, saludándolo con un asentimiento de cabeza, y por último Faith, que, altiva como pocas, no se molestó en suavizar su mueca despectiva.

Burton no iba solo. Le acompañaba un engalanado y relajado Chase Reynolds, que no apartaba la mirada de Mercy.

—No estaba hablando de un caballero, señor Burton, sino de un descarado —repuso Faith, con toda su mala sangre... que no era poca—. Y comprendo que no le interese conocer a la vergüenza; ya tiene usted suficiente con tratar a diario con la desfachatez y la insolencia.

Mercy entendió a qué se había referido su hermana en tantas otras ocasiones cuando el señor Desmond Burton salía a relucir en conversaciones. El «descarado» curvó sus carnosos labios en una sonrisa arrogante, al tiempo que sus ojos recorrían el cuello desnudo y el generoso escote de Faith, sin ocultar ni por un segundo cuánto le deleitaba la vista. Incluso Mercy, a la que no iba dirigida la atención, se puso tensa como un palo de escoba y tuvo que reprimir a tiempo un escalofrío.

El señor Burton tenía los ojos verdes como los paisajes irlandeses que, siendo natural de Killarney, le habrían visto crecer: un verde ensombrecido por las gruesas cejas negras, arqueadas de un modo perverso. Sus expresiones siempre contaban con un detalle de malicia. Nadie lo conocía demasiado: había saltado a la alta sociedad durante la temporada del año anterior. Sin embargo, todos convenían en que debía ser mucho más astuto y malintencionado de lo que parecía a simple vista, o de lo contrario no habría llegado a donde estaba: podrido de dinero gracias a una gran empresa industrial que combinaba hornos, ferreterías y minas. Pese a todo, era uno de esos locos que habían hecho posibles los avances en locomoción, y, según había oído Mercy, se traía entre manos un prototipo de locomotora de vapor de uso comercial para el área de las Midlands. Solo por eso, Mercy lo admiraba en secreto; una veneración culpable que se cuidaba de no exteriorizar por miedo a la reacción de su hermana.

—Aún no me ha dado tiempo a ser insolente, señorita Swansea —repuso Burton—. Pero supongo que, como es habitual, no estará de humor para darme la oportunidad de demostrarle cuánto puedo serlo acompañándome durante la función. Recientemente he adquirido un palco en el tercer nivel y me sobra un asiento.

—Pues ya tiene donde apoyar los pies. Espero que le aproveche —le soltó.

Debió superarle la sonrisa de mofa que él estaba esbozando, porque Faith tiró de sus hermanas para salir de allí lo antes posible. Temperance tropezó por la fuerza del tirón, y Mercy estuvo a punto. Le dio tiempo a echar un vistazo rápido a Chase, que había atendido a la escena con el mismo placer oculto que el propio Burton.

Los hombres de Londres se habían dejado la educación en sus casas para acudir a la función.

—Señorita Swansea, espere. —Mercy lo miró por encima del hombro para cerciorarse de que era Chase quien se le acercaba—. ¿No ha recibido mi nota?

—¿Qué nota?

—Confiaba en que me acompañaría durante la obra. —Esperó a que Mercy se separara un tanto de sus hermanas para agregar, en voz baja—: Le recuerdo que tenemos un trato, y el teatro es un espacio excelente para ver y ser visto. Esta visibilidad no le vendría mal para sus propósitos. Por supuesto, también he reservado un asiento para su madre...

—Parece que su hermano tuvo la misma idea, señor Reynolds.

—¿Mi hermano? —repitió, desconcertado.

—Ajá. Nos ha hecho esta misma propuesta en la entrada y ambas hemos aceptado.

—¿Por qué motivo?

Sintió un extraño regocijo interno al ver que arrugaba la frente.

—Usted y yo teníamos un trato hasta que encontrara un pretendiente de mi gusto, ¿no es cierto? Bueno, resulta que ya lo he elegido, y mi madre está exuberante con la elección. Creo que ahora solo me afectaría de forma negativa que me vieran con otro. No me gustaría ofender a lord Godolphin.

—Descuide, señorita Swansea —ironizó—. No existe persona humana en este mundo con el talento de indignar a mi hermano. Está tan seguro de su importancia que le sería indiferente con quién decidiera usted sentarse.

—Aun así, preferiría pasar la velada con él.

—¿Tan bien fue la citación de la semana pasada? —le preguntó con desinterés, sin moverse de donde estaba.

Mercy se contuvo para no mirarlo de arriba abajo. El frac acentuaba su figura atlética y alargaba sus ya de por sí interminables piernas. Su apariencia era escultural, pero había algo fascinante detrás de su innegable belleza: el magnetismo que desprendía un hombre seguro de su atractivo.

—Así es. Hubo un pequeño percance, pero lo resolvió con eficiencia. Fue comprensivo y me recompensó con creces.

—Conque la recompensó —repitió, especulativo—. ¿Puedo saber cómo? Porque mi hermano solo sabe recompensar a las mujeres de una manera.

—Si está usted insinuando lo que creo que insinúa, ya tendrían ustedes dos algo en común aparte de su compleción.

En lugar de alterarlo como tuvo que reconocer que fue su intención inicial, Chase fue esbozando lentamente una sonrisa perezosa.

—¿Debo dar gracias entonces porque no sea usted una joven impresionable?

—No lo sé. ¿Dio gracias por ello las dos veces en las que me asaltó usted mismo?

—Lo llama «asalto» ahora que está furiosa conmigo, pero recuerdo una conversación en la que aclaró, muy acertadamente, que dos no se besan si uno no quiere.

—En efecto, dos no se besan si uno no quiere —confirmó, alzando la barbilla—, por eso le pido que no se inquiete: la *recompensa* de su hermano fue muy bien recibida.

Se dirigió a las escaleras sin darle tiempo a responder.

Notó cómo se cocía en su estómago una extraña y acaparadora sensación que la dejaba pletórica y la hacía sentir al mismo tiempo profundamente desdichada. El señor Swansea estaba orgulloso de que su segunda hija fuera misericordiosa y no reservara ningún rincón del alma para guardar rencor, pero ahora, cada vez que miraba a Chase, recordaba su mentira y la desazón le impedía comportarse con la naturalidad de antes.

No tenía sentido. En su paso por los salones de Londres, le habían dedicado insultos mucho más crueles que los que salieron de los labios de lady Wordsworth. Y el señor Reynolds no solo no había estado de acuerdo, sino que la defendió a su manera. Entonces, ¿por qué seguía escociéndole recordar esa noche? Mercy sabía lo que era a ojos del resto: no una rareza con valor de coleccionista como le había hecho creer su padre, quien a menudo se lamentaba de no haberla preparado para el mundo real, sino una auténtica lunática. ¿A qué se debía, pues, ese afán por reivindicarse y demostrar que podía ser deseada; esa decepción dolorosa que la había cohibido al hablar con Chase?

Sacudió la cabeza al llegar al segundo nivel del teatro y buscó con la mirada a sus hermanas. No solo no las encontró, sino que se sorprendió a solas en el pasillo. La obra no empezaría hasta que todos los asistentes estuvieran acomodados en sus respectivos asientos, y para eso aún faltaban unos veinte o veinticinco minutos de saludos y reverencias a los conocidos: todas ellas ejecutadas entre el recibidor, la zona de butacas central y el bajo del edificio.

No importaba. A Mercy no le gustaba el ruido, y aunque supiera comportarse con sus allegados, prefería no forzarse a mantener conversaciones con sujetos con los que en realidad no le apetecía lidiar.

Por desgracia, el sujeto con el que menos quería lidiar tuvo que alcanzarla antes de que pudiera refugiarse de la multitud en uno de los palcos.

Capítulo 18



—Estoy seguro de que una señorita bien como usted nunca ha oído que, al besar a un hombre, está besando a todas las mujeres con las que ha estado.

Mercy se envaró al oír a Chase a su espalda, pronunciando ese comentario de corrido con todo el mal gusto imaginable. Se dio la vuelta, procurando que su semblante reflejara la cortesía mínima.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Me ha perseguido para darme los nombres de las mujeres a las que besé por omisión gracias a usted?

Se fijó en que Chase relajaba los hombros, enfundados en una impoluta chaqueta negra que olía a almidón y sándalo. Debía haberse dado cuenta por fin de que enfocar el asunto recurriendo a los besos no le beneficiaría en modo alguno.

—Mi hermano no es el pretendiente adecuado para usted —declaró, mirándola con una intensidad que hizo que Mercy también bajara la guardia—, y si hay alguien en este mundo que puede hablar con propiedad sobre él, ese soy yo, créame.

—¿Hablar con propiedad sobre qué pretendiente es el adecuado para mí, dice? Porque esa elección me corresponde a mí en exclusiva.

—Sobre Blaine —corrigió, cansado—. Es un libertino consumado, un hombre incapaz de comprometerse y tomar en serio ninguna responsabilidad; solo se siente impelido a obedecer los impulsos más básicos del hombre medio, y nunca podría quererla por lo que es, sino por el reto que representa.

»Cuando Blaine habla de «conseguir los afectos de una mujer» nunca se refiere a ganarse su respeto, sino a desvestirlas. Para él, las jóvenes como usted son un objeto para satisfacer una necesidad momentánea o una manera de darse prestigio en los miembros de clubes masculinos, donde se vitorea al que antes logre romperle el corazón a una dama.

Hizo una pausa para tomar aire con disimulo.

—Ruego que me disculpe si mis crudas palabras la han incomodado. —Esperó a que ella dijera algo, pero ante su falta de reacción tuvo que romper el silencio—. ¿Me hará el favor de evitarme la tragedia de presenciar cómo la arruina y se sale con la suya?

Mercy se recompuso y dijo, con calma:

—Estoy intentando averiguar qué llevaría a un hombre a hablar de su hermano de esa manera.

—Si está ponderando sentimientos como la envidia o los celos, no le mentiré: es cierto que los he experimentado hacia él, pero en este caso lo único que me mueve es la obligación de poner sobre aviso a una inocente.

»He vivido treinta años con mi hermano, señorita Swansea...

—En realidad, señor, ha vivido con él desde que nació hasta los dieciocho. Después se fue usted a la guerra, y luego se marchó por Europa. Si lo único que puede ofrecerme sobre su hermano es una perspectiva lapidaria y pesimista sobre un muchacho que aún iba a la universidad, el único al que trató, no puedo prometerle que vaya a hacer caso a sus advertencias.

La expresión de Chase adquirió un aire irónico.

—Verá, señorita Swansea. Siempre he pensado que la gente no cambia, solo modifica su comportamiento en función de lo que quiera conseguir de quien tiene al lado.

—¿Diría que es usted el mismo hombre que cuando se marchó a recorrer Europa?

—Sin duda. Lo único que ha cambiado es que ahora distingo un buen vino de uno mediocre, y sé algunas palabras en francés y en italiano. Por ejemplo, en París, a mi hermano se le conocería como *un porc* —apuntó, sarcástico—. En Roma bastaría con añadir una «o»: *porco*.

—Sé hablar francés —dijo ella con calma.

—Entonces podrá decirle *au revoir* si un «hasta la vista» se le antoja demasiado directo.

Ella pestañeó, perpleja.

—¿Por qué da por hecho que voy a obedecer?

—Le estoy haciendo una sugerencia bien argumentada, no dando una orden —corrigió—, y doy por hecho que va *a tomar mi consejo* porque soy la persona que mejor conoce a su pretendiente.

»Sé de buena tinta que es usted lo bastante lista para no buscarse la ruina por voluntad propia. Mi hermano no tiene intenciones honorables con usted. No tiene intenciones honorables con nadie.

Más allá de toda irritación por la condescendencia con la que la estaba tratando, Mercy sintió curiosidad por la rabia que creía sentir bullendo en Chase bajo capas y capas de desdén.

—¿Ni siquiera con usted?

—Adoro a mi hermano, señorita Swansea, pero eso no quita el hecho de que siempre se las haya arreglado para arruinarme.

—¿Y no se le ha ocurrido que quizá no quiera arruinarme a mí? ¿Que quizá esté interesado en mí de veras?

—No lo está.

Mercy esperó un segundo antes de responder. Lo necesitó para no vomitar un reproche que le estaba quemando en la garganta.

—¿Por qué lo dice? —inquirió con aparente calma—. ¿Porque usted no se fijaría en mí si no fuera con un vil propósito detrás?

Con su respuesta no consiguió callar a Chase. No esperaba ser la causa de que sus ojos se ensombrecieran a la vez que su ánimo, augurando un giro en la conversación para el que ella no estaba preparada. Fue ahí cuando se dio cuenta de qué fue lo que la había herido de todo el asunto, y no temió expresarlo.

—Estoy tan segura de que lord Godolphin no es perfecto como de que usted lo conoce bien, pero él por lo menos no se propuso fingir que le intereso. Usted me dijo que «lo bueno de nuestra mentira, sería que todas las partes que la compondrían serían verdad», y me mintió desde el principio. Me besó, me miró de una manera determinada y me convenció de que era un placer para usted cuando no había ninguna necesidad; cuando podría haberme dicho de qué modo pretendía beneficiarse, y en realidad...

El eco de unas risas femeninas se propagó por el oscuro pasillo. No le dio tiempo a mirar por encima del hombro de Chase para ver de quién se trataba. Él actuó con rapidez corriendo las cortinas de uno de los palcos vacíos.

Entre los pesados cortinajes de terciopelo, el aire era más denso, sobre todo con un cuerpo masculino a una distancia muy poco prudente. Él la tenía cogida del brazo, y la miraba con rictus serio.

—Continúe, por favor.

—La gente ya está sentándose, deberíamos...

—De eso nada. Tengo una gran tolerancia a los reproches, así que no se corte.

—No le estoy reprochando.

—Claro que lo está haciendo. Incluso me da la impresión de que compara mis faltas morales con las de mi hermano, como si estuviera compitiendo con él por su mano. Parece que se le ha olvidado que yo no tenía por qué demostrarle que soy un hombre digno, a diferencia de uno que supuestamente aspira de verdad a casarse con usted.

Mercy levantó la barbilla para mirarlo. Le costó encontrar las palabras para contestar. Gracias a las gafas nuevas, que habían supuesto una mejoría respecto a los vidrios de las anteriores, podía apreciar mucho mejor los lunares repartidos en su rostro; la mandíbula tensa y sombreada por una barba más oscura que el cabello dorado que le acariciaba los laterales del cuello y las orejas, y una nariz ligeramente torcida por, quizá, una pelea de taberna.

—Lamento que no esté de acuerdo con mi elección de pretendiente, señor Reynolds —dijo, ignorando su última insinuación—, pero para mí lord Godolphin es el marido adecuado.

—¿Qué es lo que le hace adecuado? ¿Qué le gusta de él?

La pregunta la pilló desprevenida.

—Bueno... —Tragó saliva—. Cree en la ciencia...

—Termine la oración: cree en la ciencia como el medio que le ayudará a pasar a la historia como una personalidad célebre, y solo a base de fardar de sus conocimientos, no como campo de estudio ni porque le interese mejorar la sociedad.

—Es caballeroso.

—No dudo que lo sea al principio, cuando se propone conseguir algo. Veamos en qué se convierte una vez la tenga en la palma de su mano.

Mercy recordó la manera en que Blaine había acariciado sus cicatrices, curado la herida de su pierna. Una pequeña sonrisa se formó en sus labios al decir:

—Es atento, dulce, e intuyo que tiene un corazón muy romántico. —Al toparse con la expresión descolocada de Chase, agregó—: Por no mencionar que es muy atractivo.

Chase levantó las cejas. Le pareció que tenía que reprimir una sonrisa.

—Está diciendo que soy atractivo —dijo.

Ella abrió la boca.

—Yo no he dicho eso.

—Somos idénticos, señorita Swansea.

—No es cierto.

—Nacimos el mismo día, casi a la misma hora, con una diferencia de siete minutos. Estoy seguro de que sabe en qué consiste el fenómeno de los gemelos.

—Sí, pero son ustedes muy diferentes a la vez —insistió ella, sin permitir que el sonrojo aflorara a su piel sensible.

Dio un paso hacia él y estiró una mano hacia su mejilla.

—Usted tiene tres lunares formando un triángulo isósceles bajo la comisura del ojo derecho. —Trazó la forma con la yema del índice. No se fijó en que él volvía a juntar sus labios, como si hubiera olvidado lo que tenía que decir—. Una cicatriz horizontal justo aquí, partiendo el puente de la nariz; forma una especie de puente, nunca mejor dicho, entre un lado y otro de su cara. Sus ojos son más grises que verdes, a diferencia de los de su hermano, y tiene una peca en el iris izquierdo. Además, las cejas de su hermano se arquean en una expresión canallesca. Las suyas le dan un aire entre risueño y resignado, como si todo lo hiciera para divertirse pero supiera de antemano que no lo conseguirá.

Apenas se fijó en que había apoyado la palma de la mano en su mejilla rasposa. Era raro que un hombre hubiera olvidado afeitarse, pero no pudo preguntarse qué le habría tenido tan ocupado como para no molestarse cuando sus ojos la tenían atrapada.

Chase la cogió suavemente por la muñeca para retirarle la mano.

—Pues no pareció percatarse de esos detalles en la casa de mi hermano.

Mercy no comprendió enseguida a qué se refería. Más que sus palabras, pronunciadas con desenfado, fue mucho más elocuente el gesto de Chase, entre solemne y divertido.

Ella abrió los ojos como platos.

—¡No me puedo creer su desfachatez! —exclamó en voz baja en cuanto lo asimiló—. ¡Tenía las gafas rotas, señor Reynolds!

—Vuelve a echarle la culpa a sus supuestos ojos defectuosos, Pandora mía. —Dio un paso hacia ella, arrinconándola entre la pared y las cortinas. Rozó su mejilla con la nariz al decir—: Acaba de demostrar que sus ojos no son el problema, sino que quizá vio lo que quería ver.

—Es usted un sinvergüenza... Tiene la cara como el cemento Portland.

—¿El cemento Portland?

—Es un tipo de cemento inventado hace un año por el señor Aspdin, un constructor que... ¡Eso no importa! ¡Se atrevió a besarme haciéndose pasar por otro hombre!

—Y usted se atrevió a decir que nunca antes la habían besado. No es más honesta que yo.

—¿Qué esperaba que dijera? ¿Que sí, y que lo había hecho nada más y nada menos que su hermano gemelo, cuando yo llevaba un bigote...? —Se calló al oír un sonido parecido a una risa sofocada. En cuanto averiguó de dónde venía, se indignó y le dio un débil manotazo en el pecho —. ¡No se ría!

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que me disculpe? ¿O prefiere que la bese de nuevo?

—¿No ha tenido suficiente? Ya lo hizo fingiendo la identidad de su hermano.

—Y usted no se dio ni cuenta. ¿Tan poco la impresionan mis besos, que es capaz de confundirlos con los de mi hermano?

—¡Ni siquiera me besó del mismo modo!

—¿De veras? —Pareció genuinamente interesado al apoyar una mano en la pared y acercarse —. ¿Cuál diría que es mi modo de besar?

—Besa a traición y en los momentos más inoportunos.

—¿Y diría que este es un momento inoportuno, Pandora?

Ella movió los labios sin emitir sonido hasta que musitó:

—¿Qué insinúa?

—Insinúo que *Blaine* me lleva dos besos de ventaja: el de la Royal Society y el del carruaje. Voy a tener que darle otro para ponerme a su altura.

El corazón de Mercy amenazó con estallar durante la fracción de segundo que lo vio cubrirla con su cuerpo. De pronto lo tuvo pegado a ella de un modo completamente indecoroso, y sintió que se mareaba por el calor concentrado entre el terciopelo de las cortinas, el algodón de las prendas y los provocadores labios de un hombre peligroso como ningún otro.

Mercy no intentó luchar, y no porque supiera que él era más fuerte que ella, sino porque sus deseos eran mil veces más poderosos. La pasión había latido en su cuerpo en los previos interludios, pero cuantos más besos podía contar, más se intensificaba el desconcertante anhelo de volver a sentirlo. Una emoción abrumadora se contraía dentro de sí como si quisiera absorberla, y del mismo modo la besaba y rodeaba él con sus brazos.

Se sintió menuda e insignificante, acorralada, nada más que una muñeca sin voluntad, pero el roce resbaladizo de su lengua, conocedora de todos los movimientos sensuales y tortuosos del

diablo que incitaba a pecar, conseguía convencerla de que adoraba esa vulnerabilidad recién descubierta. De que necesitaba más. Su boca acuciante no solo le hacía cosquillas en los labios, sino en el pecho, en el bajo vientre, y sus dedos veloces le calentaban la piel ahí donde tocaban.

Chase no se limitó a besarla con impaciencia; acarició su cuello y le deslizó las mangas cortas del vestido por los hombros para recorrer la línea de sus cervicales. Un estremecimiento la sacudió entera hasta hacerla suspirar. Un suspiro que se convirtió en un gemido ahogado cuando notó que las manos masculinas apresaban sus pechos; primero sobre el vestido, y pronto también debajo.

Mercy apoyó todo el peso en la pared, lo único que la sostenía desde que sus piernas eran gelatina. Le aterraba la manera en que su pecho subía y bajaba. Jamás había estado tan alterada, pero los besos de él, convincentes y terriblemente turbadores, conseguían anestesiar su razón lo suficiente para incitarla a ofrecer su cuerpo. Mercy lo abrazaba por los hombros, consciente de que deseaba hacer más, mucho más: de que deseaba tocarlo como él lo estaba haciendo, pero no sabía de qué manera, ni si tenía derecho, y Chase ya se estaba ocupando de que estuviera demasiado obnubilada como para tomar ninguna iniciativa.

Mercy jadeaba de un modo que creyó vergonzoso cuando él le bajó el escote del vestido, sirviéndose de esa manera unos pezones duros y enrojecidos por los apretones.

—¿Ni siquiera ahora se sonroja, Pandora? —susurró Chase, con una media sonrisa arrogante que la derritió—. Ya veo que no había en su caja ni un poquito de vergüenza para usted.

—Es usted el que debería avergonzarse de lo que está haciendo...

Se le atoró la garganta con la mirada maliciosa que le dirigió.

—¿Acaso quiere que pare? —No obtuvo una negativa—. Le pediré perdón cuando me arrepienta, aunque no creo que eso suceda jamás. Usted me definió a las mil maravillas. Mejor pedir perdón que pedir permiso.

Mercy se quedó sin aire en los pulmones. Él acababa de inclinarse hacia el valle de sus pechos para recorrerlo con una lenta y perniciosa lamida que se desvió en el último momento a uno de los montículos. Mercy gimió sin darse cuenta con el pequeño mordisco inicial, y sintió que se le nublaba la vista con las poderosas succiones que alternaba con besos alrededor. El deseo se condensó entre sus sienes, provocándole un mareo ocasionado por el calor, y entre los muslos, que tuvo que juntar para sofocar un bombeo inexplicable.

—¿Qué me está haciendo? —tartamudeó.

Agachó la mirada y vio su pezón atrapado entre los voluptuosos labios de Chase. La impresión fue tal que se le olvidó hasta su nombre.

Él soltó su pecho con pereza para sonreírle.

—Intento ruborizarla, pero parece que para obrar tamaño milagro tendré que hacer cosas mucho peores. —Deslizó la mano por su costado, por su cadera, y la rodeó para apreciar el contorno de su trasero. Chase pegó la mejilla a la de ella, y Mercy tembló como una hoja cuando le colocó un mechón tras la oreja—. Es usted deliciosa.

La oleada de placer la sacudió con más fuerza que nunca, y tuvo que aferrarse al último resquicio de dignidad para no abrazarse a él y rogarle que continuara su tortura. No le cupo la menor duda de que la deseaba; de que la deseaba con auténtica locura. Y aunque esto podría haber supuesto un alivio para su cuestionada vanidad, no pensaba en su amor propio al ponerse de puntillas y tomar sus labios, sedienta de pasión y muerta por la curiosidad. Estaba empezando a hacerse adicta al sabor masculino, al roce que le dejaba el inicio de su barba, al envite resbaladizo de las bocas y sus ronroneos; a cómo se iba deshaciendo por dentro y su sexo clamaba por el mismo tipo de atenciones.

No debía ser honesto. No debía ser decoroso. No debía ser siquiera común entre hombres y mujeres de clase alta. Pero Mercy pensó que nada podría haberla movido de allí. Ni un terremoto, ni un aullido de su madre. Quizá, lo único habría sido...

—¡Santo Dios!

Chase se separó de ella a la velocidad del rayo. Aún atolondrada, se percató del gesto que tuvo de ocultarla con su cuerpo para que no vieran su rostro, y unas nuevas cosquillas de agradecimiento le subieron por el estómago. Cosquillas que murieron bajo el peso implacable de la realidad. Porque no hubo nada más real que el rostro desencajado de lady Wordsworth y su acompañante, la doncella que no había podido resistirse a exclamar con horror.

—Las noches de teatro suelen depararme grandes sorpresas, pero hasta hoy no había tenido que enfrentar una como esta —dijo la dama, en un tono tan cortante que podría haberla herido de muerte—. Pensaba que tenía usted más clase, señor Reynolds. Ya sabe que este es mi palco.

«Ya sabe que este es mi palco», repitió Mercy para sus adentros. Necesitó varios segundos para volver en sí; segundos que empleó para cubrirse de nuevo y arreglarse el moño.

En cuanto estuvo presentable, asimiló el significado de esas palabras y se quedó helada.

Ya sabía que ese era el palco de lady Wordsworth.

Mercy no era una muchacha visceral, pero su cuerpo obró movido por una furia que nunca antes había experimentado.

Empujó el cuerpo protector de Chase con toda la energía que logró reunir.

—¿Señorita...? —empezó él, estupefacto.

Mercy pensaba marcharse con la barbilla alta y la dignidad intacta, pero sabiendo que eso sería imposible por la naturaleza de lo sucedido entre las cortinas, decidió seguir un impulso.

Lo miró con todo el cuerpo en tensión, y solo atinó a decir, atravesada por el ultraje pero demasiado educada para gritar:

—Es usted despreciable.

Capítulo 19



—¿Hay algo para mí?

Tanto el lacayo como Blaine se giraron al mismo tiempo hacia el ansioso Chase, que llevaba alrededor de tres días —con sus noches incluidas— abalanzándose precipitadamente sobre los miembros del servicio con ojos de cordero degollado. Su hermano mayor no había presenciado todos sus espectáculos coléricos, ni tampoco podía sospechar hasta dónde había llegado su angustia, pero sabía lo suficiente para decir:

—Tengo la impresión de que esas son las únicas cuatro palabras que has pronunciado en el último fin de semana.

Chase ignoró su comentario y continuó con la vista fija en el lacayo. El pobre muchacho se puso tan nervioso por la mirada hostil que le dirigía que empezó a temblarle la mano que sostenía la bandeja.

—¿Y bien? —le espetó—. ¿Alguna nota dirigida a Chase Reynolds?

Blaine suspiró largamente.

—¿Podrías hacer el favor de no aterrorizar a mis criados? —pidió con voz tranquila—. No le haga caso, Oliver. Bastante estaba tardando mi hermano en actuar como un lunático. Tengo entendido que los viejos soldados manifiestan comportamientos erráticos.

Oliver tragó saliva.

—No, señor. No hay correo para usted.

Chase apretó los labios para no pagar su frustración con el jovenzuelo, y se dejó caer en el sillón más cercano.

Eso significaba que la señorita Swansea acababa de ignorar la octava nota urgente y consecutiva que le había enviado desde que se marchó del palco.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exigió saber Blaine, recostado en una otomana—. Cualquiera diría que has hecho enfadar a una mujer con la que no conviene meterse.

Chaseladeó la cabeza hacia él.

—¿Por qué una mujer con la que no conviene meterse? ¿Por qué no un hombre?

—Porque los hombres peligrosos no envían cartas. Se presentan en la puerta de tu casa y te mandan al infierno de un puñetazo. O de varios. Depende del grado de peligro que presente el sujeto. Si lo es mucho, con uno suele bastar.

—¿Y eso lo sabes por experiencia?

Blaine se encogió de hombros.

Revisaba su correspondencia con los tobillos cruzados y el nudo del pañuelo deshecho, como si alguna de sus fulanas hubiera estado usando sus artimañas para convencerlo de quedarse un rato más. Teniendo en cuenta que el salón apestaba a la clase de perfume penetrante con el que se rociaban las prostitutas, esa opción era la más probable. Y solo eran las diez de la mañana, lo que podía significar que o bien había pasado la noche fuera, o se había levantado demasiado perezoso —y tan alegre como de costumbre— como para tomarse la molestia de atenderse él mismo. La holgazanería de Blaine era curiosa. Bostezaba de pensar en darse placer, pero le sobraba energía para hacer una visita al burdel.

—La mujer en cuestión no es de las que se enfadan —decretó. Se levantó de inmediato y

cruzó el despacho a grandes zancadas para buscar papel. No podía estar quieto—. No levanta la voz, no te fulmina con la mirada, no te abofetea. De hecho, ha resultado ser de las que te ignoran sin miramientos cuando las has defraudado.

Blaine lo observaba con atención.

—Terrorífico.

—Me resulta odioso haber pasado toda la vida entrenándome contigo para discutir como un profesional, para que ahora no me den ni siquiera la oportunidad de demostrar lo convincente que puedo ser. Habría resuelto este condenado malentendido en un minuto.

—Así que un malentendido. ¿Quién es la otra parte perjudicada?

—Me siento como un condenado idiota —mascullaba, ajeno a la curiosidad y al recelo de su hermano, que no se había movido de donde estaba—. Mandaré una nota más a su casa. Solo una. Como no me responda, me presentaré en la puerta.

—No creo que eso sea buena idea, sea lo que sea que hayas hecho. Por lo poco que sé, visitar a una viuda sin cita previa podría dar lugar a habladurías.

Chase ni siquiera le escuchó.

—Tampoco habría sido tan difícil que me diera unos minutos para sacarla de su error. ¿Cómo demonios iba a acordarme de que ese era el palco de lady Wordsworth? —masculló, fuera de sí—. ¡He estado fuera de Inglaterra durante diez años! ¡Es un milagro que me acordara de cómo se iba a Drury Lane, como para encima ubicar su asiento! ¡Si hasta he olvidado el condenado nombre de pila de Olsen, y le salvé la vida en Waterloo!

Blaine pestañeó una sola vez, ojiplático.

—Parece que también se te ha olvidado que lady Wordsworth te dio una patada en las posaderas para casarse con otro hombre. ¿No te da vergüenza llevar tres días sollozando por los rincones de la casa por esa mujer?

»Entiendo que tres días no son nada comparado con quince años, pero...

Chase viró sobre los talones, dejando caer el taco de papeles y la pluma sobre el escritorio. Enfrentó a Blaine con una mezcla de resentimiento e incompreensión.

—¿Qué tiene que ver lady Wordsworth aquí?

Blaine desvió de nuevo la vista a su correo.

—¿Por quién lloras, si no? —se burló.

Chase fue a responder, pero una bofetada de realidad —muy dura, y también muy necesaria— le ayudó a salir del trance.

No había estado sollozando por Mercy Swansea. Más bien maldiciéndola por animal tozudo durante las mañanas, sufriendo su indiferencia por las tardes, y recordando el sabor de su boca y la suavidad de su piel cuando caía la noche.

No había manera de citarla para tener una conversación en condiciones. Ella había devuelto su correo las primeras tres ocasiones, y podía figurarse que había arrojado a la chimenea las otras cinco cartas, y sin molestarse en leerlas. Si no hubiera dejado tan claro que le importaban un comino tanto él como su necesidad de limpiar su nombre, Chase se la habría imaginado inventando algún cachivache que escupiera fuego solo para encargarse de pulverizar sus notas de la forma más original.

Por lo visto, un hombre no merecía la oportunidad de explicar su situación.

Su insistencia había llegado demasiado lejos, y su repentina obsesión con solucionarlo, también. Se dio cuenta en ese momento, y gracias a la acertada mención de lady Wordsworth, que, cómo no, tenía que venir de labios del iluminado de su hermano. ¿Qué demonios hacía él preocupándose tanto por Mercy Swansea, cuando el único motivo por el que había vuelto era

otra mujer?

Sí, desde luego que sentía la necesidad de aclarar que no tenía ni idea de que ese era el palco de Melanie, y que nada de lo que Mercy había imaginado a raíz de aquella casualidad era real. Sin embargo, era cierto que pretendía aprovecharse de la muchacha para alterar a lady Wordsworth. Y era mucho mayor su deseo de dejarse de estupideces de celos y reproches y llegar de una vez por todas a un acuerdo matrimonial con el amor de su juventud.

Chase se alejó del escritorio con una mueca irónica. No se abofeteó en ese preciso instante porque tenía público y podía imaginarse cómo podría verse desde fuera. Bastante había perdido el tiempo ya con la espectacular rareza de los electroimanes y su más que demostrada obstinación. Era hora de centrarse en lo importante.

Si no quería hablar, estupendo. No sería el estúpido que se arrastrara hasta su puerta para solucionar algo que, en realidad, le importaba un comino.

Lo que realmente le preocupaba era lady Wordsworth. *Ella* era el propósito del viaje. La razón de que fuera a quedarse en Londres. Melanie era el único destino, y no podía permitir que lo distrajeran.

Ni Mercy Swansea ni ningún otro geniecillo con miopía.

—Aparentemente he estado enviándole notas a la mujer equivocada —masculló, riéndose de sí mismo. Elevó la mirada hacia su hermano, que todavía le observaba cauteloso—. Y, cómo no, ha sido gracias a ti. Basta con que asomes una maldita zarpa en mis asuntos privados para que empiece a perder de vista mis prioridades.

Blaine se incorporó y extendió los brazos.

—¿Qué he hecho ahora?

Chase lo señaló con un dedo.

—No te hagas el mártir que se entrega, Blaine. Si fueras un personaje bíblico, serías Poncio Pilato y tendrías las puñeteras manos relucientes.^[7]

—¿Ahora me juzgas incluso porque me las lavo? No me lo reprocharías tanto si supieras dónde las he tenido metidas hace una hora. —Se miró las uñas con desdén—. ¿Vas a decirme por qué me increpas ahora? Estoy siendo agradable con tu señorita Swansea. De hecho, deberías darme las gracias. No le dije que te hiciste pasar por mí aquel día.

—Gracias —ironizó—, no sé qué habría hecho si me hubieras arrebatado el placer de confesarlo yo mismo.

—¿Se lo has dicho?

Chase sacudió la cabeza, asimilando con retraso un comentario de su hermano.

—¿Cómo que estás siendo amable con ella?

—Nos hemos visto un par de veces. Asistimos a *Romeo y Julieta* juntos en mi palco, y ayer coincidimos en la fiesta de compromiso de lord y lady Wilton. Y —Levantó el dedo con un ademán grandilocuente— no le he puesto la mano encima.

—De acuerdo, no le has puesto «la mano» encima. ¿Qué hay de la otra?

—La tengo sobre La Biblia, desde que es la única manera de jurar delante de ti con la remota posibilidad de que me creas. Y ¿por qué no dejamos de hablar de mis manos? Esto empieza a incomodarme. Ni siquiera es la mejor parte de mi anatomía.

Chase lo acusó con el índice.

—Como me digas que te has hecho pasar por mí en la fiesta de los Wilton, juro que te mataré.

—El que se anda divirtiendo con mi título de barón eres tú, Chase. Hace algún tiempo desde que yo no juego a ser mi gemelo.

—Debe ser porque no te reporta el menor beneficio y a ningún aristócrata le gusta pasar un

día en la piel de un plebeyo.

—Ya veo. Vuelves a estar enfadado porque nací antes. —Puso los ojos en blanco—. Qué poco original.

Chase se pasó una mano por la cara.

—Haz lo que te apetezca con la señorita Swansea —declaró con rencor, aunque se las apañó para parecer inexpresivo—. Yo ya la advertí de lo que debía ser advertida. No tengo nada más que hacer.

—¿Me estás dando permiso para desgraciarla?

Chase apretó los dientes, de espaldas a su hermano. En su mente había parecido sencillo: sentenciar que no tenía nada que ver con la testaruda Mercy Swansea y marcharse para ver a lady Wordsworth. Pero, como no podía ser de otro modo, Blaine tenía que buscarle las cosquillas.

—Si la desgracias, te las verás con su padre. Y puede parecer un hombre encantador, pero disparaba en la infantería de fusileros durante la guerra y no tardaría ni diez segundos en acabar contigo.

—No me digas que el señor Swansea te cubría las espaldas cuando Napoleón estaba de moda en Europa. Si hicisteis buenas migas, me extraña que no te ofreciera a su hija.

—No nos conocimos, pero tenía muy buena fama en el ejército. Incluso se ganó su propio apodo, si no recuerdo mal. —Lo miró por encima del hombro—. Ándate con cuidado.

—¿Más o menos cuidado del que tuviste tú al besarla por error? —se mofó.

Chase no pensaba caer en su provocación, pero tampoco pretendía ser retenido en el despacho por más tiempo. Por fortuna o por desgracia, Oliver, el lacayo, apareció trémulo por la emoción de anunciar que, por fin, el señor Reynolds tenía una visita.

Aunque el corazón se le aceleró, Chase mantuvo el rictus indiferente.

—¿Una visita? —repitió Blaine, ceñudo—. ¿Quién?

—Está en la salita, señor.

Chase no esperó a que Oliver le diera un nombre. Lo apartó con un ademán brusco del que luego se arrepentiría. Cuanto antes resolviera el estúpido paréntesis que Mercy Swansea había supuesto en su regreso, antes podría ocuparse de lo verdaderamente importante.

Solo que la mujer que aguardaba dando una vuelta por el salón no era Mercy; no tenía su cabello casi rubio, su piel casi perfecta y su nariz casi chata. La visita era soberanamente hermosa. Nada de relativos «casi» y muchos «todo» absolutos.

—Si recibe a sus amistades con esa cara, no me sorprende que sean pocos los que vienen a verle —dijo lady Wordsworth, soltando el tallo de una de las rosas que florecían en el jarrón sobre la chimenea.

—No cuento con muchas amistades, por eso la cara de pocos amigos me va que ni pintada.

Melanie terminó de girarse hacia él y lo miró directamente a los ojos.

—¿Y yo soy su amiga? —quiso saber—. ¿Figuro en su exclusiva lista?

Chase entró y, sin despegar la vista de ella, cerró la puerta con brusquedad. Melanie no se sobresaltó más por el golpe de lo que lo hizo al verlo avanzar con gesto hosco.

—¿Es que no te halagaba suficiente tu marido, Melanie? ¿Tienes que venir hasta aquí para hacerme preguntas que solo pueden responderse con un «no formas parte de la lista porque tienes un lugar especial en mi corazón»?

Los ojos verdes de Melanie centellearon ilusionados, y él no fue inmune a ese breve fulgor.

En algunos aspectos, la mujer que tenía delante seguía siendo la niña de fuegos artificiales que había conocido gracias a las viejas amistades de sus padres: una criatura que vivía por las palabras bonitas, los juegos y las discusiones.

—¿Un lugar exclusivo? ¿Cuál, y dónde? Recuerdo que antes podía elegirlo yo; campaba a mis anchas en tu corazón sin nadie que pudiera hacerme la competencia.

—Cuando le rompes el corazón a un hombre, te arriesgas a que vaya dejando un pedazo en la cama de cada amante que se va cruzando en su travesía por Europa. Ya no tienes donde elegir.

Melanie lo escuchó sin respirar. Agarraba el ridículo con los dedos crispados. Toda la emoción se agazapaba en su semblante, con el que procuraba no ser muy evidente. Pero lo era. Melanie se desbordaba de ansias por solucionar la situación.

—No me malinterpretes. Puedo conformarme con lo que te quede para mí —musitó—. Entre ese pedazo y el que me dejaste antes de irte, sobreviviré.

—No te dejé nada más que palabras que se ha llevado el viento; igual que se llevó las tuyas.

—Ni el viento ni el tiempo pueden llevarse algo que agarré en el momento en que me diste y no he vuelto a soltar desde entonces. Me he repetido cada una de tus declaraciones cada día de mi vida.

Chase rompió su promesa de apnea voluntaria y respiró disimuladamente tras su confesión. Melanie había ido a buscarlo más directa que nunca a la hora de expresar sus sentimientos. Y le agradó.

Eso era lo que quiso que sucediera en cuanto se enterase de que estaba en Londres; que fuera a por él con una disculpa y todos los «te quiero» que Chase sintió fraudulentos cuando, años atrás, no se correspondieron con sus actos.

No había sucedido entonces, en el momento en que le habría gustado, pero más valía tarde que nunca.

—No tendrías que habértelas repetido si me hubieras aceptado cuando te propuse matrimonio. Yo mismo me habría encargado de refrescarte la memoria.

Melanie suspiró y miró a otro lado.

—Chase, una joven dama de dieciocho años con un padre obsesionado con el pedigrí de sus pretendientes no tenía otra opción, y tú lo sabes bien. Y sé que lo entiendes —musitó. Elevó la barbilla con timidez para enfrentarlo—. Es cierto que tuve voz y voto, pero mi voz se perdía entre las de mis familiares, que habían decidido ya por mí, y al final mi voto no valía.

—Podrías haber huido conmigo.

—Lo pensé, y lo he soñado cada noche desde que te marchaste, pero no habría sido tan fácil. Nunca es tan fácil para una mujer como suele serlo para un hombre.

Lo que Chase más odiaba de los últimos diez años hundido en la miseria era que no podía guardarle rencor por haber elegido a otro. Detestaba su elección, pero no a ella, porque era cierto. Un marqués de renombre como su padre no habría permitido que Melanie contrajera matrimonio con él, y ella no estaba preparada para una vida con una asignación tan pobre como la del segundo hijo de un barón arruinado. El fallecido Godolphin le había dejado a Blaine un título decente, pero también una ruina económica importante que le había afectado más a él que al heredero. En tiempos de escasez, el que menos recibía no era el barón, sino el segundo en la línea sucesoria.

Suspiró al fin.

—¿Para qué has venido, Mel? ¿Lo habrías hecho si no me hubieras cazado en brazos de otra mujer?

—Eras tú el que la tenía a ella entre sus brazos.

—Podemos perder el tiempo concretando detalles insustanciales como ese o tomar asiento y hablar con seriedad.

Chase iba a hacer el camino hacia el diván, cuando su tono dolido lo retuvo.

—Para mí no fue ningún detalle insustancial.

No le costó hacerse una idea de cómo habría encajado la escena. Él sabía muy bien cuál era el olor y el sabor de los celos. Había vivido con ese veneno en la sangre más de una década.

—Ahora te imaginas cómo me he sentido yo.

—No es lo mismo. Siempre has sabido que yo no amaba a lord Wordsworth. Y los celos no me cazaron desprevenida en el palco. Cuando te fuiste de viaje por Italia, yo ya sabía que no te quedarías de brazos cruzados. Sabía que otras... calentarían tu cama.

Chase y ella se midieron con la mirada en silencio.

—Puedo decirte que uno de los propósitos por los que me acerqué a la señorita Swansea fue incentivarte a venir a mí —confesó—, pero no la besaba por obligación.

—No me preocupa que la beses. Te conozco y sé que besas por deporte.

Chase sonrió ante el reproche velado y por cómo puso los ojos en blanco. Ella se contagió enseguida, lo que ayudó a aligerar la carga del ambiente; un ambiente que volvió a tensarse cuando retomó el tema.

—Lo que me preocupa es que la ames. Que estés tan interesado en la señorita Swansea como has estado perjurando estos últimos días delante de todo el mundo.

—Era una estrategia para incentivar a los solteros de Inglaterra a pretenderla. Le arruiné un compromiso por error. —Ante la expectación de ella, suspiró y dijo—: La besé creyendo que eras tú.

Melanie intentó contener una de esas sonrisas que le marcaban dos hoyuelos en las mejillas.

—Entonces sí acudiste a nuestra cita en Almack's.

—Y esa fue mi ruina —declaró, engolando la voz—. Incluso cuando no estás ahí para darme problemas, me los das. De hecho, son justo tus ausencias las que me meten en apuros.

Melanie suavizó la expresión y le puso una mano en el antebrazo.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Ella hizo una pausa para suspirar.

—Si te digo que lo que lamento es haberme casado con otro hombre, ¿dejaremos esta estúpida guerra que ni siquiera se nos da bien de una vez por todas? Tú y yo nunca nos hemos odiado, Chase; nunca podremos sobrellevar una enemistad como la que parece pretender instaurar.

—¿Te crees que hice un viaje interminable desde el sur de Italia hasta Londres, sin detenerme ni para descansar, para decirte que te odio?

—¿Y para qué lo hiciste, entonces?

—Ya me conoces. —Le dirigió una mirada cálida—. Siempre he sabido que me querías. De lo contrario, no habría recorrido toda Europa al enterarme de que habías enviudado.

Ella se ruborizó.

Melanie sí enrojecía, y el rojizo de sus mejillas era de lo más delicioso. No se ponía colorada hasta la raíz, eran solo dos manchas de color en sus pómulos elevados. Chase debería haberse sentido orgulloso de su hazaña, y sin duda disfrutó de su reacción tan femenina y natural... pero quizá no tanto como solía. Y no pudo evitar acordarse de Mercy, que parecía inmovible en ese aspecto incluso derretida entre sus brazos.

Bueno, quizá «inmovible» no fuera la palabra. Aún se acordaba de sus gemidos intercalados con exclamaciones de asombro, como si le hubiera pillado por sorpresa su propia capacidad para disfrutar de los besos de un hombre.

El recuerdo hizo que sonriera sin darse cuenta.

Cuánta inocencia.

—Me hiciste dudar esa noche en el jardín... ¿De qué te ríes?

Chase sacudió la cabeza, de repente incómodo. La furia que le había invadido al verse dando bandazos de un lado para otro porque Mercy no contestaba regresó, y se obligó a olvidarla y centrarse en la charla.

—Se me ocurrió que sería buena idea jugar contigo un poco. Pago con la misma moneda con la que me cobran.

—Ya vuelves otra vez a eso. Si vamos a limitar nuestra conversación a andar en círculos, rodeando el mismo tema, será mejor que me vaya...

Chase la retuvo cogiéndola por la muñeca.

Malditas fueran las mujeres. ¿Desde cuándo tenía que hacer uso de la fuerza para que se quedaran donde estaban, y no le dejaran con un palmo de narices y la palabra en la boca? ¿De pronto todas las inglesas eran unas maleducadas?

Estupendo. El infierno se aproximaba a su congelación.

—Quédate —le pidió.

Ella lo miró con el cuello tieso y unos ojos que hablaban por mil palabras. Sabía lo que le iba a preguntar antes de que lo dijera.

—¿Ahora... o para siempre?

Chase vaciló. Y ese instante de vacilación, en ese contexto, podía suponer la diferencia entre una vida entera al lado de una mujer y otra de soledad. Pero él no le prestó atención a su duda visceral, y se dijo que solo se estaba tomando un segundo para no ponerse en bandeja; para admirar con la veneración de antaño a la mujer que había estado en su cuerpo y en su mente desde que podía recordar. Desde antes de que fuera mujer, y desde antes de que a él lo llamaran hombre.

Una parte de sí le susurró que el enamorado de veinte años que se había marchado con el corazón roto no habría tardado ni dos segundos en ponerle un anillo en el dedo. Hasta su parada en Barcelona en el verano de 1821, no había soltado la alianza con la que pretendió desposarla; ahora estaba en el fondo del Ebro. Pero acalló esa malintencionada duda diciéndose que ahora era más maduro, y lo que rápido empezaba, rápido acababa.

Por el amor de Dios, estaba allí por ella, igual que se alistó al ejército por ella y se borró del mapa por ella. Su vida no tenía sentido sin Melanie, así que lo más razonable sería dárselo formalizando una relación. Quizá la emoción de tenerla entre sus brazos no fuera tan recalcitrante como hubiera imaginado en un principio, pero estaba ahí, y que le faltara intensidad no era culpa de Melanie, que estaba a la altura de sus recuerdos. Probablemente era problema de Chase, que andaba demasiado confuso por todo lo acaecido los últimos días y aún seguía dolido porque ella lo relegara a un segundo puesto. Esa clase de traiciones no dejaban de escocer por obra de un milagro. Pero confiaba en que lo haría una vez diera por zanjada la misión que había ido a cumplir: convertirla en su mujer. Solo de forma oficial, porque siempre había sido la única.

Entrelazó los dedos con los de ella, más tranquilo, y la acercó a su cuerpo.

—En palabras del sacerdote... Tendrás que quedarte hasta que la muerte nos separe.

Capítulo 20



Mercy llevaba un buen rato sentada en el borde de la cama, observando cómo sus hermanas menores se empolvaban frente al tocador entre risillas. Charity y Hope intercambiaban las joyas almacenadas en el cajón del mueble e imitaban los acentos de las damas de clase alta para halagarse.

—¿Cómo estoy, lady Birdwhistle? —Hope aleteó las pestañas con exageración—. ¿Diría que estos rubíes acentúan el azul de mis ojos?

—¡Pero si tienes los ojos oscuros! —se rio Charity—. ¿Y qué clase de acento es ese?

—Creo que es de York —meditó Hope—. También imito de maravilla a los pescadores del sur. ¿Te hago una demostración?

Hacía rato que Mercy había quedado en segundo lugar frente a la representación teatral, una a la que no estaba haciendo el menor caso.

Se suponía que esperaba a que el reloj diera la hora de enfilear a la velada de los vizcondes Hilton, pero una remota parte de sí misma latía de ansias por un motivo que aún no alcanzaba a comprender. Quizá debiera atribuir esos misteriosos nervios, esa honda expectación, al encuentro con Blaine Reynolds, que en los últimos días se había convertido en una estupenda compañía. Su madre celebraría que le doliera el estómago por el deseo de verlo de nuevo... Si es que le dolía por eso y no porque tenía por costumbre mezclar dulce y salado en desayunos y merendolas, y el fin de semana había estado engullendo como una embarazada antojadiza. Tenía los músculos agarrotados por la ansiedad, y carecía de sentido. Las cartas estaban echadas: el barón Godolphin ya había expresado con total sinceridad que deseaba gozar de su compañía durante el evento de esa noche, lo que solo podía significar una cosa.

O, por lo menos, solo podía significar una cosa para su madre, que había chillado entusiasmada por toda la casa aquella mañana.

—¡Va a proponerte iniciar un cortejo formal!

Mercy no las tenía todas consigo. No quería pensar en las advertencias de Chase, que después de todo había resultado ser un descarado, embustero y sinvergüenza, pero por mera precaución, estuvo investigando para cerciorarse de que Blaine no era un cabeza de chorlito. Y, por lo visto, no lo era. Se le conocían aventuras, como a todos los solteros de Inglaterra, pero no era especialmente indiscreto, y todos coincidían en que tenía un encanto difícil de ignorar. Mercy no iba a ignorarlo, al menos; ni siquiera intentarlo. No solo porque su madre se hubiese empeñado en convertirla en la baronesa, cosa que, en realidad, no dependía de ella —aunque no lo pareciese—, sino porque deseaba zanjar el asunto lo antes posible. El objetivo a corto plazo de Mercy era casarse de una vez por todas para dejar de ser una carga familiar.

—No me parece que esa sea la motivación ideal para formalizar un compromiso. Sobre todo porque padre y madre te adoran, nosotras te adoramos, y no es como si anduviéramos cortos de efectivo para tener que librarnos de alguien lo antes posible —le había dicho Temperance cuando le expresó todas sus inquietudes; incluidas las que concernían a Chase Reynolds.

Eran raras las veces que Mercy sentía la necesidad de compartir sus desventuras, pero

teniendo en cuenta que andaba de un humor extraño, pensó que debía informar a sus hermanas de las razones. A raíz de la confesión sobre sus acercamientos poco decorosos con Chase, que tuvo que hacer en cuanto regresaron de la función, Temperance había adoptado una actitud muy protectora con ella. Por eso su sermón sobre el matrimonio no había acabado en el aspecto económico.

—Además, ¿estás segura de que quieres formar parte de la familia de un hombre que se ha burlado de ti de esa manera? ¿Que te ha usado? —Torció el gesto—. No sé si eres consciente de que Godolphin es igual que el señor Reynolds, y por si no fuera suficiente tener que mirarlo a los ojos durante el resto de tu vida, deberás tolerar su presencia en fechas señaladas.

—No creo. Por lo poco que sé, no terminan de congeniar.

—Pero en la actualidad, Reynolds se hospeda en casa del barón. Es de dominio público —le había insistido—. ¿Te imaginas pasar el resto de la temporada bajo su mismo techo? Dile a madre que no es el pretendiente adecuado. Hay otros muchos interesados en ti.

Eso era cierto. La repentina fascinación de Chase, sumada a la curiosidad del barón, la había colocado en el punto de mira. De pronto, todos esos bien considerados solteros que solo la miraban para torcer los labios de forma irónica, habían empezado a rodearla. Mercy había descubierto, gracias a eso, que le avergonzaba enormemente ser el centro de atención, y que no se le daba muy bien aceptar cumplidos.

No obstante, la señora Swansea no era la única obcecada en que su hija se quedara con nada más y nada menos que un barón. La propia Mercy había decidido centrarse en lord Godolphin por las inquietudes científicas que tenían en común, incluso si eso significaba enfrentarse a Chase de nuevo.

Mercy podía estar molesta en el fondo de su corazón, y quizá también algo confundida por las emociones despertadas con los besos, pero jamás le haría un desaire. Procuraría estar a la altura de la situación en todo momento, tanto si acompañaba el ánimo como si no.

Mercy se levantó de la cama y fue hasta el tocador para convencer a Charity y Hope, las más pequeñas, de soltar los polvos. Tuvo que reírse cuando Hope, de solo catorce años de edad, se daba la vuelta palmeándose las mejillas y hacía una pose sensual.

—¿Qué tal estoy?

—Creo que ni siquiera las geishas japonesas se dejan la cara tan blanca —rio Mercy. Alargó la mano para retirar el maquillaje de su rostro ya de por sí pálido.

—¿Qué es una geisha, Mer? —inquirió, mirándola con sus enormes ojos negros.

—Es... una artista tradicional. Se dedican a entretener a un público. —Antes de que su hermana se animara a decir que no le importaba ser una geisha si esa era la definición, continuó —: Tienes una piel preciosa, Hope. No necesitas esa clase de potingues.

—Claro que sí. Quiero ser una dama de la cabeza a los pies. Y para eso, además de los polvos, también necesitaré tus perlas. ¿Me prestarás tus perlas cuando sea mayor?

—Sospecho que tanto Cherry como Prue y tú tendréis vuestras propias perlas —repuso, mirando alternativamente a las muchachas. Charity estaba sentada frente al espejo, revisando con la curiosidad de siempre sus frascos de perfume. Los destapaba y cerraba los ojos para oler el último aliento que emanaba.

—Pero para eso quedan años y años —lamentó Hope—. ¿Por qué no nos presentan en sociedad a los catorce años? Estoy preparada.

—No estoy de acuerdo con esa afirmación.

Aunque Hope supiera cómo comportarse delante de su madre —y solo porque sabía lo que le convenía—, era tan vulnerable a los encantos masculinos y fácil de deslumbrar con lujos y

cuentos nobiliarios que a ningún caballero le costaría convencerla —o, en su defecto, manipularla— de cometer una locura con él.

—¿Por qué no? —Hope se cruzó de brazos.

—Porque eres muy peligrosa para ti misma, y lo eres por dos razones: te dejas llevar a donde quieran llevarte, y eres la muchacha más bonita del mundo entero... y eso que aún no has alcanzado el apogeo de tu belleza.

—Siempre ponéis mi belleza como si fuera algo malo —refunfuñó.

—Padre dice que la hermosura es una maldición cuando debajo no hay sentido común —recordó Charity.

—¡Se cree que no me doy cuenta de que me está llamando estúpida!

—No te llama estúpida, sino inconsciente. No tienes un pelo de tonta, pero quizá seas aún demasiado emocional —explicó Mercy con cariño—. Antes de ser presentada en sociedad, tienes que desarrollar un espíritu analítico que te permita deducir las intenciones de tus pretendientes ya de lejos. De lo contrario, podrías llevarte una gran decepción.

Hope hizo un puchero y agachó la mirada.

—Tú también crees que soy idiota.

—No eres idiota, cariño. Solo eres demasiado joven. Y la verdad es que podrías comportarte así para siempre, o, por lo menos, mientras padre y madre vivan. Ninguno permitiría que te malograras, incluso si para eso tuvieran que levantar guardia en tu puerta y perseguirte a todas partes —meditó en voz alta.

Menos aún lo permitiría Wilhelmina, que había depositado en ella la esperanza de emparentar a la familia con una casa noble. Solo podrían disuadir a la señora Swansea de casar a Hope con un duque de la corte real si en su lugar lo hiciera con un príncipe ruso.

Hope suspiró y la miró de reojo con sus chispeantes ojos oscuros. Había heredado los atributos físicos de la abuela de Wilhelmina Swansea, una belleza de melena azabache y piel de porcelana que un día se cansó de levantar pasiones en la corte inglesa y contrajo matrimonio con un joven de clase media. Su madre aún refunfuñaba, alegando que, si hubiera elegido bien, los Swansea tendrían ahora un linaje impecable.

—Bueno, mientras espero a que me las regales, no me parece mal que te pongas las perlas. Por lo menos las mantendrás calientes.

Mercy soltó una carcajada amistosa y se giró hacia la silenciosa Charity.

—¿Tú también estás ansiosa por acudir a las fiestas? Te aseguro que no son tan divertidas. Vuelves a casa con un dolor de pies terrible, y a veces incluso te dan migraña.

Charity sacudió la cabeza con tanta energía que se despeinó.

—Si Cherry pudiera, se encerraría en su dormitorio y no saldría jamás —bufó Hope. Entrelazó los dedos a la espalda para revisar a su hermana mayor con una mirada apreciativa—. Estás preciosa. Lord Godolphin se desmayará nada más verte. ¿Quién más acude a la fiesta? ¿Vas a ver a Atticus?

—Eso espero. —Hizo una pausa para medir la reacción de su hermana menor. Charity también la observaba de soslayo—. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No, pero cuando vuelva, quiero que me digas de qué color era su chaleco. Y su pañuelo. Y tienes que evitar que baile con damas solteras —advirtió, muy seria—. Viudas tampoco. Bueno, si son feas, tiene mi permiso. Pero, en principio, que solo baile con las casadas.

—¿Qué pretendes? ¿Que Atticus no se lo pase bien hasta que cumplas los dieciocho años, y entonces solo pueda divertirse contigo? —se quejó Charity. Hope se cruzó de brazos y la encaró con insolencia.

—Exacto.

—Para eso quedan más de cuatro años, cariño. No puedo contener el libertinaje de Atticus durante tanto tiempo.

—¡Debes hacerlo! —insistió, en voz baja—. ¡Yo no puedo ir a vigilar!

Mercy la cogió de la mano y se la puso en el pecho, sabiendo que tranquilizar a su hermana en la materia del marqués de Halifax requeriría un juramento de corazón. Y ni siquiera con eso lograría que se acostara a la hora prevista: sabía que Hope estaría aguardando su regreso para exigirle un informe detallado de quién se había acercado a Atticus y con qué intenciones. La mayoría de las veces había puesto a prueba su imaginación, porque Mercy no solía pasar las veladas con Atticus y algo debía contarle a la pequeña fiera.

—Te aseguro que Atticus no tiene la menor intención de casarse con nadie... por ahora —declaró—. Y puedes quedarte tranquila. Me escucha cuando le hablo, y lo que es más: tiene muy en cuenta mi opinión. Si le digo que espere a los veintisiete para desposarse, lo hará.

Los ojos oscuros de Hope se iluminaron. Se lanzó sobre ella para estrecharla con fuerza. Su cuerpo menudo y aún en formación estuvo a punto de aplastarla.

—¿Por qué avivas su locura? —rezongaba Charity.

—¡Gracias! —exclamaba la menor, haciéndose oír por encima de sus quejas—. Cuando sea lady Halifax y tenga toda una fortuna a mi disposición, te regalaré una mansión, con taller incluido, como forma de agradecimiento por tus fieles servicios.

—Estaré encantada de aceptar tan humilde obsequio. —Le hizo una reverencia, y Hope soltó una carcajada. Se cortó de golpe, como si acabara de recordar algo de suma importancia.

—¡Espera! Tengo que darte algo que he encontrado esta mañana en el dormitorio de Temper. No le digas que se lo he robado, ¿vale? No le gusta que toquen sus pertenencias. Aunque esto no es suyo; de hecho, pone tu nombre. Por eso lo he cogido.

Mercy aceptó con curiosidad el montón de papeles doblados que su hermana le tendía. Debía haber por lo menos cinco, y todos ellos estaban firmados por Chase Reynolds.

Su corazón se saltó un latido al leer las diferentes maneras que había encontrado de solicitar una audiencia con ella para explicar la situación; una que, a su modo de ver, había malinterpretado.

Sin darle las gracias a Hope, y con el ceño fruncido por la contrariedad, salió del dormitorio agarrándose las faldas y fue hacia el de Temperance. La encontró mirándose al espejo con cara de circunstancia, arreglada para la fiesta. Se toqueteaba un pendiente estilo Flandes, indecisa entre quitárselo o arrojarlo por la ventana. Tendía a tomarla con las joyas cuando estaba nerviosa.

—¿Por qué has escondido las notas del señor Reynolds? —quiso saber, más confundida que molesta—. No ha escrito nada comprometedor, solo me pide que le dé la oportunidad de excusarse.

Temperance ladeó la cabeza hacia ella.

Si Mercy iba preciosa, la hermana mayor estaba impresionante. Era la única, junto con Faith, que podía considerarse rubia de veras, y en su tez pálida destacaban unos grandes y vivaces ojos del color del cielo estival.

—¿Y querías oír excusas? —Suspiró mientras acomodaba los bucles dorados que le enmarcaban la cara—. No sé qué pone, no soy capaz de invadir la privacidad de nadie hasta ese punto, pero cuando vi que el lacayo tenía una nota de su parte para ti... Me enfurecí. ¿Cómo se atreve a dirigirse a ti después de lo que hizo?

—Temper —la regañó, en tono cansado—. No te conté lo sucedido para que tomaras cartas en el asunto.

—¿Y por qué me lo contaste? Se me ocurren por lo menos diez mil cuentos protagonizados por una dama y un caballero que podrías haberme contado si tu intención era exclusivamente entretenerme.

Mercy suspiró.

—Ahora pensará que no le he respondido porque estoy indignada. O, peor: porque me ha herido de veras.

—¿Y acaso no te hirió?

Temperance le lanzó esa mirada que parecía decir «atrévete a mentirme».

Ella dudó antes de contestar.

—Fue desagradable, humillante y vergonzoso, pero habría aceptado sus disculpas y su explicación porque no quiero enemistarme con nadie. ¡Ni mucho menos con el hermano gemelo del barón!

—Lo siento, pero pensé que se merecía una lección, y es evidente que tú no ibas a hacerle pagar por su mal comportamiento.

—Si sus padres no le enseñaron modales, no voy a ser yo la que lo eduque. Ni tú tampoco deberías involucrarte en eso. —Soltó el montón de notas sobre el tocador.

Temperance las miró con regocijo.

—Por lo menos ha servido para demostrar que es un hombre persistente, y que le preocupa lo que pienses de él. Quizá sí merezca una oportunidad, después de todo.

Mercy exhaló con cansancio.

—¿Por qué lo has hecho, Temper?

Su hermana la miró. La sonrisa se fue borrando poco a poco de su expresión.

—Porque ningún hombre tiene derecho a jugar contigo de un modo tan rastrero. Y porque no voy a permitir que nadie haga daño a mis hermanas.

Mercy no había ido hasta su dormitorio con la intención de gritarle o hacerle saber que estaba furiosa, pero tampoco planeaba aplaudir su jugarreta. Sin embargo, su sinceridad acabó conmoviéndola, y tuvo que contenerse para no darle las gracias.

—Parece que Reynolds ha pasado unos días malos —comentó al fin. Temperance la miró esperando su veredicto—. Si ha sido así, me alegro.

—Eso mismo pensaba yo. —Le guiñó un ojo y se levantó. Le pasó un brazo por los hombros en un gesto muy poco femenino y más descortés aún—. Con un poco de suerte, nos lo encontraremos en este soporífero baile y podremos concluir cuál es su opinión sobre tu decisión de ignorarlo.

—*Tu* decisión de ignorarlo —corrigió.

—Oh, vamos. —Puso los ojos en blanco—. No irás a decirme que te sentó bien su manipulación, ¿verdad?

—Es verdad que no estoy acostumbrada a numeritos similares al que protagonicé en el palco de lady Wordsworth —concedió—, y por eso lo primero que se me ocurrió fue marcharme sin reaccionar. Pero debo reconocer que nada más llegar a casa, empecé a dudar. Tuvo que tratarse de un error, Temper.

—¿Un error?

—No es como si el señor Reynolds me hubiera escoltado de forma disimulada hasta el segundo nivel del teatro para luego meterme en ese palco concreto —explicó—. Yo fui a ese pasillo por mi propio pie después de un intercambio un tanto... crispado, y cuando oímos unas voces, él solo me empujó hacia el que teníamos más cerca. Es imposible que lo tuviera todo planeado.

—Te sorprendería lo inteligentes que pueden llegar a ser los hombres, Mer. El mayor error que las mujeres hemos cometido es caer en ese viejo bulo que asegura que en cuestiones de mujeres solo saben escuchar al instinto básico.

Prefirió no preguntar qué era eso del «instinto básico».

—Chase es muy inteligente —concedió Mercy—, pero también extremadamente impulsivo.

—Y si estás tan segura de que fue un error, ¿por qué no lo citaste para charlar y deshacer todo el embrollo?

—Tengo entendido que una mujer con iniciativa está muy mal vista. Además...

Aunque sabía lo que quería decir, no supo cómo explicarlo. Decirle a la mayor que sus besos la habían abrumado y aún necesitaba tiempo para meditar sobre lo que significaban no parecía muy apropiado.

Entre todas sus hermanas, Temperance era la que tenía más experiencia con los hombres: estuvo comprometida durante varios meses y, aunque nunca hablaba del tema —de hecho, actuaba como si esa época de su vida jamás hubiera existido—, Mercy estaba segura de que la habían besado. Quizá no como Chase la besó a ella, de un modo que debería estar prohibido, pero cualquier tipo de experiencia sería bien recibida cuando necesitaba con urgencia un consejo. Sin embargo, Temperance evitaba esa clase de asuntos como la peste, y no sería ella quien la obligara a recordar. Sobre todo cuando ya había decidido que poner distancia entre Chase y ella hasta aclarar sus ideas sería lo más inteligente.

Pero ¿qué ideas? Cada vez que intentaba concentrarse en sacar algo en claro de la situación, se perdía fantaseando con que volvía a suceder, o terminaba embelesada por el recuerdo de la boca masculina rodando por su piel.

Lo único que había descubierto era el origen del nudo en su estómago, que se había deshecho en cuanto supo de la existencia de esas notas. Había estado expectante, sí, pero no por ver a Blaine Reynolds ni porque esperase ansiosamente el baile de esa noche. Solo necesitaba saber cuál sería el siguiente paso de Chase.

Ahora veía que ya lo había dado —hacía unos cuantos días, de hecho—, y que era su turno de actuar.

—¿Además? —la animó Temperance—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Mercy se enfrentó por primera vez en su vida a una incertidumbre desconcertante. No siempre sabía cómo conseguir lo que quería, pero por lo menos jamás había dudado sobre lo que hacer.

En ese asunto estaba perdida.

Terminó encogiéndose de hombros.

—Supongo que casarme con lord Godolphin.

Capítulo 21



Wilhelmina Swansea se pasó todo el trayecto en carruaje parloteando sin parar sobre lord Blaine Reynolds. Cualquiera habría dicho que era ella la que se había citado con el barón y no su hija, pero Mercy agradeció que su madre le recordara la lista de virtudes —la mitad inventadas, puesto que ni siquiera los habían presentado— de su futuro prometido. A ella se le habían empezado a mezclar con las de Chase, y aunque había coincidido con Blaine en veladas anteriores, debía admitir que no lo conocía tanto ni tan bien como le hubiera gustado. Se consolaba pensando que por lo menos daba la impresión de ser una persona digna de conocer, a diferencia de lord Loring, de quien lo único que se podía decir era que se aburría incluso a sí mismo.

En cuanto hubieron saludado a la anfitriona de la velada, una de esas excéntricas recién casadas a las que les valía cualquier excusa para celebrar su existencia, la señora Swansea la guio de la mano a una zona más apartada. Le dirigió su mirada más resuelta, y Mercy supo que tenía una misión que cumplir.

—Doy por hecho que el barón Godolphin es de tu agrado. —Esperó a que asintiera con la cabeza para continuar—. Y también que sabes lo que suele significar que un caballero espere disfrutar de tu compañía durante toda una velada. —Mercy volvió a cabecear—. ¿Estás conforme con ello?

Mercy estuvo a punto de sonreír con ironía. Adoraba a su madre, y podía hacerlo porque comprendía su interés por casarla con un caballero de buena familia. Si no empatizase con ella en ese aspecto, se habría tenido que ofender —y con todo su derecho— por tener el descaro de preguntarle si estaba conforme después de prácticamente haberla empujado a sus brazos. Wilhelmina la quería a su manera, pero si se le ocurría rechazar a un barón después de haber espantado al vizconde, no le temblaría el pulso a la hora de desheredarla. O de convencer a su padre para que la desheredase, lo que era lo mismo.

—Por supuesto.

Su madre sonrió, entusiasmada. Si no se puso a batir las palmas y a bailar allí mismo fue porque sus manías obsesivas aún no habían dominado a su señorita interior.

—En ese caso, deja que yo me encargue de todo. Y ahora, reúnete con milord. Sospecho que tiene la intención de venir hacia aquí. Lleva un buen rato mirando.

Como llevaba sucediendo desde que conoció a Chase, Mercy fue víctima de una oleada de placer al dirigir la mirada hacia la figura de su gemelo.

No terminaba de acostumbrarse al brutal parecido entre los dos. De lejos podría haberse tratado del señor Reynolds, y en un gesto de debilidad, Mercy se convenció de que era él quien se acercaba, y no su supuesto futuro marido. Pero no había manera de engañarse; no cuando llevaba las gafas acomodadas en el tabique nasal. Blaine no caminaba con la despreocupación y el desapego de Chase. Blaine caminaba tan orgulloso de sí mismo que ya sin abrir la boca resultaba soberbio. Incluso, quizá... un tanto cargante. Pero sabía conversar, y si estaba tan seguro de su encanto, era porque sin duda lo tenía. A diferencia de otros de su calaña, le

sobran motivos para sentirse superior.

Blaine la saludó con un beso en el dorso de la mano, acompañado de una mirada que la incomodó ligeramente. No cabía la menor duda de que, a diferencia de su hermano, que la vivía con actitud despreocupada, se tomaba la seducción muy en serio.

Como si se hubiera percatado de su recelo, inició una conversación banal que fue derivando poco a poco a esos temas que interesaban a ambos. Mercy se sentía más cómoda y confiada cuando él dijo:

—La anfitriona tiene una colección de libros de miembros de la Royal Society en su biblioteca. Y yo tengo la suerte de contar con su amistad... y una copia de la llave. ¿Le gustaría hacer una visita rápida?

No era la proposición que su madre estaba esperando, pero parecía un paso más hacia ese final.

—Hay un volumen de Benjamin Franklin bastante interesante de su época como presidente de la Sociedad Filosófica Estadounidense —prosiguió—. Estoy seguro de que ya ha leído su ensayo sobre el entendimiento de Locke...

«Unas cinco o seis veces», se cuidó de decir.

Sabía cuándo un hombre esperaba que le satisficieran con una respuesta concreta.

—La verdad es que no. Intento acceder al mayor número de lecturas de este tipo posibles, pero algunas se me escapan. Me encantaría acompañarle.

Blaine sonrió, seguro de sí mismo, y le hizo un gesto hacia la puerta para que se adelantara.

Mercy apenas había salido al pasillo que llevaba a la biblioteca cuando se arrepintió de su impulsividad, sin duda influenciada por las ansias de la señora Swansea, que la vigilaba desde la otra punta del salón con ojos calculadores.

¿Era buena idea citarse a solas con un hombre en un espacio cerrado, aunque la excusa pareciera inocente a simple vista? No le dio tiempo a pensar en marcharse; Blaine apareció entonces y la escoltó hasta la biblioteca.

Una vez allí, Mercy observó, ocultando diestramente su nerviosismo, que cerraba la puerta y se acercaba a ella con expresión resuelta.

—Parece que pasaremos un buen rato aquí. Hay mucho donde buscar —apuntó en tono lánguido.

Mercy se frotó la franja del brazo desnudo que se abría entre el guante y la manga corta del vestido. Se apresuró a darse la vuelta y paseó entre las filas de estanterías.

—¿Sabe cuáles son mis libros preferidos? Los que recopilan los inventos de los últimos años. Siempre he soñado con encargarme de anotar esos descubrimientos, esas pequeñas aportaciones al mundo. Por ejemplo, el impermeable del señor Charles McIntosh...

Procuró no sobresaltarse al sentir la presencia masculina a su espalda. No parecía muy interesado en McIntosh, por lo que tuvo que pensar rápido en otra propuesta de conversación.

—¿Cómo es vivir con su hermano? Imagino que se habrá alegrado por su regreso...

—Naturalmente.

—...pero, a la vez, no estará muy contento de tener que compartir su espacio con otro hombre soltero.

—Sería peor si estuviera casado, o habría tenido que compartirlo con alguien más —meditó, con una media sonrisa—. Por suerte o por desgracia, no parece que eso vaya a suceder pronto.

—Ah, ¿no? —Dudó si continuar. Al fin y al cabo, no era ninguna chismosa—. Tengo entendido que está interesado en lady Wordsworth.

O quizá sí lo fuera un poco.

Blaine la enfrentó con el ceño arrugado.

—¿Cómo sabe usted eso?

—El señor Reynolds me lo confió —mintió—. Me gusta pensar que somos buenos... conocidos.

Observó que Blaine se daba la vuelta con gesto ominoso. Parecía que de pronto se le hubiera olvidado el motivo por el que la había citado a solas.

—Se le acabará pasando —decretó, con una forzada actitud desenfadada. Sus dedos recorrían el relieve del lomo de los tomos que tenía más cerca—. Mi hermano ha pasado demasiado tiempo en Europa. Se le habían olvidado los encantos de las inglesas; es normal que nada más llegar se haya sentido abrumado por su belleza. Ya entrará en razón.

—Parece muy seguro de eso, milord.

—Soy su hermano. Lo conozco mejor que nadie, y, además, esa mujer no está hecha para él.

La manera en que hablaba de Chase era tan diferente a los términos que este había usado para describir a Blaine, que Mercy no pudo evitar sentir compasión por el hombre que tenía delante. Estaba verdaderamente preocupado por lo que se intuía como la obsesión de Chase.

—A juzgar por lo que ha parecido insinuar sobre la dama, ese no ha sido un comentario muy galante, milord.

—Tiene razón —dijo con sequedad, con la mirada perdida entre los volúmenes del estante a su altura—. Le pido disculpas.

Mercy asintió con la cabeza y se obligó a dejar el tema, aun cuando sentía la necesidad de seguir indagando. ¿Cuándo conoció a lady Wordsworth? ¿La amaba antes de marcharse, o sufrió un flechazo nada más regresar?

¿Por qué, en toda la tierra habitada, le importaba un bledo saber la respuesta a esas dudas?

Carraspeó y se acercó a su buen pronóstico de marido. Su intención era cambiar de tema, pero la debilidad la empujó al otro lado de la prudencia.

—Habla con toda propiedad sobre lady Wordsworth. ¿La conoce?

—Lo suficiente.

Blaine seguía perdido entre los libros amontonados. Los examinaba con fingido interés, ocultando bajo esa actividad la urgente necesidad de apaciguar una rabia pulsante. Mercy percibía que estaba molesto en la tensión que se había apoderado de su mandíbula, en su cuello tirante.

—Mis padres se relacionaban con los suyos. Chase y yo crecimos con ella.

—Debe tenerle aprecio, pues.

—No en demasía. —Hablaban entre dientes, como si supiera que no debiese hacerlo pero fuera superior a él—. Entiéndame. Llevo toda la vida viendo cómo mi hermano se desvive por una mujer que no le conviene.

—Y veo que eso le preocupa —resumió. Le puso una mano en el antebrazo—. Es usted un buen hermano, milord.

—Un gran halago viniendo de una mujer que forma parte de una familia extensísima —cedió él, probando a desahogar toda esa frustración reprimida con una sonrisa desinflada.

Mercy decidió que ya había sido suficiente, y probó a cambiar de tema.

—Hemos resuelto la incógnita de Chase Reynolds, pero ¿qué hay de usted? ¿Tampoco tiene la intención de casarse pronto?

Blaine le dirigió una mirada divertida. Parecía censurarla a la vez que felicitarla por haberse atrevido a hacer una pregunta tan directa.

—Siempre he pensado que un hombre debe acometer grandes obras antes de sentar la cabeza.

Conocer el mundo. Descubrir algo importante. Pasar a la historia, de algún modo.

Mercy recordó la conversación que había mantenido con Chase sobre las motivaciones ocultas tras el interés de los hombres en la ciencia. Esa conversación que creyó haber tenido con Blaine, gracias a la que sintió la falsa corazonada de que un matrimonio con él podría ser fructífero.

Una inoportuna punzada de desaliento estuvo a punto de echarle el ánimo abajo. El hombre dulce y atento había sido Chase, no Blaine. Y, a juzgar por el modo en que el barón había comentado «pasar a la historia», no era difícil concluir que eso era lo que le importaba de la Royal Society: estar allí cuando se plasmara cualquier avance en un documento histórico. Constar en la crónica del tiempo.

Blaine quería ser importante. Para saberlo bastaba con mirarlo una vez y fijarse en la forma en que se comportaba, dándose continuos aires de grandeza.

—Coincido con usted en que descubrir o patentar un mecanismo que facilite la vida diaria no es moco de pavo. Si yo tuviera una lista de objetivos antes de morir, ese sin duda figuraría en ella.

—¿De veras? —Blaine entrelazó los dedos a su espalda y dio un paso hacia ella con una sonrisa ladina—. ¿Y qué le gustaría descubrir?

La pregunta la pilló con la guardia baja.

—¿Qué le gustaría descubrir a usted?

—A qué saben sus labios —reconoció en voz baja.

Frenó a un palmo de ella y le dirigió una mirada que la invitaba a aceptar su indirecta petición.

Mercy solo pudo pensar que era unos dedos más bajo que Chase; que sus ojos se inclinaban más al verde en los anillos que rodeaban la pupila; que no dejaba que la barba asomara siquiera a sus mejillas perfectas, sin cicatrices y, sobre todo, que no le dedicaba esa sonrisa entre aturdida y curiosa antes de admitir con una mirada resignada que quería besarla. Que *iba* a besarla. Porque Chase no le pedía permiso. Ni tampoco buscaba su perdón. Chase se la metía en el bolsillo con un guiño que no pretendía ser arrogante; que siempre le quedaba natural.

Estaba tan preocupada almacenando esas diferencias que no pudo apartarse antes de que Blaine se inclinara sobre ella. Sus labios se tocaron, y Mercy supo que retirarse sería una pésima idea. Sobre todo desde que pretendía casarse con él.

Pero ¿por qué?

Había estado muy convencida de que Blaine era perfecto los días posteriores al malentendido con Chase. Y eso era llamativo. Quizá, a fin de cuentas, no fuera tan ajena a las emociones femeninas como le gustaba pensar. Quizá se había sentido tan abrumada por unos celos incomprensibles y el consecuente despecho que concentrarse en conquistar a Blaine se le había antojado la respuesta perfecta a su humillación.

Con las manos apretadas contra el pecho y el ceño fruncido ante sus propios pensamientos, respondió al beso.

Blaine la besaba como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, pero a Mercy ya la había conquistado la urgencia de Chase. Esa prisa suya al besarla era la única que conseguía convencerla de que ni su cuerpo ni su alma serían eternos, y a la vez le transmitía la calma de estar aprovechando el momento de la mejor manera.

De pronto se le ocurrió que no podría volver a besarla, y una extraña desazón la envolvió. Fue como si la temperatura hubiera descendido varios grados.

Mercy se separó de golpe y lo miró agobiada.

—No puedo casarme con usted —declaró, como si hubiera vivido una revelación.

Blaine levantó las cejas.

—No quiero pecar de descortés o insolente, señorita Swansea, pero no recuerdo haberle hecho tal proposición.

—¿No me ha traído aquí para pedirme permiso para cortejarme?

Él ahogó un jadeo de incredulidad y mofa.

—Dios santo, ¿por qué iría yo a hacer tal cosa?

—Porque... estaba interesado en mí.

—Del interés al altar hay un amplio recorrido, ¿no le parece?

—¿Y no era ese recorrido el que estaba haciendo al solicitar mi compañía en todos los eventos en los que coincidíamos?

—Ni por asomo. Ese es un camino prohibido para mí.

—Entonces... ¿Qué estamos haciendo? —Se mordió el labio.

Cristo redentor. Su madre no se lo perdonaría jamás. Ni a él ni a ella, pero ella sola sería la víctima de sus eternos reproches. Dudaba que Wilhelmina Swansea fuera a emprender una cruzada contra Blaine.

—Estábamos besándonos. Y se me ocurre que, antes de que la conversación se complique más, podríamos retomarlo donde lo hemos dejado.

Mercy agradeció que la puerta se abriera, porque la libró de la boca entreabierta que volvía a tomar la suya. Pero nada más ver el rostro de su madre y el de la anfitriona, lady Hilton —ambas unas chaperonas consumadas—, supo que no había nada que celebrar.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber la señora Swansea, exagerando una mueca de horror.

Confusa, Mercy se preguntó qué le había hecho a la fuerza superior que habitaba los cielos para que la casualidad la tuviera tomada con ella. Pero un vistazo a la expresión de su madre fue suficiente para descubrir que no había nada de azaroso en la interrupción. Enseguida comprendió el brillo determinado en sus ojos al comienzo de la velada y su agresiva promesa.

«Deja que yo me encargue de todo».

Desde luego que lo había hecho.

—Lord Godolphin, ¿qué tramaba al traer a mi hija aquí?

—¡Fíjese en qué juntos estaban! Será mejor que vaya a por mi marido. No pienso tolerar esta clase de indecencias bajo mi techo —declaró la anfitriona entre balbuceos ininteligibles.

—Así es, milord —decretó la señora Swansea, inflando el pecho—. Ya sabe qué es lo que procede en este tipo de situaciones. No voy a permitir que arrastre a mi hija a una habitación apestillada y se quede a solas con ella sin hacerse cargo de las consecuencias.

Mercy abrió los ojos desmesuradamente. En un principio no se atrevió a mirar a Blaine, pero cuando lo hizo, le sorprendió toparse con un semblante sereno.

—Por supuesto que me haré cargo, señora Swansea.

—Gracias a Dios —Suspiró—. Es usted tan caballero como ya me imaginaba. Supongo que he de darle la bienvenida a la familia, milord...

—Será un placer presentar mis respetos a los Swansea. Solo he de hacerle una pequeña corrección, y es que no soy lord Godolphin, sino el señor Chase Reynolds.

»No se apure por la confusión. Es costumbre entre la nobleza confundir a los gemelos.

La señora Swansea abrió tanto la boca que su barbilla casi rozó el suelo. Mercy reaccionó de manera similar. Entre la confusión, los aplausos de la anfitriona y la rapidez con la que Blaine manejó la situación, le costó discernir si Chase volvía a burlarse de ella o esta vez era su gemelo

quien mentía.

Pronto recordó sus diferencias, y fue a aclararlo de inmediato.

Su madre se adelantó.

—¡No sea ridículo! ¡Por supuesto que no es usted el señor Reynolds!

—¿Está cuestionando mi palabra de caballero, señora Swansea? No me parece una buena idea si llegáramos a comenzar una relación de parentesco. —Sonrió y enderezó la espalda, orgulloso. Nadie pudo detener su paseo tranquilo hasta la puerta—. Tiene suerte de que no sea rencoroso.

—¿Si llegáramos a comenzar una relación de parentesco? ¡Naturalmente que llegaremos a ese punto!

—Nadie ha dicho lo contrario, pero para ello deberíamos hacer el pertinente anuncio de compromiso, ¿no le parece?

Mercy era incapaz de moverse, y su madre, tampoco. Ambas se miraban horrorizadas, tan seguras de que aquel hombre se estaba burlando de las dos como de que el planeta Tierra era redondo. Y no podían refutarlo. No existía modo alguno de rebatirlo sin poner su honorabilidad en entredicho, algo que una mujer no podía permitirse.

Las dos eran impotentes ante la situación.

—No me gustaría que llegara a oídos de los presentes que no he sido capaz de controlarme en mi breve cita en la biblioteca —continuaba diciendo, para la eterna estupefacción de las Swansea—. Si no quiere que esto nos salpique, será mejor que demos la noticia ahora mismo...

Capítulo 22



Al principio, Chase ofreció sonrisas incómodas a todo el que le detuvo en su paseo por el pasillo para felicitarle por su compromiso. Aún no había anunciado públicamente sus intenciones con lady Wordsworth, pero no le habría extrañado tampoco que Londres se le hubiera adelantado. La ciudad tenía ojos y oídos en todas partes, y sería más fácil encontrar una aguja en un pajar que esconderle un secreto. O quizá hubiera sido Melanie quien, en un arrebatado de impaciencia, hubiera corrido la voz al informar a sus amistades de las buenas nuevas.

Pero cuando el conde de Tremaine hizo un comentario muy desacertado sobre su elección de novia, mencionando en voz alta y clara el nombre de Mercy Swansea, Chase tuvo que frenar en seco, sudando la gota gorda.

Segundos después, ya estaba al corriente de que, por lo visto, lo habían cazado a solas con ella en la biblioteca, y no precisamente cada uno en una esquina del espacio. Ahora debía llevarla al altar en los próximos cinco días hábiles si no quería que lo tacharan de aprovechado, y a ella de tener las faldas ligeras.

El conde de Tremaine fue el blanco de toda su furia. Sin apenas percatarse de la fuerza ejercida, reventó el cristal de la copa que sostenía en la mano y la arrojó a sus pies con la mandíbula desencajada. El conde pudo haberlo interpretado como que él tampoco estaba muy feliz con el cambio de futura esposa, pero Chase tuvo el descaro de aclararle al anfitrión, también presente:

—Este cristal barato se rompe con solo mirarlo.

Salió de la mansión pisando los restos de cristales, tan furioso que ni siquiera le salían las palabras. Aunque se planteó abrir la puerta del carruaje en medio del trayecto y arrojarle a un lado de la calle, llegó sano y salvo a Marylebone. El que no llegaría de una sola pieza a su dormitorio esa noche sería Blaine, que, para avivar más su rabia, tenía que estar repantigado en el salón, en mangas de camisa y con un libro en la mano. Como el hombre culto de letras que no rompía un plato. Como si no hubiera roto una vida.

No lo pensó al dirigirse a él y agarrarlo del cuello de la camisa. Lo levantó del asiento sin esfuerzo, y no se planteó darle un puñetazo porque eso significaría tener que soltarlo. Y esta vez no iba a escaparse.

—¿Cómo te has atrevido? —deletreó, con las fosas nasales dilatadas—. Estás muerto, Blaine.

Él hizo honor a su fama de sinvergüenza sonriendo con orgullo y despreocupación.

—Matarme tampoco te libraré de tu responsabilidad recién adquirida. ¿A qué vienen esos ánimos, Chase? Pensaba que encontrabas encantadora a la señorita Swansea. Sin duda, ella te encuentra encantador a ti...

Chase lo sacudió como si fuera una marioneta y lo arrastró hasta clavarlo en la pared. En ese momento no estaba lo bastante lúcido para pensarlo, pero en la violencia de su reacción había mucho más que rabia hacia la última jugarreta. Había años de envidia, desprecio precariamente disimulado y rencor. Esa clase de rencor que debería haber sabido que terminaría escapando por alguna parte.

—Escúchame bien, miserable. Vas a desmentir ahora mismo lo que te has inventado, y vas a hacerte cargo de tus actos.

—¿Eso quieres? ¿No se supone que me preferías lejos de la señorita Swansea?

—¡Me importa un bledo lo que hagas! —bramó—. ¡Solo hazlo a tu nombre y lejos de mí, maldito seas!

Chase lo soltó temiendo la propia fuerza de su impulso. Una bestia rugía dentro de él, y si no quería que corriera la sangre, más le valía forzarse a serenarla dando un par de pasos atrás. Se tiró del pelo con los nudillos blancos, los ojos enrojecidos y una presión enfermiza en el pecho.

Iba a sufrir un ataque al corazón.

Matrimonio. Un matrimonio forzado. A su nombre. Y por culpa de su hermano.

Condenados fueran él y su futuro vagando de por vida por cada uno de los círculos del infierno. A Blaine ya no le quedaban pecados por cometer.

—Si no quieres casarte con ella, solo tienes que ir a ver a su padre y decírselo.

—Si voy a ver a su padre, es para aclarar que eres un cobarde incapaz de responsabilizarse de sus actos. Ya no tienes diez años, Blaine —le advirtió, señalándolo con un dedo.

—¿Y se supone que te creerá? No conozco al señor Swansea, pero si es un poco astuto, pensará que te has inventado una historia de gemelos que se hacen pasar por el otro porque quieres librarte de su hija. Ambos estábamos invitados a esa fiesta, y nadie podría decir quién era cada uno. Además... Es tu palabra, la del hombre que abandonó su nación durante diez años, contra la mía, el preferido de Inglaterra. Si tú eres apreciado, yo soy amado.

Chase dejó espacio entre la frustración para que se filtrara el asombro. Sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Por qué diablos has hecho esto? —consiguió murmurar. Estaba demasiado mareado para tenerse en pie, pero aquello era un duelo sin armas y no pensaba declararse perdedor admitiendo su cansancio—. ¿Por qué?

—No ha sido adrede, Chase. Nos encontraron besuqueándonos y no me quedó otro remedio. Tú siempre has querido casarte, y a mí me quedan todavía unos cuantos años de soltería. ¿Cuál es el problema? La muchacha es perfecta para ti.

—¿Quién demonios eres tú para decir quién es perfecta para mí? —le espetó, mirándolo con horror—. ¿Crees que me conoces solo porque tienes mis mismos rasgos? ¿Crees que únicamente por compartir sangre contigo he de sacarte las castañas del fuego? No pienso hacerme cargo de esto.

Chase echó a andar hacia la salida, demasiado superado por la situación para mirar a su hermano a la cara.

Este lo detuvo hablando en voz alta.

—Sabes que puedes deshacerlo. Al final, a nadie le importa con quién se case la Swansea de nosotros dos mientras termine con nuestro apellido. Pero también sabes la clase de marido que seré —agregó—. Sabes lo que le esperaría a Mercy Swansea.

Chase frenó a un paso de perderse en el pasillo. El nombre de la muchacha le había golpeado de espaldas y de forma imprevista, igual que la de ese demonio sobre el hombro que sembraba la duda en el último momento.

Mercy.

No había pensado en ella en toda la noche. Tampoco en lady Wordsworth, quien debía ser, en realidad, el motivo de que viera cómo su vida se desmoronaba. Pero gracias a la mención de la Swansea, descubrió que no estaba tan fuera de sí por haber perdido la oportunidad con Melanie como por la traición de su hermano. Todo lo que Chase quería hacer era volver a entrar y sacarle

a Blaine, aunque fuera a golpes, la razón por la que se empecinaba una y otra vez en arruinarlo.

Pero entre todo eso, emergió el rostro de Mercy. Esa Mercy cómoda, refugiada tras el escritorio de un taller demasiado amplio e imponente para una criatura tan minúscula a primera vista; la que lo miraba con sus ojos miopes llenos de inocencia y saberes prácticos; la que, a la vez que se enfadaba o se excitaba, parecía confundida, como si las emociones mundanas fueran desconocidas para ella.

Chase giró sobre los talones. Los demonios casi se lo llevaron al cruzar miradas con su hermano.

—¿En qué momento has asumido que Mercy Swansea es mi maldita responsabilidad?

—No es tu responsabilidad, pero manifiestas una curiosa debilidad por ella que creo que deberías explorar antes de plantearte el matrimonio con otra.

—¡No me has dado la oportunidad de plantearme nada! —gritó, volviendo a señalarlo. Se obligó a permanecer en el sitio. Estaba convencido de que, si llegaba a Blaine, lo mataría—. ¡Esta misma mañana me he prometido en matrimonio con lady Wordsworth! ¡Y lo sabes! ¡Te lo he dicho mientras desayunábamos! ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué es ese daño tan terrible que te he causado para que me lo pagues así?

Blaine pareció momentáneamente despistado, como si le hubiera sorprendido que su hermano lo acusara de haber actuado por maldad.

Su mirada se ensombreció.

—Créeme. Estoy haciéndote un favor.

—No tienes vergüenza. Eres un desalmado, Blaine Reynolds. Sabes que la he amado por quince años, que la he esperado quince años; que la he llorado quince años. —La voz le tembló—. ¿Por qué, en el nombre de Dios, me la has arrebatado? ¿Por qué te empeñas en quitármelo todo?

—Así que hemos pasado de lady Wordsworth a «todo». Pareciera que te escudas en lo sucedido hoy para golpearme y atacarme por lo que me ha correspondido heredar por ser el...

Chase perdió los papeles.

—No te ataco por lo que te pertenece por derecho. Lo menciono porque no lo entiendo. Lo tienes todo, Blaine. Tienes la baronía, las propiedades, el dinero que yo te ayudé a recuperar, el prestigio, la admiración ajena, las amistades, los vales anuales a clubes de buena reputación... —Extendió los brazos—. ¿Por qué sigues siendo tan infeliz como para necesitar arruinar a los demás para sentirte satisfecho?

Un músculo palpitó en la mejilla de Blaine.

—Crees que casarte con lady Wordsworth va a llenarte de dicha, y no sabes cuánto te equivocas. Melanie te ha defraudado, Chase. Te rechazó cuando le pediste su mano, y te volvió a abandonar cuando estabas en el frente, combatiendo contra las tropas francesas. No podía permitir que la desposaras.

La perplejidad le inmovilizó durante unos segundos que parecieron una eternidad. Chase buscaba en el rostro de su hermano un atisbo de burla, algo que le ayudara a convencerse de que estaba bromeando, pero no. Había alcanzado el más alto grado de cinismo. Uno que ni siquiera debería estar permitido por ley.

—¿Estás admitiendo que me has hecho esto adrede?

—No, pero pienso rápido y confieso que me pareció una buena manera de matar dos pájaros de un tiro.

Chase no pudo aguantarlo más. La desfachatez con la que se pronunció, como si debiera besarle los pies por su intervención, terminó de desquiciarlo y tuvo que hacer algo.

Salvó el espacio que los separaba y lo mandó contra la pared contraria de un puñetazo. Al retroceder, Blaine se golpeó la cadera con el piano de cola y, al dar de espaldas contra la estantería, unos cuantos libros se desplomaron a sus pies.

Chase no se consideraba sádico o malicioso, pero necesitó empaparse de la visión de su hermano derrotado para apaciguar unas cuantas guerras internas; muchas de ellas iniciadas hacía años.

Odiaba tener que darle la razón una vez más, pero Blaine no había exagerado al asumir que esa furia suya se alimentaba de toda una vida de rabia y celos.

A Blaine, ese caprichoso infeliz, jamás le había faltado nada. Y no sabía cuidar ni de sí mismo. Chase, en cambio, estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa para ser el marido perfecto. El señor de la casa soñado. El buen administrador. Dios se había equivocado haciendo el reparto, y lejos de agradecer ese error que no hizo otra cosa que beneficiarlo, Blaine se regodeaba y seguía actuando de forma detestable.

Admirar de pie cómo Blaine se asustaba al ver la sangre manando de su nariz, le ayudó a olvidarse por un segundo del abismo que los separaba.

—Estás muerto para mí —declaró con voz fría.

—No digas estupideces. Si me hubieran pagado por cada vez que has jurado eso, ahora mismo sería rico.

—No, Blaine. Si te hubieras comportado como un barón y un hombre decente, ahora mismo serías rico. Pero no eres más que un vividor del tres al cuarto que acabará huyendo del país porque no tendrá dinero para devolver a los casinos de la capital. Ahora la suerte te sonríe, pero algún día te dará la espalda.

Blaine se limpió la sangre con la manga de la camisa.

—Te refieres a si me comportara como tú, ¿no?

—Por desgracia, lo único que te gusta copiar de mí es mi maldito nombre. Ojalá se te contagiara alguna condenada virtud.

Chase se dio la vuelta. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando lo miró por encima del hombro. Blaine no se había movido de donde estaba, sentado con las piernas separadas y la camisa llena de manchas escarlata.

—Me alquilaré un apartamento en Albany. No volverás a verme el pelo nunca más.

—¿Quieres decir con eso que no vendrás a mi boda? La señorita Swansea me ha dicho que es una «buena conocida» tuya. Se sentiría muy decepcionada.

La nueva mención a Mercy desbloqueó otros recuerdos de ella. Su pánico desmesurado al tocarle el muslo; la tranquilidad de la que se armó para increparle cuando lord Loring la dejó plantada en el jardín por su culpa.

Intentó no traer de nuevo a su mente el rostro de lady Wordsworth.

Fue demasiado tarde.

Al principio había estado cegado por la rabia, pero conforme había discurrido la discusión, había ponderado con horror cada una de las posibles salidas... con sus respectivas consecuencias. Y solo había una manera lógica de proceder.

Chase clavó sus ojos en el hermano que le costaba reconocer como tal. La decepción lo ahogó hasta un punto en el que por un segundo dudó que aquel hubiera sido su compañero de aventuras durante la infancia.

—¿Ahora has decidido que vas a casarte con ella, después de todas las amenazas y los trapicheos?

—No voy a casarme con ella. Solo voy a decir que lo haré hasta que entres en razón y decidas

que, a tu manera, eres demasiado honorable para condenarla a estar con alguien como yo.

—Es evidente que no conoces a Mercy Swansea. Entre todas las mujeres del mundo, es la única que podría tolerar con absoluto estoicismo a un marido como tú. Viviría al margen de tus aventuras, feliz con las visitas a su familia y el taller que seguramente le construirías para que no se inmiscuyese en tus asuntos. Te molestaría lo justo y necesario, te entretendría durante las cenas con su conversación inteligente y jamás te haría un solo reproche.

—¿Y qué quieres decirme con todo esto?

—Que no me voy a casar con ella porque pudieras hacerla infeliz —resolvió—. Voy a casarme con ella porque ni naciendo de nuevo te merecerías a una mujer que te lo pusiera tan fácil.

Capítulo 23



La situación sin duda habría merecido una visita intempestiva a la futura novia, pero Chase necesitaba tiempo para encontrar la mejor manera de encajar las piezas. Y para tranquilizarse. Si se hubiera presentado en la vivienda de Mercy Swansea del mal humor que lo atosigó durante toda la noche, se habría llevado más de una bofetada. Y con toda la razón del mundo.

Cuando al día siguiente, a primera hora de la mañana, emprendió el paseo hasta Eaton Square, Chase se hizo la promesa de no culpar a la muchacha de las circunstancias. Se juró que dirigiría la ira a quien realmente era merecedor de ella, y tendría la fiesta en paz.

Pero no podía estar en paz.

Pasó todo el trayecto preguntándose por qué, una y otra vez.

Creía conocer a su hermano. De hecho, siempre había pensado que una parte de sí lo detestaba justo por ese motivo: porque sabía lo bajo que podía caer, estaba al corriente de sus peores defectos, de lo lejos que era capaz de llegar por un capricho. Chase no solo se largó a dar una vuelta por Europa porque Melanie le partiera el corazón. También porque sabía que no encontraría ningún apoyo en su hermano, que jamás había visto con buenos ojos su admiración por lady Wordsworth... además de porque estar cerca de Blaine era la manera más fácil y rápida de arruinarse la vida.

Chase había cometido el error de creer que podría anticiparse a él, y de confiar en que, en el fondo, no era tan malo. O, por lo menos, no estaría tan amargado como para divertirse a costa de hacerlo infeliz a él.

Quería a su hermano. Ese era el mayor problema de todos. Y nunca era sencillo encajar con elegancia una puñalada traperera de un ser amado, especialmente cuando era el único que le quedaba. Desde muy temprana edad, Chase y Blaine habían estado juntos contra el mundo. Pero a partir de un punto, y Chase no habría sabido señalar en el calendario el momento en que todo cambió, Blaine decidió que el mundo sería un mejor aliado, y él, el miserable al que convertir en víctima.

Si Chase dejara de apagarle los fuegos, de velar por él en la distancia y perdonar sus «travesuras» —que, llegada cierta edad, empezaban a considerarse canalladas—, nadie podría culparlo.

Mucho había tardado en cortar toda relación.

Chase se presentó en el recibidor de la residencia de los Swansea con las palmas de las manos sudorosas y una preocupante taquicardia. Le escocían los ojos de haber pasado la noche en vela planteándose diferentes maneras de solucionarlo sin tener que llevar a Mercy al altar. Sin embargo, no había otro modo de reparar su maltrecha reputación.

Mercy Swansea ya tenía dificultades para casarse siendo la hermana de la joven plantada en la iglesia, hija del excéntrico Edison y tratándose ella misma de una criatura muy peculiar. En cuanto se esparciera el rumor de que se había dejado mancillar en una biblioteca, y que el Reynolds correspondiente se había negado a hacerse cargo, entraría en la categoría de «incasable». Y ningún paseo por Hyde Park, ni ningún vals con público, conseguiría rescatarla

de la ruina. Ni siquiera si el mismísimo rey de Inglaterra se prestara por lástima.

Chase no iba a permitirlo. Si no hubiera sido un impulsivo patán aquella noche en Almack's, Mercy estaría comprometida —o quizá ya casada— con el vizconde Loring. Y de no haber sido por la felonía de su hermano, al que él instigó a conocerla personalmente, sus pretendientes actuales no estarían en proceso de retirarle la palabra.

Los Reynolds le habían arruinado la vida, uno en mayor medida que el otro, y era la obligación de los mismos resolverlo.

Chase confiaba en el refrán de que, quien la hacía, la pagaba. Blaine, como ya había quedado demostrado, lo hacía para que lo pagasen otros. No cabía duda de que esa era la forma más cómoda de ir por la vida.

Por fin reunió el valor para llamar a la puerta. El joven mayordomo debía estar al corriente de que las visitaría, porque solo le indicó dónde podría encontrar al señor Swansea y a la hija afectada por el escándalo.

Aunque lo lógico habría sido presentar sus respetos a Edison y cuadrar los aspectos económicos del acuerdo matrimonial antes de reunirse con Mercy, en el último momento Chase torció hacia las escaleras del sótano.

Pese a que se había convencido de mostrarse asertivo, su ánimo fue decayendo conforme bajaba los escalones. Empezó preguntándose por qué demonios Mercy se había reunido con su hermano en la biblioteca. No era en absoluto idiota, y debería haber imaginado lo que Blaine tramaba, aunque solo fuera basándose en lo que él le había advertido unos días antes.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, había decidido que Mercy era tan culpable como su propio hermano, y no tenía por qué hacerse cargo de una mujer que no se había molestado en responder sus notas.

Pretendía darse la vuelta, decidido a desentenderse del asunto, pero un grito proveniente del interior del taller lo sobresaltó. Chase no lo pensó dos veces y empujó la puerta. Barrió el espacio con una mirada ansiosa para toparse, al final, con una saltarina y risueña Mercy que aplaudía haciendo todo el ruido posible.

Chase pestañeó una sola vez, perplejo.

—Sospecho que este alborozo no se debe a mi visita.

Mercy levantó la barbilla con una sonrisa que no le cabía en la cara. La vio sortear el escritorio y un par de sillas apiladas para arrojarle sobre él. Chase no pudo hacer nada para protegerse de un abrazo entusiasta que le hizo bochornosamente consciente de la poca ropa que llevaba: no más que un camión y una bata anudada a la cintura.

—¡He terminado el electroimán, y funciona!

Chase no recordaba haber visto a nadie tan emocionado jamás. Navegó durante unos segundos en la conmoción por la libertad que la muchacha se había tomado, y se quedó anclado en un estado confuso. Después fue incapaz de recordar qué le había llevado allí, y sorprendió a sus labios curvándose en una media sonrisa de incredulidad.

Mercy se separó y le hizo señales hacia el escritorio.

—Venga a verlo. Me temo que sigue sin mover lo equivalente a un hombre, por lo que no podrá usarlo para transportar a su hermano, pero puede atraer diez libras más que el electroimán del señor Sturgeon. ¡El doble!

Chase se acercó a la mesa para asistir a la milagrosa invención. Mercy usó la herradura que recordaba haber visto en una visita para acercar, cualquiera diría que por arte de magia, una serie de hierros apilados sobre la superficie. Chase se habría dejado embaucar por el descubrimiento o la genialidad del avance de no haber sido por la mención a Blaine.

—Es una lástima, porque ahora más que nunca me habría venido muy bien un instrumento que me permitiera arrastrar su cuerpo de un lado a otro. Habría sido de lo más cómodo cuando lo hubiera matado.

»Hablando de eso, ¿podría construir esa pistola que me mencionó en otra ocasión? Le daré uso, se lo prometo.

La sonrisa de Mercy se fue apagando con lentitud hasta que agachó la mirada a su invento. Pareció dudar si en realidad valía algo, y Chase se quiso abofetear por haberle arrebatado la ilusión.

Pretendía enmendarlo improvisando algún halago rápido, pero ella se le adelantó.

—No tiene que hacerse cargo —dijo, mirándolo con humildad—. Sé muy bien que fue su hermano Blaine quien me llevó a la biblioteca.

—Vaya. Eso descarta que se dejara besar por él porque tenía la esperanza de que fuera yo —ironizó—. Habría supuesto un consuelo del que ahora también carezco.

Aunque quería dejarse caer sobre el asiento, estaba tan tenso que dudaba que sus articulaciones fueran a ceder. Mercy lo miraba con cautela, como si estuviera segura de que iba a atacarla de un momento a otro.

No era un sentimiento muy desacertado, porque enseguida le soltó:

—¿Por qué diablos permitió que la besara en un espacio cerrado? ¿Es que no entendió nada de lo que le dije la noche en el teatro?

—Me pareció que su discurso sobre lord Godolphin estaba sujeto a la subjetividad más absoluta, señor Reynolds, y me gusta descubrir cómo es una persona por mí misma, sin dejarme influenciar por las opiniones ajenas.

—Estará entonces exuberante. Gracias a haber desoído mis advertencias, ahora sabe muy bien quién es lord Blaine Reynolds. ¿Satisfecha?

Mercy le sostuvo la mirada.

—No, señor Reynolds. La situación no me satisface.

—Estupendo, porque a mí tampoco. —Caminó hacia ella impulsado por un irreverente y maligno deseo de hacerla sentir culpable—. No tiene usted un solo pelo de tonta, señorita Swansea. Si se dejó guiar por mi hermano a esa biblioteca fue porque quería que la besara, ¿y tiene el descaro de ofenderse porque yo la empujara al palco de lady Wordsworth? Tal y como lo veo, yo no he sido el único que ha jugado a dos bandas.

Mercy separó los labios para defenderse, pero las palabras no salieron. Chase acababa de acorralarla contra su propio escritorio.

Aprovechó que la muchacha tenía la boca entreabierta para acariciarla con el pulgar. Se atrevió a introducirlo en su cavidad y rozarle la lengua con la yema.

—Me recibe con un abrazo cuando vengo a salvarla del ostracismo, pero llevaba días sin dirigirme la palabra. ¿Significa eso que dejará de hacerse la ofendida siempre y cuando me case con usted? —susurró, inclinándose sobre ella—. Qué lástima, Pandora. No es tan inmune al escándalo como pude haberlo supuesto en un principio. Le aterra su situación social actual tanto como a cualquiera.

Chase le rodeó la mejilla con la palma de la mano. Estaba demasiado abrumado por lo acontecido en las últimas horas como para averiguar qué significaba ese ardor en el estómago. ¿Era posible que la hubiera echado de menos y celebrase el reencuentro? ¿Tendría algún sentido que necesitara tocarla, y que se le pusiera el vello de punta de pensar en que su hermano lo hubiese hecho también durante su ausencia?

Tuvo que reprimir un gruñido furioso al imaginarlos en esa dichosa biblioteca. Pensó con

vaguedad que prendería fuego a todas las del mundo, como hiciera el padre de aquella princesa con las ruelas del reino, para que nada de eso volviera a suceder.

Por instinto, se pegó a ella y deslizó la mano por el lateral del largo cuello, por el escote que insinuaba el corte triangular de la bata cerrada...

—No recibí esas notas hasta anoche, señor —dijo ella, con calma. Le gustó que se quedara quieta, receptiva a sus caricias, y que los calculadores ojos castaños persiguieran el trazo de sus dedos, queriendo anticiparse a cualquier movimiento traicionero—. Mi hermana las había interceptado por error. No tenía conocimiento de que quisiera hablar conmigo. Y, según parece ahora mismo, no es exactamente eso lo que quiere.

Chase esbozó una sonrisa despectiva. Él era el receptor del sentimiento.

Había llegado allí con un propósito único, y era el de solucionar lo relativo a la boda. ¿Qué estaba haciendo, entonces? ¿Por qué sus dedos parecían imanes, y ella la fuente de la atracción?

—Discúlpeme. Estoy evaluando si la posible novia está a la altura de mis requerimientos. —Ladeó la cabeza y siguió acariciando con el dedo las perfiladas clavículas.

—Creo que ya me ha evaluado suficientes veces en ese aspecto para elaborar una hipótesis bien construida.

—Pero las hipótesis no son concluyentes, y hasta que no tenga una teoría bien fundamentada no me daré por satisfecho. Escoger a la novia adecuada es delicado menester y exige que me lo tome en serio.

—Si quiere fundamentar su teoría en condiciones, tendrá que basar su estudio en algo más que en la atracción de los cuerpos, como, por ejemplo, la complicidad entre las partes, o la manera en que encajan los caracteres.

Muy a pesar del mal humor, Chase tuvo que sonreírle al cerebritito que hacía enumeraciones mientras la exploraba a su antojo. Le fascinó su cara de concentración al tratar de encontrar una excusa racional para pedirle que dejase de trastornarla. Naturalmente, no podía conformarse con un «suélteme, porque así lo quiero yo», pues tendría poco de objetivo y mucho de descortés. Y, lo que era más: sería una flagrante mentira desde que no quería que parase.

—Hemos estudiado la complicidad en numerosas ocasiones. Le recuerdo que usted y yo podríamos pasarnos un día entero conversando.

—En ese caso, más refuerza mi idea. Ya ha evaluado bastante todos los aspectos que podrían hacernos aptos para el matrimonio, no solo el físico.

—En mi opinión, tanto en la ciencia como en el amor, nunca se experimenta suficiente. No cuando el margen de llegar al error es tan elevado.

—¿Acaso le importa llegar a él? Usted comete errores por diversión.

—Sin duda. Pero me gusta ordenarlos por orden de importancia. Si se convirtiera usted en mi favorito, casi podría empezar a ver nuestro futuro matrimonio como algo distinto a un problema y dejar de padecer este tormento al que me ha expuesto.

Mercy lo cogió de la muñeca y se la retiró.

—Insisto en que no tiene por qué casarse conmigo. Estoy convencida de que alguno de los invitados a la velada tuvo que haber notado alguna diferencia entre los dos. ¿Cómo suelen distinguirlos cuando acuden a las mismas fiestas? ¿Cómo los distinguía su madre?

—Nos ponía distintas correas. Blaine llevaba la azul, y yo, la roja.

—¿En serio?

Chase sonrió, divertido por su inocencia y a la vez irritado porque esta le hiciese flaquear.

—No. Nunca sintió el menor interés en sus hijos como para inventar un método de diferenciación, y las mujeres del mundo no suelen ser tan mañosas e inquietas como usted. Ni

siquiera por amor a la ciencia se habría tomado la molestia.

—Pues no habría sido mala idea que llevaran ustedes correas a las fiestas. Así no habría sucedido algo como esto.

—Pero ha sucedido, y ahora toca actuar. Su madre debe estar pletórica.

—Mi madre pretendía entrar en la biblioteca y encontrarme en una pose muy comprometida con su hermano. Se empecinó en que no aceptaría para mí nada menos que un barón. Puede imaginarse el grado que ha alcanzado su berrinche al tener que encajar que habría de conformarme con el segundo en la línea sucesoria.

—¿Por qué? Yo soy barón. —Pausa—. A veces. Cuando mi hermano quiere jugar a ser yo, y yo juego a ser mi hermano.

—¿Y jugaría a ser su hermano durante el resto de su vida, solo para complacer a mi madre?

—Aún estoy decidiendo a quién voy a complacer, pero está bien saber que su madre sería el verdadero reto. Su madre... y la posibilidad de volarme la tapa de los sesos. No crea que ha dejado de seducirme la idea de pedirle que me fabrique un revólver personalizado.

Observó que el pecho de Mercy se expandía al coger aire.

—Eso que dice no es muy halagador, señor Reynolds. Si el suicidio le parece una alternativa más seductora que la de casarse conmigo, me veo en la obligación de rogarle que se olvide de mí. Cuanto antes, mejor.

Olvidarse de ella. La inocente sugerencia estuvo a punto de arrancarle una carcajada de incredulidad, señal de que le parecía inconcebible. Esa respuesta tan natural, viniendo de sí mismo, arrojó un poco de esperanza al asunto.

Quizá no fuera tan sumamente terrible, después de todo.

—¿Qué clase de mujer es usted, que la expectativa de matar de amor a un hombre no la conmueve? —quiso saber, entrecerrando los ojos.

—¿Qué tiene que ver el amor con lo que ahora nos ocupa? No se mataría porque me quisiera demasiado, sino porque no me ama lo suficiente. Esto no conmovería a ninguna mujer sobre la faz de la tierra.

Hubo un breve silencio en el que Chase cayó en la cuenta de que la había ofendido. Era tan contenida en sus expresiones que le habría resultado imposible saberlo de no haber sido por esa arruga de contrariedad en la frente.

—No parece darse cuenta de que no tenemos elección —repuso al fin—. Aunque le pueda extrañar después de haberme visto en el apogeo de mi sinvergonzonería, soy un hombre responsable.

—Eso no significa que deba responsabilizarse por los actos de su hermano. En lo que a mí respecta, es usted libre.

—¿Y qué opinarán sus padres? Seré libre durante la noche previa al duelo al que el señor Swansea me retará por haber despreciado a su hija.

—Mi padre no volvería a empuñar un arma.

—Quizá no por gusto, pero por usted se arriesgaría.

—Señor Reynolds...

Chase la silenció rozando la punta de su nariz con los labios.

Intentaba por todos los medios que no fuera notable que temblaba por dentro, pero seguro que ella ya se había dado cuenta de que se desbordaba. Estaba furioso con Blaine, resentido con Mercy, dolido por lo que significaba un matrimonio con una mujer que no fuese Melanie... e increíblemente estimulado por la presencia y la cercanía de la señorita Swansea. Tampoco era inmune a su disimulada indignación, muy indicativa de que él no le era indiferente.

Olía a agua de rosas, tenía la piel de terciopelo y lo miraba como si no pudiera creerse que se hubiera dignado a aparecer. Daba la impresión de que se hubiese hecho a la idea de que no volvería a verlo, y el brillo de emoción que traspasaba su semblante siempre embelesado delataba cuánto la ilusionaba su visita. Pero, a la vez, trataba de convencerse de que habría preferido que no lo hiciese.

Chase pestañeó, desconcertado.

¿Cuándo había aprendido a leerla tan bien?

—Voy a casarme contigo, Pandora —declaró en un susurro—. Si puedo evitar que mi hermano destruya la vida de una sola persona en lugar de la de los dos, lo haré.

La voz de ella le llegó entrecortada.

—¿Desde cuándo es usted un héroe sacrificado?

—Desde que alguien aún peor que yo me ha robado el puesto de villano.

La mención pasiva de Blaine estuvo a punto de ponerlo de nuevo de mal humor, pero halló una paz en el rostro de Mercy que consiguió espantar parte de la frustración. Porque por Dios que estaba frustrado. Blaine acababa de arrebatarle la que era su única oportunidad de ser feliz, sabiendo que no dejaría a Mercy a su suerte o, peor aún, a merced de un marido como él.

Se obligó a concentrarse en la expresión de la muchacha.

La fina tela de las dos prendas que vestía era insuficiente para ocultar sus pezones erizados, una visión lo bastante impactante para hacer a su cuerpo reaccionar. Chase no estaba en condiciones de evaluar la naturaleza de sus sentimientos o esa impaciencia que le urgía a atraparla entre sus brazos. Dejándose llevar sin cuestionarse de dónde venía la nueva obsesión, la besó en los labios como si, en lugar de estar zanjando un compromiso eterno, estuviera a punto de perderla. Adentrándose en su boca redescubrió cuánto le había elevado su sabor, cuánto se había deleitado con la femenina vibración de su cuerpo, y cuántas otras fantasías de carácter perverso le dominaron en el teatro. Había estado ansioso por revivirlas desde entonces, y por un delirante y revelador segundo, se alegró de que su hermano le hubiera tendido una trampa, porque le permitiría comportarse como un animal con ella sin sentirse rastro después.

Sin la culpabilidad posterior ejerciendo como un muro continente, Chase pudo dejarse dominar por el instinto y delinear a placer sus molduras femeninas. Solo un pensamiento trataba de penetrar el vacío que era ahora su mente, y era que su hermano también la había besado. Un nuevo foco de odio hacia él se encendió dentro de sí, y ese fuego avivó el que ya latía en su cuerpo. Inspirado por este, la sentó sobre el escritorio y le separó las rodillas para encajarse entre sus caderas.

Quería tocarla. Había querido tocarla en el teatro, ya sin excusas ni juegos. De hecho, la habría poseído allí mismo si no le hubieran interrumpido, porque no era mucho más caballeroso que su hermano, ni tampoco más contenido. Y eso le había estado atormentando en días posteriores, pues llevaba años jactándose de que su amor por Melanie era tan puro que no había podido desear a nadie más; solo acostarse con otras por despecho, por necesidad o vagamente inspirado por bellezas que en realidad no le calentaban la sangre. Chase comprendía el enamoramiento como un espacio en el que no cabía nada ni nadie, solo el objeto de la devoción, pero Mercy se le había metido en la cabeza y, de pronto, besarla por necesidad parecía lícito. Incluso natural.

Tiró de su labio inferior un segundo antes de deslizar la mano entre sus piernas. Retiró poco a poco el dobladillo del camisón y continuó el reconocimiento por sus delgados muslos. Estaba ardiendo, pero no más que él. Le quemaba la piel y notaba la nuca húmeda por la impaciencia de querer abarcarlo todo ya y no poder.

Nunca debería haberla besado en ese maldito palco.

Nunca debería haberla besado en la Royal Academy.

Sin embargo, era tarde para arrepentirse.

—Señor Reynolds... —jadeó ella, agarrándose a sus hombros.

—Creo que deberías empezar a tutearme —susurró. Apenas se le entendió, estando pegado a sus labios. Se separó lo justo para ver que Mercy tenía la boca hinchada y los ojos le brillaban—. Y acostúmbrate a llamarme Chase. No me gusta que me traten con respeto cuando no estoy siendo un caballero. Sobre todo en momentos en los que tengo las manos ocupadas en asuntos delicados.

—¿Es que pretende ocuparse de esta clase de asuntos con... con frecuencia?

Chase esbozó una sonrisa perturbada por la excitación. Después de tontear con caricias entre sus muslos, se atrevió a rozar la hendidura del sexo femenino con la punta de los dedos. Ella dio un respingo e intentó cerrar las piernas, pero él lo impidió acercando las caderas.

Mercy no volvió a quejarse. Se derritió cuando él comenzó a trazar caricias circulares sobre el pliegue central.

—Son los únicos asuntos de los que podemos ocuparnos los segundos en la línea de sucesión, y ni siquiera con el objetivo de tener descendencia. —Le propinó un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja, y la succionó antes de sonreír y prometer—: No dudo que lo pasaremos bien, Pandora.

—He estado leyendo sobre el mito... el mito de Pandora. —Intentó tragar saliva, pero no pudo. Tuvo que mantener la boca entreabierta, de la que escapaban suspiros intercalados con gemidos que seguían sorprendiéndola—. Lamento tener que contradecirle, pero... pero... No me considero un «bello mal» como la criatura del Olimpo.

Chase aumentó el ritmo de sus caricias hasta que ella empezó a revolverse sobre la mesa, moviendo las caderas de un modo tan seductor como inocente.

—Creía que se acordaría de por qué la llamo así. Pandora no es solo un «bello mal»; las historias no tienen una única interpretación. Para usted me quedé con que la curiosidad de Pandora tuvo consecuencias fatales para el mundo.

—¿Mi curiosidad tiene consecuencias fatales?

—¿Quiere hablar de mitología en este momento?

—¿De qué otra cosa se suele hablar?

Chase soltó una risilla entre dientes. Cubrió su sexo con la mano, notando el suyo palpitante a la vez, y tuvo que humedecerse los labios al notarla empapada, perfecta para acogerlo entre las piernas.

—Los dioses configuraron a Pandora como una criatura tan maravillosa que los hombres, incluso sabiendo el sinfín de desgracias que venían con ella, se alegrarían de haber sido bendecidos con la suerte de tenerla.

—¿Está diciendo que traigo desgracias?

—Estoy diciendo que, a pesar de todo, no puedo lamentarme por ser ahora su víctima.

Y saber que no mentía hizo que su corazón diera una sacudida. De pronto lo embargó un mareo extraño y se sintió perdido, como si le hubieran arrebatado el suelo bajo los pies, o peor... una convicción arraigada sobre la que se sustentaban los cimientos de su vida.

Ella también fue presa de una sensación parecida y, a la vez, radicalmente diferente. La vio levantar las cejas y separar más los labios, al tiempo que todo su cuerpo se estremecía por obra del orgasmo.

Chase le cubrió la boca para amortiguar el sonido, y no apartó los dedos de su húmeda

entrepiera mientras duró el clímax, buscando prolongarlo más. Y más. Lo suficiente para grabar su expresión de éxtasis en las retinas y repetirla cada vez que quisiera recordar por qué, después de todo, no había tenido tan mala suerte.

Capítulo 24



A Mercy le habría gustado pasar toda la tarde en la modista haciendo comentarios sobre la tortura que renovar el vestidor suponía para ella. No obstante, apenas había empezado a quejarse cuando Temperance la disuadió de lloriquear del modo más contundente.

—No se me ocurre nada tan vergonzoso como encargarse un lote de ropa interior —había comentado Mercy. Su hermana mayor estaba sentada al lado, examinando las telas con aburrimiento.

—A mí sí: encargarlo para no llegar a ponértelo nunca. Quizá eso no sea tan vergonzoso como directamente humillante. —Después la miró, inexpresiva—. Tenemos un ajuar completo en mi guardarropa, por si quieres usarlo, aunque podría estar maldito.

Su respuesta había dejado a la burbujeante señora Swansea y a la futura esposa con el corazón en un puño.

Temperance no era dada a compadecerse. De hecho, el nombre del que habría sido su marido estaba prohibido, y todos habían acordado de forma tácita no solo no mencionar nada al respecto, sino también marcharse cuando él apareciera en algún acto público. Era increíble la sinergia que se había formado entre los miembros de la familia y los criados para actuar como si Temperance jamás hubiera desfilado por una iglesia para encontrarse el altar vacío, salvo por una nota de adiós y las miradas de compasión de los invitados. En una ocasión, el señor Swansea había cazado a uno de los lacayos recién contratados pidiendo detalles sobre la humillación de Temperance. No había usado esas palabras: de hecho, fue bastante escueto y respetuoso, y pareció con la intención de averiguar la historia completa para compadecerla en lugar de mofarse. Sin embargo, al señor Swansea no le tembló la voz al decirle que preparara sus bártulos y se fuera al condenado infierno. Esta vez sí con esas palabras textuales.

Gracias al prisma que Temperance ofrecía al atreverse a comentar su mayor decepción, Wilhelmina había dejado de lamentar entre suspiros que su hija no fuera a convertirse en la baronesa Godolphin. Y ciertamente Mercy debería haber encontrado inspiración en la mala suerte de su hermana mayor para considerarse afortunada. Sin embargo, le preocupaba estar obligándola a revivir de cerca y a través de su compromiso el desastre que sabía que, al margen de su fortaleza y talento para fingir, supuso un impasse en su vida e hirió la visión que tenía de sí misma.

Además de que veía a Chase Reynolds igual de capaz de plantarla en la iglesia.

Por eso, nada más terminar las compras para su ajuar de novia, decidió hacer una visita veloz a Atticus para pedirle un segundo favor. O, dicho de otro modo, un segundo bigote.

Se reunieron en el salón reservado para las visitas de una de las muchas propiedades que tenía repartidas por Londres, esta vez en Grosvenor Square.

Atticus llevaba bajo el brazo una novela y observaba a Mercy como si aún estuviera intentando descifrar su petición. Pero no pudo reservarse antes el comentario que se notaba que llevaba mucho tiempo queriendo hacer.

—No sé si celebrar o preocuparme que pretendas casarte con el hermano gemelo del hombre

que te comprometió en Somerset House. —«Si tú supieras...»—. ¿Estás segura de que no tienes fiebre?

—Lo que tengo es mucha prisa, Atticus.

—¿Qué otra mujer podría tener prisa por arruinarse a sí misma? —Lanzó una mirada de auxilio al techo—. Creo que esa es la única pregunta existencial que puedo responder con total conocimiento de causa y sin miedo a equivocarme: ninguna. Solo tú.

—¿Me ayudarás? Tus prendas me sientan sorprendentemente bien, y serán solo unos minutos. Una hora, quizá.

—¿En qué espacio restringido a portadores de pantalones pretendes infiltrarte ahora sin ningún permiso o protección?

—En Albany. ¿Te gustaría acompañarme? Así por lo menos contaría con protección. Además, tu hermano menor vive allí, ¿no es cierto? Una visita rápida podría ser la perfecta coartada.

Atticus le regaló esa mirada que a veces conseguía convencer a Mercy de que estaba como un cencerro. Ella, por supuesto; nunca él, que no se cansaba de jactarse de ser el caballero ideal cuando era quien le facilitaba comportarse como una auténtica demente. Era el perfecto compañero de aventuras, claro que eso Mercy jamás lo admitiría en voz alta mientras pudiera comprometer el alto concepto en el que se tenía. Estaba segura de que, tan pronto como Atticus descubriera que los marqueses no solían prestarse a esas aventuras, dejaría de ayudarla. Y Mercy no podía permitirlo.

—Entendí tus motivaciones para colarte en la Royal Society, pero ¿qué diantres hay en Albany, aparte de un montón de solteros? Lamento tener que decirte que, si ahora lo que te interesa analizar de cerca es el comportamiento masculino, ha habido una importante bajada en lo que a la calidad de tu materia de estudio respecta.

—¿Qué habría de malo en que me interesara estudiar el comportamiento masculino?

—Que no parte de ninguna premisa interesante desde que resulta que los hombres no somos ningún misterio. Conoces a uno, los conoces a todos.

—No estoy de acuerdo.

—Muy bien, entonces pregúntale a todos los antropólogos del mundo por qué acaban siendo unos misántropos.

Mercy suspiró.

—Bueno, pero ¿y si me interesara la biología humana?

—¿Con biología humana quieres decir «anatomía masculina»? En ese caso te diría dos cosas: la primera, que para eso sería preferible acudir a un hospital, donde no arriesgues el pescuezo, y la segunda... —La miró horrorizado— que me tienes profundamente preocupado.

»De veras lo digo, Mer, y perdona si me repito. Obviando un montón de sujetos perfectos para investigar «la biología humana», un eufemismo de «solteros de oro sin suficiente dinero para una vivienda propia», ¿qué hay en Albany?

—El soltero solo por tiempo limitado y también sin vivienda propia que es mi prometido, Chase Reynolds. Se ha mudado al complejo de apartamentos para no lidiar con su hermano.

Atticus movió el morro, pensativo.

—Le entiendo. Yo he pensado en mudarme de Inglaterra por ese mismo motivo. Ahora se pasea por White's con frecuencia y es un sujeto insoportable.

—No lo soportas por lo que me hizo —apuntó.

Se había planteado confesarle que el asaltante de la Royal Society fue en realidad Chase, pero si esos eran sus sentimientos hacia el atrevido que la besó, guardaría el secreto. Preferiría no empezar una nueva vida teniendo que tolerar el odio de su gran amigo hacia el que sería su

esposo.

—No lo soporto porque es un engreído, y se cree que no sé que hace trampas cuando se une sin permiso a mis partidas de brisca —corrigió.

»En cualquier caso, querida, ¿no puedes esperar a mañana para hablar con el señor Reynolds, suponiendo que eso sea lo que busques?

—No me insultes insinuando que podría querer otra cosa.

—Descuida. Me imagino que ninguna mujer se presentaría ante su prometido con un bigote si pretendiera que este cayera rendido a sus pies. Aunque, si no recuerdo mal, tu vello facial resultaba irresistible para algunos hombres. —Se rascó la barba incipiente con una mueca meditabunda tan creíble que, a quien no le conociera, le habría costado saber que estaba bromeando.

—Veo que ya has superado la conmoción inicial de que estuvieran a punto de arruinar mi reputación en Somerset House. Incluso te atreves a bromear con ello.

—Hay que deshacerse de las penas y las preocupaciones antes de que te calen, o de lo contrario corres el riesgo de pasar una muy mala vida.

»¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó una última vez, mirándola con las oscuras cejas arqueadas.

—Por favor. La boda es en unos días, y no creo que mi madre me permita volver a verlo antes de la ceremonia. Cree que podría afectar más aún mi reputación después de lo que sucedió en la velada de los Hilton.

—¿Cómo se las ingenia la adorable señora Swansea para estar presente en todas las conversaciones, incluidas las que entrañan un plan de asalto a un edificio popular por no aceptar a las mujeres?

—Es su talento oculto, consecuencia directa de su mayor virtud: la de chismosa. —Encogió un hombro—. Y habrá algunas mujeres a las que sí acepte, ¿no? ¿Qué hay de las cortesanas?

—Se dice que en Albany viven los señores ágiles y dados al ejercicio, porque debe importarte poco tener que trasponer al burdel de confianza cuando quieras compañía.

»Ninguna mujer, e insisto, *ninguna*, puede entrar allí.

—¿Tampoco de visita?

—No. Aunque para eso estás tú, para quebrar una ley. Qué importa una más que una menos.

Como resultado de la conversación, ahora Mercy le debía no una, sino dos. Pasaron todo el viaje en carruaje, que Mercy hizo colocándose de forma convincente ese bigote al que empezaba a tomarle cariño, haciendo una lluvia de ideas sobre la índole del par de favores que Atticus podría cobrarse en el futuro. Ambos habían convenido en que era muy poco lo que una muchacha de veinte años podría ofrecerle a un marqués dueño de medio oeste londinense y buena parte de Surrey. De esta conclusión habían derivado a una verdad irrefutable, y es que Mercy era tremendamente afortunada de poder contar con Atticus siempre que así lo necesitara.

Esa verdad irrefutable y a la vez honor personal hizo que, ya cuando estaban a punto de llegar, Mercy le hiciera una pregunta en tono guasón.

—¿Cómo es posible que te prestes a participar en todas mis locuras? ¿Acaso estás enamorado de mí?

—Profunda y locamente —se rio.

Fue su risa lo que incomodó por un instante a Mercy, que confirmó que había hecho bien al viajar hasta allí para cerciorarse de que Chase la consideraba apta para el matrimonio.

—¿Tan raro o imposible sería? —murmuró, mirándolo a los ojos. Atticus cambió de expresión tras percatarse de que se trataba de un asunto serio—. Es porque no soy atractiva,

¿verdad? Tú, que eres un hombre...

—Gracias por el recordatorio. A veces me da la impresión de que se te olvida.

—No, a ti se te olvida que soy una mujer —corrigió—. Necesito que me digas la verdad sobre esto. Dime si me ves digna de la pasión o el interés de un caballero.

—Eres la mujer más interesante que conozco. Tus hermanas te hacen la competencia, sin duda, pero ¿qué puedo decir?, siento una inevitable debilidad por ti.

—Eso se lo dices a todas —se quejó—. Pero me refiero a...

Desvió la mirada a su regazo.

Llevaba los pantalones de Atticus. Y sus botas. Y su chaqueta. Olía a Atticus, de hecho, por lo que quizá no fuera vestida apropiadamente para generar una respuesta especial en los hombres de su entorno, y tampoco quería presentarse como una mujer frente a su único amigo por miedo a que la camaradería se transformara en algo más complejo, pero había esperado una contestación reconfortante. Unos ánimos.

Mercy estaba temiendo que Chase hubiera decidido casarse con ella para evitarle un mal mayor que un matrimonio de conveniencia, y que no encontrara ningún aliciente en su persona para considerarlo un enlace beneficioso.

Si ni siquiera la encontraba atractiva, ¿qué les esperaría?

En un principio, a Mercy no le habría parecido mal casarse con un hombre al que tratar de compañero y nada más; con el que mantener una relación amistosa sin connotaciones románticas que pudieran complicarla. Tampoco había aspirado jamás a que su marido acudiera solo a ella cuando necesitara atenciones femeninas. Pero ahora que conocía a Chase, que descubría que Chase no le era indiferente y, a diferencia de todos sus pretendientes previos, este la estimulaba, retaba y provocaba en ella emociones enredosas, sabía que no podría soportar un matrimonio con él que tuviera las mismas características que el que planeaba con Loring.

—Mercy, nunca has sido insegura —intervino Atticus, pillándola por sorpresa—. No permitas que un matrimonio haga dudar de tus virtudes. Eres una virtud en sí misma, ¿recuerdas? La piedad. La misericordia.

—Ahora mismo preferiría ser la lujuria. Dicen que vuelve locos a los hombres.

Atticus soltó una carcajada.

—Eso no es una virtud, sino un pecado capital. Uno de los métodos que perfeccionó el diablo para empujar a los hombres a darle la espalda a Dios.

—Suenas excitante.

Atticus volvió a reírse.

—¿Qué es lo que ocurre, Mer? ¿Por qué quieres ser excitante en lugar de racional?

—Porque mi futuro marido es la persona menos racional con la que me he topado en mi vida.

—Eso son palabras mayores, sobre todo teniendo en cuenta que vives con Temperance Swansea —apuntó, arqueando las cejas de forma cómica.

Mercy suspiró. Pensó en volver a preguntarle directamente si la consideraba bonita o, por lo menos, aceptable, pero estaría poniéndolo en un compromiso. Era obvio que Atticus no se sentía más atraído por ella de lo que se sentiría atraído hacia su hermano menor. De lo contrario, la habría consolado alabando su encanto, no recordándole lo que significaba su nombre.

No retomaron la conversación. El carruaje se detuvo justo delante de la fachada del complejo, un imponente edificio de piedra oscura y tres niveles en el que destacaban tanto la entrada como los marcos de las ventanas por su acabado blanco.

Contaban que el mismísimo Lord Byron se había hospedado allí, junto con otros tantos solteros codiciados, después de que el duque de York y Albany decidiera convertirlo en sesenta y

nueve apartamentos diferentes; por supuesto, no por un precio menor a que conservara parte de su título, con lo que dejaría su huella en el mundo.

Mercy recordó la conversación con Chase y se preguntó si a eso se refirió cuando acusaba a los donantes de estar dirigidos por el propósito de hacer historia, y no por el deseo genuino de hacer bien a la comunidad. Era obvio que el duque de York y Albany no hizo entrega de tal obsequio a los ciudadanos londinenses por amor al arte, o no se habría ocupado personalmente de dejar su nombre.

Mercy y Atticus consiguieron acceder sin levantar sospechas, lo que no ayudó a levantar el ánimo de la muchacha. Si tenía tanta credibilidad como hombre, debía ser porque era más atractivo que bonita.

—No debería dejarte sola con Reynolds —comentó Atticus en voz baja, una vez se detuvieron en el apartamento que, según las indicaciones del valet, correspondía a Chase—. Entraré contigo y seré tu carabina.

—¿De veras crees que a estas alturas necesito una carabina? No has debido estar muy atento, entonces.

Atticus suspiró.

—En ese caso, iré a ver a mi hermano Magnus y le comentaré que haber abandonado en casa sus disfraces de niño le ha sido muy beneficioso a una joven peculiar.

—Muy caballeroso de tu parte usar «joven peculiar» en lugar de mi nombre propio. No soportaría no poder mirar a Magnus cuando volviéramos a cruzarnos.

—Siempre a tu servicio. —Hizo una reverencia—. En cuarenta y cinco minutos tocaré a tu puerta.

—Deja que sea yo la que vaya a la tuya.

Atticus la miró sin tenerlas todas consigo, pero o bien confiaba demasiado en ella o, por el contrario, no confiaba en absoluto en sus armas de mujer, porque cedió. Y al ceder no dio la impresión de que estuviera preocupado por si Chase Reynolds se valía de la cercanía y la soledad para aprovecharse de ella. Con esto daba por zanjado que Atticus no la veía lo bastante hermosa para tentar a un hombre. Ni con pantalones, ni con un vestido de noche. Debería haberlo imaginado; era la única amiga con la que no había flirteado jamás.

Mercy lo vio desaparecer en las escaleras que daban a la última planta con cara de circunstancia.

Podría haberse cuestionado desde cuándo le importaba la opinión de los hombres sobre su aspecto físico, pero en su lugar se preguntó por qué no había tenido la suerte de haber nacido tan hermosa como sus hermanas mayor y menor. Temperance y Hope eran unas bellezas indiscutibles, pero, en realidad, Mercy se habría conformado con el magnetismo arrebatador del original rostro de Faith, potenciado por su sentido del humor sin filtros, la expresión melancólica y afectada de cuadro que tenía Prudence o el encanto inalcanzable de la tímida Charity. Cualquiera habría valido, pero había tenido que nacer como lady Wordsworth la describió. Fea y anodina.

¿O dijo «vulgar»?

Sacudió la cabeza y tocó a la puerta. La recibió un muchacho que no debía tener más de veinte años. Mercy se quedó paralizada hasta que el criado preguntó con timidez si podía ayudarlo en algo.

—Dígale al señor Reynolds que... Marcus Richter, el primo de lord Halifax, ha venido a visitarle.

Capítulo 25



El joven asintió con la cabeza y regresó medio minuto después con el permiso para pasar. Mercy se estaba preguntando por qué parecía tan lívido cuando lo descubrió por sí misma.

En el saloncito principal, un espacio coqueto y bien aprovechado con paredes forradas de damasco y alfombras Wilton, y más concretamente sobre un diván de terciopelo borgoña, descansaba Chase Reynolds... o lo que quedaba de Chase Reynolds. Iba en mangas de camisa y tenía una copa de jerez en la mano y los ojos vidriosos.

Para cuando el criado se hubo marchado, cerrando la puerta tras de sí, Chase seguía intentando adivinar lo que escondía su disfraz de hombre.

Una sonrisa lobuna y borrosa por la bebida se dibujó, poco a poco, en sus tentadores labios.

—Marcus Richter... Me ha costado llegar a ese detalle de la historia. —Le dio el último sorbo al vaso antes de apartarlo, y con una agilidad que quitaba gravedad a su borrachera, se levantó para ir hacia ella.

—¿Por qué me ha recibido, si al principio no sabía quién era yo?

—Digamos que sentía curiosidad. Usted debería acompañarme en el sentimiento. —Le levantó la barbilla con un toque del dedo índice—. Pandora mía, viene usted con bigote otra vez. ¿Se da cuenta de la provocación que eso supone? Cualquiera que no la conozca diría que se está buscando un beso.

Mercy se habría reído si no hubiera detectado un deje de tristeza en su sonrisa torcida. Pronto descubrió que lo había interrumpido en un momento íntimo. En la mano contraria a la que había aguantado la copa, sujetaba con el puño cerrado el retrato de una mujer en miniatura.

Prefirió ignorarlo en un primer momento y enfrentarlo con una mirada franca.

—¿Así es como pasa la noche previa a la boda, señor Reynolds? ¿Quiere llegar al banquete de la ceremonia con una migraña que le permita poder ignorar a todos los invitados, o espera que, en un golpe de suerte, la muerte lo alcance antes que la hora del casamiento?

—Quién iba a decir que la señorita Swansea demostraría tal talento al dramatizar. Existe una costumbre entre los hombres, que es la de beber durante la última noche de soltería. Estaba celebrando en privado mi buena suerte.

—Nadie que lo viera ahora mismo diría que es usted suertudo.

—Permítame hacer una corrección: nadie que la viera *a usted*, disfrazada de señor, diría que he sido afortunado. Solo por curiosidad... Mañana se presentará con falda en la ceremonia, ¿verdad? ¿O intercambiamos nuestros roles?

Chase volvió a sentarse, esta vez en una butaca tapizada a juego con el resto del mobiliario. Desde allí, entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante para mirar a Mercy.

—¿Qué puedo hacer por usted? O, dicho de otro modo... —La revisó de arriba abajo—, ¿qué puedo hacer *con* usted?

—Podría decirme quién es la mujer a la que se aferra con garras y dientes —propuso ella, señalando su puño crispado con la barbilla.

Chase se lo miró como si acabara de darse cuenta de que su brazo no acababa en la muñeca.

Fue separando los dedos uno a uno hasta que mostró una palma empapada de sudor... y el rostro de una jovencísima lady Wordsworth. Era apenas una niña.

Mercy no quiso mirar demasiado, sospechando que se trataba de un recuerdo privado, pero calculaba que, en ese retrato, debía rondar los diecisiete años.

—Ah, esto... Esto es mi amuleto. Lo llevaba encima en Waterloo, ¿sabe? Llevo años pensando que fue lo que me salvó la vida.

—¿La miniatura, o la mujer?

Descubrió tarde que la respuesta a esa pregunta la aterraba. Y no como la aterraba defraudar a su madre o hacer la mezcla química equivocada con la consecuente explosión tóxica, sino de un modo paralizante.

Chase se dio cuenta, porque su sonrisa se atenuó hasta no ser más que el esbozo de una mueca cortés.

—¿A qué ha venido, señorita Swansea?

Mercy inspiró hondo y se preparó para soltar el sermón que se había preparado. Sin embargo, en el último momento, su mirada brillante la descolocó y solo atinó a hacer un resumen.

—No quiero que se case conmigo por lástima —declaró de carrerilla, aún de pie frente a él. Consciente de que todavía llevaba el bigote, se lo arrancó y lo dejó caer a sus pies, al igual que la peluca—. En realidad, no quiero que se case conmigo por ninguna de las siguientes razones: pena, obligación, responsabilidad, culpabilidad o vergüenza. De hecho, no deseo casarme con usted si usted no lo desea también.

—¿«Si yo no lo deseo también»? ¿Acaso usted *quiere* casarse conmigo?

Mercy recordó una de las discusiones entre sus padres, y cómo la señora Swansea se había desesperado diciendo que, entre todos los argumentos que se podían exponer durante una charla, los hombres siempre se quedaban con el que más le interesaba. No les daba ninguna vergüenza ignorar los demás.

—Es usted joven, conserva la dentadura intacta y no le falta ninguna extremidad. Entre todos los hombres que conozco, usted podría ser el mejor partido.

—¿Eso es lo único bueno que puede decir de mí? ¿Que no soy manco? Está usted ofendiendo a los que perdieron la mano en la guerra, y peor: me está ofendiendo a mí. Estoy seguro de que podría hacerlo mucho mejor.

Mercy no necesitó estrujarse el cerebro.

—Ofrece buena conversación, cuenta con una considerable fortuna y una posición social nada desdeñable; conoce mis particularidades y no las desprecia, como tampoco desoye mis opiniones pese a que no las comparta y, además... sus besos son agradables.

Chase levantó las cejas.

—¿«Agradables»?

—Así es.

—Agradable es una siesta en una hamaca durante una tarde de sol, no un beso. ¿Ese es el adjetivo más apropiado en el que puede pensar?

—No comprendo su obsesión con este tópico, señor Reynolds. Parece que hablar sobre los besos le gusta incluso más que darlos, y eso ya es decir. ¿Recuerda cómo hemos empezado esta conversación?

—¿Hablando de su bigote? Estoy ansioso por retomar una discusión al respecto. Por ejemplo, ¿de dónde lo ha sacado? ¿Le pica bajo la nariz? —Ante la mirada exasperada de Mercy, le tocó ceder alzando las manos—. De acuerdo, señorita Swansea. Me tendrá que perdonar, estoy un poco borracho.

«No hay tanta diferencia entre el Chase sobrio y el ebrio; a ambos les encanta la irreverencia», pensó con sarcasmo.

—¿Quiere que se lo repita?

—No será necesario. Estoy borracho, no sordo, ni tampoco padezco amnesia. No quiere que me case con usted por lástima —resumió—, y menos amando a otra mujer. ¿Me equivoco?

Mercy desvió de nuevo la mirada a la mano en la que seguía atrapada la turbadora miniatura. Hubo un silencio tranquilo en el que Chase paseó la mirada por la habitación, como si las palabras estuvieran flotando en el aire y tuviera que pescarlas antes de hablar.

Se tendió sobre el respaldo del sillón y pasó un brazo por el borde. De esa guisa, encarnaba todos los pecados que merecía la pena cometer. Le sentaban bien. La pereza de la pose dejada, la ira encerrada en sus pupilas dilatadas; la lujuria que despertaba un pecho velloso y nervudo, unos brazos salpicados por el mismo pelo rubio que le caía sobre los ojos. Gula, porque se fijaba en la botella como si aún no hubiera tenido suficiente.

Mercy no pudo seguir contando.

—Tenía razón, señorita Swansea. Pretendía hacerle el favor de encontrarle el prometido de ensueño, sí, pero también aprovecharme de nuestro acuerdo para darle un escarmiento a Melanie —confesó, con la vista clavada en sus pies. Estaba descalzo—. ¿Sabe que regresé a Inglaterra única y exclusivamente porque me enteré de que ella había enviudado?

Mercy quiso tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Había tal abandono en la postura y la forma en que arrastraba las palabras al hablar que llegó a pensar que había aparecido demasiado tarde. Que ya llevaba demasiado tiempo convencido de que no tenía remedio.

—Mi intención era llegar a Londres, declararle mis sentimientos y desposarla, pero mi hermano... Mi hermano es un idiota, no sabe resolver los problemas que él mismo causa y es un peligro tanto para los demás como para sí, pero a veces tiene razón. Me pareció una buena idea esperar a que fuese Melanie la que se acercara a mí. Así no volvería a humillarme pidiéndole matrimonio a una mujer que ya me rechazó dos veces, y me aseguraría de que no había regresado para nada.

—Y mordió el anzuelo de los celos —dedujo.

—Hablamos de matrimonio la mañana del mismo día que mi hermano se citó con usted en la biblioteca. Ella me dijo que estaría dispuesta a casarse, y a mí no se me ocurrió ningún buen motivo para alargar el momento. Llevaba muchos años esperando —reconoció. Se atrevió a levantar la mirada por fin y fijarla en ella—. Quince años, señorita Swansea.

»Melanie tenía trece cuando la conocí, y se aferraba con uñas y dientes a su infancia. No quería dejar las muñecas ni tirar sus juegos de té. No quería ser una dama, solo un alma libre. Y no le tenía ningún miedo a nada. Ni siquiera a la manera en que yo la miraba.

Mercy escuchaba tan sugestionada por la historia como profundamente horrorizada.

—¿Ella le corresponde?

—Sí. Siempre lo ha hecho. Pero como nos pasa a todos, tuvo que crecer y descubrir de la peor manera que hay fuerzas superiores a la voluntad individual o los deseos del alma. Fuerzas que se llaman padre, se llaman madre, se llaman sociedad... Fuerzas inexorables e invencibles ante las que hay que dar el brazo a torcer.

—Se casó con otro.

—Me dijo que lo haría cuando estaba en el frente, porque no habría sido capaz de abandonarme si me hubiera mirado a los ojos. Marché porque me rechazó en un primer momento de forma impulsiva, manipulada por su padre, pero ya en el ejército recibí una carta suya pidiéndome disculpas y recuperé la esperanza. Esa segunda vez no duró mucho.

Mercy sacudió la cabeza.

—Entonces no puede casarse conmigo. Anule la boda y vaya por ella, señor Reynolds. Diez segundos en una biblioteca no deberían poder reducir a nada quince años de espera.

Chase negó con la cabeza. Aunque una parte de ella, egoísta e irracional, le exigía que se quedara donde estaba y no le alentara, Mercy se veía impelida a convencerlo de lo contrario.

—Aún tiene tiempo.

—En efecto, Pandora. Aún tengo tiempo. Pero ¿cuánto más tendría si no hubiera subordinado mi vida a todo lo relacionado con Melanie? Siento que esos quince años no me pertenecen. Siento que me los han robado.

—Pero la ama.

—Y usted, mi querido geniecillo, ¿desde cuándo cree que el amor sea indispensable para construir un matrimonio? ¿Desde cuándo es una abanderada de los sentimientos?

—Desde que he descubierto que no quiero estar en el segundo lugar.

Chase le sostuvo la mirada con una media sonrisa incrédula, como si hubiera encontrado a la horma de su zapato en el lugar más insospechado.

—Sé cómo se siente. Creo que he pedido una botella de jerez porque llevo demasiado tiempo viviendo con ese sentimiento, y no porque haya perdido a Melanie otra vez. ¿Cree en el destino o la casualidad como cree en el amor, señorita Swansea?

—No especialmente.

—Yo sí. Y creo que, si la vida me pone tantos obstáculos para alcanzar ese final, es porque no es allí donde he de dirigirme. Porque ese no es mi destino. Soy obstinado y me gusta desafiar lo establecido, pero creo que empiezo a acercarme peligrosamente al masoquismo.

—¿Qué significaría eso? ¿Que yo soy su destino?

—Si alguien tuviera que serlo... este cúmulo de casualidades en el que los dos nos hemos enredado sería bastante indicativo de que así es, ¿no cree?

—Se lo dice para convencerse. Usted ha aceptado casarse conmigo porque lamenta mi situación.

—Señorita Swansea —empezó con voz enérgica. La acompañó de una sonrisa sincera—, créame cuando le digo que no me despierta usted ninguna pena o lástima, y, por favor, entiéndalo en el mejor de los sentidos. Con este matrimonio, yo gano más que usted.

—Eso por descontado, señor Reynolds. Siempre pierde el cónyuge que se casa con alguien enamorado de otra persona.

—Si cree que la uso para olvidar a Melanie o para cuidar de mi reputación, sepa aquí y ahora que no me importa un comino mi nombre y no creo en el proverbio de Cicerón; un clavo no saca otro clavo.^[8] Usted y yo... —La tomó de la mano para sentarla sobre su regazo. Su aliento, como un aroma de vino añejo y perdición, le acarició los labios entreabiertos. Por un momento se olvidó de lo que estaban hablando— podríamos pasarlo de maravilla. ¿No se lo pasa de maravilla conmigo, señorita Swansea?

Mercy no reaccionó de inmediato.

Tenía su rostro lo bastante cerca para volver a hacer un recorrido exhaustivo por sus lunares alineados matemáticamente; sus graciosas pecas, tatuajes de uno de muchos veranos mediterráneos. Tenía mil maneras de mirar y ninguna la dejaba indiferente. Y ese mechón que se le despeinaba, rebelde como su dueño, y caía en forma de interrogación sobre la frente lisa, inspiraba al observador a hacerse la pregunta que quisiera. A interpretarlo como más le gustara.

Mercy siempre se cuestionaba lo mismo: cómo podía un hombre ser tan irresistible.

—No creo que la diversión sea tampoco lo que deba motivar la boda.

—¿Y qué habría de motivar la boda, en su opinión?

Mercy no se atrevió a verbalizar sus inseguridades. Jamás había compartido con nadie su complejo de inferioridad en lo que a la apariencia física se refería, y hacerlo ante el hombre que había avivado esas preocupaciones parecía fuera de lugar.

—¿De qué tiene miedo? —insistió él, tentado.

—No quiero un matrimonio amistoso —reconoció—. Usted... Es cierto que con usted puedo hablar y debatir sobre cualquier asunto, pero además de estimularme intelectualmente, usted me hace sentir femenina. No digo con esto que usted me encuentre atractiva; es probable que solo le guste pasarlo bien y haya dado la casualidad de que yo estaba en ese momento muy cerca, pero...

—¿Qué está intentando decirme? —Su ceja de bronce escaló—. ¿Que he fingido mi interés en usted?

—Solo digo que temo que no encuentre ningún incentivo para casarse conmigo. Que ningún aspecto de mi personalidad o mi físico sea lo bastante llamativo para que considere el matrimonio como algo más que una forma de enmendar un error ajeno. No espero un matrimonio como el de mis padres, pero tampoco uno de apariencia en el que...

—Mercy —interrumpió con una media sonrisa tierna. La tomó de la barbilla y tiró con delicadeza—. Lo único en lo que puedo pensar desde que has entrado, es en qué clase de ropa interior llevarás debajo de esos pantalones... porque no parece que sean enaguas.

Mercy lo observaba con los ojos muy abiertos. Él también la miraba a su vez, esperando una reacción.

—Oh —fue todo lo que dijo.

Chase bajó la mirada muy despacio hasta posarse en sus labios.

—Creo que no debería preocuparse tanto.

—¿No está furioso conmigo por lo que le he obligado a hacer?

—Estoy furioso con mi hermano, y, ahora mismo, lo único que tenéis en común es que lleváis pantalones. Y, por suerte, no estoy tan borracho como para confundiros solo por eso.

Cortó la respuesta de Mercy con una larga e insinuante caricia desde su rodilla hasta la ingle. Fue toda una sorpresa notar la diferencia entre la mano masculina y su delgada pierna embutida en unos calzones a la moda.

—¿Quiere que le demuestre la poca lástima que despierta en mí? Así, quizá... —Jugueteó con el borde del pantalón y se deslizó hasta la entrepierna, que presionó con dos dedos juguetones— se quede más tranquila.

Mercy tragó saliva.

—Está usted borracho...

Soltó un gritito cuando Chase se levantó con ella en brazos. No se tambaleó ni siquiera un poco.

—¿Y? Es un mero detalle circunstancial. Mañana no lo estaré, pero seguiré deseándola con la misma intensidad. ¿Lo duda?

No podía dudar cuando la miraba de esa manera. Mercy no era estúpida. Sabía reconocer a un hombre intentando convencerse de que todo saldría bien cuando lo veía. Chase era uno de ellos, pero no lo haría a base de mentiras. Detrás de su más que evidente decepción, y la dificultad de encajar una traición como la de su hermano, también había luz. Esperanza. Un interés genuino en ella, y la implícita promesa de hacerlo lo mejor posible.

Mercy se perdió en su expresión de tal modo que apenas se dio cuenta de que la tendía sobre la cama. Aun sin conocer sus intenciones, pero sospechándolas, se le erizó todo el vello. Chase le dedicó una mirada apreciativa con los ojos cuajados por el alcohol.

—Nunca he quitado unos pantalones —confesó en voz baja—. Intuyo que será mucho más fácil y cómodo que una falda. De cualquier modo, siempre estoy abierto a nuevos retos.

Mercy observó que separaba las rodillas para clavarlas a cada lado de su cintura, emulando una postura dominante que la hizo sentir indefensa. Nunca pensó que disfrutaría tanto de la supremacía que ejercería un hombre sobre ella. Enseguida notó la caricia de su palma cálida en el vientre, justo debajo de la camisa. Sus dedos le hicieron cosquillas al descender por la línea de su torso, rodeando el ombligo y tonteando con el nacimiento del vello púbico. Mercy movió las caderas de forma disimulada, sin apartar la vista de la expresión embelesada de Chase. Ella también quiso tocarlo, y por primera vez se atrevió a apoyar la mano en su pecho. Tiró de la abertura de la camisa con el ánimo suficiente para declarar que quería verlo. Chase sonrió como un pirata al comprender sus intenciones.

—Sería una pena arruinar la sorpresa de la noche de bodas, Pandora —le dijo en voz baja—. Vas a tener que esperar para llegar a eso. Hoy, todo es para ti. Es lo mínimo que mereces después de haberte arriesgado viniendo hasta aquí...

Mercy se olvidaba de hablar cuando la acariciaba, ¡y cómo la acarició...! Las sábanas de seda en las que estaba tendida no eran ni de lejos tan estimulantes como las puntas de sus dedos. Seguía indagando poco a poco, anesthesiando sus reservas y agudizando sus sentidos. La distrajo con roces sensuales hasta que Mercy cerró los ojos, y antes de que pudiera descubrir cómo, Chase la había despojado de los pantalones pellizcando su sexo deliciosamente para que arqueara la espalda. Como era natural, no llevaba nada debajo. Notó el aire caliente de su respiración cerca de la cara interna de los muslos, y abrió los ojos de golpe.

—¿Tampoco se ruborizará esta vez? —quiso saber él, enarcando las cejas.

—¿Qué interés puede tener para usted mi... mortificación?

Mercy ahogó un gemido al primer contacto de su pulgar entre los pliegues de la entrepierna. Chase los separó a la vez que la incitaba a abrir más las rodillas con persuasivas caricias a lo largo de la pierna. Debería avergonzarse de estar medio desnuda y tan vulnerable ante un hombre, especialmente tras la conversación mantenida, pero no pensaba en lo que sucedía, sino en lo que *podría suceder*. Estaba expectante por todo lo que podía ofrecer un hombre de sus características, que ni siquiera con un par de copas de más perdía ese encanto juguetón que a ella tanto le fascinaba.

Hasta la fibra más sensible de su cuerpo vibró cuando él inició un recorrido de besos desde su rodilla hasta su ingle. No estuvo preparada para la abrasadora sensación que la quemó a la primera lamida. Mercy se quedó inmóvil, esperando una atención similar. Él volvió a seducirla con la lengua, con besos tórridos y suaves succiones que concentraron un calor ya familiar entre sus muslos.

Mercy jadeó, con la vista desenfocada vagando por el techo. Se aferró a las sábanas, con todos los músculos tensados por la incomprensible necesidad de retener todas las sensaciones, de grabarlas en su cuerpo. Pero estas se escapaban cada vez que respiraba, cada vez que él detenía un segundo su dulce tortura para soplar o solo admirar su éxtasis con una sonrisa tan perversa como sus intenciones.

A ratos intentaba volver a juntar las rodillas, pero él no se lo permitía y ahondaba más en un placer que la abrumó hasta humedecerle la visión. Mercy creyó que se volvería loca. Tratando de revolverse, descubría que disfrutaba estando atada a esa cama, y a merced de ese hombre que no paró de hacerle diabluras hasta que un orgasmo devastador le atenazó cada parte del cuerpo.

Mercy aún se deshacía entre sus brazos cuando él se aupó entre sus caderas y dejó un beso sobre su ombligo.

—No sé qué voy a hacer cuando te acostumbres a suspirar de placer —oyó que decía él en un murmullo, apoyando la rasposa mejilla en su vientre—. Adoro la cara que pones cuando descubres que te gusta lo que hago. Parece que no te lo pudieras creer..., o que no lo entendieses.

Mercy tragó saliva. Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero en el último momento decidió ser prudente.

Lo cierto era que su suposición no quedaba muy lejos de la verdad. Ella tampoco entendía lo que le sucedía.

Capítulo 26



Mentiría si dijera que no se había imaginado su boda. Es más: recordaba a la perfección cómo se sintió la primera vez que sus padres mencionaron, con la frialdad esperada en dos barones unidos por la más estricta conveniencia, que habría de desposar a una mujer. Entonces, Chase tenía la tierna edad de diez años, y lo único que se le atragantaban más que las niñas, esas aburridas criaturas de tafetán, eran las imposiciones sin sentido alguno. Casarse era una orden, y una orden que no solo le daban sus padres, sino la sociedad, y, por eso, desobedecer era doblemente tentador. Se había visto a sí mismo retirando el velo del rostro a la futura novia y estremeciéndose de horror. Y luego tirándole de los volantes. Y de los tirabuzones del moño.

Pero conforme creció, Chase fue comprendiendo que, desde que él no era el primero en la línea sucesoria, no era una imposición como tal, sino una sugerencia. Una mujer del brazo —de preferencia, una bonita y de alta cuna— le daría caché, lo que nunca estaba de más. Y la idea de la compañera eterna no le parecía en absoluto desagradable. De hecho, estando ya acostumbrado a la relativamente agradable sombra de Blaine, sospechaba que no soportaría bien la soledad una vez él se casara, por lo que habría de hacer lo mismo llegado el momento. A la conclusión de que tal vez no fuera tan horrible llegó unos meses antes de coincidir con Melanie. Después de conocerla a ella, confirmó que sería la mejor decisión de su vida.

Ahora estaba casado. Y la idea de haberse atado para siempre a Mercy Swansea le había embotado los sentidos de tal manera que no habría sabido decir cómo diablos había sucedido. Recordaba fragmentos distantes del momento en que colocó el anillo en su dedo, las miraditas frenéticas de Mercy y el espacio ausente en el banco en el que debería haberse sentado su hermano.

Como era natural, y después del número escandaloso en la biblioteca, habían tenido que pedir una licencia especial para casarse con la mayor premura... y también discreción, ahorrándose así que se asomaran cotillas indeseables solo para tener de lo que hablar. La ceremonia se había celebrado en el jardín de la mansión de Blaine —el muy cínico había convenido que ceder su casa sería un gran gesto de generosidad—, donde también se estaba llevando a cabo el banquete.

Por mucho que intentaba explorar sus sentimientos, Chase no terminaba de comprender su extrañeza. Porque era eso: extrañeza. Había esperado sumirse en un grado de devastación absoluta, haber sido víctima de un ataque de pánico o un berrinche lacrimoso, pero lo que le abrumaba era el desconcierto. Y una pena que era demasiado orgulloso para permitirse sentir a gusto. Si el malnacido de su hermano hubiera estado presente, podría haber comentado con él esos raros síntomas que en absoluto se correspondían con los del hombre enamorado que era obligado a casarse con otra. Claro que, si Blaine hubiera tenido las narices de presentarse al evento, le habría gruñido hasta que hubiera salido por patas.

Ni él tenía tan mal gusto como para ir a regodearse a la escena del crimen que había cometido por placer.

Dios, cómo odiaba a ese fantoche. Maldita escoria humana. Terrible canalla. Y, sin embargo, cada vez que miraba al asiento que debería estar ocupando en la mesa nupcial, se le retorció el estómago de angustia.

Notó una mano femenina sobre la suya.

—¿Se encuentra bien, señor Reynolds?

Chase clavó la vista en los dedos enguantados, que Mercy retiró de inmediato y con cara de incompreensión, como si no supiera a qué había venido ese arrebato suyo. Enfocó la vista para fijarse en sus mejillas sonrojadas por los pellizcos, en sus enormes ojos casi siempre despistados.

La última vez que se vieron antes de la boda fue en Albany, cuando ella se presentó con un bigote que le trajo buenos recuerdos y las preciosas piernas embutidas en unos pantalones masculinos. Entonces, Chase tomó lo que quiso —o gran parte de lo que quiso— como un pirata. Y ahora la estaba tratando como si no existiera.

«Condenado idiota».

—Me preguntaba si la posibilidad de dejarse caer por aquí habría rondado la cabeza de mi hermano. Y, en el caso de que se hubiera dejado tentar, cómo habría respondido yo al verlo.

Notaba la garganta árida, y esa repentina sequedad se acentuó hasta hacerle imposible hablar al mirar a Mercy a los ojos.

Era su mujer.

Dios santo.

¿Le estaban sudando las manos? ¿Por qué le sudaban las manos?

Estaba preciosa con su vestido de organza color lavanda. Hacía justicia al modelo que llevó cuando la confundió con Melanie, de un tono parecido. Su pelo era más rubio —o menos castaño — bajo el influjo de un sol curiosamente laborioso para tratarse de un día de abril.

Chase sintió que se mareaba al mirarla.

—Veo que todavía está resentido por la situación.

—No es resentimiento hacia la situación, sino hacia el descaro del hombre que la provocó.

—Supongo que, si no se sintiera usted tan miserable, le resultaría más sencillo perdonar la jugarreta de su hermano.

Su voz sonó tan neutral que le costó captar el significado de lo que entrañaba la respuesta. Pretendía alegar que el problema era justamente que no se sentía tan miserable como habría debido, pero en su lugar dijo:

—Creo que este sería un buen momento para tutearnos.

—Por ahora prefiero señor Reynolds —repuso, entretenida con la servilleta que descansaba sobre su regazo—. ¿Le habría gustado que acudiera?

—Por supuesto que no. Habría sido el colmo. —Frotó las palmas de las manos contra los muslos—. Pero esta será la única vez que me case, a no ser que, Dios no lo quiera, su electroimán o alguno de sus inventos falle y acabe teniendo un accidente.

—Eso nunca antes ha sucedido —rebató con calma.

—No significa que no vaya a suceder.

—¿Y espera fervientemente que llegue ese día?

—¿Qué? ¡Claro que no!

Chase se calló al fijarse en que varias de las hermanas de Mercy lo observaban de reojo. El señor Swansea también parecía muy pendiente de sus movimientos.

Cuando volvió a mirar a Mercy, supo que la había ofendido.

Se estaba comportando como un auténtico energúmeno. Pensó en pedir permiso para levantarse y dar una vuelta por los alrededores de la casa, que Blaine había puesto a su disposición mientras decidían en qué mansión de campo fijaban su residencia oficial. Sin embargo, sospechaba que abandonar su propio banquete no estaría muy bien visto por los

comensales.

Mercy suspiró.

—No me refería a lord Godolphin, sino a milady. ¿Le habría gustado enviarle una invitación a lady Wordsworth?

—Yo no acudí a su boda. No habría esperado que ella viniese a la mía.

Y ni mucho menos después de haber quebrado todas y cada una de las promesas que le hizo tan solo unas horas antes de la catástrofe perpetrada por Blaine. ¿O debería decir «la catástrofe llamada Blaine», a secas?

Pensó en lo que Melanie estaría haciendo en ese preciso momento, y en lo que habría hecho si Blaine no hubiese llevado a cabo su golpe maestro. Tal vez estuviera afanada escogiendo los arreglos florales con los que decoraría el altar y las mesas de los invitados. Melanie no se habría conformado con una agradable reunión familiar; fundamentalmente porque sus familiares no eran agradables en modo alguno. Las peculiaridades de los parientes de Mercy, en cambio, invitaban a acercarse a ellos, lo que no dejaba de ser una hazaña teniendo en cuenta lo poco dispuesta que estaba la alta sociedad a mezclarse con las ovejas negras. Los Swansea tenían un encanto irresistible por el que Chase se estaría dejando embriagar si no anduviera tan confuso.

¿A dónde diablos había ido la vida que estuvo trazando durante su eterno regreso a Londres? Los meses de travesía le habían permitido calcular cada uno de los detalles de un plan al que no veía fallos. Llegaría, cortejaría a Melanie y se casaría con ella, tal y como había querido siempre. Pero no había podido completar ni el primer paso en su camino hacia la boda perfecta, porque su vuelta a Londres se había visto truncada por una presencia femenina desde el primer minuto.

Chase sabía que subestimar a la suerte era propio de necios, y él había sido el mayor de todos ellos al creer por un solo segundo que podría ser el único comandante de su destino.

Aun así, estaba perplejo porque su frustración ni siquiera era lo bastante poderosa para plantearse gritarle a alguien que no lo mereciera, lo que solía hacer su padre cada vez que las cosas no le salían bien. Estaba pasmado por cómo su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero no podía pensar en Melanie como un amor perdido, sino como una tarea que le había quedado por cumplir. Una tarea que lo habría guiado a la felicidad.

Sería lógico pensar que cualquier desvío del camino lo llevaría al fracaso, a la decepción. Pero por mucho que lo intentaba, no veía a una impostora ni a una sustituta al mirar a la novia, sino a una mujer con valía que se había ganado ese lugar por derecho propio.

Se sintió miserable por estar arruinando un día tan especial.

—Antes ha dicho que nunca ha sufrido ningún percance durante sus odiseas mecánicas —dijo él, muy despacio, como si tuviera miedo a equivocarse de nuevo—. ¿Quiere decir con eso que es usted una de esas afortunadas a las que todo les sale como esperan, como tenían previsto?

—Alguna que otra vez me han surgido imprevistos, sí, pero los que tenían su base en un error de cálculo, me han ayudado a aprender, y los que no, me hicieron más paciente.

Chase la observó durante unos segundos antes de probar a sonreír.

—Eso era justo lo que quería oír.

—¿Por qué? Ya ha dejado claro que no teme mi muerte. ¿Teme la suya? Puede estar tranquilo, montaré mi taller y trabajaré en mis artilugios donde no pueda molestarle ni corra ningún riesgo.

Chase apoyó el codo en la mesa, alardeando de unos malos modales que gran parte de las señoritas presentes aireaban al interrumpirse unas a otras. Luego descansó la barbilla en la mano para admirar a Mercy a sus anchas.

—¿Qué será lo primero que fabricará como señora Reynolds?

Mercy se tomó un segundo para pensarlo.

—Estoy trabajando en una planta móvil que pueda soportar el peso de una persona al elevarse de un primer piso a uno superior —explicó—. En principio lo concibo como un intrincado sistema de poleas.

—¿Así lo llamaría? ¿«Intrincado sistema de poleas»?

—He barajado términos como «ascensorio». O «descensorio», porque ahora que lo pienso, también transportaría a quienes subieran a bordo para bajar al primer piso —meditaba en voz alta, pensativa.

—Claro, tiene sentido. Quiero decir... —Se inclinó hacia ella aparentando seriedad—. Solo dependería del sentido del mecanismo de ese *intrincado sistema de poleas* que ha mencionado.

Ella arqueó una ceja en su dirección.

—Me da la sensación de que le divierte mi *ascensorio*.

—No. Solo las poleas —admitió, con una nota de risa en la voz—. Si no es demasiada curiosidad, ¿para qué querría trabajar en algo así?

—Para no subir las escaleras.

—Diría que es porque no le gusta a usted hacer ejercicio, pero mi bolsillo, al que aún le duelen unas dos libras de multa por culpa de cierto velocípedo, jura lo contrario.

Ella lo miraba a su vez.

Le encantó ver cómo sus ojos castaños iban deshaciéndose poco a poco del recelo para volver a ser la Mercy relajada; esa rara criatura que se sentía cómoda vistiendo la piel de una muchacha y portando el cerebro de un sabio.

—Solo fueron dos libras, señor Reynolds. No dramatice.

—Dos libras pueden ser una fortuna dependiendo de quién las tenga en la mano. Dos libras es la mitad de lo que gana al año un sirviente de muy bajo rango, lo que cuesta un sombrero femenino extravagante... o una botella de brandy no necesariamente de calidad excelente. Y, por lo visto, también lo que valía mi dignidad.

—Con lo orgulloso que es usted, me extraña que considere que su dignidad pueda tener precio. Y con lo imaginativo que también ha demostrado ser, me sorprende que haya citado solo tres cosas que puedan costar dos libras.

—No soy tan imaginativo como para inventar un *ascensorio* —Cabeceó—, pero ese es asimismo el precio que estoy dispuesto a pagar por haberla ofendido hace unos minutos con mi comportamiento de burro. Mi dignidad no vale mucho, pero por una sonrisa suya puedo desembolsar esa cantidad. O incluso duplicarla.

Ella levantó las cejas.

—¡Tentador! Creo que por dos libras podría sonreír. Ando escasa de efectivo porque he tenido que entregarle mi dote, a la vez que mi mano, a un hombre muy curioso... y las herramientas para trabajar no van a costearse solas.

—Ese hombre suyo debe ser *realmente* curioso si la señorita Swansea en persona se refiere a él en esos términos. Y también todo un caprichoso. Mire que exigir su mano y su dote a la vez. ¿No podría haberse conformado con una sola cosa?

Se sintió complacido al robarle una sonrisa divertida. «Robar» era la palabra, porque hacía unos segundos no había parecido muy dispuesta a entregársela por propia voluntad.

—A veces también exige mis besos —confesó en voz baja—. Me pregunto qué será lo próximo con lo que se encaprichará este caballero. Espero que no sean mis botas, porque lo que quiere, lo tiene, y odiaría ir descalza.

Chase estiró las comisuras de los labios y repasó el escote de su vestido sin proponérselo,

como un acto reflejo que ayudó a templarle la sangre junto a su atrevimiento de hablarle al oído.

—Creo que no querrá sus botas, pero sí se obsesionará con los broches de su vestido y no parará hasta quitárselo.

Mercy abrió los ojos.

—Señor Reynolds. Eso ha sido descarado incluso para tratarse de usted.

—Y esa respuesta suya ha sido contradictoria y extraña incluso viniendo de mi Pandora. No se escandalizó cuando la besé en la Royal Academy, ni en ninguna de las veces posteriores. ¿Por qué mi... insinuación la altera tanto?

Supo por qué en cuanto terminó de plantear su duda: porque en otras ocasiones, si bien había sido lo bastante canalla para tenderla en horizontal y rescatar de su garganta unos gemidos demasiado tentadores para quedar ocultos allí, nunca se había propasado. Y nunca lo habría hecho, llegando hasta el final, de no haber sido por su precipitado matrimonio. Mercy confiaba en él lo suficiente para saber que no le robaría más que un par de besos, y por eso había estado tan tranquila. Ahora era diferente. Esa noche sería diferente.

Los dos se miraron en silencio, reconociendo los pensamientos del otro. Mercy seguía sin ruborizarse, aunque se notaba su turbación.

—Quizá tenga algo que ver que estamos susurrando en medio de un banquete nupcial... con toda mi familia presente —intentó salvar ella, hablando a trompicones.

Chase ocultó la sonrisa perversa de ese libertino que había sido por tiempo limitado. Unas cuantas noches de pecado en casas de lujo europeas le habían dado experiencia para sobrevivir a la tierna mortificación de una jovencita..., o de las jovencitas en general, pero no a la suya. No a la de Mercy.

Volvían a sudarle las manos.

—No se preocupe, Pandora —le prometió Chase, regocijándose para sus adentros—. Solamente le quitaré el vestido. Podrá dejarse esos zapatos, si es que tanto le preocupan.

Capítulo 27



Chase recordaba con vaguedad que las cenas familiares en Godolphin House duraban lo justo. Y «lo justo» quería decir el tiempo suficiente para que el incómodo silencio lo pusiera de los nervios. En la mesa de los Swansea y lord Halifax, el invitado de honor como cercana amistad de la novia, no había silencio. No lo había ni siquiera mientras el que hablaba tomaba aliento, porque siempre se adelantaba alguien para interrumpir, como si la calma fuera un agujero en la manga de un vestido y hubiera que cubrirlo constantemente.

Las conversaciones no solo giraban en torno a temas filosóficos, de los que viraban a banalidades o sucesiones interminables de bromas pesadas. La preferencia temática era a la vez una competición por ver quién sacaba más de quicio a la matriarca, y en esta competición en la que Chase sintió deseos de participar, estaba incluido el propio marido.

Ya sabía de las rarezas de Edison, y las disculpaba como lo hacía el resto del mundo por haber sido un héroe de guerra. Pero había abrigado la esperanza de que Mercy y él fueran excepciones en una familia respetable y decente. Lo eran, por supuesto; nadie cuestionaría la respetabilidad de los Swansea... de puertas para fuera. En la intimidad de la boda, habían sacado a la luz su verdadera naturaleza, y no podía ser más escandalosa.

Temperance, la mayor, había demostrado que su descaro y desahogo al reírse de todo eran equiparables a su endiablada belleza. La única que podía hacerle la competencia en cuestiones de encanto era la menor de todas, Hope, una beldad morena que inflaba el pecho como un pavo cada vez que lord Halifax intervenía en la conversación, claramente ansiosa por estar en su punto de mira. El nombre de Faith lo había oído en los salones: por lo visto, era el delicioso bocadito que los Swansea habían puesto delante de las narices delante de los solteros de Londres para anunciar unos días después que estaba comprometida con un americano con dinero para aburrir. No era exactamente bonita, pero la manera en que arqueaba las cejas al menear su copa, como si supiera algo que los demás no, resultaba intrigante. Tanto como esas miradas pilluelas y esa lengua vitriólica capaz de hacer las apreciaciones más inteligentes con un afilado sentido del humor.

Por orden de nacimiento, la seguía la prudente Prudence, una redundancia de modales exquisitos y ojos del mismo vibrante azul que los de su madre, aunque su carácter abnegado no se pareciese ni de lejos al afectado de Wilhelmina. Charity, la segunda empezando por la última, tenía una de esas sempiternas expresiones dulces que hacían pensar que solo veía lo bueno de quienes la rodeaban.

Fue ella la que sorprendió a Mercy regalándole una pila de publicaciones científicas de su revista preferida, anudadas por un cordel despellejado; un obsequio muy distinto a lo que cabía esperar en una boda. Nadie se plantó allí con un jarrón, una alfombra o juegos de té, como solía corresponder, y por extraño que fuera, cada uno de los familiares hizo un regalo personal tanto al novio como a la novia, como si cada uno de los miembros dispusiera de una economía autosuficiente para permitírselo.

Chase no estuvo muy pendiente de las tres o cuatro conversaciones que se estaban

desarrollando simultáneamente, aunque le hubiera intrigado la reacción de la familia al ver que Halifax acababa de regalarle a Mercy un llamativo bigote. Igual que había estado sumido en la incomprensión antes de conversar con Mercy, ahora le quemaba una impaciencia tan o más extraña por llevársela de allí.

Tenía una idea muy clara de qué debería estar pensando: que no había podido darle una explicación clara a Melanie por el cambio de planes, que su hermano era un rufián miserable y que él mismo acababa de cometer el error de su vida. Pero el error de su vida olía a agua de rosas, tenía un lunar de la nata del postre en el borde del labio, y él era un hombre con pasiones. Un hombre que quizá no estuviera tan enamorado, después de todo.

Se prometió que disfrutaría tanto como se prolongara el día de festejo. Pero bastó con proponérselo para que el cielo se fuera nublando paulatinamente, y el mayordomo apareciera en el jardín para anunciar una visita. La lividez de su semblante debería haberlo advertido, pero jamás habría previsto que lady Wordsworth se presentaría en la boda vestida de viuda.

Las risas se fueron apagando conforme los comensales se percataron de que lady Wordsworth estaba allí, y no porque conocieran la historia de Chase, sino por su riguroso luto.

Chase la habría mirado a la cara con espanto si no la hubiera tenido medio cubierta por un diáfano velo a juego con su traje.

—Disculpadme —pidió él, levantando el dedo índice. Por el rabillo del ojo se fijó en que Mercy había enmudecido, y miraba a lady Wordsworth como si fuera una pesadilla a la que ya estaba acostumbrada.

Si no hubiera tenido que mostrar buenos modales, habría corrido hasta ella para cubrirla igual que si estuviera desnuda. Pero ese ni siquiera fue el motivo por el que demoró en acercarse; contaba con poder calmar, en esos diez segundos de trayecto, la rabia que empezaba a comérselo.

Retiró a Melanie de la vista de todos señalándole el interior del pasillo con un ademán algo brusco.

—¿Cómo demonios se te ocurre presentarte en mi boda vestida de negro? —masculló en cuanto estuvieron lejos de su alcance. No conseguía verla bien por culpa de la mantilla de gasa —. Sabes lo suficiente sobre tradiciones y buenos modales para entender lo que significa un velo...

Se calló en cuanto ella apartó el fino trozo de tela para mirarlo con los ojos inyectados en sangre, más verdes que nunca en contraste con unas ojeras purpúreas.

—Como puedes ver, el velo era necesario —atajó con sequedad.

Un pinchazo de irritación explotó la piedad que podría haber mostrado.

—Tienes suerte de que los Swansea no sean especialmente chismosos, o mañana todo Londres sabría el escándalo que has intentado provocar. Y creo recordar que le tenías aprecio a tu buen nombre.

—Hace diez años desde que no llevo mi nombre. No me importa difamar a lady Wordsworth; nadie sabe que debajo de eso estoy yo.

Chase apretó la mandíbula. Aunque estaba molesto, también la compadecía en lo más profundo de su corazón. Era inevitable. Él había estado en esa situación. Y se dispuso a comunicárselo para aligerar la carga del ambiente, pero ella interrumpió.

—Me habría sentido yo misma si me hubiera apellidado Reynolds. De hecho, respondería antes a un Melanie Reynolds que a un Melanie Lacey —barbotaba, retorciéndose las manos en el regazo—. Y ¿sabes por qué? Porque de niña... De niña no paraba de escribirlo. En cuadernos, en cualquier superficie empañada, en los troncos de los árboles.

Chase notó que le dolía el corazón, como si con su cercanía se hicieran más pesadas las

decepciones que solo el tiempo había conseguido aligerar.

—Parece que los dos soñábamos con lo mismo, pero solo uno hizo algo por alcanzarlo. —Negó con la cabeza al ver que ella abría la boca—. No sigas hablando, Melanie; no hace falta que aclares que tus deseos nunca se han correspondido con tus actos. Hace bastante tiempo desde que lo asumí.

Ella dio un paso hacia él.

—No vas a hacerme creer que has llegado a esto por resentimiento. Ayer me enteré de que vas a casarte con ella por un malentendido. Estoy segura de que no pretendías que te cazaran *in fraganti* con la Swansea, o de lo contrario no me habrías hecho esas promesas aquí mismo, en esta misma casa.

—Y si te enteraste entonces, ¿por qué no me hiciste esta fúnebre visita ayer? ¿Estabas demasiado ocupada pensando en cómo ofender a mi esposa viniendo hoy?

Sus palabras le hicieron daño. Lo vio y quiso rehacer sus pasos, desdecirse. Pero imaginó lo que Mercy debería estar pensando o lo que habría supuesto al verla allí, y no le salieron las palabras.

—¡No fui yo porque era *tu* deber venir a darme una explicación! ¿Por qué no apareciste? —Se acercó y lo cogió del antebrazo. Lo miraba con desesperación—. Estuve esperándote.

—No fue muy elegante por mi parte no darte la noticia personalmente, pero he tenido mucho en lo que pensar, ha sido muy precipitado, y... Lo lamento. Antes que caballero, he sido humano, y este humano no podía ir a verte conociendo su debilidad. Me habría hecho más daño.

—¡O habríamos encontrado una solución!

Chase suspiró.

¿Quería esa solución?

El sufrimiento de Melanie no le era indiferente. La había visto al borde de las lágrimas en muchas ocasiones, pero aquella vez se la notaba al límite de algo mucho más vertiginoso y aterrador: la locura.

Parecía a punto de desvanecerse.

—¿Qué bien nos va a hacer discutir esto ahora? Es demasiado tarde, y te has presentado en mi boda vestida de negro. Adrede. No voy a negar que no se me ocurriera hacer algo similar cuando supe que pretendías casarte con Wordsworth, pero no se me ocurrió que fuera a reportarnos nada positivo. ¿Cómo es que no llegaste tú a la misma conclusión cuando te vestías así?

—No es la misma situación —espetó, dolida.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha cambiado?

—No ha cambiado nada, pero no es demasiado tarde. Chase... —Lo tomó de las manos y se las llevó al esternón, donde sintió su corazón latiendo desesperado—. He estado toda la noche dándole vueltas a esto, y aún puedes deshacerlo.

Chase arrugó el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Puedes salir y decirle que has cometido un error. Yo te ayudaré, si es necesario, a encontrar a la persona adecuada para anular el enlace. Podemos alegar cualquier razón. Que tu esposa no está en plena posesión de sus facultades, que es impura...

Chase escuchaba absolutamente horrorizado.

—¿Me estás pidiendo que difame a una criatura que no ha hecho nada salvo entenderme e intentar librarme de la responsabilidad? —Se soltó de sus manos y dio un paso atrás—. ¿Eres consciente de la injusticia que estás proponiendo?

—Bueno... —tartamudeó. Estaba fuera de sí—. Todavía no ha habido consumación, ¿no es

cierto? A lo mejor puedes pedir la anulación sin aportar ninguna causa concreta, lo que sin duda favorecerá a la señorita Swansea.

—¿De qué modo le favorecería que anulase la boda tres horas después de casarme?

—Entonces no lo anules. No hagas nada. Solo huye conmigo —rogó, mirándolo con los ojos anegados en lágrimas. Lo cogió de las manos de nuevo y les dio un apretón de afecto sincero—. Chase, sé que me amas. Lo has hecho todo este tiempo, del mismo modo que yo. La distancia, el tiempo, la guerra, mi matrimonio... Nuestros sentimientos han sobrevivido a todas las adversidades.

No más que unos meses atrás, Chase se habría dejado convencer por su argumento, guiado por ese latido vital que precedía siempre el nombre de Melanie. Pero fueron esas mismas palabras que solían elevarle las que le hicieron poner los pies en la tierra.

—¿Y eso no te da una idea de lo malditos que estamos? Melanie, nos hemos enfrentado a demasiados obstáculos para lo poco felices que hemos sido. Hemos luchado por una ilusión irrealizable.

—Luchemos ahora, entonces, por una realidad alcanzable. La oportunidad está ahí, Chase, a la altura de tus dedos. Tócala... —Se le quebró la voz—. Tócame a mí.

Chase notaba la garganta apretada y un sabor amargo bajo la lengua. Tenía un arsenal de reproches para ella, acumulados durante los mismos años que había protegido su amor en una sección aparte del alma para que no se mezclaran. Había sido en vano, porque aunque al mirarla el suelo parecía temblar a sus pies, también sentía la necesidad de alejarse y perderla de vista. Su sincero afecto por Melanie no existía sin el rencor que se avivaba solo cada vez que pensaba en la última década de miseria. No importaba que hubiera entendido y asumido años atrás el porqué de su fatídica decisión. El dolor y su conversión en resentimiento no atendía a razones.

—Huye conmigo —pidió una vez más, mirándolo con los ojos inundados—. Ya hemos sufrido bastante. No nos condenemos a otros diez años de pena.

Los diez años de pena le pesaban. Y volver a perderla... también. Su amor por Melanie había nacido de la fascinación adolescente de un muchacho hacia la primera mujer, de la mutua simpatía, de las aficiones en común; de una amistad que había aflorado sin connotaciones que la complicaran y poco a poco había ido madurando. Había sido un amor ardoroso e impaciente, como el de todos los jóvenes. Y Chase ya no se sentía ni impaciente ni lo devoraba un deseo enfermizo. Se sentía viejo y sabio como el diablo.

Melanie debió deducirlo solo mirándolo a los ojos, gracias a esa complicidad forjada hacía años y que, por misterioso que pareciera, todavía no se había roto.

—No me quieres lo suficiente como para huir conmigo.

Pensó en responder un contraataque, acusándola de lo mismo. Sacudió la cabeza, diciéndose a sí mismo que eso no lo llevaría a ninguna parte.

—Te quiero —admitió Chase—, pero no tanto como pensaba.

»Y ahora tengo una responsabilidad, por no mencionar que todavía no puedo creer que le hayas hecho esto a Mercy. Era el día de su boda. ¿Cómo has podido aparecer sin más, y de esa guisa?

—¿Eso es lo que te importa? ¿Cómo haya podido sentirse ella? —Melanie hizo una mueca y retrocedió todo cuanto se lo permitió el pasillo. Le retiró la mirada para decir, en tono neutro—: Supongo que es lo justo; yo te abandono, luego tú me abandonas.

—No ha sido así, Melanie. No es una cuestión de venganza.

Giró la cabeza hacia él, tirante y rabiosa.

—¿Y cuál es la cuestión? —ladró—. ¿Por qué no me dices de una vez que la amas, y de paso

lo admites ante ti mismo? Nos estarías haciendo un favor a los dos.

Sintió lo mismo que cuando vio a Mercy dirigiéndose al altar: que el suelo a sus pies estaba a punto de ceder y la tierra lo absorbería. No le habría importado que lo hiciera antes de pronunciar sus votos, pues así no habría tenido que preocuparse de soportar la desorientación que siguió.

Por supuesto que estaba desorientado, por el amor de Dios; llevaba toda la vida con solo un propósito en mente y, de pronto, este se había hecho añicos. Ahora ¿qué haría? ¿Cómo procedería? ¿Por qué lucharía? ¿Cuál sería el motivo que le haría levantarse cada mañana?

Chase negó con la cabeza, sobrepasado, y se negó a contestar.

—Márchate —le ordenó—. Márchate antes de que termine de corromperse la imagen que tengo de ti.

—Eso es lo que soy, al fin y al cabo. Una imagen de la parte feliz de tu pasado, un bonito retrato de la juventud arrebatada y lo único que tu hermano no tuvo o se quedó antes que tú; un *souvenir* con el que despertar tu melancolía de vez en cuando —le soltó, apretando los puños—. No deberías haber regresado.

Chase se mordió la lengua para no responder algo peor. Tenía suficiente con que le hubiera pisoteado el corazón una vez más para encima lidiar con las consecuencias de una bofetada; a diferencia de Mercy, a Melanie no le daba miedo darlas, como tampoco hacerle sentir el hombre más insignificante del mundo entero.

Observó que se marchaba, y rememoró todas y cada una de las veces en las que se había marchado antes. Siempre como si la ofendida fuera ella, como si ella fuese la que sufría un dolor indecible. Y no dudaba que sufría, que estaba condenada por la culpabilidad, pero que se atribuyera los rasgos de la víctima le puso de los nervios y, en un arrebato de cólera, acabó dándole un golpe a la pared.

«Esa no es mujer para ti», le había dicho su hermano, que para haber nacido siete minutos antes que él, demostraba esconder bajo capas de irreverencia la sabiduría de un hombre que lo observaba todo desde arriba.

Quizá eso fuera lo que Chase más envidiaba de Blaine, después de todo: los mágicos siete minutos que le habían servido para conocerlo antes de que Chase se conociera a sí mismo.

El muy condenado le tenía ventaja hasta entendiendo sus propios sentimientos.

Capítulo 28



Mercy llevaba toda la tarde nerviosa, pero no por lo que su madre creía. Y no creería que el motivo de su nerviosismo era la noche de bodas si supiera que no sería la primera vez que Chase le pondría un dedo encima, información que, como es natural, ni se había planteado transmitirle.

Si Mercy estaba preocupada, era por la visita inesperada de lady Wordsworth, que había marcado un antes y un después en el estado de ánimo de su marido. De todos modos, la impresión de la sorpresa le sirvió para aparentar que le preocupaba su virtud cuando la señora Swansea tuvo unas palabras con ella.

—Verás, Mercy —había empezado, dándole unas palmaditas en el regazo nada más sentarse a su lado en la habitación contigua al dormitorio nupcial—. Cuando una mujer se convierte en esposa, además de adoptar el rol de anfitriona, tiene la obligación de engendrar hijos. Seguramente te habrás preguntado alguna vez cómo llega la semilla al vientre de la madre...

—En realidad, no me lo preguntaba. Ya lo sé —había reconocido ella con humildad—. Hace tiempo lo leí en un libro de padre. Y las estampas que los indios venden en Holywell Street son bastante explícitas.

—Por Dios, ¡no pensarás que los ingleses engendran hijos del mismo modo que los indios!

—¿No lo hacemos igual? ¿Los indios se reproducen por esporas, como las plantas? ¿O ponen huevos?

—Mercy Swansea, no me interrumpas cuando hablo —dijo en tono lúgubre, como cada vez que alguna de sus hijas la dejaba sin palabras o resultaba que tenía razón—. Y no hagas de esta conversación algo más humillante de lo que ya es.

—¿Por qué le resulta humillante? ¿Acaso el acto lo es?

—¡No! Quiero decir... —Tragó saliva. Necesitó un segundo para cuadrar los hombros y enfrentarse a su desesperante hija—. Creo que, dependiendo de con quién se dé, puede tener un significado u otro distinto.

—¿Usted lo ha llevado a cabo con muchos hombres para sacar eso en conclusión?

—¡No muchos! —exclamó, ruborizada—. Sabes muy bien que estuve casada antes de desposarme con tu padre, y la consumación no solo es necesaria para validar el matrimonio, sino que forma parte de los... deberes conyugales de la novia. Por lo tanto, cuento con dos experiencias muy diferentes. Y, a la vez, muy similares, pues, al final, para quedarse embarazada, hay que hacer lo mismo.

Mercy se la quedó mirando a la espera de que concretase un poco más.

—Esta conversación fue más sencilla cuando hablé con Temperance. —Había suspirado, levantándose de la cama y secándose las manos sudorosas en la falda—. En realidad, la mecánica del acto es muy sencilla. Y a ti la mecánica se te da muy bien.

—¿Significa eso que se me dará bien el acto?

Wilhelmina sacudió las manos como si no quisiese ni siquiera imaginarlo.

—El señor Reynolds parece muy... aplicado en estas cuestiones. Confío en que él sabrá guiarte.

—¿Y si espera un poco de iniciativa por mi parte? ¿Qué puedo hacer?

Gracias a las reducidas pero muy ilustrativas experiencias con Chase, Mercy se hacía una idea de cómo se podía complacer a un hombre. Sin embargo, mortificar a su madre era tan terriblemente divertido que no podía dejar pasar la oportunidad. Mercy no era de las que pinchaban a la señora Swansea de forma constante y sin tregua, pero tampoco renunciaría nunca al placer de sacarle los colores.

Además... Sentía curiosidad.

—Si se le dificulta tanto hablar sobre esto, debe ser porque no ha sido muy feliz cumpliendo con sus deberes conyugales —meditó Mercy en voz alta. Eso pareció alterarla más que su curiosidad.

—¡Por supuesto que sí! El señor Swansea es un amante generoso, paciente y muy apasionado —soltó de carrerilla, ofendida. El intenso rubor le cubrió hasta las orejas—. Dios santo, ¡mira lo que me has hecho decir!

Mercy ahogó una sonrisa maligna.

—No pasa nada, me complace saberlo. Me habría preocupado que fuera usted infeliz en su matrimonio, madre.

Wilhelmina se dio por vencida con un largo suspiro.

—Mercy, has de saber que yo fui afortunada. Y sé que fui afortunada porque con mi primer marido, que Dios lo tenga en su gloria —recitó, mirando al techo—, aunque era virtuoso y extraordinario, no... Digamos que era diferente. No debería decir esto, pero tu padre y yo nos preocupamos el uno por el otro y eso crea una hermosa complicidad.

—Si el señor Reynolds no me quiere, es bastante improbable que sea agradable para mí —resumió ella, con la mirada perdida en el papel de pared, decorado con mucho gusto con motivos florales.

—No quería decir eso...

Pero sí quería decir eso. Suerte que Mercy sabía que, aunque el señor Reynolds amara a otra mujer, sus besos eran patrimonio de la humanidad y cualquiera podía disfrutarlos con verdadero deleite. Incluida ella.

De todos modos, la aseveración de su madre la atormentó durante el rato que duró la preparación para la noche. Ahora esperaba, con una contradictoria mezcla de impaciencia y rechazo, a que Chase se presentara en el dormitorio.

No terminaba de decidir si quería que apareciese o prefería que la mandara a otra habitación. Aunque, siendo honestos, después de haber pasado en torno a veinticinco minutos hablando con lady Wordsworth en el corredor de la casa, no guardaba la menor esperanza de que la visitara. De hecho, sentía que, si no había huido con su amor prohibido aprovechando la confusión del grupo, tendría que celebrarlo por todo lo alto.

Su sentir respecto al asunto carecía de sentido. Mercy llevaba toda la vida hecha a la idea de cuál era la clase de matrimonio que la esperaba: una relación poco sólida que se iría enfriando hasta limitarse a un asentimiento de cabeza cada vez que se cruzaran por el pasillo. O, en el mejor de los casos, les uniría la más estricta cordialidad y el respeto básico, que de todos modos sería burlado cuando a su espalda decidiera mantener a una o varias amantes.

Aunque sus padres hubieran tenido la suerte de enamorarse, Mercy sabía que muy pocos eran así de afortunados. Y nunca le había importado no tener una relación como la de los Swansea. Entonces, ¿por qué quería comerse las uñas, sabiendo lo poco higiénico y doloroso que era? ¿Por qué le dolía el estómago de pensar que Chase pudiera preferir a lady Wordsworth? ¡Si aquella era una ley no escrita, por el amor de Dios! ¿Qué clase de hombre no prefería a literalmente

cualquier mujer diez veces antes que a su esposa? Quizá solo aquel que la prefiriese veinte veces. O treinta.

La puerta se abrió de golpe. Tuvo que ponerse a recitar las leyes de Newton para sus adentros para calmarse.

No la impresionaba la desnudez, pero si recordó que llevaba un simple camisón hasta los tobillos no fue porque de pronto las únicas velas encendidas hubieran aumentado el calor. Él la observaba desde la puerta con una expresión indescifrable que, sin embargo, no terminaba de perder ese matiz de simpatía hacia ella.

¿Para qué quería ella la simpatía de su marido?

Había oído decir a Faith que eso de sentir «simpatía» hacia el esposo era incluso ofensivo. El pariente debía serle totalmente indiferente, como pasaba en la mayoría de los casos, o ser, por el contrario, el dueño de sus pensamientos y su corazón. Esto segundo era considerado de un mal gusto importante, pero, según Faith, «puestos a ser poco civilizados, mejor serlo del todo haciendo lo contrario a lo que establece».

Ese punto intermedio de camaradería la frustraba.

Esperó a que Chase hiciera algún comentario, pero todo cuanto hizo fue cerrar la puerta tras él y entrar como si llevara habitando en ese dormitorio desde que le salió barba. Mercy no pestañeó: lo siguió con la mirada sin ocultar su incomprensible fascinación. Se quitaba la chaqueta del frac, desanudaba el pañuelo, desabotonaba el chaleco... y se quedaba solamente con la camisa.

No movió una pestaña cuando él se acercó, tan alerta y a la vez despreocupado como el depredador que fingía no tener hambre. Pero la tenía. Mercy la vio relampaguear en sus ojos cuando se inclinó sobre ella, apoyando los nudillos sobre el colchón, a cada lado de las caderas femeninas, y le rozó la nariz con la punta de la suya.

El espontáneo gesto, sumado al aplastante silencio, la agobiaron tanto que tuvo que balbucear:

—Parece que, al final, lady Wordsworth sí recibió una invitación a la boda.

Chase sonrió de lado. Tenía los párpados entornados, y su pupila dilatada apuntaba directamente a los labios entreabiertos de una Mercy que empezaba a olvidar por qué estaba preocupada.

—¿Este es su mejor ejemplo de reproche velado? —ronroneó, acariciándole los labios con su aliento—. Me parece que tiene que perfeccionar el apartado de «indignación femenina», porque tal y como está ahora mismo, su molestia no transmite mucha credibilidad.

—¿No cree que tenga razones para indignarme?

—De sobra, mi querida Pandora. Solo le aconsejo gritarme, abofetearme o incluso llorar para hacerme sentir más culpable. —Hizo una pausa para separarse, solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. Retiro lo último. No quiero que llore.

—¿Y por qué me sugiere eso? ¿Acaso necesita sentirse más culpable?

—Lo cierto es que no. Con la actual cuota de remordimientos me basto y me sobro —reconoció—. Me disculpo en nombre de lady Wordsworth. Su aparición estuvo fuera de lugar. Pero ya no tiene que preocuparse por eso.

—¿No tengo que preocuparme por eso, o *no quiere* que me preocupe por eso?

Él volvió a sonreír de lado. Se fue inclinando más, obligando a Mercy a ir recostándose poco a poco hasta quedar con la espalda sobre el colchón y las manos encogidas sobre el pecho.

—Ambas. De hecho, añadiría otra: tiene mejores cosas de las que preocuparse, ¿me equivoco? Quiero decir... La humanidad no va a progresar sin sus aportes científicos.

—¿Quiere que me preocupe por la humanidad ahora?

—Por esta noche, preferiría que lo hiciera solo por los dos humanos de esta habitación. —Le guiñó un ojo y guio una mano a su rodilla, desde la que empezó a tirar del camisón para levantarlo.

Mercy se revolvió sutilmente al sentir el aire rozándole la piel. No llevaba nada debajo.

—Pero antes de continuar... —retomó él—. ¿Quiere saber qué he hablado con lady Wordsworth?

—No.

—¿Por qué? Déjeme adivinar: ya lo sabe.

—Claro que no.

—¿No estaba espiando detrás de alguna puerta? —Arqueó una ceja—. No sería la primera vez. ¿Solo espía detrás de matorrales? ¿O solo de los matorrales de la casa de lady Havers?

Mercy no se movía de su posición, algo patética desde que él estaba de pie frente a ella, bastante más vestido.

—No me gusta invadir la privacidad de nadie. Al menos, no voluntariamente, y menos con fines egoístas.

«Sobre todo cuando tienes miedo de lo que podrías escuchar», se cuidó de agregar.

Él ladeó la cabeza, observándola con fijeza.

—¿Por qué «fines egoístas», Pandora?

—Porque son... sus asuntos.

Chase no ocultó a tiempo una sonrisa extraña; solo la reprimió, con la mala suerte de que se le acabó torciendo a un lado. Volvió a reclinarse sobre ella, esta vez separándole las piernas por detrás de la rodilla y haciendo presión delicadamente para acercarla a los almohadones.

Así se lo pidió.

—Apoye la cabeza en la almohada.

—Pero... le tengo encima.

—Entonces va a costarle un poco más, pero quiero que lo haga de todos modos.

Mercy culebreó para obedecer. Al hacerlo, el camisón se le subió por encima de la rodilla. Él no se lo bajó: se quedó mirando su piel desnuda con la respiración agitada. Se estiró cuan largo era sobre ella, usando un brazo para aguantar su peso y el otro para explorar sus muslos con dedos ágiles. Sensaciones iguales a las que la embriagaron la tarde en Albany regresaron para hacerle cosquillas en todo el cuerpo.

—Entonces, y solo para que me quede tranquila... —tartamudeó ella—. ¿Ha resuelto el problema que tenía con lady Wordsworth?

—Vaya por Dios. Hace unos segundos eran «mis asuntos». —Sonó amortiguado al pegar la boca a su cuello. Ella tardó en responder, ocupada disimulando un gemido.

—B-bueno, soy curiosa por naturaleza.

—Eso lo juzgaré yo en unos segundos. Sospecho que esto le suscitará incluso más curiosidad que la ciencia.

Mercy estaba aturdida por sus besos y al mismo tiempo profundamente dolida. ¿Era posible acaso que un hombre disfrutara tocando a una mujer que no era la que amaba? ¿Y si estaba imaginando que ella era Melanie Lacey, y por eso parecía tan dispuesto? ¿Y si había pensado en su amor perdido cada vez que la tocó?

Aquella posibilidad tocó una fibra dentro de ella hasta entonces desconocida.

—¿Qué es lo que la hace tan especial? —quiso saber, respirando con dificultad—. ¿Ha inventado algo?

Pensó que Chase la miraría molesto por la interrupción —o porque, al hablar, rompía el hechizo de creerla lady Wordsworth—, pero la miró con un brillo divertido en los ojos.

—No, aunque siempre supo qué inventarse para dejarme pensando en ella. ¿Seguro que quiere hablar de esto ahora mismo?

—Dejarle pensando en ella, dice. ¿Se refiere a maneras de darle placer? Porque yo puedo darle placer —atajó, con una seguridad que no sentía pero sí podía fingir.

Chase enarcó las cejas. Había tenido la decencia de borrar la sonrisa socarrona de la cara al percatarse de que estaban frente a un asunto serio.

—¿Está usted celosa, señorita Swansea?

—Ahora soy la señora Reynolds —corrigió, irritada.

—Y me parece que es un apellido que le sienta de maravilla. —Le quitó las gafas muy despacio y las depositó en la mesilla de noche. Mercy tuvo que pestañear dos veces para habituarse al cambio—. Lady Wordsworth es una mujer especial...

—No sabe fabricar un electroimán —intervino ella.

—Una severa carencia, sin duda.

—Pero eso a usted no le importa, ¿verdad? —continuó.

—Se equivoca. Justo iba a decir que, por muy especial que sea, no podría haberme casado con ella si no hubiera dedicado horas y horas a una herradura magnética.

—Ahora se burla de mí.

Él se rio deliciosamente.

—Ah, no, Pandora. —Su voz se convirtió en un murmullo sensual—. No podría burlarme ahora. Aunque no lo parezca, es usted la que tiene el poder.

Algo dentro de ella se derritió al oírle hablar con esa resignación sobre el poder que tenía sobre él. No disipó todas sus dudas, pero por lo menos confirmó que no le era indiferente a su ahora marido. Y no solo eso: por lo que pudo comprobar gracias a la rigidez de su miembro, le inspiraba emociones que no eran muy diferentes a las que ella experimentaba con él.

Solo para demostrarse que era cierto, que tenía poder allí, lo empujó para cambiar de posiciones. En un abrir y cerrar de ojos, él estaba debajo de ella, y ella apoyaba las manos sobre un pecho en el que latía un corazón obstinado.

—Oh. —Vaciló antes de susurrar—. Y ahora ¿qué?

Chase se mordió el labio inferior, y respirando tan fuerte que su pecho crecía como la marea, aprovechó que el camisón se le había enredado en la cintura para quitárselo. Desnuda y a horcajadas sobre un hombre ansioso por ella, se sintió no ya poderosa o complacida, sino como si no hubiera mejor sitio en el que estar.

—Ahora... —Deslizó las palmas por sus muslos abiertos, ascendiendo en dirección a la cintura— podría besarme.

Le gustó lo rasgada y a la vez vulnerable que salió su voz con la sugerencia.

Más consciente de su desnudez que nunca, tomó su rostro entre las manos y lo animó a incorporarse para besarla con delicadeza y curiosidad: siempre curiosidad. Curiosidad por si sabría igual que las otras veces, por cómo respondería, por cómo reaccionaría ella una vez la estrechase entre sus brazos. Hundió los dedos en su pelo, separando y peinando de los mechones de forma caótica, y suspiró cuando su cuerpo, a través de un convincente estremecimiento, quiso hacerle saber que quería más.

Tal y como había predicho, Chase no tardó en rodearla y entregarse a un segundo beso ardiente, cuyo ardor acentuó al meter una mano entre sus muslos. Sus dedos la exploraron superficialmente, con caricias en la ingle y roces nada casuales pero sí provocadores en ese punto

sensible que la hacía gemir. Mercy descolgó la cabeza hacia atrás, bailando despacio y de manera provocativa contra su mano. Él la miraba con la boca entreabierta y los ojos entornados, unos ojos que eran como la línea difusa de las montañas durante un día nublado.

Chase tuvo que detener un segundo sus caricias para sacarse la camisa por la cabeza. Las manos de Mercy fueron directas a su pecho besado por el sol. Debía haber ido ligero de ropa durante sus travesías mediterráneas, pero eso no fue lo que más le llamó la atención, sino las cicatrices redondas que marcaban sus hombros, su pecho y, como pudo comprobar luego, también su vientre.

—Waterloo —resumió.

Mercy no podía dejar de admirarlas. Era un milagro que estuviera vivo. Y un milagro aún mayor que no hubiera quedado marcado de por vida con una cojera, ni tampoco obligado a vivir con un ojo menos.

—Puedo contar las veces que ha sobrevivido a la muerte, señor Reynolds —susurró ella, rodeando cada una de las cicatrices con una caricia circular. Ahí la piel era más sensible y también más suave al tacto—. Cuatro.

Él la miraba intensamente.

—Cinco, en realidad. Casi me maté conduciendo con usted aquel estúpido vehículo. De todos modos... Usted sigue ganándome con las tuyas —musitó, deslizando el pulgar por la inapreciable marca de su barbilla. Subió a la ceja, que delineó para notar la vieja herida de uno de sus accidentes, y después viajó a sus labios—. Quiero ver las demás. Las que no son visibles.

Mercy dejó los brazos muertos a cada lado del cuerpo para que él pudiera inspeccionar su torso. Deberían haberla avergonzado las reacciones de su cuerpo, pero sentía que así era como debía ser; que sus pezones debían apuntarle, que debía quemarle el estómago y también notar esas incómodas y también deliciosas cosquillas entre las piernas. Chase se las separó algo más para cubrir su sexo con la mano, como si no quisiera dejarlo desprotegido mientras la observaba con meticulosidad.

La respiración de Mercy se iba acelerando conforme él la estudiaba. Sus ojos resbalaban por la línea de los hombros femeninos, los pequeños pechos, el cuello, el vientre... Chase la embelesaba con su absorbente examen del cuerpo femenino, y la aturdió del todo sorprendiéndola con besos que no acababan nunca, con el trazo húmedo de su lengua en algún punto concreto del cuerpo... Y, mientras, su enorme mano seguía calentándola, estimulándola con un masaje circular y gratificante que casi consiguió que alcanzara el orgasmo.

Mercy apartó la vista un segundo para fijarse en la protuberancia del pantalón. No se los había quitado, pero no lo necesitaba para descubrir por sí misma de dónde venía ese calor abrasador. Su erección le calentó los dedos al atreverse a tocarla por encima.

Con una sola mano, Chase satisfizo un deseo que no sabía que tenía sacando a la luz el miembro duro y venoso. Mercy se estremeció instintivamente y no lo dudó a la hora de tocarlo. Lo envolvió con los dedos, sintiendo su grosor, el tacto de la piel delicada... y un deseo inexplicable estalló dentro de ella. Levantó las caderas, pero no supo qué hacer después. Chase la guio despacio a la punta de la erección, una cabeza rosada que expidió una caricia sedosa por todo su cuerpo al rozarse con sus pliegues.

Expulsó todo el aire en un suspiro tembloroso, mientras se mecía hacia delante.

—¿Lo quieres dentro de ti? —susurró él, pegado a su oreja.

La notaba ardiendo al igual que el resto del cuerpo, cubierto por una fina película de sudor. Él también sudaba, y era todo un espectáculo, con la mandíbula apretada, sonrojado y sin aliento.

—Sí... Sí.

Eso era el deseo, entonces. Deseaba sus manos sobre la piel; deseaba abrazarlo y entregarse a los placeres que él quisiera mostrarle. Deseaba saborear sus labios despacio, y luego muy deprisa, y después como si fuera a morir. Deseaba su cuerpo recio contra el de ella... Y la manera en que le hablaba y rozaba el borde de su oreja con la punta de la lengua no hacía más que avivar esa lujuria.

Chase la empujó sobre su erección muy lentamente. No despegó la mirada de ella en ningún momento, tal vez temiendo su reacción, pero, por curioso que pareciera, Mercy no sintió dolor; no más que un pinchazo en un lugar desconocido de su anatomía, que pronto se deshizo por culpa del calor que se fraguaba entre sus cuerpos.

Mercy gimió en voz alta y bajó la cabeza para ver su miembro desaparecer. Lo estaba engullendo. Él la estaba poseyendo. Y su expresión ahogada en placer atestiguaba que lo estaba disfrutando más de lo que era decente demostrar. Pero a Chase no le importaba la decencia, porque emitió un gruñido antes de empalarla hasta el fondo. Lo hizo con una falta de delicadeza que reveló un aspecto de su pasión hasta entonces desconocido. Chase era juguetón en la cama, pero también urgente y salvaje; o esa era la verdadera naturaleza del animal que vio en sus ojos mientras se acostumbraba a la sensación de estar unidos.

—Muévete —le ordenó, acariciando su espalda con los dedos—. Arriba y abajo. O como quieras. Pero muévete.

Mercy no se sentía muy identificada con las órdenes, pero aquella la estimuló igual que un latigazo.

Elevó las caderas para separarse, notando cómo sus paredes se aferraban a cada centímetro con agonía, y volvió a descender con un suspiro de alivio inmenso. Él la apresó por las nalgas para repetirlo. Una y otra vez. Hasta que los débiles gemidos se fueron convirtiendo en los gritos de ambos, que se entremezclaban conforme el ritmo iba aumentando.

Mercy apenas podía escuchar otra cosa que no fueran los latidos de su corazón instalados en el oído, los gruñidos de un Chase que la besaba como si quisiera absorberla y la toqueteaba ya sin gentileza, esperando abarcarlo todo a la vez y frustrándose al ser imposible. No escuchaba, en cambio, el sonido que hacía sus cuerpos al entrechocar, sus caderas al encajar.

Mercy se abrazó a él cuando sintió que se acercaba al borde del orgasmo; reconoció el escalofrío previo a la explosión, y reconoció también en un latido más lento que tenía entre sus brazos a un hombre a quien le aterraba decepcionar.

—Quiero que pueda ser feliz —confesó ella, con la voz entrecortada—. Y quiero que pueda serlo conmigo, señor R...

—Chase —interrumpió sin aliento. Recogió su pelo con una sola mano y tiró de su cabeza para que la ladeara, creando así un acceso a su boca que no tardó en cubrir. Se le aceleró el corazón al verlo negar con la cabeza, desesperado, y jadear—: Solo Chase, Pandora.

Alcanzaron el clímax a la vez, sudando, gimiendo; con las bocas unidas en un beso que ya no sabía a Mercy o a Chase, sino a una mezcla de ambos. Mercy tardó unos segundos más en recuperarse, con el cuerpo desmadejado y ninguna fuerza para mantenerse. Chase la mantuvo acurrucada en su pecho antes de ir tendiéndose muy despacio sobre las sábanas, manchadas de ellos mismos.

Mercy no se movió. Permaneció con la mejilla pegada a su pecho, escuchando el martilleo de su corazón; pendiente para averiguar cuándo se calmaba. Pero no se calmaba. El suyo recuperaba el ritmo normal mientras el de Chase continuaba latiendo deprisa.

Levantó la barbilla para hacer una apreciación al respecto, aprovechando que había vuelto en sí. Lo cazó mirándola con la barbilla pegada al escote.

No habría sabido definir qué era lo que brillaba en su mirada.

—Mercy... —Detectó un timbre inseguro en su voz—. ¿Te alegras de haberte casado conmigo?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Solo respóndeme. ¿Te alegras? ¿Aunque no me interese especialmente la ciencia ni los inventos modernos?

Ella sonrió al comprender que, en realidad, no era esa su verdadera preocupación. Le estaba preguntando algo más; algo a lo que no podían poner palabras.

No lo tuvo que pensar.

—Eso no me importa... por ahora. Pero porque tengo toda la vida para hacerle cambiar de opinión.

Capítulo 29



Como Mercy no quería separarse demasiado de su familia, todo lo que suscitaba su curiosidad estaba en ese mundo aparte que era su cabeza y él había tenido suficientes travesías para toda una vida, convinieron en prescindir del viaje de recién casados. Tampoco habrían tenido tiempo de organizarlo, y Chase no disponía de una increíble mansión campestre a la que retirarse para disfrutar a solas de su mujercita. Por eso y porque lo mínimo que Blaine podía hacer, después de todo, era ponerles facilidades, pasarían dos semanas en la residencia oficial de la baronía mientras Chase decidía dónde fijarían la suya.

Por supuesto, sin Blaine presente.

Comprar un inmueble no era asunto baladí, y Mercy no estaba ayudando en esa cuestión.

—Pero ¿qué prefiere? ¿Una casa de campo o una mansión en la ciudad? —le preguntaba Chase. Más que irritarse al comprobar que no le prestaba atención, sumida en su lectura sobre Dios sabía qué, sonrió con ternura—. ¿Qué tal una caseta para perros? ¿Un agujero en el suelo?

—Eso sería estupendo —respondió, pasando una página.

—¿De veras? ¿Qué es lo que le parece mejor? ¿El panteón familiar del cementerio o el cobertizo de mi hermano en Sussex? Espere, ¿y qué tal uno de los sótanos de la cárcel de Newgate?

—Cualquiera de los tres sería perfecto.

Chase ahogó una carcajada.

Una estúpida parte de sí había pensado que Mercy se convertiría, casi de la noche a la mañana, en la clase de esposa entregada que apenas vivía estando pendiente de su marido; o que, por lo menos, dejaría de lado por unos minutos la que era su gran pasión si él se lo pedía. Ahora veía que había sido un ingenuo. La señora Reynolds no estaba dispuesta a dejar de ser ella misma ni siquiera durante la luna de miel. Y eso le fascinaba. Le habría aterrado que la vida de casada la convirtiera en una criatura abnegada y sin gracia.

A Chase no le gustaba sentirse ignorado, pero como nadie solía fingir que no existía, encontraba su novedoso comportamiento muy refrescante. Saber que debía ganarse la atención de su mujer hacía que ocupara parte de su tiempo pensando en cómo sorprenderla, y la mayoría de las veces tenía un éxito rotundo. Mercy era tan fácil de tentar que Chase no podía cruzársela por el pasillo sin dedicarle una caricia que la hiciera detenerse, desconcertada, y olvidar a dónde se dirigía.

Se levantó del sillón desde el que había estado lanzando sus propuestas y fue hacia ella. Se sentó en el grueso reposabrazos de su asiento y pasó un brazo por encima del respaldo.

Estaba leyendo un libro sobre el arte de la navegación, nudos marinos e historia de las carabelas de guerra incluida.

—Señora. —La tomó de la barbilla. Mercy no se resistió a mirarlo a través de sus gafas—. Le recuerdo que cuidar de mi frágil ego masculino es uno de sus deberes conyugales, e ignorarme abiertamente lo hiere de forma fatal.

Contuvo el aliento al ver que ella desviaba la mirada un segundo a su boca y se mordía la

suya. Chase pasó el pulgar por encima del labio inferior, ardiendo por dentro.

—Estoy leyendo —se quejó.

—Me hace quedar como un marido muy cargante.

—No es *tan* cargante, pero si no me deja leer...

Chase casi se rio con ese sincero «tan».

—Estoy intentando averiguar dónde vamos a vivir; no creo que mi hermano nos permita pasar aquí el resto de nuestra vida. ¿Preferiría que no tuviera en cuenta su opinión?

Mercy tuvo el detalle de cerrar el libro, no sin antes doblar la esquina de la página en la que se había quedado, y apoyó las manos en el regazo en señal de «estoy prestando atención».

—Siempre he vivido en Londres —dijo—. Los Swansea no tienen propiedades en el campo, por lo que pasan todo el año en la capital. Prefiero la ciudad, y me gustaría más tener cerca a mi familia.

—Estupendo. Yo también soy cosmopolita. Ahora... ¿Mayfair? ¿Bloomsbury? ¿Knightsbridge? ¿Park Lane? ¿Belgravia? ¿Chesterfield Street?

—¿Belgravia no es demasiado cara?

Chase exageró una mueca.

—¿Está insinuando que no tengo dinero para permitirme una casa en el barrio?

—¿Por qué despilfarrar de esa manera?

—Yo no soy el que despilfarra, Pandora. Me temo que se ha confundido de hermano.

Chase se inclinó hacia ella y tomó sus labios muy despacio. Todavía manteniéndose en equilibrio gracias al brazo que rodeaba el respaldo, usó la mano contraria para acariciar el escote amplio de su vestido de mañanas. Descendió, muy despacio, hasta rodear uno de los pechos con la palma.

Siempre supo que Mercy sería apasionada, aunque a primera vista no fuera la clase de mujer de sangre caliente. Ciertamente no era juguetona, pero sí muy imaginativa y, por supuesto, curiosa. Esa curiosidad inocente y a la vez calculadora lo encendía de un modo criminal y le obligaba a buscarla, no siempre con el objetivo de ponerle las manos encima. Se sentía tan cómodo en su presencia que, salvo por momentos de iluminación en los que se desorientaba preguntándose cómo había llegado hasta allí cuando sus planes fueron siempre otros, parecía que hubieran nacido casados. La conversación fluía con naturalidad, ella contestaba a sus provocaciones con sonrisas cómplices y no le daba ningún miedo decir lo que pensaba, tomar lo que quería y rechazarlo sin la mortificación que acompañaba a los que no se conocían bien. Esa era la cuestión: Mercy aún tenía que presentarle miles de millones de aspectos de su personalidad, porque todavía se le escapaban numerosos detalles... Pero en el fondo de su corazón, igual que al conocerla supo que el primer beso no sería el último, albergaba la certeza de que sabía quién era. De que la entendía, la apreciaba y, aunque no pudiera hablar de ellos, conocía sus secretos.

Era extraño y descabellado, y Chase estaba confuso. Cuando pasaba el tiempo con ella, no había cabida para esta clase de pensamientos. Solo existían Mercy, su cerebritito privilegiado y esos suspiros que lo volvían tan loco como sus manos exploradoras. Pero cuando ella se dormía o se entretenía en otros asuntos, Chase se preguntaba si no estaría soñando. Si aquella vida no era una alucinación, y en realidad seguía recorriendo la costa italiana con la miniatura de Melanie en el bolsillo.

Chase profundizó el beso introduciendo la lengua en su cavidad, rozando suavemente la de ella a un ritmo pausado y delirante. Hundió los dedos en su pelo hasta desordenarle el moño. Ella no tardó en soltar el libro y acariciar sus mejillas recién rasuradas.

No tardó en quemarle la entrepierna.

Había perdido la cuenta de cuántas veces la había tenido entre sus brazos. El primer día tras la boda lo pasaron metidos en la cama, hablando sobre banalidades que iban derivando naturalmente a asuntos metafísicos, y Chase no se preocupó de bordear sus temores para no complicar la conversación. Pudo hablar con ella de Waterloo, de la nefasta relación con sus padres, de ese amor-odio tan desesperante que despertaba su hermano en él. Mercy no era una excelente consejera, pero daba su opinión cuando la pedían, con prudencia y delicadeza, y sabía escuchar.

También sabía besar.

—Discúlpese con su manual de navegación para principiantes por la prolongada interrupción, porque pienso robársela para lo que queda de mañana. Por lo menos hasta la hora del almuerzo —ronroneó contra sus labios, al tiempo que amasaba su pecho con la mano.

—Es un manual para veteranos —corrigió ella con un hilo de voz, metiendo las manos bajo la chaqueta.

—¿De veras? ¿También sabe navegar?

—Mi padre tiene un barco y a veces me deja capitanearlo. Todas mis hermanas saben, de hecho.

—Parece que su padre se quedó con ganas de tener un varón —se mofó en un susurro—. Siempre le quedará Marcus Richter, supongo; ese bigotudo tan aventurero.

—Nunca va a olvidar eso.

Chase confirmó su acertada suposición negando con la cabeza.

—Tendrían que matarme.

Mercy soltó un gritito cuando él, ya incorporado de un salto, la cogió en brazos. La intención era llevársela al dormitorio sin hacer caso al libro que cayó al suelo, pero Mercy insistió en que la soltara para recogerlo —porque a los libros había que darles un trato digno—.

No fue lo único que encontró sobre la alfombra. Chase reconoció al mismo tiempo que ella la pequeña miniatura del retrato de Melanie que debía habersele caído de la chaqueta.

Arrugó el ceño y se agachó.

—Juraría que me había deshecho de esto —murmuró. Ladeó la cabeza hacia Mercy y se topó con esa expresión cautelosa que se le quedaba cuando Melanie salía a colación—. Le prometo que lo haré ahora mismo.

Aunque en un primer momento dio la impresión de estar a punto de negar con la cabeza, dándole permiso para quedárselo, al final reuló.

—De acuerdo. —Sonó aliviada al decirlo, pero al momento arrugó la frente, contrariada—. Quiero decir... Dijo que le daba buena suerte. Que sobrevivió gracias a la miniatura. Si desea conservarla... No sería muy apropiado, pero podría guardarla donde yo no la vea.

—La miniatura no significa nada para mí.

—Pero ella es...

—Es un ser querido. O lo era antes de que tuviera el mal gusto de intentar arruinar mi boda —meditó, aún herido. Apretó los labios—. Se la devolveré. Solo si está usted de acuerdo con que le haga una visita.

Mercy lo miró con franqueza.

—Yo no soy nadie para prohibirle visitar a milady.

—De hecho, sí que lo es. Es mi esposa, ¿recuerda?

—Su esposa, no su carcelera. Lady Wordsworth puede no ser mi compañía preferida, pero entiendo que la historia que comparten se remonta casi al día de mi nacimiento. Le importa y le

seguirá importando vaya a verla o no.

Recibió su respuesta como un beso en el alma.

Era improbable que lo hubiera dicho obligada; Mercy no permitía que ninguna clase de responsabilidad la convenciera de hacer algo que no sentía. Y eso solo significaba que tenía un corazón incluso más puro, que sus sentimientos eran genuinos.

—Por mi parte, su aparición en la boda está olvidada. Y si esa es la causa de que ahora esté molesto con ella, creo que sería un buen momento para que lo resolvieran.

—¿Está segura?

—Estoy siendo objetiva —corrigió.

Objetiva o no, su capacidad de comprensión dejaba la de su hermano o cualquier otro conocido ante el que hubiera explicado la situación a la altura del betún. Dudaba que Mercy detestara a lady Wordsworth; no era la clase de mujer que albergara sentimientos de tal intensidad, famosos por consumir a quienes los experimentaban. Pero sí que le tenía ojeriza, y que se sacrificara por el bien de su estado mental bien mereció el dulce beso que le dio en la frente.

Cierto era que Melanie y él no se habían despedido de la mejor manera. Ella estaba fuera de sus cabales, y la comprensión de Chase brilló por su ausencia. Así no era como habría imaginado que terminaría su historia con la que siempre fue la persona más importante de su vida.

Despegó los labios para hacer un comentario al respecto, pero el sonido de unos pasos por el pasillo —unos que podía reconocer al vuelo— lo alertaron.

Se giró hacia la puerta con el cuello tenso, a tiempo para interceptar a un desenfadado Blaine que se presentaba con una sonrisa amable.

—Buenos días. Espero no haber interrumpido nada...

—¿Qué haces aquí? —espetó Chase—. Se supone que no volverías hasta que nosotros nos hubiéramos marchado.

—Muy propio de ti. Querirme tan poco como para echarme de mi propia casa.

—Tú mismo cediste la casa. Era lo mínimo que podías hacer. Y tienes otra encantadora mansión en el condado de Sussex.

—Pero en mi encantadora mansión del condado de Sussex no tengo ninguna de las novelas que he dejado a medias y me tenían intrigado —repuso.

—Estaré en mi alcoba —anunció Mercy. Se infiltró en la conversación en el momento justo para no pisar ninguno de los ladridos de los hermanos, lo que denotó lo acostumbrada que estaba a intervenir en discusiones.

Le hizo la pertinente reverencia a Blaine y desapareció escaleras arriba.

Chase no se fijó. Solo tenía ojos para su hermano. Llevaba el pañuelo desanudado y el cabello revuelto; como siempre, oscilando entre el desarreglo natural y la elegancia de un noble no tan importante como para tener que acogerse a la perfección estética. A un canalla encantador como Blaine se le perdonaban algunas excentricidades. Podía compensarlas con ese montón de virtudes que, en ese instante, a Chase le costó recordar que tenía.

—Solo he venido a recogerlas —suspiró al fin—. Ni siquiera contaba con cruzarme contigo.

—Podrías haber enviado a un sirviente.

—Me gusta encargarme de mis asuntos por mí mismo.

—¿De veras? —Arqueó las cejas con sarcasmo—. ¿Desde cuándo?

—Desde que obligué a mi hermano a casarse con una mujer. Son decisiones que cambian a uno.

—Me alegra que mi ruina haya colaborado con tu crecimiento personal. Quién sabe, si

hubiera sabido que mi matrimonio te ayudaría a madurar, habría pasado por el altar hace unos años.

No habría catalogado la boda y la relación con Mercy como una ruina si no hubiera estado escuchando su hermano. Antes se moriría que darle la satisfacción de saber que todo iba de maravilla y empezaba a sospechar que podría ser feliz. Conociendo a Blaine, que tenía el talento de convertir en un arma hasta la propia felicidad, lo usaría contra él para alzarse como un genio calculador indiscutible y reprocharle que siguiera furioso. Es más: todavía lo veía capaz de felicitarse por el logro.

—No se te veía muy incómodo con tu esposa cuando he aparecido —comentó, encogiendo un hombro. Se dio la vuelta para encaminarse a la biblioteca; Chase lo siguió—. ¿Os gritáis cuando no estoy? ¿Habéis llegado a las manos? ¿Ha intentado matarte mientras duermes?

»Me creería que te haya lanzado toda la ropa por la ventana, por ejemplo. Esa chaqueta que llevas es mía. —La señaló con el dedo—. ¿Quieres vengarte de mí robándome las prendas?

—¿Y si hubiera hecho todo eso? —interrumpió—. ¿Y si Mercy fuera una esposa infame?

—¿Y si hubieras nacido siete minutos antes? ¿Y si Napoleón hubiera ganado la guerra? ¿Y si tuviéramos los pies en las manos, y las manos en los pies? —Hizo un gesto que transmitía indiferencia—. No tiene sentido plantearnos condicionales. No van a suceder. La realidad es la que tenemos.

Chase reconoció en su respuesta una que él mismo le había dado a Mercy hacía no demasiado tiempo.

Eso era: era *el tiempo* lo que le trastornaba. Había amado a una mujer durante quince años, y no hacía ni dos meses desde que Mercy se presentó en su vida sin avisar. Y ahí estaba él, pensando en ella y no en la otra. Recordando sus labios y no los de la otra.

¿Cuándo se había convertido Melanie en «la otra»?

Blaine lo miraba enigmático cuando volvió en sí mismo.

—La realidad es la que tú has querido tejer —le acusó Chase—. ¿Cuánto crees que puedes seguir jugando a ser Dios sin que haya consecuencias?

—Para Dios nunca hay consecuencias. Y, vamos, admítelo. —Le hizo una caída de ojos arrogante—. Eres asquerosamente feliz.

—Y tú eres un sinvergüenza. No me puedo creer que sigas sin arrepentirte. ¿Ni siquiera vas a ofrecerme una condenada disculpa?

—¿Por qué? Lo hice a conciencia, y sería muy cínico por mi parte pedirte perdón porque te hayan afectado mis actos.

—¿Y qué tal una explicación? Ni siquiera se trata ya de mí: también le has hecho daño a ella. Incluso a Mercy. Melanie se presentó en la boda, y...

Blaine giró la cabeza hacia él.

—¿Cómo? —masculló, apretando un puño—. ¿Para qué?

—Para que huyéramos juntos. —Se quedó perplejo al ver que su hermano hacía un gran esfuerzo de voluntad para contener la ira—. Por el amor de Dios, Blaine. Sé que Melanie nunca ha sido santa de tu devoción, pero la conoces desde que tenías quince años, y si no ignoraste mi petición, estuviste cuidando de ella durante estos últimos años. Incluso en tu chaqueta...

Chase se calló de golpe.

Al principio, ni él mismo entendió por qué ese corte abrupto. Pero su hermano, al empalidecer y desviar la mirada, arrojó luz sobre lo que nunca había podido comprender.

Y se negó a creerlo. Pero tuvo que intervenir cuando observó que Blaine intentaba escabullirse dirigiéndose hacia la salida, olvidando el libro que había ido a buscar. Si es que

había ido a buscar algo, y no había sido una excusa para husmear.

Petrificado, Chase murmuró:

—¿Por qué me separaste de ella, Blaine?

Su hermano frenó en medio de la biblioteca. Tenía los hombros tensos, y por primera vez en la vida parecía sin palabras.

—Entre todos los aspectos de mi vida, mis devaneos románticos nunca han sido tu condenado asunto —prosiguió Chase, avanzando despacio—, y, sin embargo, era la única materia en la que me aconsejabas. Y lo hacías con bastante condescendencia, pero también sorprendentemente preocupado.

»¿Y bien? —insistió, al límite de la paciencia—. ¿Qué era lo que te preocupaba? ¿Que tu hermano se casara con una mujer que, según tú, no lo quería... o que ella se casara con un hombre que no eras tú?

—No es mujer para ti —acotó con voz queda.

—¡Al diablo, Blaine! —gritó, yendo hacia él y agarrándolo de la chaqueta—. ¡Querrás decir que *es mujer para ti*!

Blaine se dio la vuelta y se lo sacó de encima de un empujón violento. Chase no se defendió: lo que vio en el rostro de su hermano lo noqueó igual que si lo hubiera abofeteado. En su mueca desfigurada por la impotencia destacaban unos ojos enrojecidos.

—Puede que no sea mujer para mí, pero antes muerto que viendo cómo se casaba contigo.

Se le desencajó la mandíbula por el asombro. Tuvo que darle la razón a la sabia Mercy que insinuó, en Drury Lane, que en realidad no conocía a su hermano. La distancia y el tiempo habían dañado irremediablemente ese vínculo que les unía hasta convertirlo en un desconocido, y el rencor le había vuelto irreconocible... Aunque no estaba seguro de haber podido darse cuenta de algo tan escabroso ni siquiera si su relación hubiera sido perfecta.

Chase retrocedió un paso.

Se le ocurrieron insultos muy merecidos, como «egoísta» y «manipulador», pero la necesidad de conocer toda la verdad dejó el enfado en segundo plano.

—¿Desde cuándo?

Blaine lo miraba a la defensiva.

—Desde que tenía dieciocho años.

—¿Qué demonios, Blaine? —maldijo, llevándose las manos a la cabeza.

De pronto la habitación empezaba a dar vueltas.

—Imagínate. Quince años escuchándote llorar por una mujer que te amaba y por la que no tuviste las agallas de luchar —le espetó—. Dejaste que se casara con ese Wordsworth.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho, desgraciado? No soy un maldito manipulador como tú; para mí no todo fin queda justificado por los medios.

—Si hubiera sido tú, me habría fugado con ella. Cualquier alternativa me habría valido antes que verla casada con otro. Pero Melanie no me quería a mí. Te quería *a ti*. —Lo señaló con rabia—. Y lo más gracioso no es eso; es que llevas toda la vida guardándome rencor por lo que yo tengo y a ti te falta, cuando la única maldita cosa que yo podía querer... era tuya. O habría sido tuya si no hubieras sido un pusilánime.

Chase lo miraba sin dar crédito.

—¿Y por eso tenías que arrebatármela? Sabe Dios que te envidio y siempre te odiado por ello, pero jamás te he hecho daño adrede para castigarte por algo de lo que no tenías ninguna culpa. —Sacudió la cabeza, todavía conmocionado—. ¿Cómo has tenido el descaro de actuar como si en realidad te importara yo, o mi dignidad, o mi honor? A veces pienso que no puedes ser más

cínico y egoísta, pero siempre me sorprendes.

Para su inmensa sorpresa, Blaine reaccionó a la acusación. Eran raras las ocasiones en las que respondía a una pulla con algo que no fuera una sonrisa condescendiente. Pero la decepción de Chase era tal que ni siquiera quiso darle la oportunidad de contestar o defenderse. Había dicho todo lo que necesitaba saber.

Antes de salir de la biblioteca, Chase se metió la mano en el bolsillo donde había guardado la miniatura. Miró a Melanie solo para cerciorarse de que no era la suya; el retrato era similar, pero no exactamente igual. Lo había guardado, al igual que él... con la diferencia de que la que Chase conservaba se la entregó ella misma. Blaine debía haberla robado.

Se la arrojó a los pies como si fuera insignificante.

Blaine no se movió.

—Ya has demostrado que te da igual pisotearla, pero ten cuidado con donde pones el pie cuando te largues —le soltó Chase con frialdad—. No creo que se te presente la oportunidad de conseguir otro retrato.

Capítulo 30



Mercy no comprendía nada de lo que estaba pasando. Se suponía que, habiendo vivido en una familia en la que se discutía a diario y no había miedo a hablar de temas tan inapropiados como los sentimientos, debería contar con tablas de sobra para animar a Chase a desahogarse sobre lo acontecido. El problema era que la actitud de Chase no era lo único que Mercy no entendía; también le costaba comprender qué era lo que estaba sucediendo con ella misma. Además de que estaba tan poco acostumbrada a las confrontaciones y las conversaciones a corazón abierto que no sabía cómo abordarlo.

El errático y contradictorio comportamiento de Chase la confundía. Desde la aparición estelar de su hermano, de la que ya hacían un par de días, había cambiado de humor tantas veces que no le daba tiempo a contarlas.

Con ella se portaba como cabía esperar. De hecho, la buscaba continuamente: no solo recorriendo los pasillos de la casa, sino también con la mirada cuando ambos leían en silencio en la misma habitación. Parecía encontrar un placer inaudito tocándola, porque hacía falta una visita repentina o un compromiso ineludible para que le quitara las manos de encima. Y la trataba de la misma manera, con esa camaradería que alternaba con insinuaciones chispeantes y palabras llenas de ternura; tiernas de sobra para que ella entendiera que estaba siendo romántico, pero no tanto como para resultar extravagante.

Sin embargo, a veces se retraía en un silencio secreto. Lo había cazado en más de una ocasión sentado detrás del escritorio de su hermano, tamborileando los dedos con impaciencia o balbuceando para sí mismo, como si no pudiera estar quieto. Mercy estaba segura de que no dejaba de darle vueltas a la conversación con Blaine, que había tenido la fortuna —¿o la desgracia?— de escuchar gracias al elevado tono que habían usado ambos.

Lo extraño habría sido que no se hubiera enterado incluso su madre, a unas cuantas calles de distancia.

Pero ¿qué se hacía en esos casos? No le habían enseñado a tratar con un marido que le importaba, ni con uno por el que estaba, en el fondo, despechada.

Salvo esos instantes de complicidad en los que él la miraba con calidez y a raíz de eso se le ocurría una auténtica locura, como que la quería de verdad, Mercy se despistaba pensando en que después de la boda seguía llevando encima el retrato de lady Wordsworth. Nunca había sido especialmente malpensada, pero ¿y si la veía a escondidas? ¿Y si planeaba fugarse con ella en algún momento? Y lo que era más importante: ¿por qué le dolía el corazón solo de pensarlo?

Necesitaba hablar con sus hermanas, pero no se le ocurría manera de poner en palabras el dolor de entrañas que llevaba padeciendo desde aquella noche en Drury Lane, cuando pensó que Chase la estaba usando.

Esa tarde, mientras paseaban por Berkeley Square con sus respectivos barquillos a rebosar del helado cremoso de Gunter's, Mercy se planteó abordarlo. Para decidir si sería el momento adecuado, lo estudió un buen rato de reojo.

Había intentado ser objetiva con el asunto de Melanie Lacey, al igual que era racional con

cualquier materia en la que se pudiera pensar, pero el egoísmo la limitaba. La limitaba en todo lo relacionado con él. Quería pedirle, no, ¡exigirle!, una auténtica retahíla de absurdidades, como que dejara de recordar a lady Wordsworth; que no volviera a hablarle o a verla y, a poder ser, que llevara una venda en los ojos cada vez que asistieran al mismo evento; así no intercambiarían ni miradas.

¿Desde cuándo tenía ella sentimientos tan autocráticos y desesperados?

Mercy lo espió por el rabillo del ojo. Parecía pensativo mientras enroscaba la lengua alrededor de la cucharilla. Solo verlo hacer un gesto como aquel le ponía el vello de punta y empezaba a quemarle la piel.

No había pensado que fuera especialmente afortunada más allá del hecho de que Chase fuese atractivo y solo le sacara diez años; no estaba nada mal, comparado con los matusalenes que desfilaban muy cerca de las debutantes para pasarlo bien durante sus últimos días. Pero al mirarlo, al abrazarlo, al reír con él, se le ocurría que quizá había sido bendecida por un motivo aún mayor, secreto y misterioso, y a la vez condenada por la maldición del miedo a perder todo eso.

—Señor Reynolds —lo llamó, con voz estrangulada.

Enseguida quiso abofetearse.

¿Qué era ese tonillo ridículo?

Él se giró hacia ella y le guiñó un ojo. Esperó que hiciera su pregunta —pues el tono entrañaba una duda, un tormento que la carcomía—, pero Mercy se acobardó en el último segundo.

—¿Sabe lo costoso que es fabricar un helado? En realidad, no es difícil elaborar la crema de chocolate, bergamota o cual sea su preferencia, sino el hecho de mantenerlo frío. Imagine la odisea de trasladar los gigantes bloques de hielo que se acumulan en invierno, desde esas llamadas «casas de hielo» bajo tierra, hasta los invernaderos donde se mantienen para que Gunter's pueda servirnoslos.

—No parece la clase de trabajo con la que soñaría si tuviera que ganarme la vida, pero merece la pena todo el traqueteo, ¿no cree? —Arqueó una ceja—. ¿De qué es el suyo?

No esperó a que respondiera y hundió su cucharilla muy cerca del barquillo de Mercy, que no reaccionó enseguida.

—¡Sabe muy bien de qué es! ¡Lo ha pedido usted! —le bufó, mirándolo con rencor—. No es muy caballeroso meter la cuchara en el helado de una señorita.

Él se encogió de hombros con la boca llena.

—He cometido pecados mucho peores. No irá a enfadarse, ¿verdad? Puedo comprarle diez más.

—Ningún pecado es equiparable a birlarme el helado: ya está avisado. Y no quiero diez. Hay que tomarlo en dosis pequeñas y con moderación, o pasará de adorarlo a aborrecerlo injustamente.

—¿Eso cree? ¿Que cuanto más se abusa de algo, más se pierde el interés? —La recorrió con una mirada apreciativa—. En mi caso, conseguir lo que quiero solo me da más hambre.

Mercy devolvió la mirada a su helado de crema de arce, sacudida por un placer tan dulce como traicionero. Cada vez que la miraba de ese modo se sentía afortunada y al mismo tiempo engañada. A fin de cuentas, no debía ser su retrato el que admiraba por las noches.

—¿No se le ha ocurrido una manera más cómoda de transportar hielo? ¿Una que abarate los costes? —inquirió Chase—. Seguro que sí.

—En realidad, el señor Jacob Perkins, que es natural de Newburyport pero actualmente reside

en Londres, adaptó la propuesta de «máquina refrigeradora», como él la llama, que impulsó Oliver Evans hace veinte años.

—«Máquina refrigeradora». Qué nombre tan espantoso.

—Yo lo llamaría «helador». O «congelatorio».

—No me convence.

—Mis hermanas y yo nos referimos a él como «lo que hace felices a las mujeres». Fíjese que el único sitio al que puede ir una mujer soltera y en edad casadera sin que pongan el grito en el cielo, es Gunter's... No puede ser casualidad.

—¿Eso es lo que la hace feliz a usted?

—Sí.

—¿Eso y nada más?

Mercy se paró a pensarlo, y no le gustó la respuesta que le dio su inconsciente.

Siempre había tenido claro lo que la hacía feliz: rodearse de herramientas, planos y anotaciones de los que podrían surgir los avances tecnológicos que el mundo necesitaba. Se divertía pasando el rato con sus hermanas, con Atticus, con sus padres. Pero ahora la pregunta no era qué la hacía feliz... sino qué *podría* hacerla feliz, porque aunque estaba exuberante y a ratos nadaba en la euforia plena, a ratos sentía que le faltaba un fragmento del corazón y sin él no podría llegar a ninguna parte.

Miró a Chase y lo supo. Un latido desgarrador se lo confesó. En algún momento durante los últimos meses de verano, el hombre que tenía delante le había arrebatado la poca cordura que le quedaba y parte de la seguridad con la que miraba al género masculino. No la había inhabilitado para emprender las tareas que la llenaban, pero el placer que sentía al desempeñarlas palidecía si lo comparaba con estar cerca de él.

La revelación la confundió tanto que se le olvidó de qué estaban hablando.

—Por ahora me quedaré con «congelatorio», si esas son las opciones —retomó él, señalándola con la cucharilla—. ¿La comercializará así?

—Eso le ha dicho a mi padre —se oyó decir, notando un zumbido en los oídos—. Se conocen; son amigos cercanos. Estoy deseando que la saque al mercado para poder hacer helados en casa.

Observó que Chase se regocijaba con su entusiasmo, mirándola con una extraña calidez en los ojos. Esa mañana habían amanecido del profundo verde del bosque, pero conforme el cielo se había ido aclarando, había mudado al grisáceo claro de siempre.

—¿Por qué no la ha sacado al mercado aún?

—El señor Perkins es un señor muy ocupado. Cada año obtiene una patente nueva: en la temporada de 1824 consiguió la de unos propulsores de barcos. Era sobre lo que leía el otro día antes de que su hermano apareciese.

El semblante de Chase cambió de manera drástica. En lugar de responder, asintió con la cabeza y volvió a clavar la vista al frente, en la plaza donde se ubicaba Gunter's.

Mercy no lo pensó.

—Oí la conversación entre ustedes —comenzó, con la mayor diplomacia posible.

Chase la miró de soslayo.

—Entonces sí que le gusta escuchar detrás de las puertas.

—Estaba detrás de la puerta de mi dormitorio, señor Reynolds, si es lo que se pregunta. El problema es que usted gritaba como un energúmeno, y habrían hecho falta todas las puertas del castillo de Windsor para bloquear el sonido; que, por si no lo sabe, se propaga a una velocidad de...

—Así que un energúmeno. —Suspiró—. No es para menos. Ya sabía que Blaine era un

malnacido, pero me sigue molestando que tenga la caradura de confirmarlo una y otra vez. Discúlpeme, ¿he usado un lenguaje demasiado procaz?

—Yo también llamaría malnacido a su hermano, aunque no lo hago porque no querría molestarle.

—¿Por qué me molestaría la verdad?

—Porque la verdad siempre molesta; de lo contrario, no habríamos inventado la mentira. Pero, en realidad, mi prudencia tiene que ver con algo más sencillo: a mí, mi familia siempre me saca de quicio, pero no tolero que nadie insinúe lo insoportable que puede llegar a ser. Quejarme de sus rarezas es un derecho reservado exclusivamente a mí.

Chase esbozó una sonrisa melancólica.

—Solía pasarme, así que sé cómo se siente. Llevo tanto tiempo defendiendo a Blaine ante mí mismo, ante ese lado pesimista que tengo y que lo odia por despecho, que una parte de mi corazón todavía se niega a creerlo.

Quizá en materias sentimentales no fuera tan sabia como cabía esperar en una mujer que tuvo un casi prometido, un casi pretendiente y actualmente estaba casada, pero en asuntos relacionados con hermanos, Mercy sabía más que ninguna otra mujer en Inglaterra.

—¿Por qué está furioso con él? ¿Porque se ha dado cuenta de que no lo conoce tan bien como creía, porque no confió en usted para hablarle de sus sentimientos, o... por algo más?

No se había atrevido a mencionar lo evidente. Cada vez que pensaba en pronunciar el nombre de lady Wordsworth, se le espesaba la saliva y le costaba despegar la lengua del paladar.

—Por todo. Pero es ese «algo más» el que me atormenta. Por encima de lo otro, me enfurece darme cuenta de que mi hermano me ha odiado tanto como yo a él y por el mismo exacto motivo: porque envidiaba lo que tenía. ¿No le parece hilarante que incluso en eso seamos idénticos; en la forma en que nos sentimos el uno por el otro?

—Viendo lo devastado que está usted, no me parece exactamente hilarante. Pero me alegro de que se haya dado cuenta de que su hermano también sufre. Creo que debería comprender esta revelación como que lord Godolphin ha estado tanto tiempo envenenándose a solas que ha actuado por impulsividad.

—¿Ya está? ¿Solo por eso debería disculpar su terrible manipulación?

Mercy se contuvo para no responder hasta que pudo poner en orden sus caóticos pensamientos.

Le quemaba por dentro que detestara a su hermano por haberlo arrojado a sus brazos en lugar de a los de lady Wordsworth. Por supuesto, sabía que el problema era algo más complejo que eso; que Chase arrastraba toda una vida de rencores y, acumulados, podían nublar la necesaria visión objetiva para afrontarlo. Pero estaba descubriendo por sí misma lo difícil que era no dejarse arrastrar por los sentimientos.

¿Por qué no podía simplemente alegrarse por su matrimonio? Tampoco estaba tan mal, ¿no?

—¿No le gustaría a usted que su hermano le perdonase por haberlo odiado siempre, y por un motivo que era ajeno a su voluntad? No odia a lord Godolphin por su irreverencia o su egoísmo; de hecho, estoy segura de que considera divertidos esos aspectos de su personalidad. Lo que siempre le ha afectado es que él estuviera por encima. Su hermano podría haberle despreciado por volcar en él toda su frustración de nacimiento, pero no lo hizo.

—Supongo que estaba ocupado lidiando con su propia desgracia como para entretenerse odiándome.

—Una desgracia muy similar a la suya, señor Reynolds.

—Chase.

—Chase —aceptó. Se llevó los dedos a los labios para lamer las gotas del helado que se iba deshaciendo. Lo hizo con todo el disimulo posible, pero él la observó con atención—. Si siente que su vida no está ni la mitad de acabada de lo vacía que estará dándole la espalda a lord Godolphin de forma definitiva, perdónelo.

—No creo que el amor pueda perdonarlo todo.

—Usted perdonó que lady Wordsworth se comprometiera con otro hombre mientras estaba usted en el frente. ¿Por qué no perdonaría a su hermano por un acto igual de reprochable?

Se arrepintió en cuanto lo dijo, pero disimuló apurando el helado que quedaba en el barquillo. No estuvo preparada para que él la cogiera del brazo y, en un abrir y cerrar de ojos, la tuviera acorralada contra la pared de uno de los callejones paralelos. Muy lejos de la vista de todos. Muy cerca de unos labios fríos por el helado y con un sabor irresistible.

—Así que lady Wordsworth —apuntó Chase, conspirador—. Parece que piensa en ella a menudo, Pandora.

«No tanto como tú debes hacerlo».

Elevó la mirada hacia él, inexpresiva.

—Es la clave en toda esta cuestión, ¿no? ¿Por qué no iba a mencionarla?

—Esto es entre mi hermano y yo —corrigió, mirándola con fijeza—. Lady Wordsworth lleva en mi vida desde que tenía quince años, pero a Blaine lo he tolerado desde el día en que nació. No es difícil averiguar quién me importa más y cuál de los dos es el que me duele en el alma, pese a todo.

Mercy dio un respingo. Él acababa de pasar la yema del pulgar por la comisura de su boca, donde, por lo visto, tenía un rastro de helado que se moría por probar. Por si acaso no lo hubiera limpiado del todo bien, se inclinó sobre ella y lamió su labio inferior muy despacio. Tan despacio, que a Mercy se le fueron cerrando los ojos. Olvidó que tenía el helado en la mano y dejó los brazos laxos a cada lado del cuerpo. Este chorreó, manchándole la falda del vestido.

—No debería dolerle el alma, señor Reynolds —musitó, pegada a él.

—¿No? —Era solo una palabra, pero la entonó como una provocación.

—No.

La cogió de la barbilla y la besó despacio.

—Pues haga algo al respecto —susurró con desafío.

—¿Como qué?

—Usted sabrá. Es la inventora, ¿no? Apáñeselas.

Mercy se lo planteó de veras. Se afanó meditando sobre qué clase de artilugio pesado y lleno de engranajes serviría para borrar a lady Wordsworth y a lord Godolphin de la mente de Chase... y qué otro serviría para infiltrarla a ella, que estaba convencida de saber cómo hacerlo feliz. Su repentina e incipiente obsesión con alegrarle la vida fue la última gota que colmó el vaso, y al mirarlo de nuevo, lo supo: lo supo por algo tan simple como un sorprendente cambio de prioridades. Él y sus suspiros rotos necesitaban arreglo, y ella haría cualquier condenada cosa, se lanzaría a la cruzada más sangrienta, para dejarlo como nuevo.

La verdad la sacudió como un huracán, de forma impredecible; despegándole los pies de la tierra.

Dios santo... Había cometido el error más burgués de todos.

Se había enamorado de su marido.

Capítulo 31



Apenas unos minutos después de arrastrar a Mercy a un callejón para que le confesara que estaba celosa de nuevo, empezó a llover. Nada novedoso en un Londres que se despedía de la primavera. De hecho, el agua fue bienvenida, porque en cuanto se refugiaron en el recibidor de la casa, el vestido de Mercy estaba tan empapado que no había uno solo de sus tentadores contornos femeninos que no quedaran a la vista.

—Mandaré preparar la bañera —dijo con voz ronca, deteniendo la mirada en su escote.

Ella lo miraba con una cautela sospechosa.

—¿Solo hay una? En ese caso, vaya usted primero.

—No tenemos por qué pelearnos por la bañera, cuando seguramente quepamos los dos. Recuerdo que le preocupaba mucho molestar a los criados con esos viajes cargados de barreños. Podríamos ahorrárselos de este modo tan sencillo.

—Ese planteamiento de ahorro de energía también es muy científico, señor Reynolds, aunque no lo crea.

—Todo un halago viniendo de usted. —Hizo una reverencia exagerada.

Mercy se quedó un momento quieta en el recibidor, mirándolo de esa manera tan extraña que empezaba a calentarle la sangre. La vio darse la vuelta y enfilarse al piso superior, agarrándose las faldas mojadas que iban dejando un rastro de agua a su paso. Chase se perdió mirando las marcas, pensando que ahí iba la sirena sin aletas, y no reaccionó hasta unos minutos después.

La voz de Mercy y sus sabios consejos llevaban un buen rato martilleándole las sienes.

No quería pensar en su hermano. No quería pensar en Melanie. No quería pensar, solo *estar*. Y quería estar *con ella*. Así que, tuviera o no razón acerca de sus planteamientos sobre Blaine, se propuso apartarlos a un lado y subir hasta el dormitorio.

¿A quién demonios le importaba que el mundo se estuviera cayendo en pedazos, o ardiera desde los cimientos, si tenía a una mujer inteligente como pocas y apasionada a su manera esperándolo junto a la bañera?

Solo que no lo esperaba junto a ninguna bañera. La criada le informó de que Mercy había insistido, como otras veces, en ver la ducha que lord Godolphin había instalado recientemente en su casa. Desde el principio dudó bastante que el propósito fuera solo «verla», temor que confirmó la doncella alegando que ese había sido el instrumento utilizado para su aseo durante los últimos días.

A Chase nunca le había interesado admirar con sus propios ojos semejante obra endiablada. No habría cambiado un baño relajante a cuenta del servicio por nada en el mundo, y menos por un tubo que expulsaba poca agua y de forma precaria. Pero en cuanto entró tuvo que cambiar de opinión.

El agua estaba ardiendo, porque la figura de Mercy quedaba envuelta en una bruma de vapor.

De haberse topado con esa visión en campo abierto o a orillas de un lago, habría pensado que estaba delante de una criatura mitológica. Eso era ella, al fin y al cabo; la prudente pero a la vez caprichosa Pandora a la que le daban igual las consecuencias de destapar la caja de sus

maravillas... que eran cientos de miles, y todas ellas excitantes.

Chase le hizo una señal a la criada para que se marchara. Mercy estaba de espaldas a él, ofreciéndole una perspectiva más que tentadora de la escueta curva de sus caderas. Sin apartar la vista de los hoyuelos del hueso sacro, del pelo ámbar oscuro pegado a la piel, se fue desnudando. Ella no se percató de su presencia hasta que la hubo abrazado por detrás, pegándose indecentemente a sus tiernas nalgas.

El jadeo de Mercy se perdió por el chapoteo del agua a sus pies.

—¿Por qué «ducha»? —le preguntó al oído—. «Lluvia que sale del techo» quizá fuera demasiado largo.

Deslizó la palma por su vientre plano para acercarla más a él, y le separó las piernas con la rodilla para presionar la erección contra la unión de sus firmes glúteos. Ella volvió a suspirar: un suspiro que se prolongó cuando él bajó la mano a la entrepierna femenina y comenzó a estimularla con una serie de caricias sensuales. El chirrido de las tuberías que transportaban el agua amortiguó sus sonidos femeninos, que Chase intentaba escuchar pegando la mejilla a la de ella.

—Deberíamos... apresurarnos. El agua no estará caliente para siempre —dijo Mercy, apoyando la cabeza en su hombro. Chase dejó un beso perdido en la curva de su cuello, ocultando a la vez una sonrisa perversa.

—Tranquila, Pandora. Yo tampoco.

Le dio la vuelta y la hizo retroceder hasta dar con pared. El agua cayó encima de Chase, que tuvo que reconocer que la experiencia no era del todo desagradable. De hecho, a diferencia de como sucedía con la lluvia, sentir las gotas de agua caliente deslizándose despacio por cada parte de su cuerpo, aumentó su excitación: y más aún fijarse en las líneas que los chorros dibujaban entre los pechos de Mercy, tomando diferentes direcciones para llegar al mismo sitio.

Al mismo que quería llegar él.

La cubrió con su cuerpo para besarla. Tenía los labios empapados, calientes y esponjosos. Sus dedos resbalaban por la piel mojada, despertando todos sus instintos. No se le ocurrió que estaría mirando a una joven del montón, como una vez la definió, cuando se separó para embeberse de esos ojos que se le ponían cuando estaba excitada: con las pestañas pegadas, las mejillas enrojecidas y los labios suaves le pareció un ser de otro mundo. Y era todo para él.

El pensamiento le hizo sonreír con orgullo.

Chase la elevó entre sus brazos y se ayudó de la pared para aguantarla en vilo. Se rodeó la cintura con sus esbeltas piernas, que recordaba haber recorrido con los labios unas veinte veces en los últimos días, y cubrió de besos los pechos enrojecidos por la temperatura. Ella movía las caderas y le tiraba del pelo, tratando de llamar su atención, pero él prefirió jugar a desquiciarla con lentas y poderosas lamidas en torno a los enhiestos pezones que ofrecía arqueando la espalda. Cada vez que gemía, Chase estiraba el cuello para mordisquearle los labios, los lóbulos de las orejas; para secar con la lengua las gotas de agua que competían por ver quién era la más rápida en morir entre sus muslos.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? —la azuzó, provocador.

Se encontró con su mirada modesta, limpia, sincera. Siempre tan sincera que hacía que se arrepintiera de todas las mentiras que había dicho.

Entre todas las respuestas posibles, escogió la que habría de descolocarlo.

—Quiéreme —pidió, con voz clara. Con humildad. Serena e inquebrantable como quien tenía la seguridad de estar suplicando por algo que sabía que merecía, y de lo que estaba dispuesta a

hacerse cargo.

No le dejó responder. Tomó su rostro entre las manos, con esa conmovedora suavidad que a veces imprimía a sus caricias, y lo besó tan dulcemente que Chase pensó que le desmontaría los huesos. Antes de que eso sucediera, la penetró duramente, apretándola contra la pared, y transformó ese beso de azúcar en una perversión que ruborizaría al más canalla. Se empujó más y más dentro de ella, se empapó de ese calor contagioso que le hacía apretar los dientes, y siguió buscando, presionando, embistiéndola sin detenerse; deseándola como un loco y todavía demasiado sobrepasado por su petición para darse cuenta de que, en realidad, ya lo hacía. Ya la quería.

Su cuerpo se lo dijo. Primero, al estrecharla contra su pecho para que liberase un orgasmo demoledor, poderoso como una catástrofe natural, y compartido. Siempre compartido, porque el placer de la muchacha era el suyo propio. Y luego se lo dijo su corazón al separarse para mirar al fondo de los ojos más honestos sobre la tierra, cuando se encogió de forma súbita.

—¿Qué podría hacer mi amor por ti? —inquirió él, jadeando, con la frente apoyada en la de ella.

—Dijiste que, tanto en la ciencia como en el amor, nunca se experimenta suficiente porque el margen de error siempre está ahí. Yo necesito que me quieras para borrar ese margen.

Chase la miraba sin respirar.

—¿Por qué?

—Porque estoy cien por cien segura de que estoy enamorada de ti —declaró, con esa voz calma que le hacía sentirse un monstruo al amparo de un ángel—, y solo si me quieres también podré dejar de sentirlo como un error.

Chase la estrechó más contra su cuerpo. Ella temblaba y pesaba más después de haber llegado al clímax, al contrario que su propia alma, ligera como una pluma. Mansa como un animal doméstico. Liberada.

—Te aseguro que puede ser muchas cosas —dijo, asustado porque ella pudiera llegar a sentirlo así—, pero no un error. Un error... jamás.

Capítulo 32



Chase no pudo dormir en toda la noche. Como consecuencia del dolor de cabeza posterior y la cantidad de ideas que daban vueltas en su pensamiento, olvidó firmar la nota que envió urgentemente a lady Wordsworth.

Dudaba que Mercy se hubiera dado cuenta de lo que había supuesto su declaración o el modo en que lo dijo: sin tapujos y con una valentía admirable, teniendo en cuenta que también lo pronunció sin la menor esperanza de ser correspondida. Lo había sorprendido de tal manera que no supo qué responder, porque en ningún momento se había planteado que la complicidad y la simpatía que existía entre ellos pudiera haberse convertido en algo más. Pero lo era. De alguna manera, una ajena a su consciente, siempre había sido algo más. El problema era que había estado demasiado ocupado atendiendo los planes y las órdenes de su raciocinio como para darse cuenta de cómo ella iba echando raíces en su corazón.

¿Cómo no había podido verlo? ¿Cómo no pudo entender esa necesidad de tocarla, esa búsqueda ansiosa por su interés o su atención, como lo que era: los síntomas de un afecto que iba adueñándose poco a poco de su voluntad individual? Al final no importaba que hubiera tardado más o menos, porque había llegado el momento de hacérselo ver a quien aún sentía que le debía una disculpa.

Lady Wordsworth le estaba esperando en el salón de la casa de Blaine, que abandonarían en los próximos días con la intención de no regresar jamás.

Chase estaba en blanco. No tenía la menor idea de cómo demonios se las iba a apañar para abordar un asunto tan delicado. Él mismo estaba nervioso y confuso, todavía anonadado por el descubrimiento. No iba a ser tan despiadado con Mercy como para decir que no concebía cómo había podido suceder, porque por supuesto que lo concebía: Mercy derrochaba cualidades que un hombre no demasiado cegado por su ego y que no se sintiera amenazado por la inteligencia femenina encontraría irresistibles. Pero ¿cómo había podido pasarle a él, el eterno enamorado? Chase llevaba tanto tiempo convencido de que amaría toda la vida a la misma mujer que no se había dado cuenta de que había dejado de hacerlo hacía meses. Quizá incluso años. Debería haber tomado su escasa ilusión al reencontrarse con ella como una señal, y luego haber prestado atención al hecho nada desdeñable de que no se había sentido ni remotamente tentado cuando le propuso huir juntos. Un Chase joven, todavía más impulsivo y enamorado hasta los tuétanos, no le habría dado tiempo a terminar antes de preparar sus bártulos, y le habría dado igual plantar y condenar al escándalo a la novia, incluso si esta hubiera sido una dama de corte o alguien con influencia para hacérselo pagar.

Por el amor de Dios, todos esos detalles habían estado ahí siempre. ¿Era acaso un animal obtuso, como su hermano insistía en recordarle a cada oportunidad? ¿O quizá, simplemente, estuvo demasiado cegado por la obsesión que era incapaz de ver nada más? ¿Y si lo vio, pero se negó a renunciar al matrimonio con Melanie —el que siempre fue el objetivo de su vida— por miedo a no volver a encontrar una razón para seguir adelante; para hacerle justicia a esos años de sufrimiento y no sentir que los vivió en vano?

Chase negaba con la cabeza al bajar a las escaleras. Fuera cual fuese la respuesta, sentía que era su deber dársela a sí mismo y a Melanie. A fin de cuentas, habían sido la misma persona durante mucho tiempo.

La encontró, como siempre, dando vueltas por la habitación. Era un caso perdido de energía incontenible. No había manera humana de aquietarla, y Chase nunca quiso intentarlo, porque la amó tal y como era. De eso no le cabía la menor duda. La había querido, y la había querido tanto que dejaría un hueco en su corazón. Mientras este tardara en regenerarse, estaría obligado a lidiar con un vacío abismal en el que se podría perder si no tuviera a Mercy para aferrarse.

Sería ridículo decir que Mercy ocuparía ese espacio, porque Mercy merecía y tendría un lugar único y especial en el que ninguna otra mujer hubiera dejado antes su huella.

Estaba sumido en esos pensamientos cuando Melanie reparó en su presencia y cambió rápido de expresión. No lo recibió con la sonrisa indecisa y enamorada de siempre, sino con cierto recelo, y enseguida supo por qué.

—¿Blaine? —Dio un paso hacia él, dudosa.

Chase fue a corregirla de inmediato, sin darle mayor importancia a la confusión, pero el fondo escéptico y la postura rígida de Melanie despertaron un palpito en su fuero interno.

Con la mosca detrás de la oreja, entornó la puerta a su espalda y la enfrentó.

—¿Cómo que «Blaine»? ¿Por qué pensabas que era Blaine?

Solo necesitó que ella tragara saliva para marearse por la impresión. Trajo a su mente la confidencia sentimental de su hermano, y recordó después lo desorientado que se había sentido al tener que admitir para sí que no conocía los detalles de la relación entre los dos: entre las personas más importantes de su vida.

—Ah, Chase... Eres tú —murmuró Melanie, frotándose el lateral de la garganta—. No tenía forma de saberlo.

—Todo Londres sabe que gracias a la generosidad de mi hermano, mi esposa y yo residimos en Godolphin House durante la luna de miel.

—¿Y por qué habría yo de saber cuánto durará tu luna de miel? —gruñó.

—De acuerdo, no tenías por qué, pero me resulta curioso que asumieras que Blaine te haría venir enviándote una nota tan directa como la que te he hecho llegar.

—¿A qué se debe este interrogatorio? Pensaba que eras Blaine porque estamos en Godolphin House, y porque resulta que tenéis el mismo aspecto —replicó, haciendo aspavientos con exasperación—. ¡Y porque no has firmado la nota que he recibido! ¡Ponía que me presentara aquí con urgencia!

—¿Y qué más? —la pinchó, mirándola con desconfianza—. Estás nerviosa.

Ella apartó la mirada.

—No nos despedimos en los mejores términos la última vez que coincidimos. No esperaba que fueras tú el que quisiera verme.

—¿Se supone que Blaine sí querría verte, alguien a quien nunca has querido acercarte demasiado? —Arqueó una ceja—. Dime la verdad, Melanie. Puede que no seamos amantes, pero nunca nos perderemos el respeto hasta el punto de mentirnos a la cara. Has venido a verlo alguna vez, ¿no es cierto?

Melanie fijó su mirada en la de él.

—¿Qué es lo que esperas que te diga, Chase? —Sonó sorprendentemente dura.

—Has mantenido algún tipo de relación con Blaine, ¿o me equivoco? —Atrapó al vuelo un recuerdo perdido en su consciente, y no dudó en usarlo para sostener su teoría—. Hace poco, Blaine recibió una misteriosa nota que hizo pedazos en cuando recordó que yo estaba presente.

¿Habíais tenido contacto?

—Ya sabes que Blaine y yo no tenemos la mejor de las relaciones. Nos limitamos a los saludos que exige la mínima cortesía en eventos de temporada. Nada más.

Chase entornó los ojos sobre ella.

No había acudido tan emperifollada como sí lo hizo las veces que la citó en ese mismo salón, o que se presentó sin avisar con el propósito de verlo a él. Sin embargo, eso no quería decir que no hubiera querido impresionar a Blaine. Debía saber que, vistiera lo que vistiese, en ese caso un sencillo vestido de mañanas de organza gris con ribetes plateados, dejaría sin aliento a un hombre tan susceptible al encanto femenino como lo era su hermano.

—Estás nerviosa —insistió, avanzando hacia Melanie—. Algo ha sucedido entre mi hermano y tú. Si temes decírmelo porque crees que herirás mis sentimientos, te he citado hoy mismo no solo para ponerle un cierre a nuestra relación de años de la forma en que lo merece; también para confirmarte que estoy enamorado de mi mujer y para no hacerle daño deberemos limitar nuestro contacto en el futuro.

Le sorprendió la facilidad con la que las palabras brotaron de sus labios. Para tratarse de un hombre al que le costaba llegar al fondo de sus sentimientos más profundos, no habíamos ya de expresarlos, parecía que el discurso hubiera llevado toda una vida preparándose en un espacio de su mente al que él no había tenido acceso.

Mientras él se maravillaba y a la vez se horrorizaba por lo confundido que había estado, el rostro de Melanie se iba quedando lívido por la consternación. Pensó que se desmayaría, pero se agarró a esa voluntad que Chase sabía que tenía para no quebrarse delante de él.

—Eso no es nada que yo no supiera ya. Te lo dije antes de despedirnos.

—Todavía seguía demasiado cegado por lo que había perdido contigo para pensar que podría haber ganado algo en el proceso de alcanzarte.

—No parece darte cuenta de lo descortés que estás siendo ahora mismo —balbuceó, mirándolo con ojos redondos. No movía ni una pestaña: solo los labios, que parecían pertenecer a una estatua.

—No puedo ponerlo en palabras más amables, y lamento si no es lo que quieres escuchar, pero creo que me lo debes. Yo escuché auténticas barbaridades viniendo de ti que me impidieron vivir durante años.

Melanie reprimió un sollozo apretando los labios.

—¿Se supone que quererme ha sido una tortura para ti?

—No exactamente, pero quererte me ha hecho sentir un fracasado —reconoció—. Y no sé hasta cuándo lo he hecho, en realidad, porque creo que, llegado cierto momento, dejé de verte a ti y empecé a ver un objetivo de realización personal. Una manera de convencerme de que podría tener lo que quería, aunque solo fuera una vez.

Ella retrocedió al escucharlo, como si la verdad acabara de abrir un agujero en el suelo. Chase no se sintió mucho más libre al decirlo. Solo honesto. Y, a veces, la honestidad no servía para nada más que soltar cargas, con todo lo que eso conllevaba: soltar, a su vez, a la persona que las había generado.

—¿Qué quieres decir con eso? —tartamudeó—. ¿Tu amor no era real?

—Al principio lo fue. Pero fue desvirtuándose hasta convertirse en una obsesión malsana. No he sido capaz de comprender hasta ahora que te perseguía por una cuestión de orgullo masculino.

Melanie agachó la cabeza para que no la viera llorar.

—¿Me has hecho venir para algo más que para destrozarme? —susurró.

Chase odió de veras la verdad al sentir en carne propia el mismo dolor que la paralizaba a ella. No le cabía la menor duda de que, pese a la manera en que todo había parecido acabar el día de la boda, Melanie nunca habría esperado una confesión tan descarnada. Él tampoco se habría imaginado jamás diciéndole algo tan terrible.

—Por supuesto que sí. No te he hecho venir para eso, aunque fuera una consecuencia inevitable, sino para liberarnos. Melanie... —Caminó hacia ella para tomarla de las manos. Esperó a que ella lo mirase, con los ojos anegados en lágrimas, para aclarar—: Mereces a un hombre que te quiera por lo que eres, no por los parches que puedas poner a su vanidad. Incluso sin darme cuenta, me estaba vengando de mi hermano, de ser el segundo, de no tener nada propio... Porque tú siempre me pusiste por delante de él. Para ti, yo era el mejor.

»Aunque intuyendo lo que he intuido hace unos minutos, puede que en eso también estuviera equivocado.

Melanie soltó sus manos con un gesto indignado.

—No sé qué es lo que quieres decir, pero si sugieres que tu hermano y yo hemos mantenido alguna relación ilícita, no puedes estar más equivocado. Para mí, eras y serás el mejor en todas las cuestiones en las que quiera compararos.

La crudeza e incluso desprecio con los que sentenció a Blaine a la mediocridad por comparación avivó la sospecha de Chase.

—Antes me ha intrigado tu confusión, pero ahora me preocupa la repulsa con la que hablas de él.

—Tú mismo evitas referirte a tu hermano como si fuera un ser humano.

—Pero yo soy su familia y resulta que sé lo rastrero que puede llegar a ser. Tengo derecho.

Melanie lo miró con el rostro inflamado por el llanto reprimido.

—Yo también sé lo rastrero que puede llegar a ser.

Chase temió que hubiera descubierto que fue Blaine quien propició su matrimonio con Mercy, y en ese temor descubrió que, si aún no estaba al tanto, no quería decirle la verdad. No quería apuntar a su hermano con el dedo para que Melanie lo odiara incluso más de lo que aparentemente ya lo hacía.

Del mismo modo en que supo que no lo condenaría al desprecio eterno del objeto de sus únicos sentimientos, asimiló con resignación —pero con demasiada rabia hacia sí mismo a la vez— que lo había perdonado. Y no lo había perdonado por amor, el que de todos modos insistía en sobrevivir a los maltratos de su hermano como el masoquista que había resultado ser, sino por compasión.

Abrió la boca para preguntar con cautela por qué lo sabía, pero ella se miró las manos entrelazadas en el regazo antes de fulminarlo con una mirada iracunda que, en realidad, no iba dirigida a él.

—Ya que buscas una explicación... —Se fijó en que tenía los nudillos blancos—, debes saber que tu hermano sigue disfrutando de jugar a ser Chase. Es una lástima que no se moleste en preguntarle a los demás si quieren formar parte de la diversión antes de hacerlos partícipes de su travesura.

Chase sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El vértigo no hizo sino acentuarse cuando ella volvió a clavar en él sus ojos verdes.

—No estoy seguro de querer saber qué hizo —confesó—, ni si te lo hizo a ti.

Melanie rechinó los dientes al confesar, con las mejillas enrojecidas por la vergüenza y el dolor que conllevaba admitir una debilidad:

—Por lo visto... Hace algunos años, alguien confundió a tu hermano contigo y no le dio la

oportunidad de sacarlo de su error. O quizá no quiso hacerlo. A fin de cuentas, lo sorprendieron desarrollando una actividad no muy caballerosa en un club. Quizá no le conviniera que se supiese que era él, dado que siempre procura parecer perfecto ante los demás.

—Conociendo a Blaine, es probable que fuese la segunda opción —reconoció—. ¿Y?

Melanie lo miró como si lo odiara por obligarla a confesar algo que todavía le afectaba.

—Se corrió la voz de que habías regresado. La noticia llegó a mí, y... fui a buscarte. —Parecía que las palabras se le atragantasen—. Mi esposo acababa de morir, y necesitaba un hombro en el que llorar, y tú... Puede que tú y yo no hayamos sido los mejores amigos y ni siquiera nos diéramos la oportunidad de amarnos, pero siempre has sido mi confidente. Y te echaba tanto de menos... —Clavó la vista en el techo, sonriendo con lástima. Las manos le temblaban—. Dios, ¡cuánto te echaba de menos! Estaba desesperada por verte, así que fui...

Chase no fue capaz de moverse.

—Se hizo pasar por mí —dedujo, con voz lacónica. La sonrisa de Melanie se convirtió en una mueca—. Dime que solo te escuchó e intentó reconfortarte con unas palabras amables.

El gesto de Melanie se ensombreció.

—Si solo hubiera hecho eso no lo odiaría como lo odio. Debes saber que desprecio a tu hermano como no he despreciado a alguien jamás. Se aprovechó de un momento vulnerable, se aprovechó de que te amaba, de que...

Chase negó con la cabeza.

—No, por favor. No sigas. —Se pasó una mano por la cara, agobiado—. Maldita sea, no. Dímelo. Dímelo si te ayudará de alguna manera.

—Reconozco que yo también tengo parte de culpa, porque...

—No, por Dios —se apresuró a decir. La envolvió entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo, tan horrorizado que fue Melanie la que le ayudó a calmar los temblores, y no al revés—. No eres culpable de nada. No sabes cuánto lo siento, no sabes...

—Debería haber imaginado que tú, aunque te guste divertirme besando a las mujeres a traición, siempre has sido demasiado caballeroso para llevarlo más allá —sollozó. Chase apoyó la barbilla en su coronilla y cerró los ojos, como si eso sirviera para dejar de imaginarse al detalle lo que podría haber sucedido entre los dos—. Creía que eras tú. Solo tú.

Chase se estremeció y la apretó más.

—Lo sé, Mel. Lo siento. —Envolvió su nuca con la mano y la acarició lentamente, calmando los espasmos de un llanto amargo que le rompió el corazón en mil pedazos.

Ella levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. Su belleza, todo ese dolor que encerraba y la hacía demasiado frágil para abandonarla, le golpeó en el pecho con la fuerza de un huracán. Debería haber supuesto que dejar a su hermano a solas con ella, sin él presente para mediar, podría haber derivado en algo escabroso. Demasiado escabroso para soportarlo.

—¿Por qué lo sientes? —susurró.

—Por no haber vuelto antes. Por haberme ido. Por no haber peleado más por ti —admitió, apoyando la frente en la de ella—. Pero ya no tiene sentido. Es tarde, y aunque no lo fuera...

—Ya no me quieres. Por favor, no lo repitas más.

Chase la compadeció en silencio. No se separó, sabiendo que necesitaba su apoyo para seguir de pie. Tanto ella como él mismo.

—Con Mercy es tan sencillo, Melanie —murmuró—. Y es fácil porque ha sido desde el principio con quien debo estar. Gracias a ella me he reconciliado conmigo mismo y con el mundo. No sabía que estaba en guerra, amargado como un desgraciado, hasta que la vi y me costó reconocer mis ganas de pasarlo bien.

Dejó que Melanie llorara en silencio. Él mismo estuvo tentado de derramar unas lágrimas; la culpabilidad y la pena por perder lo que por tanto tiempo había sidopreciado lo sobrecogieron y le quemaron en los párpados.

Qué doloroso era el amor. No ya cuando moría, sino cuando mudaba en otra sensación; cuando por fin se despojaba de sus adornos, dejando un cariño nostálgico que no habría servido para alimentar una relación futura, solo para embellecer un pasado que, en realidad, había sido más infierno que edén. Melanie había sido su motor vital desde que tenía uso de razón, y ahora descubría que, de ese recuerdo del que tomaba impulso, no podía extraer más que miseria. Y aun así, qué difícil era soltar el dolor cuando estaba vinculado a un ser amado. Lo estaba experimentando en sus carnes con Melanie, pero también con su hermano.

Se separó lo suficiente para mirarla. Solo mirarla. Fijarse en el rostro que antaño le había sacudido los cimientos, marcando su vida para siempre. No reconoció en las líneas elegantes de sus pómulos, en su mandíbula perfecta, esos trazos del destino que habría de desafiar para estar con ella. Solo era una mujer hermosa a la que la adversidad había trastornado tanto como a él mismo. Y por primera vez desde que había regresado, desde que la conoció en aquel jardín donde se entretenía con su juego de té, Chase se dio cuenta de que se habrían hecho miserables intentando sanar las heridas que se hicieron ellos mismos.

—Siempre te querré —dijo Melanie, sin permitir que la emoción convirtiera su confesión en un arrebato distorsionado por el momento. Sonó tan calmada que no lo dudó ni por un segundo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

La besó en la frente durante unos segundos. Luego, Melanie se puso de puntillas y, sin preguntar, porque en realidad no había otro modo de sellar quince años de tragedia, posó los labios en los de él. Un beso de despedida, dulce y que pareció un sueño. Por lo menos, cuando Chase volvió a abrir los ojos, lo hizo con pesadez y el alma hecha un nudo; como si acabara de despertarse de una pesadilla de la que no recordaba ya nada.

—Siento haber intentado truncar tu vida una vez más el día de la boda. ¿Podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar.

Melanie vaciló antes de agregar:

—¿Le dirás a tu esposa que lo siento?

—Se lo diré. No te guardará rencor. No es esa clase de mujer.

—¿No es humana? —bromeó, arqueando las cejas.

—A veces creo que no —cabeceó, sonriendo al pensar en ella—. Se parece más a un pozo de sabiduría infinita, una fuente inagotable de saberes prácticos y a un futuro prometedor.

—Y, para colmo, lleva vestido. Qué afortunado, señor Reynolds.

—Lo soy. Quiero que lo seas tú también. Estaré vigilándote para cerciorarme.

Melanie se soltó de sus brazos y se recompuso estirando la espalda. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, esbozando una sonrisa lejana.

—¿Sabe acaso tu esposa que estoy aquí? —Suspiró—. No te preocupes, Chase. Lo que tienes que vigilar ya no soy yo.

»Cielo santo, cuánto tardaré en acostumbrarme a que estés casado. Esto no es lo que planeamos, ¿verdad?

—Raras veces alcanzamos los objetivos que nos fijamos, pero eso no significa que me arrepienta de haberme equivocado. Tú no eras el problema, sino mi obsesión. Tenlo presente, ¿de acuerdo?

Melanie asintió con la cabeza en una especie de reverencia. Al volver a alzar la barbilla, en

sus ojos destacaba el dolor, pero también brillaba una nueva determinación.

—Creo que será mejor para los dos que, más bien, lo deje en el pasado.

Capítulo 33



A eso se había referido Chase cuando le dijo, fingiendo ser Blaine, que había visiones que uno preferiría ahorrarse y de las que sus ojos miopes podrían haberla protegido: a nada más y nada menos que el beso. Ese beso entre Melanie Lacey y él del que fue testigo casual, y que le resquebrajó el corazón en tantos pedazos que no supo por dónde empezar a recomponerlo.

Mercy tuvo que retroceder, apartando su mejilla de la puerta entreabierta que daba al saloncito principal, para protegerse de la infame visión.

No supo cuánto rato estuvo con la espalda pegada a la pared, respirando como si le fallaran los pulmones. La serie de recuerdos que componían su breve historia con Chase la bombardeó con saña para confundirla, y luego obligarla a darse cuenta de que había sido una estúpida al pensar que podría alejarlo de Melanie. Que podría olvidar a Melanie. Era evidente que nada conseguiría que se desprendiera del que ahora reconocía como el único amor de su vida, ni mucho menos un supuesto vínculo sagrado como lo era el matrimonial; «supuesto» porque todos los nobles sin excepción, incluido Chase, lo profanarían en cuanto se les presentara la oportunidad.

La conmoción bloqueó la ira, que creyó que estallaría un rato después al darse cuenta de que la había besado en su casa. Su casa temporal, sí, pero ella estaba en el piso superior. Más tarde se preguntaría si no temió en ningún momento que pudiera cazarlo en una situación comprometida; si no le tenía ni siquiera la mínima consideración. Ciertamente era que no había esperado grandes gestas de su matrimonio, pero tampoco tan flagrante falta de respeto.

El sonido de los pasos de la pareja acercándose al pasillo la alertaron. En lugar de confrontarlo, pues sabía que se quedaría en silencio y como un pasmarote, se apresuró a abandonar la mansión con lo puesto. El cochero se ofreció a llevarla, pero Mercy lo rechazó, distraída, y puso a prueba sus delicadas zapatillas de casa para conducirse por la ciudad. No se percató de que los viandantes la observaban con recelo, como cabía esperar tratándose de una muchacha que paseaba sin compañía. Pero ella no paseaba: ella tenía un destino.

Pensó que no sería capaz de contarle. Que la lengua se le trabaría, como le pasaba desde niña cuando quería confesar una travesura. Aunque tarde o temprano encontraba la manera de expresarse, la culpabilidad solía bloquearla. Pero esta vez, ella no tenía la culpa.

¿O sí?

Temperance y Faith, que en ese momento tomaban el té de media mañana en una salita para su deleite personal, tuvieron que sonsacarle el motivo de su precipitada visita y su preocupante palidez con una serie de preguntas alocadas. Temperance habría jurado que acababa de fallecer algún ilustre científico con el que Mercy aún no había tenido la oportunidad de tratar, y en cuanto a Faith... No se molestó en ocultar su sorpresa. Nunca había visto a su hermana paralizada.

Tan pronto como Mercy se las arregló para explicar lo que había visto, sintiendo que unas manos le retorcían las entrañas a la vez, Temperance y Faith intercambiaron una mirada rápida.

—Bueno. —Faith le puso una mano en la rodilla, no muy segura de comprender cuál era el motivo de su afectación—. Tú ya sabías que eso es lo que los hombres hacen, ¿verdad? Toman amantes. Es cierto que ese marido tuyo debería haber esperado, al menos, a terminar la luna de miel... pero no se le pueden pedir peras al olmo.

»Quiero decir... —Arrugó el ceño—. Es una auténtica falta de respeto que lo hiciera bajo tu techo, pero por lo menos ahora sabes a lo que atenerte, ¿no? Si lo miras por el lado bueno, ya estás prevenida.

De lo que Mercy ya estaba prevenida era de que de Faith no obtendría ningún tipo de comprensión, y no porque su hermana no se esforzara en transmitirle confianza y seguridad. Simplemente, y para haberse criado en una familia donde el amor definía la relación entre padres y hermanas, Faith era una escéptica de manual, una criatura demasiado cínica para tratarse de una muchacha de dieciocho años, y, sobre todo, una mujer que, aunque tuviese una opinión sobre todas las cosas, conocía muy bien cuál era su lugar y dónde estaban los límites de su papel.

—Todos los hombres tienen queridas, Mercy —insistió. Por algún motivo, pensaba que eso conseguiría aplacarla.

De parte de Temperance, por otro lado, obtuvo una reacción muy distinta. Notaba sus ojos azules sobre ella, escrutando su expresión descompuesta con la intención de evaluar hasta qué punto estaba herida. El examen debió concluir con resultados lamentables, porque tomó la taza de té entre sus dedos y se atrevió a hacer una mención que dejó a las hermanas de piedra.

—Faith tiene razón. Los únicos hombres que no te engañan, son los que no esperan a aborrecerte y deciden no casarse contigo en el último momento.

Siguió un silencio sepulcral. Estaba claro que Temperance creía que su miseria podría enterrar la de los demás, pero eso, lejos de hacerla sentir mejor, hizo que Mercy se preguntara si no se habría ahorrado sufrimientos si Chase hubiera desaparecido con lady Wordsworth en el momento en que esta apareció en la boda.

Era evidente que Temperance y ella tenían dos opiniones muy diferentes sobre la problemática de plantar a una mujer, en el altar o fuera de él.

—El problema es que le quiero —dijo Mercy al fin.

Recordó las palabras de Chase, esas que le habían acariciado el oído bajo el chorro de la ducha. «Te aseguro que puede ser muchas cosas, pero nunca un error». Mercy no quería sentirlo como un error, y miró a sus hermanas esperando transmitirles esta idea sin necesidad de pronunciarse.

Faith estaba escandalizada. Temperance permanecía inexpresiva.

—¡No, Mercy! —reaccionó al fin la primera—. ¡Ese es un error de principiante!

—Es que soy principiante —repuso con sabiduría—. Calculo que habré de casarme un par de veces más para considerarme veterana y adquirir así toda la experiencia necesaria para disfrutar de un idílico matrimonio de conveniencia.

—¿Nos estás confesando que vas a acabar con tu marido para quedar viuda y así adaptarte a la ruina matrimonial lo antes posible?

—Yo creo que nos está dando permiso para matarlo nosotras, si es lo que queremos —apuntó Temperance—. Y reconozco que no me parece una mala idea.

—Míralo por el lado bueno, Mer. Al menos sabes cuál es la cara de tu marido. Yo me voy a casar con un hombre del que solo sé a ciencia cierta que tiene acento neoyorquino.

—Además... Nadie se muere de un corazón roto, Mercy. —Temperance le apretó la mano y le guiñó un ojo—. Te lo puedo asegurar.

Mercy entrelazó los dedos con su hermana.

—¿Qué se supone que debo hacer? No sé cómo proceder. No es tan sencillo como arreglar un cable suelto, darle una capa de barniz o cambiar un término de la ecuación para que funcione mejor.

—De hecho, cualquier cosa parece más sencilla que eso —apuntó Faith, levantando las cejas.

—Cierra la puerta de tu dormitorio con llave —aconsejó Temperance.

Faith giró de golpe la cabeza hacia ella.

—¿Qué? ¿En serio crees que Reynolds tendrá el descaro de ir a visitarla después del abrazo apasionado en el salón? Sería de una sinvergonzonería intolerable.

—Es la forma más contundente de hacerle ver que, si busca las carantoñas de otra mujer, ella quedará relegada de ese aspecto de sus deberes conyugales. Si quieres probar otro castigo —prosiguió, recostándose en el diván—, es cuestión de analizar qué es lo que crees que podría afectarle más, si una escena de celos o aplicar la más temible indiferencia.

Le habría gustado decir que no lo sabía, que desde esa mañana sentía que no lo conocía tanto como había creído... pero no habría sido cierto. Desde el día en que lo vio discutir con lady Wordsworth en el jardín durante la velada de lady Sheraton, Mercy albergaba dentro de sí muchas dudas, pero también una certeza que las anulaba todas: Chase estaba enamorado de otra mujer. Y sin duda había sido muy estúpido por su parte pensar que eso podría terminar algún día si no lo había hecho en los últimos quince años, pero tampoco la sorprendió que los acontecimientos se hubieran desarrollado así.

Era la manera en que todo debía terminar.

—Tendré que descubrir antes si la puerta que conecta nuestros dormitorios tiene cerradura —dijo al final, derrotada.

Sus hermanas dejaron correr el silencio unos minutos. Mercy no se movió hasta que tuvo fuerzas para levantarse. Cuando lo hizo e intercambió miradas con Temperance y Faith, que cada una a su manera manifestaba su preocupación por ella, una sonrisa nostálgica se formó en sus labios.

Mercy era, junto con Charity, la más independiente y solitaria de las muchachas. Pero había echado tanto de menos a su familia que parecía una injusticia no poder regresar con ellos. Sería un auténtico escándalo que ni los Swansea ni ella —porque ahora era una Reynolds— se podrían permitir, pero por el que sabía que no les importaría pagar si Mercy quisiera volver a su dormitorio. Ni siquiera Faith, que lo había ocupado con entusiasmo porque el suyo era «peor que una habitación sin ventanas en Bedlam»^[9], se molestaría si tuviera que volver a trasladar sus pertenencias.

No tuvo que decirles que las quería. Ellas ya lo sabían, y ninguna de las tres era en exceso sentimental.

—No quieres que comentemos esto con madre, ¿verdad? —preguntó Temperance, solo para asegurarse.

La mueca que compuso Mercy llenó el salón de carcajadas.

—Por supuesto que no. —Lanzó una mirada al techo—. Dios me guarde.



Mercy decidió seguir el consejo de Temperance. Pasó toda la tarde evitando deliberadamente a Chase. Se las apañó para no cruzar por delante de las habitaciones en las que solía pasar el rato, y cuando algún criado le anunció que el señor la estaba buscando, Mercy fingió que no lo escuchaba y se retiró a su alcoba.

Godolphin House contaba con siete dormitorios en total. Pensó en solicitar la colaboración del servicio para trasladar sus pertenencias a cualquiera de los otros, por preferencia, el que estuviera más lejos del que ocupaba Chase, que conectaba con el suyo gracias a una discreta puerta de madera caoba. Pero refuló enseguida.

Mercy no era irracional. De hecho, se tomaba los problemas con tanta filosofía que el señor y la señora Swansea habían vivido su infancia con preocupación, preguntándose si su prudencia y poca tendencia a los berrinches no era algún defecto de carácter o el síntoma de un problema de desarrollo. Jamás le habría dolido que lord Loring la hubiera relegado al segundo puesto. Incluso podía imaginarse celebrando en secreto los beneficios que habría conllevado que otra mantuviera caliente su lecho. Pero no podía ignorar que, con la llegada de Chase, habían despertado a su vez unas ilusiones románticas en las que jamás se habría imaginado creyendo. Ilusiones que él había herido de muerte con su libertinaje.

Faith le había sugerido, antes de despedirse, que lo confrontara directamente para salir de dudas. Pero esas dudas eran las que permitían que Mercy siguiera en pie. Mientras no aclarara el asunto, podría fingir que había esperanza para ellos. Podía fingir que se trató de un malentendido. Eso la dejaba en una posición muy vulnerable y la declaraba una cobarde, pero ni definirse de un modo tan injusto consiguió que se lo pensara dos veces antes de bloquear las puertas de acceso.

Esa noche iba a dormir sola, y a la mañana siguiente, despertaría con la cabeza despejada y una decisión ya tomada.

Se alegró de haber terminado viéndolo con la perspectiva que necesitaba. Pero no se alegró por mucho tiempo, porque apenas se puso el camisón sin ayuda de la doncella, oyó que alguien forcejaba con el picaporte.

—¿Mercy? ¿Estás dentro?

Se estremeció al oír su voz.

—Así es —dijo, en tono neutro.

—¿Hay algún problema con la cerradura?

—No, que yo sepa.

—No puedo abrir.

—Entonces quizá debas dejar de intentarlo.

Hubo una pausa.

—¿La has bloqueado tú?

—Solo he usado la llave.

—¿Con fines científicos? ¿Querías hacer algún experimento, o alguna prueba relacionada con las cerraduras?

Mercy perdió la mirada en el colorido papel de pared.

—Aunque le cueste creerlo, señor Reynolds, no todo lo que hago es propio de un hombre de ciencia con ninguna otra aspiración más allá de pasar a la historia. Simplemente no deseo compañía.

Esperó su respuesta con el corazón en un puño.

—De acuerdo. Pero no es necesario que uses la llave; puedo encajar un rechazo, Pandora.

Odió el tono comprensivo que usó para demostrar que podía ser un caballero cuando se lo proponía. Y tan caballero: no había estado nunca dispuesto a salirse de la tradición que impedía a los aristócratas a limitarse a tocar a su mujer.

—Por supuesto que puede encajarlo —masculló, dirigiéndose a la cama—. A fin de cuentas, no es como si estuviera ansioso por calmar sus apetitos sexuales. Estos habrán sido complacidos de sobra durante la visita de las diez.

—¿Qué has dicho? —preguntó, alzando la voz—. No te oigo bien.

Mercy empezó a arrojar los cojines decorativos de seda y satén que adornaban la colcha.

—No creo que oírme bien hubiera marcado ninguna diferencia. Seguro que si hubiese

escuchado mis pasos en el pasillo, esta mañana, tampoco habría detenido su arrebatado pasional.

—Solo escucho murmullos.

Mercy se giró hacia la puerta cerrada, abrazando uno de los cojines con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me sorprende que requiera mi compañía esta noche. Sabía que, a su manera, era usted un sinvergüenza y un hombre insaciable, pero no que lo llevaría a tales extremos presentándose aquí como si tal cosa después del tórrido encuentro a mediodía —pronunció, agradeciendo que no estuviera allí para ver su expresión—. ¡Espero que al menos haya tenido el detalle de darse un baño antes de venir a verme!

—¿De qué estás hablando, Mercy? —Oyó su voz más cerca, como si estuviera pegando la boca a la puerta.

—Buenas noches, señor Reynolds. Sueño con lo mucho que este matrimonio le ha arrebatado, aunque ya ha demostrado que puede tenerlo todo al mismo tiempo.

—¿Qué se supone que me ha arrebatado, además de, aparentemente, la capacidad deductiva? No se me dan bien los acertijos, Mercy.

—No es lo único que se le da mal, señor Reynolds. También manifiesta serios problemas manteniéndose fiel a sus votos, siendo discreto con sus escarceos y fingiendo inocencia. No es usted ningún necio; deje de comportarse como si no supiera de lo que hablo.

—No sé de lo que...

Mercy dejó de arrojar almohadones y mantas al suelo cuando él se calló de golpe. Pasaron diez segundos exactos, diez segundos que le pesaron como años, hasta que volvió a hablar.

—Abre la puerta —ordenó.

Mercy vaciló.

—No.

—He dicho que abras la puerta, Mercy.

Ella se cruzó de brazos y le lanzó una mirada sabionda.

—¿Sabe? Si supiera fabricar...

—No necesito fabricar nada. Tengo dos manos, un hombro y, si no quisiera hacer uso de la fuerza, el par de agujas del moño que has dejado en mi mesilla de noche servirán para allanar tu refugio.

—No se le ocurrirá.

Pero sí se le ocurrió.

Chase se las apañó para forzar la cerradura, y se presentó ante ella con una mirada seria que contrastaba con su flequillo despeinado y la camisa abierta, por la que asomaba ese pecho sobre el que había dormido la noche anterior.

Esa sería la primera noche que pasara en su dormitorio asignado, y de pensarlo se estremecía de frío.

Era curioso cómo, aun habiendo dormido sola toda la vida y valorando su espacio vital tanto como lo hacía, se hubiera acostumbrado a otro cuerpo cálido como para necesitarlo para conciliar el sueño.

Tuvo demasiado presente todo esto cuando él se acercó, detectando su debilidad, y le acarició la cara con los dedos.

—Quiero que se vaya —le ordenó, con voz temblorosa—. Me dijo que no tenía que preocuparme por lady Wordsworth y me mintió. No voy a tolerar que vuelva a hacerlo.

—Para eso primero tendrías que darme la oportunidad de hablar, ¿no crees?

—No hay nada de lo que hablar. La abrazó y la besó, ¿verdad? —Lo encaró con la respiración

contenida—. Responda.

Chase miró a un lado y a otro, agobiado.

—La abracé para confortarla después de haberme dado una terrible noticia de la que me siento culpable. Y el beso... Ni siquiera puede considerarse un beso como tal.

—Oh, ¿debe consolarme que no fuera apasionado? ¡Solo habría faltado que la hubiera tendido en horizontal, estando yo en el piso superior!

—¡Solo fue un acto simbólico!

—¿Y no podría haberle dado un apretón de manos simbólico? —le replicó con rencor—. ¿Una palmadita en la espalda simbólica?

Chase la miró con incredulidad.

—No se puede poner el cierre a una relación tan repleta de matices como la nuestra con una «palmadita en la espalda».

—¿Ponerle el cierre? Si a mí me recibieran con la efusividad con la que usted le dio la bienvenida, no dejaría de venir a verlo jamás, señor Reynolds.

—¿De veras? Eso es estupendo —Le rodeó la cintura y se inclinó sobre ella—, porque pretendo darle a usted una bienvenida mucho mejor que esa.

Mercy ni siquiera forcejeó con él. Solo clavó en él sus ojos castaños y dijo, implacable:

—Suélteme ahora mismo.

Chase obedeció con gesto contrariado.

—Quizá no debería haberme acercado tanto a ella, pero mis actos carecían de toda connotación romántica —aclaró con frialdad—. Sabe lo importante que lady Wordsworth ha sido para mí, y si no recuerdo mal, fue usted la que me animó a solucionar nuestras diferencias.

—¡No le pedí que las solucionara con un beso!

—¡Y no lo hice! ¿Acaso no escuchó nada de lo que le dije?

—Tuve suficiente con lo que vi.

—Y ¿se puede saber qué hacía espíandome? Admítalo, ya desconfiaba de mí. Iba con predisposición a irritarse con cualquier tipo de contacto que estableciera con lady Wordsworth.

—¿Y acaso puede culparme? —lo retó—. Le recuerdo que es la mujer con la que se habría casado si su hermano no hubiera intervenido. La mujer que amaba.

—¡La amaba! ¡Ese es el término exacto!

—¿Se refiere al pretérito? Si se le da así de bien superar sus sentimientos, debo celebrar que solo se haya enamorado una vez, o habría estado besando a antiguas amantes por todo Londres sin reparo alguno.

Chase no parecía contento, pero por encima de eso destacaba su impotencia.

Estaba odiando cómo se desarrollaba la discusión.

—Pensaba que usted, entre todas las mujeres, entendería que lady Wordsworth y yo no podíamos despedirnos de otro modo.

Mercy no dio crédito a su defensa.

—¿Cómo quiere que sea comprensiva con el hecho de que ame a otra mujer y la traiga bajo mi techo para estrecharla entre sus brazos? ¿Cómo quiere que entienda que no me respeta, y que mis sentimientos no significaron nada para usted?

—Por supuesto que significaron algo para mí.

—Significaron «algo», pero no lo significaron «todo» como hace ella. Ella siempre significará más, ¿me equivoco?

Se dio la vuelta para no ver la verdad reflejada en su rostro.

—Aunque haya podido darlo a entender, no soy una máquina, señor Reynolds. Y ahora, por

favor, márchese.

Capítulo 34



Sabía que desobedecer a una mujer cuando estaba furiosa funcionaba en muy pocos casos, y solo con las que tenían una personalidad inflamable; mujeres a las que parecía imposible enfurecer sin excitar en el proceso. Era fácil aplacar las rabietas de aquellas que disfrutaban discutiendo. Pero Mercy no formaba parte del grupo, lo que en muchos casos contaba como una virtud y, en ese concreto, estaba haciendo de su vida un verdadero infierno.

Pese a todo, estuvo flagelándose durante días con un único pensamiento. No debería haberla obedecido. Debería haber insistido en permanecer en su dormitorio hasta que vomitara todo cuanto tenía que reprochar. O, mejor dicho, hasta que él hubiera encontrado las agallas para confesarle lo equivocada que estaba.

Si hubiera tenido tiempo, le habría dado vueltas a su incapacidad para expresarse, pero los planes de reconquista para ganarse el perdón de Mercy lo tenían absorbido. No se le ocurría nada lo bastante bueno, y era evidente en la actitud esquiva de su esposa que, si no llevaba a cabo una obra maravillosa para remediarlo, podía considerarse hombre muerto.

Hombre muerto en vida.

Lo intentó. Lo intentó innumerables veces: retomar la conversación donde lo dejaron. Mercy era, ante todo, educada. Tan educada que, sin duda, su látigo era la fría cortesía con la que lo miraba y lo invitaba a hablar. Esa invitación, que creería pronunciada con sarcasmo si Mercy pudiera darse a la ironía, hacía que se bloqueara al comprenderla como un desafío. Y Chase no se sentía a la altura de dicho desafío.

A diferencia de otras mujeres con las que había tratado previamente, que disfrutaban haciéndose las disgustadas para sacar partido de la situación o se alteraban con cualquier nimiedad, Mercy estaba enfadada por una buena razón. Él apenas se acordaba del beso o del abrazo; todo en lo que podía pensar al recordar esa mañana en el salón, era en la dureza de sus palabras al admitir que sus sentimientos se habían apagado antes de que él, obcecado en reavivarlos, se diera cuenta... y en la terrible sentencia que Melanie había dictado respecto a su hermano. Blaine debía ser ahora su enemigo, y eso le preocupaba tanto que el instante del roce de labios había quedado en un segundo lugar. Pero cada vez que miraba a la expectante Mercy, que parecía aguardar un milagro para disculparlo del mismo modo en que él esperaba, era consciente de que no era furia lo que latía bajo su semblante, sino decepción.

Chase no sabía qué hacer con la decepción. Nadie había depositado nunca la menor esperanza en él. Nunca nadie había pedido sentido común, honradez y modestia de su parte, porque para eso ya había un hombre idéntico y siete minutos mayor sobre el que recaían toda esa clase de responsabilidades. Pensaba en que había traicionado la confianza de la única persona que esperaba algo grande y valioso de él, y le paralizaba el desprecio hacia sí mismo.

Por si acaso hubiera albergado alguna duda de que sus sentimientos por Mercy fueran reales y estuvieran tan vivos como el propio Chase, lo confirmó durante esos largos días de distanciamiento.

Se suponía que apenas debería haberse percatado de ello por el trajín que suponía encargarse

de una mudanza, pero cada segundo que pasaba sin saber qué le parecía la nueva mansión en Bloomsbury se le antojaba un siglo entero.

Ella no era grosera con él, no le negaba la palabra ni la mirada; solo cerraba con llave la puerta de acceso de su recién estrenado dormitorio. Cada noche. Sin falta. Y el ruido de la cerradura, discreto pero letal, le hacía daño en el oído. Pero eso ni siquiera era lo que más le dolía. La indiferencia directa o un espectáculo de celos habrían escocido menos. Mercy estaba allí y, al mismo tiempo, había desaparecido. No del todo, porque se las había apañado para montar un pequeño taller en el sótano de la casa y allí seguía afanándose, traduciendo sus ideas casi utópicas en proyectos palpables y con un futuro muy concreto. Pero con él... Con él no se molestaba.

Si se ofrecía a ayudarla, ella lo despachaba con una elegancia de lo más confusa. A veces no podía ocultar que estaba irritada, y fingía que lo escuchaba cuando, en realidad, lo que le contaba le salía por la otra oreja. Le daban ganas de sacudirla por los hombros y de sugerirle ir a comprar unas gafas nuevas, porque parecía que con esas le costaba ver la única realidad: que vivía con un hombre desesperado por ella en todos los sentidos en los que podía entenderse. Un hombre que había sido tan desgraciado en el amor que, de pensar en escupir lo que antes gritaba a los cuatro vientos, se le cerraba la garganta y le paralizaba el miedo a que no fuera suficiente.

Mercy estaba hecha de materiales indestructibles y a veces parecía inmovible. Pero no lo era, ¿verdad? De eso intentaba convencerse. No podía serlo, porque le había jurado que lo amaba y esa sensación no podía haber desaparecido de la noche a la mañana. Nadie se acostaba amando y se levantaba con el corazón vacío. Pero quizá ella, por ser esa caja de sorpresas, de sombras y de ideas maravillosas, funcionara de otra manera.

Una tarde, un par de semanas después, Chase no pudo aguantar más su indecisión y bajó las escaleras a grandes zancadas. No lo pensó. En cuanto cruzó el umbral de su taller, lamentablemente no tan bien equipado como el que había compartido con su padre, soltó:

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

Mercy se enfrentó a él recolocándose las lentes sobre el puente de la nariz. Se le encogió hasta el más pequeño de los músculos del cuerpo al recibir esa mirada de mujer que sabía más que los demás; de mujer que había venido del futuro y había aprendido siguiendo las lecciones de otra escuela. Las de una mujer que conocía muy bien su valor.

No esperó que le respondiera.

—Haz algo que nunca habrías hecho por ella —dijo, como si hubiera estado esperando a que se lo preguntara para soltarlo—. Solo puedes quererme y demostrarlo.

Chase asintió, eufórico, y redujo el espacio que los separaba para tomar su rostro entre las manos y besarla. Mercy no se resistió. Se rindió a la primera caricia que Chase prodigó a sus labios entreabiertos, convenciéndola de separarlos más para introducirse en su boca y empaparse del sabor que tanto había echado de menos.

Aunque sabía que Mercy no permitiría que fuera más allá —debía cortar el contacto antes de que la joven lo hiciese por las malas—, no pudo ponerse un alto. Se fundió con ella en un abrazo apretado, de contornos confusos y pieles que quemaban al rozarse. Mercy se agarró a sus muñecas, como si no supiera si apartarlo o acercarlo más, y cuando Chase empezó a marearse por la impresión de volver a tocarla, se obligó a retroceder.

La última vez que la había besado, Mercy sabía a helado cremoso de chocolate y arce, una de las especialidades de Gunter's. Ese recuerdo encendió una serie de recuerdos que, en cadena, le llevaron a una idea brillante.

Podría haber vuelto a besarla. Mercy lo estaba mirando sin respiración, despeinada y con los

labios hinchados. Seguía siendo el bocado más apetecible que había tenido delante en sus treinta años de vida... Pero antes debía merecerla.

Salió de allí sin decir más y se echó a la calle con energía renovada. No contó con que un visitante indeciso, que caminaba de un lado para otro frente a la cancela de entrada a la mansión, conseguiría detenerlo solo intercambiando una mirada con él.

—Bueno, supongo que ya no tengo la opción de echarme atrás —dijo Blaine, inmóvil junto a una de las columnas que franqueaban el pórtico—. Me has encontrado.

Chase no olvidó a dónde se dirigía. Solo rescató otro propósito que había aparcado por el bien de Mercy y de su matrimonio. Uno que se materializó en ese preciso momento, cuando se lanzó a por él con la intención de sacudirlo.

Blaine consiguió esquivarlo la primera vez, pero no la segunda.

—Sé lo que hiciste —deletreó en un siseo. Sus narices se rozaron—. Y no habría sido necesario que me enterase para desterrarte de mi vida para siempre, porque ya te has lucido unas cuantas veces..., pero jugar con Melanie ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Un destello de emoción, Chase no habría sabido decir cuál, surcó los ojos de su hermano.

—¿Cómo lo has sabido? —Se le escapó una nota de curiosidad—. ¿Te lo ha contado ella?

—¿Qué importa quién me lo haya contado? —bramó—. ¡Lo único que importa es la monstruosidad que cometiste, por la que deberías ir, si no a la cárcel, al maldito infierno! No le haces eso a una mujer que amas, si es verdad que la amas. —Lo apuntó con un dedo acusador—. ¡No le haces eso a ninguna mujer, por Dios!

—Tú tampoco eres un santo.

Chase se planteó seriamente arrancarse el pelo de la cabeza. La otra alternativa era arrancarle la cabeza a su hermano.

—Si tu única defensa va a basarse en lo malo que he sido yo, como si eso te justificara en lo más mínimo, será mejor que te marches. No quiero volver a verte jamás.

Blaine se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta e inspeccionó los dos lados de la calle concurrida balanceándose sobre los zapatos. Al final chasqueó la lengua.

—Lo vas a tener difícil. Te acordarás de mí cada vez que te veas.

Chase se maldijo para sus adentros por haber pensado que su hermano podría formular una frase coherente.

Le dolió su indiferencia. Le dolió su tozudez, su estúpido orgullo y el egoísmo con el que no solo estaba hundiendo a quienes supuestamente amaba, sino con el que él mismo se acabaría ahogando tarde o temprano. Había defectos que eran una soga al cuello, una enfermedad en urgente necesidad de tratamiento. Siempre le había afectado que no se dejara ayudar más que cuando estaba al borde y no había salvación, sobre todo en situaciones de ruina económica. Pero esa vez, lo que de veras le dolió fue la novedad de que ni siquiera él, su única familia, *quería* ayudarlo.

Había cometido un pecado irredimible al atentar contra lady Wordsworth. Era una bajeza incluso para tratarse de él; una transgresión tal que le costaba mirarlo con los mismos ojos.

Le costaba mirarlo, a secas.

Blaine se mordió el labio inferior, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Mira, Chase... No sé qué detalles te habrá proporcionado Melanie sobre lo que sucedió, pero estoy seguro de que no ha sido del todo franca.

—¡Naturalmente que no ha aportado ningún género de detalles! ¿Estás loco? ¡Y no te pongas su nombre de pila en la boca!

»No te reto a duelo porque velar por el honor de Melanie ya no es mi responsabilidad. No lo

ha sido nunca —apuntó con amargura—. Da gracias a que Wordsworth esté bajo tierra y nunca llegara a enterarse de tu... infame vilipendio.

—Pensaba que el que daba gracias por lo del entierro de Wordsworth eras tú.

Chase se dio cuenta de que no merecía la pena seguir batallando contra la dura piedra de mollera aún más maciza que era su hermano. Nunca había intentado malearlo hasta convertirlo en otro Blaine, lo que habría sido imposible; solo inspirarlo para ser una mejor versión de sí mismo. Y, en vista de lo que había conseguido, quedaba claro que había fracasado.

Chase sentía que no había estado a la altura.

Como si Blaine, de nuevo, hubiera podido leer sus pensamientos derrotistas, cosa que no habría sido tan extraña teniendo en cuenta la naturaleza de su vínculo, actuó. Lo retuvo frente a la verja de la mansión, a pie de calle; a unos pasos de confundirse con los viandantes, y habló.

—Escucha... —empezó en un murmullo, con la vista clavada en las puntas de las botas—. Fue la única vez en toda una vida que recurrió a mí.

—No recurrió a ti. Recurrió a mí.

—De acuerdo, no sabía que era yo —Alzó las manos para señalar que cedía—, pero vino a mí.

»Estaba exultante...

—No lo dudo. Te divierte hacerte pasar por mí, e imagino que todavía más en este caso particular.

—¿Qué diablos? Por supuesto que no. Por Dios que te envidiaba, Chase, pero tengo más orgullo que celos en el cuerpo y no fue mi intención aprovecharme.

»Pensé que podría dar lo mejor de mí mismo consolándola y luego decirle que era yo. Así habría podido demostrarle que podía ser amable, y no ese monstruo que piensa que soy. Sabes que de ninguna otra manera me habría dado la oportunidad de sorprenderla para bien. Siempre me ha odiado por el mismo motivo por el que tú me detestabas: por haberte quitado lo que más te merecías.

—Sigue sin justificar lo que hiciste.

—No le hice nada. La escuché, la aconsejé, la abracé... y la besé. Y lo siento —agregó enseguida, dando un paso hacia el exasperado Chase—, ¡lo sentí! Enseguida le dije que era yo, antes de que el asunto se nos fuera de las manos, pero ella... ella no me soltó.

»Lo dije alto y claro, y ella... o no me creyó, o mis besos la habían confundido, o tal vez solo me necesitaba... Pero se lo dije. Quizá no al principio, cuando le dije que lamentaba la muerte de su esposo, pero confesé.

Chase asistía a la proyección de emociones del rostro de su hermano absolutamente estupefacto. Entonces cobró sentido el comentario de Melanie.

«Yo también tuve la culpa».

Sacudió la cabeza, confuso.

—¿Y por qué diantres te detesta, después de todo?

—Porque es una dama estirada, porque la muerte de su esposo era muy reciente, porque la avergonzaba haber sido capaz de permitir que me acercase a ella... Qué sé yo. Se encargó de que no volviéramos a coincidir en el mismo sitio, y no supe nada más hasta que aquel día en la biblioteca recibí una nota suya.

Chase asintió.

—Entonces sí era de Melanie. Por eso me la escondiste.

—Me preguntaba sin rodeos si había vuelto a hacerme pasar por ti. Que, si era así, abandonara cuales fueran mis propósitos. Me ofendió su acusación y tuve que hacerle una visita.

Chase se tensó. Se estiró sobre las dos piernas para descansar del peso que había echado en la cadera, y miró alrededor.

—Por Dios...

—No pasó nada. Nos gritamos, como siempre ha sido costumbre. Me dijo que habías sido tan duro con ella que no te pudo reconocer cuando te presentaste, y de ahí la desacertada suposición de que intervine yo aprovechando tu regreso para escarmentarla por ignorarme. —Torció la boca—. Ciertamente, esa mujer tiene una mente retorcida. Y se cree que es la protagonista de mi mundo.

—O quizá es que te conoce muy bien y sabe de lo que eres capaz —corrigió Chase, todavía a la defensiva.

—Desde luego que lo supo. —Se miró las uñas como si el asunto no le tocara de cerca, cuando en realidad apretaba tanto la mandíbula que dolía solo mirarlo.

Chase no se atrevió a preguntar de qué desagradable manera volvió a recordarle a Melanie que no era un hombre paciente o comprensivo. Se aferró a esa verdad que su hermano le había ofrecido para evitarle el doloroso castigo de odiarlo para siempre, y lo hizo porque lo necesitaba. Necesitaba confiar en que Blaine no habría sido capaz de herir a Melanie de un modo tan atroz. Y lo mejor era que podía hacerlo, porque lo bueno de ser su hermano gemelo era que sabía a la perfección cuándo estaba mintiendo.

—Ya solucionado este asunto que pretendo dar por zanjado, ¿podrías dejar de actuar como si no pudieras perdonarme que te arrojase a los brazos de Mercy? Puedo entender que esté furiosa contigo si no dejas de refunfuñar que detestas al obrador de su matrimonio.

—¿Cómo sabes eso?

—Está en boca de todo Londres que hay problemas en el paraíso.

Chase negó con la cabeza. Lo que procedía era esquivar a Blaine y echarse a la calle para suplicar la ayuda del señor Swansea, quien esperaba que pudiera ofrecerle un tanto de inspiración científica para reconquistar a su hija. Pero no sintió que la conversación hubiera terminado, y Blaine tampoco, porque estaba igual de tenso que al principio.

—Eres consciente de que, si no fuera un masoquista, no te habría perdonado jamás..., ¿verdad? —inquirió, taladrándolo con la mirada—. Y no digas que algún día te agradeceré haberme unido a Mercy. Quizá me habría perdido al amor de la vida que quiero y que espero tener, pero no habría sido infeliz con Melanie, y, además... ese cambio de planes nunca ha dolido por ellas. Se trató y se trata de cómo te antepusiste a mí una vez más.

—Yo siempre me antepondré a los demás —decretó, sin el menor remordimiento. Su franqueza era terrible por lo que conllevaba y, a la vez, maravillosa. Un soplo de aire fresco—. Nacemos solos y morimos solos, lo que hay en medio es humo.

Chase movió la mano como si quisiera alejar el tufo egoísta de sus palabras.

—Me marchó antes de seguir escuchándote decir esas idioteces. Si lo que hay en el medio es humo, no te importará que me largue y no vuelva a verte la cara.

Blaine clavó en él sus ojos, fríos e implacables como la muerte.

—Ya te largaste durante diez años, y eso sin contar los dos que estuviste en la guerra. Me las apañaría solo porque, a fin de cuentas, ya lo hice.

No lo mencionó con ningún tono concreto, pero Chase contaba con la ventaja de ser su hermano.

Sabía qué significaba que hubiera retirado la mirada en el último momento y que hubiese alterado su voz para sonar más indiferente.

Chase lo comprendió enseguida.

—Nunca me has perdonado que me marchara —dedujo—. Eso es parte del rencor que me guardas.

Blaine lo miraba con expresión neutra.

—Eres mi otra mitad, o lo eras antes de que tuviera que recomponerme a mí mismo para no sentir que me faltaba algo. Por supuesto que no te he perdonado que me abandonaras.

—No te abandonaba. Estaba viviendo mi vida. Vuelves a sonar egoísta.

Blaine ahogó una carcajada carente de humor y se pasó la lengua por los dientes, falsamente divertido.

—¿Sabes? Nunca has dejado de quejarte por el orden de nacimiento, pero puede que esos primeros siete minutos en el mundo que pasé sin ti sean justo los que me condenaron a necesitarte más de lo que tú me necesitas a mí. Yo experimenté la soledad y no lo soporté. Tú... siempre supiste dónde podrías encontrarme.

Chase miró a un lado y a otro de la calle solo para darse tiempo a responder.

—Blaine, siempre lo has tenido todo. Eres tú el que se ha empeinado en querer lo que sentía que le faltaba. Solo estabas siendo caprichoso.

Blaine dio la impresión de pararse a pensarlo.

—Puede que tengas razón. Y puede que todo mi objetivo haya sido, desde el principio del monólogo, conmoverte para que me perdones. —Levantó las cejas, esperando un veredicto.

Chase se preparó para rechazarlo de lleno.

Lo perdonaría algún día, cuando no estuvieran tan recientes todas esas mentiras, esas omisiones a la verdad y esas jugarretas que, aunque al final no le hubieran salido mal —porque a Blaine todo le salía bien, tarde o temprano, y la mayoría de las veces por pura casualidad—, habían estado a punto de volverlo loco. Y lo perdonaría porque, si no lo hacía, estaría, de alguna manera, viviendo enemistado consigo mismo. En guerra con una parte de sí que quizá no fuera la más virtuosa. Que, de hecho, era la más problemática; la que, en la superficie, odiaba por los bochornos que le hacía pasar. Pero Blaine siempre había constituido la mitad de su corazón, y no podía simplemente borrarlo. Tampoco quería hacerlo. Aun con sus incontables defectos, aun siendo un egoísta insoportable, un manipulador de manual, un bastardo miserable... y aun sin contar con una excusa lo bastante comprensible para dejarle pasar sus errores, seguía siendo una compañía de la que nunca podría prescindir del todo.

Chase se consolaba pensando que, algún día, alguien centraría a su hermano. O no tenía por qué ser «alguien»; bastaría con «algo». Una fuerza superior, una casualidad, una pesadilla... Lo que fuera. Ese «algo» le daría una vuelta a su filosofía y le obligaría a ser más consecuente con sus actos. La vida era una maestra estupenda que permitía a sus alumnos descarriarse solo para enseñarles sus lecciones más adelante, y de una manera más contundente.

Blaine llevaba años de deberes atrasados. Y algún día se los tendría que tragar.

—Por ahora no voy a hacerlo —admitió—, pero estarás un paso más cerca si me haces un gran favor.

—¿Qué gran favor?

—Tú, que te mueves en esos ambientes ajenos a mí y que tan poco me interesan... ¿Conoces a un americano llamado Jacob Perkins?

—¿El que trabajó en el cañón perforador, entre otras cosas?

Chase arqueó una ceja, al borde de la risa.

—¿Así llamó a un invento mecánico? En tus labios suena a un eufemismo terriblemente escandaloso.

—Debe ser porque lo he usado alguna que otra vez en una conversación informal. —Encogió

un hombro, sonriendo con perversión—. Sí, conozco a Perkins. Hizo también sus aportes a la impresión de cilindro. Es un hombre brillante con el que tengo trato cercano; alguna que otra vez se ha reunido conmigo en White's para que pudiera burlarme de su acento de Massachusetts a mis anchas.

—Estupendo.

—¿Por qué? ¿Tú también quieres reírte de su acento de Massachusetts?

—No. Es decir... Sí —admitió, cabeceando—, pero en principio pretendo conocerlo con otro objetivo.

—¿Quieres que te lo presente?

—No. Quiero que me prestes tu identidad.

Capítulo 35



La verdad era que se le pasó el enfado la primera semana. No por causas naturales, ni porque fuera físicamente imposible para ella guardar rencor; fue por acción de un tercero que, gracias a los rumores, decidió que debía intervenir para salvar un matrimonio que, de no haber sido por ese pequeño escollo, habría destacado en muchos aspectos.

Sin embargo, Mercy había tenido que volver a enfurecerse con Chase por su incapacidad para hablar con claridad de sus sentimientos. Le resultaba vergonzoso, insultante y, sobre todo, irónico, que hubiera sido justo lady Wordsworth quien hubiera intercedido en su favor porque él no encontraba el valor para decirle que la quería.

Mercy no había esperado una visita de Melanie Lacey. En un momento de debilidad, azuzada por esa furia que trastocaba la mente más racional, había decidido que le prohibiría la entrada a su casa... por ridículo que eso pudiera sonar, además de descortés. Pero dio por hecho que no se atrevería a aparecer. Y, como tantas otras veces antes, la subestimó.

Aunque lo primero que le vino a la cabeza fue un berrido animal —«¡Cómo tiene la audacia de presentarse aquí, sabiendo que estoy yo presente!»—, empujó la rabia al fondo del estómago. En su lugar, fue tan gentil que no le extrañó que lady Wordsworth arqueara las cejas como si no estuviera segura de que se burlaba de ella.

—El señor Reynolds no se encuentra aquí en este momento, pero volverá para el almuerzo. Puede regresar entonces.

—No creo que sea necesario, siempre y cuando usted pueda atenderme ahora. No he venido buscando al señor Reynolds, sino a su esposa.

A Mercy se le ocurrieron miles de ideas completamente descabelladas sobre los motivos de su visita. En el breve trayecto que hizo hacia el salón de visitas, reticente e intentando en todo momento ponerse por encima de la situación, llegó a la conclusión de que había ido a anunciarle que pretendía fugarse con él. Que Chase no estaba allí porque andaba pagándole al capitán del barco que los llevaría a Francia y no había encontrado el valor de despedirse de ella.

Sin embargo, y para su inmensa sorpresa, Melanie ni siquiera se sentó antes de mirarla a los ojos con ese dolor indisimulable que hacía reconocible a un corazón roto. No tuvo que hablar para que Mercy asumiera, incómoda por haberse equivocado tanto, que ciertamente Chase se había despedido de ella. Solo un adiós definitivo habría desgarrado a una mujer de ese modo.

—Corren rumores en Londres sobre los Reynolds, y ninguno me deja en buen lugar como tercera en discordia. Pero no he venido a limpiar mi nombre; como muy bien sabrá, pues no me cabe la menor duda de que Chase la habrá puesto al tanto hasta del menor detalle de su pasado, su marido ha sido por mucho tiempo una persona importante para mí. No me complace ser la causa de su infelicidad. Ni de la suya, ni de la mujer que ama.

»Así que ruego que disculpe mi intrusión. A veces, Chase puede ser lo bastante caballeroso como para descartar un viaje a Wordsworth House para recriminarme mis arrebatos. Viendo que no vendría a mí, la única opción que tenía de resolver esto era viniendo yo misma.

Melanie juntó las manos en el regazo. En una de ellas sostenía un pequeño bolso a juego con

su elegante y discreto vestido verde oscuro.

—Voy a ser franca con usted, señora Reynolds. La envidio —admitió. No le tembló la voz ni parpadeó de más. No se avergonzaba, y Mercy admiró su templanza—. Siento unos celos enfermizos hacia usted y lo que parece haber construido con Chase. Habría dado cualquier cosa por estar en su lugar, por llevar su apellido y por ser la señora de esta casa. De hecho, no pensé en usted ni en nada más que en este deseo para acudir a su boda sin invitación y proponerle a Chase que escapáramos juntos.

Aquello la golpeó, dejándola sin aire. Boqueó para pedirle que sellara los labios si pretendía confirmar sus peores temores, pero ella prosiguió. Y con su continuación, se llevó hasta el último mal presentimiento.

—Me rechazó sin miramientos —concluyó—. Y apenas un tiempo después, me citó en Godolphin House para explicar largo y tendido sus razones, un gesto de generosidad y consideración con el que demostró merecer cada uno de los sentimientos que aún guardo hacia él.

Avanzó hacia Mercy solo dos pasos. Entre ellas siempre habría de correr el aire.

—Estoy segura de que habría preferido que su marido fuese la clase de hombre capaz de gritarle groserías y echar a cajas destempladas de su casa a una vieja amiga, que resulta ser, también, una amante que no llegó a buen puerto y una mujer que amó antes de que conociera siquiera su existencia. —La señaló a ella—. Si yo hubiera estado en su lugar, también habría preferido que Chase no se hubiera tomado las molestias de zanjar nuestra relación para que el último recuerdo no fuera humillante. Pero si lo quiere, señora Reynolds, si lo quiere de verdad y por lo que es, entonces comprenderá que se sintiera impelido a actuar como lo hizo.

Por supuesto que lo comprendía. Para bien o para mal —para mal, según sus hermanas, que no entendían cómo podía buscar justificación a los impulsos carnales de su marido—, Mercy no habría esperado menos de un hombre que, después de haber espantado a lord Loring, se tomó la molestia de mentir ante el público para encontrarle un prometido a la altura.

—¿Cuáles eran esas razones? —preguntó. Al ver que Melanie no entendía, cogió aire y repitió—: Ha mencionado que la citó para exponerle los motivos por los que la rechazó. ¿Cuáles eran?

—Resulta que amarme le torturaba, y que está perdidamente enamorado de usted. Es lo que he venido a aclarar —agregó. Se notaba que la verdad aún la atormentaba, y Mercy sintió lástima por ella—. Chase tuvo la oportunidad de marcharse conmigo antes de la boda, durante la boda e incluso después, y no le tentó hacerlo en ninguna de esas ocasiones por ninguna causa distinta a usted. No se ofenda por un estúpido abrazo de despedida. Es lo menos que podría haberme dado después de toda una vida respirando a través del otro.

Mercy estuvo a punto de derrumbarse al escucharla.

«Respirando a través del otro».

Por supuesto que lo había pensado antes. No había perdido de vista en ningún momento que Chase no actuó con la intención de hacerle daño, sino siguiendo un impulso que era más poderoso que él. Uno que llevaba condicionando su vida desde que podía recordar. Mercy había pensado que podría guardarle rencor para siempre por ello, pero la dura realidad era que se le agotó el despecho a los pocos días. A fin de cuentas, detrás de ese enfado de pega se escondía la verdadera cuestión.

Tenía miedo por el daño que Chase le había hecho. Estaba preocupada porque el amor no era tan fácil como parecía fluir entre sus padres. Le aterraba perderlo y le aterraba al mismo tiempo perdonarlo, porque Faith, aunque no contara con una vasta experiencia amorosa, era observadora

de sobra y tenía razón al asegurar que, una vez se disculpaba a un hombre, se estaba firmando la sentencia de muerte. Las probabilidades de que este volviera a decepcionarla eran muy elevadas, y muchas caían en el error de entrar en el círculo vicioso de perdonar una y otra vez. Hasta lo que era imperdonable.

Aun así, Mercy no podía sentirse así por Chase. Por encima de todo estaba el dolor por la falsa creencia de que nunca podría aspirar a un lugar en su corazón; no mientras no expulsara a Melanie.

Pero la había expulsado. Y habría sido ridículo por su parte seguir furiosa solo por no haber tenido la suerte de ser su primer y único amor. En realidad, ¿acaso no era más meritorio haber llegado después y que la hubiera elegido ella? Porque la había elegido... ahora lo sabía. Y no una vez, sino varias.

Era cuestión de que él encontrara la manera de decírselo para sembrar el hacha de guerra de una vez por todas y continuar donde lo habían dejado, esta vez sin dudas. No podía perdonarlo solo porque lady Wordsworth hubiera pronunciado las palabras mágicas; debía pronunciarlas él.

Pero Chase estaba desaparecido.

Después de que le dijera con claridad que esperaba un acto de amor por su parte, pasaba menos tiempo en casa, oía que llegaba a su dormitorio cuando casi era hora de levantarse y apenas coincidían en la biblioteca u otro espacio común. Mercy empezaba a echar de menos sus desesperados intentos por llamar su atención, esas ridículas excusas para empezar una conversación desenfadada o cómo daba vueltas por la habitación con ningún otro propósito que hacer que lo mirase.

Oh, mirarlo había sido una tortura, porque sabía cómo hacerla flaquear. Pero ya ni siquiera estaba en su campo de visión.

Mercy empezaba a pensar que se había rendido. Es más: sospechaba que pretendía vengarse de ella, porque cada vez que bajaba al taller, descubría que le faltaban algunas herramientas, y todo estaba patas arriba. No habría sido raro si siguiera compartiéndolo con su padre, puesto que el señor Swansea era desordenado hasta decir basta, pero ella nunca se perdía el ritual de limpiar las piezas antes de guardarlas en su respectivo cajón. Lo más lógico habría sido sospechar de los criados, pero después de un interrogatorio, tuvo que asumir que Chase era quien estaba alterando su pequeño refugio.

¿Así pretendía ganarse su corazón? ¿Robándole herramientas para sabotear sus planes? Supo en cuanto lo conoció que era un hombre complicado, pero si algo tuvo claro desde el principio, era que siempre respetaría su labor científica y jamás se atrevería a interferir.

Se había atrevido. Aunque quizá hubiera sido solo para llamar su atención. Fuera cual fuere el motivo, Mercy decidió que ya estaba bien de silencio y distanciamiento y se presentó en su dormitorio esa misma tarde, meses después del terrible beso y la visita de lady Wordsworth.

Mercy se estaba preparando un discurso, pero se le olvidó incluso su nombre al ver a Chase arrodillado, con la camisa remangada por los codos y unas manchas de grasa en las mejillas. Antes de que pudiera preguntarle qué diantres estaba haciendo, él se percató de su presencia y se puso de pie a trompicones.

El gesto de interponerse entre la máquina y ella para cubrirla con su espalda le pareció tan infantil como adorable.

—Se suponía que no tenías que verlo hasta que estuviera acabado —masculló él, rascándose la nuca con una mano de dedos manchados. Mercy lo observaba sin pestañear—. Has venido porque he cogido sin avisar tus herramientas, ¿verdad?

—¿Por qué otro motivo aparecería por el dormitorio de mi marido?

Su pregunta, pronunciada en un tono inocente y curioso, consiguió que Chase soltara una carcajada. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Parecía nervioso, preocupado por su reacción, y eso solo intensificó el sentimiento de amor incondicional que la había aguijoneado al poner un pie allí.

—¿Qué es eso que tienes a la espalda? —quiso saber. Avanzó hacia él con las manos entrelazadas, estirando el cuello con curiosidad. Él, al principio, intentó mantenerlo lejos de su campo de visión, pero acabó claudicando con un suspiro.

—No tiene mucho sentido seguir ocultándolo.

Mercy observaba su invento con el corazón en un puño. A simple vista parecía una caja fuerte.

—¿De qué se trata?

—Bueno, hace un tiempo mencionaste a un señor Perkins que aunó los proyectos de Thomas Moore y Oliver Evans sobre cámaras de aislamiento para conservar bloques de hielo. He tenido la oportunidad de presentarme al caballero y pedirle que me mostrara la planificación de su versión de «máquina refrigeradora». Lo que estás viendo es un ciclo cerrado de refrigeración por compresión de vapor... —Hizo una mueca—. O al menos esa era la idea.

Mercy admiró el montón de chatarra.

—¿Desde cuándo le interesa la mecánica, señor Reynolds?

—Desde nunca, pero sabiendo lo mucho que a mi esposa le gusta el helado, se me ocurrió que esta sería la única manera de que pudiera tomar uno sin necesidad de salir de casa.

Mercy pestañeó una sola vez, perpleja.

—¿Ha inventado una máquina de guardar hielo?

—El señor Moore lo llamó *refrigerator* en 1800 —corrigió Chase. Apoyó la mano en la parte superior de la máquina y cruzó los tobillos—. Yo me he decantado por «máquina *desenfadadora* de esposas».

Mercy no pudo ocultar una sonrisa a tiempo.

—No tiene mucho gancho.

—No tiene que tenerlo. Tuve que poner por escrito que no lo patentaría ni intentaría sacarlo al mercado. —Vaciló—. En realidad, lo firmé a nombre de Blaine. Yo no hice ninguna promesa, así que si quiere podríamos venderlo.

—¿Qué? Está claro que usted nunca aprende, señor Reynolds. No es más prudente que su hermano.

—Puede que no, pero estaba... *estoy desesperado* —confesó, avanzando hacia ella—. No sé qué otra cosa hacer para que me perdones. Puedo jurarte que, cuando me despedí de lady Wordsworth, no estaba sufriendo por el amor muerto antes de tiempo, sino por el tiempo perdido.

Soltó el destornillador que tenía en la mano, con el que presentaba un aspecto aún más cómico, y se acercó a ella con ojos de cordero degollado.

—Me «ducharé» en lugar de bañarme toda la vida, aprenderé a montar ese velocípedo tuyo, me prestaré a probar todos y cada uno de tus descabellados inventos. Lo juro por Dios, pero vuelve conmigo —suplicó, entrelazando los dedos con los de ella—. Te quiero al noventa y nueve por ciento, y solo noventa y nueve porque el uno restante te teme; ¿cómo no hacerlo, viendo lo que eres capaz de hacer conmigo? —Señaló con la cabeza la máquina a su espalda—. Vamos, Pandora; sabes que lo hago... igual que te sabes todos los teoremas pitagóricos.

—Los teoremas pitagóricos son mucho más exactos que ningún enamoramiento. No puedes compararlo.

—Te daré todas las garantías que quieras de que mi afecto es más exacto que ninguna teoría matemática.

Mercy aguantó la respiración hasta que los pulmones le empezaron a picar. Entonces tuvo que coger una enorme bocanada de aire que le dio el impulso para rodearlo con los brazos.

—Deberías haber esperado a que me lavase para tocarme —oyó que decía él.

Mercy negó con la cabeza dulcemente, admirando a la vez el iluminado y a la vez manchado rostro de su marido.

—No será necesario. Me gusta así.

Él soltó una carcajada.

—Debería haber supuesto que te encantarían los hombres manchados de grasa, Pandora mía.

—Le robó un beso rápido en los labios—. Me alegra ver que la máquina *desenfadadora* ha funcionado.

—Por favor, no vuelvas a llamarla así. Se nota que no eres muy bueno bautizando nuevos inventos.

—Ni tampoco soy bueno creándolos —reconoció, apuntando con resignación al armatoste a su espalda.

—Por lo menos no ha explotado —apreció ella, con los brazos en jarras. Él amortiguó su propia risa apoyando la boca en su cuello, donde dejó un beso y un ronroneo que le pusieron la piel de gallina.

—Lo he construido pésimamente adrede. Sé que disfrutarás arreglándolo más de lo que lo habrías hecho si te lo hubiera entregado perfecto.

—¿Me dejas arreglarlo? —Una nota de emoción infantil se filtró en su voz.

—Te he dejado arreglarme —apostilló—. ¿Por qué no iba a entregarte mi patética máquina de hielo?

—¿Se me ocurren cientos de maneras de mejorarla!

—Seguro que sí... —La rodeó por la cintura—, pero yo tengo en mente otros cientos de maneras de ganarme tu perdón, y pensaba ponerlas en práctica para asegurarme de que no me disculpabas solo porque te cegaba la ilusión.

—A mí nunca me ciega la ilusión...

Se calló cuando él la tomó entre sus brazos.

Mercy se dejó cargar y le rodeó el cuello. Tal y como se presentaba la noche acompañada, pensó que sus planes de mejora bien podían esperar al día siguiente.

—Llévame a la cama —susurró, besándolo en la barbilla.

Él le sonrió.

—¿No querrás decir... a la «máquina de hacer bebés»? —la pinchó.

—Esa sería una de mis facetas, no la definición de la cama. Definitivamente, poner nombres a los inventos no es tu mayor talento.

—De acuerdo, ¿cómo la llamarías tú?

Ella meditó un momento; ese que Chase tardó en tenderla sobre la cama y aplastarla seductoramente con su peso.

—Máquina de sueños.

—¿Y «fábrica de babas»?

—O multiplicador de ronquidos...

Chase sonrió antes de besarla.

—Yo no ronco, querida... Y te aseguro que eso no es lo que tú has venido a hacer aquí.

Epílogo



Los diarios londinenses que no creían en su visión científica, los miembros de la Royal Society y Mercy Swansea llevaban meses esperando al veintisiete de septiembre: el día en que el señor Stephenson, impulsor de *Locomotion*, demostraría que su invento sobreviviría al día de su inauguración.

La ansiosa muchedumbre se había dividido en dos: algunos verían partir a la locomotora desde Stockton, y otros le darían la bienvenida en su destino, Darlington. El conductor al mando sería el hijo de Stephenson, George, y la carga consistiría en once vagones que se repartirían ochenta toneladas de carbón y harina, sumadas al peso de los altos dignatarios y curiosos que se habían ofrecido a hacer el viaje. Naturalmente, entre todos los invitados, los voluntarios y los trabajadores distribuidos en otros veinte vagones, estaba Mercy. Una Mercy demasiado entusiasmada para percatarse de que su marido iba a sufrir una apoplejía por la impresión.

No era el único que se oponía a que formara parte del experimento: su propio padre, allí presente, e incluso lord Godolphin —que no podía perderse una fecha tan señalada, aunque solo fuera para figurar en la lista de presentes— había manifestado su contrariedad.

—No es que no crea que vaya a salir bien —le había dicho Blaine—, es que creo que, si saliera mal, no debería estar usted en medio. El mundo perdería un cerebro privilegiado, y yo tendría que consolar a mi hermano durante los próximos quince años. Créame, es lo que tarda en superar sus fracasos amorosos.

Mercy ni siquiera le había prestado atención. Estaba absorta escuchando la explicación que ofrecía el señor Stephenson en persona. Iba acompañado de un bigotudo con expresión afable, al que presentaron como el productor del hierro forjado que habían empleado para los rieles: el señor John Birkinshaw.

Mercy se estiró para hablar al oído del señor Swansea.

—He oído que el señor William Losh, de Walker Ironworks, tenía un contrato establecido con el señor Stephenson. Habían acordado que le abastecería de hierro fundido para los rieles, pero en el último momento, Stephenson cambió de opinión y solicitó presupuesto a la fábrica de Bedlington.

—¿Recuerdas por qué? Te lo expliqué cuando leímos juntos la noticia.

—Porque los rieles de hierro forjado se pueden producir en longitudes más largas que el hierro fundido, y son menos propensos a agrietarse bajo el peso de locomotoras tan pesadas como esta —recitó—. Pobre señor Losh. He oído que, a raíz de la sustitución, ahora el señor Stephenson y él están enemistados.

—No parece preocuparte tanto que yo me enemiste contigo —rezongó Chase, cruzado de brazos a su lado.

Mercy lo miró.

—A ti tampoco te veo muy preocupado por cuánto podría llegar a molestarme si me obligaras a renunciar a esta oportunidad. No eres consciente de lo que va a tener lugar aquí...

—Soy consciente de que hay una alta probabilidad de que vea cómo mi mujer sale despedida

por los aires.

—No eres consciente de que estamos haciendo historia —continuaba Mercy, haciendo caso omiso—. Esta locomotora recorrerá nueve millas en dos horas, y es la primera vez que se permitirán pasajeros en una locomotora de vapor... por no mencionar que acaba de construir la primera línea ferroviaria pública ¡del mundo! ¡Tengo que estar ahí!

—Y vas a estar aquí —dijo Chase, señalando al suelo—. Lo que no quiero es que estés allí. —Apuntó con el dedo a los vagones. Viendo que su argumento no la convencía porque ni siquiera lo estaba escuchando, suspiró—. No existe forma humana de hacerla cambiar de opinión, ¿verdad?

No se lo preguntaba a ella, sino a su padre. Los dos hombres se miraban con la misma resignación que orgullo compartían hacia la mujer que tenían en común.

Mercy no se detuvo a escuchar la respuesta: empezaban a embarcar a los pasajeros. Las mujeres habían sido excluidas del experimento por razones obvias, del mismo modo que los niños, pero, por suerte, Atticus, su bigote y falsa identidad —Marcus Richter— habían estado ahí para ayudarla a cumplir una vez más un sueño que no le arrebataría algo tan insignificante como llevar falda.

Chase la escoltó como habría hecho un amigo cortés, apretando los puños para no dejarse en evidencia cogiéndola de la mano. Mercy tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse cuando él, al darse cuenta de que iba a inclinarse para besarla, tuvo que recular de golpe con la boca torcida.

—No me gustan todas las ideas locas que salen de esa caja tuya, Pandora —Y se dio un toquecito en la propia sien—, pero entiendo que es mi deber quererlas a pesar de todo. Solo prométeme que no le robarás también la curiosidad a Ícaro para acabar estrellándote.

—Ícaro no se estrelló, solo voló demasiado alto.

—Y luego se estrelló.

—Bueno, pero si nos estrellamos, no será mi culpa, sino de George Stephenson. Y si tan preocupado estás, ¿por qué no vienes conmigo?

—Porque si los dos morimos, ¿quién irá a rescatar al otro al inframundo, como el héroe Orfeo? Está claro que uno ha de conservar la vida para ofrecerla como garantía en su viaje al hades; la vida y también el sentido común —rezongó.

—Si al final tienes que venir a buscarme al infierno porque todo sale mal, no dejes que la curiosidad te convenza de darte la vuelta antes de tiempo. Sigue las instrucciones y espera, o me perderás para siempre.

—Creía que acordamos que no se giró por curiosidad, sino por impaciencia. Por «ansias de amor», y lo cito textualmente —apostilló. Su semblante se tornó preocupado—. Y basta ya de bromear con tu pérdida prematura. Aún tienes que patentar la aguja con ojo, convencerme de que la ciencia no es peligrosa y, quizá, engendrar un heredero. Al ritmo al que va mi hermano, parece que el título y los privilegios acabarán pasando a nuestra prole.

Mercy sonrió.

—¿Y si fuera una niña, en lugar de un heredero?

—Entonces tendré que esconder los bigotes.

Ella se rio y fue a darle un beso. Se movió con torpeza para contenerse a tiempo y extender una mano. Él sonreía para sus adentros al estrechársela con diplomacia.

—Buen viaje, milord —bromeó.

Mercy batallaba consigo misma al mirar a su marido. Era el momento menos adecuado para dar una noticia de esas características, pero también había sido la primera vez que Chase había

mencionado abiertamente *ese tema*. Tal vez debiera aprovechar las circunstancias y confesar lo que llevaba semanas ocultando.

No pudo decidir a tiempo si contar su pequeño secreto. La locomotora se puso en marcha, primero con la lentitud de una máquina demasiado pesada para circular. Mercy se agarró a uno de los soportes de las paredes para mirar al aterrado Chase, que poco a poco iba dejando en tierra.

Y entonces lo decidió.

Era el momento perfecto para cobrarse su pequeña venganza.

—¡Señor Reynolds! —gritó ella de golpe. Él dio un respingo y echó a andar hacia el vagón por si había cambiado de opinión, con los brazos extendidos en un gesto de «salta; estás a tiempo»—. ¡Como no cree en la ciencia, este día no tendrá ninguna importancia histórica para usted... y como quiero que comparta conmigo una fecha como esta, se me ha ocurrido que debería hacer del veintisiete de septiembre algo especial!

Chase arrugó el ceño y apretó el paso. La locomotora no era mucho más rápida que él, sobre todo mientras se iba acostumbrando al movimiento. Corriendo podría ponerse a su altura.

—¡Su esposa me ha dicho que está embarazada!

Él frenó de golpe, tan pálido que parecía descompuesto.

—¡¿Qué?! —No tardó en asimilar la noticia y, con los ojos fuera de las órbitas, echó a correr como alma que llevaba el diablo detrás de los vagones—. ¡Bájese de ahí ahora mismo! ¡Detengan la locomotora! ¡He dicho que la detengan...!

Mercy le sonrió desde los portones correderos sacudiendo la mano con alegría.

—¡Nos vemos en Darlington!

Nota de autora



Bueno, bienvenidas al final de mi intento de libro *majo*. ¿Qué os ha parecido? Espero que... *majo*. No sé escribir nada más desenfadado y normalito, he hecho lo que he podido.

¿Vamos con las explicaciones históricas y las licencias que me he tomado? Vamos a ello: dentro escenas eliminadas y «entre bambalinas».

No me escondo: me he aprovechado de algunos vacíos históricos para convertir a Mercy Swansea en un genio. Tanto el inventor de la ducha como el inventor de la aguja con ojo (un invento sin patentar) son anónimos, por lo que es perfectamente factible que hubiera sido Mer la que lo dispusiera todo para que pasaran a la historia. En cuanto al resto —los velocípedos, las máquinas refrigeradoras, los electroimanes y demás—, señalo en todo momento quién fue el que las patentó, solo que me tomo la libertad de agregar que fueron Mercy o el señor Swansea quienes dieron la idea o hicieron posibles estos avances. Teniendo en cuenta el poco interés que tienen los dos de pasar a la historia por sus genialidades, me creo que le cedieran todo el crédito a los demás. Con esto no quiero insinuar que los inventores oficiales sean impostores o le robaron los planos a una jovencita de veinte años de 1825; solo jugar con posibilidades que nadie puede venir a decirme que sean poco creíbles. Como siempre digo, es improbable, pero no imposible. De hecho, esto se me ocurrió gracias a un documental de Hedy Lamarr, la primera inventora y no reconocida en su momento (vaya, que le robaron la patente) del espectro ensanchado, lo que hoy día nos permite tener datos móviles o Wi-Fi en todas partes.

Quien no conozca a Hedy, que lo haga, porque menuda D-I-O-S-A.

Y eso es todo.

Besitos.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

Nota de autora

[1] «Aburrido» en inglés.

[2] «Temperamento» en inglés.

[3] Jorge III (1 de octubre de 1814-29 de enero de 1820) fue un monarca inglés conocido por sus desórdenes mentales, presuntamente producidos por la porfiria. En 1810, Jorge IV asumió la regencia hasta la muerte de su padre.

[4] «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios (...)». Marcos 10, 13-16

[5] La Medalla Copley es un reconocimiento que la Royal Society otorga cada año a una persona por sus logros en las ciencias físicas o biológicas. En efecto, en 1825 los galardonados fueron Arago y Barlow por un descubrimiento relativo al magnetismo rotatorio.

[6] Edmund Kean (17 de marzo de 1787 - 15 de mayo de 1833) fue un actor inglés, reconocido en su tiempo como el mejor hasta el momento.

[7] «Entonces Pilato, viendo que nada adelantaba, sino que más bien se promovía tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la gente diciendo: "Inocente soy de la sangre de este justo. Vosotros veréis"». (Mateo 27:24)

[8] *Novo amore, veteram amorem, tamquam clavo clavum, efficiendum putant.* «El nuevo amor saca al viejo amor, como un clavo a otro». *Disputaciones Tuscultas* (44 a. C.). Fue citado antes por Aristóteles en *Política* (1314 a.C.).

[9] El **Hospital Real de Bethlem** (Beckenham, Bromley, Londres) fue el primer hospital psiquiátrico conocido en Europa.